

DIEGO ERNESTO

Una luz de Esperanza



**A Diego Ernesto
con todo mi cariño, admiración y agradecimiento.**

Y a todos sus hijos Misioneros de la Esperanza.

Índice

Presentación	12
Introducción	15
I. Antecedentes familiares	17
II. Primeros años de niñez	29
III. Primera Comunión	41
IV. Después de la Primera Comunión	47
V. La Virgen de Zamarrilla	53
VI. Sigüientes años de infancia. 1938-40	57
VII. Juventud hasta los 18 años	63
VIII. Entrada en el Seminario	79
IX. En el Seminario	83
X. Ordenación Sacerdotal	97
XI. Primer año de sacerdote	101
XII. En Santa María de la Amargura	117
XIII. Expansión por las parroquias	151
XIV. En Calle Carretería	195
XV. Conociendo más a Diego Ernesto. Desde 1998	211
XVI. Su gran lucha	233
XVII. Sus preferencias	239
XVIII. Su unión con Dios y su proyección a los demás	247
XIX. Sus enfermedades. Gran intercesión de Theresita	255
XX. Mudanza a la Rampa de la Aurora y al Cielo	271

PRESENTACIÓN

Al leer las páginas de este libro que Maleny Nieto ha escrito sobre la persona y obra del P. Diego Ernesto Wilson uno siente algo similar al aire fresco de una mañana de primavera o al pan tierno y sabroso recién salido del horno.

En este año del 50 aniversario de los Misioneros de la Esperanza, a través de múltiples anécdotas y vivencias recogidas pacientemente a lo largo de años, ha querido darnos a conocer la vida de quien el Señor, a través de María, escogió para que iniciara este carisma eclesial en favor de los niños y jóvenes que cambió radicalmente el rumbo de la vida de muchos de nosotros.

Pero no solo es una narración de hechos, sino que por medio de ellos se percibe la honda espiritualidad, la experiencia de Dios y el celo apostólico de quien quiso vivir entregado al amor y gastar su vida por la salvación de la infancia y juventud.

Tienen el valor de ser narrados por una persona que ha sido testigo directo de ello, al haber compartido la vida de fraternidad con Diego Ernesto durante más de un cuarto de siglo y haberle acompañado hasta el último momento de su existencia terrena.

Con la misma sencillez que él siempre se expresaba nos da a conocer el origen y entorno familiar, su infancia y juventud, la llamada al sacerdocio y su paso por el Seminario, el ministerio pastoral y nacimiento de MIES, su desarrollo en diferentes épocas y etapas, su saber pasar a un segundo plano y, finalmente, la “subida a Jerusalén” para los momentos de pasión previos al gozo del paso a la Casa del Padre.

Los Misioneros de la Esperanza debemos sentirnos sumamente agradecidos a Maleny por hacernos este

inestimable regalo cuyo valor irá creciendo con el paso del tiempo y se incorporen a la familia MIES muchos jóvenes que ya no han conocido personalmente a Diego Ernesto. Contribuirá a que siga presente entre nosotros señalándonos el horizonte hacia el que hemos de navegar por las olas de la historia.

Que María, Madre y Esperanza nuestra, sea la compañera de lectura de estas páginas que son expresión del afecto y agradecimiento de todos los Misioneros a la persona de nuestro querido P. Diego Ernesto Wilson.

D. Francisco González Gómez Pbro.
Rector del Seminario Mayor Diocesano de Málaga.
Responsable General de formación de MIES.

INTRODUCCIÓN

Este libro no pretende ser una biografía exhaustiva de Diego Ernesto, sino breve, cómo a él le gustaban las cosas.

Es un relato de su vida remontándonos primero a sus antecedentes familiares, para lo que me he basado en “El libro de Wilson” escrito por su hermano Carlos sobre su familia; en charlas SPES-FICE donde habla de sus primeros años; en una biografía que Ernesto me dictó; en anécdotas que contaba a menudo; en escritos suyos; en referencias que hace en otras charlas de su infancia, desde las más antiguas sobre el año 1989 hasta las más actuales del 2003; y en mis propias vivencias con él.

Asimismo, están los testimonios de sus familiares y Misioneros de la Esperanza que lo hemos estado escuchando a través de muchos años.

En los 27 años que he convivido en Fraternidad con Diego Ernesto y sobre todo en los ocho últimos, he compartido con él muchas vivencias y confidencias.

He tenido la inmensa suerte de conocerlo como pocas personas, con sus defectos y cualidades, y por ser fiel a lo que él desearía, voy a ser objetiva en todas mis apreciaciones para que se conozca tal como era, aunque todo esté impregnado de cariño y admiración a la persona de mi querido Ernesto.



*Revdo. Padre Diego Ernesto Wilson Plata
Fundador de los Misioneros de la Esperanza (MIES)*

I. ANTECEDENTES FAMILIARES

Como he expresado en la introducción, para los antecedentes familiares de Ernesto, me baso principalmente en este primer capítulo, en el *“Libro de Wilson”* escrito por su hermano Carlos para hacer su propia biografía.

Éste expone muy acertadamente que, si se quiere hablar de una rama, es necesario también hacerlo del árbol al que pertenece. Una persona es cómo es, por la herencia genética, por la educación recibida, el ambiente que le rodea, así como por las circunstancias que en cada momento han incidido sobre ella, que casi siempre dejan huella.

De manera, que explicaré algo de sus padres, abuelos y demás familia, intercalando anécdotas y dichos contados por Ernesto.

Su madre, Mercedes Plata Olmedo, era hija de Diego García-Plata Ayala, labrador con tierras propias en Morón de la Frontera, pueblo grande situado a unos 35 Km. de Sevilla.

Aquí hago un inciso. Ernesto decía que el verdadero apellido de su madre era, como es natural, cómo el de su padre: García-Plata, pero que nunca se puso el “García” para no darse importancia, pues le parecía demasiado ampuloso. Ernesto y sus hermanos, también prescindieron del “García” por el mismo motivo y sólo se apellidaban con el de Plata.

Pues bien, Diego García-Plata, trabajó el campo hasta que por la sequía y malas cosechas, así como por su afición al juego, perdió todo lo que tenía y emigró a la ciudad con su esposa y los diez hijos que le quedaban.

Josefa Olmedo Morilla Figueroa, esposa de Diego y abuela materna de Ernesto, era la preferida de éste. El siempre refería cómo había sacado a flote a su familia y todo lo que valía. De ella aprendió a alabar al Señor por todo, en lo bueno y en lo malo, su expresión era: “Bendito seas Señor”. Yo le oí repetir muchas veces, sobre todo en la última etapa de su vida a Diego Ernesto, esta alabanza de su abuela.

Tenían parentesco con los Figueroa, como su apellido indica. Su padre había sido administrador general de unos ricos terratenientes andaluces hasta su jubilación.

Ya en Sevilla, Diego y Josefa, vivieron en la calle San Vicente y más tarde en la calle Feria donde se conocieron los padres de Ernesto como contaré más adelante.

Los hijos de este matrimonio que quedaban vivos por aquella época son los siguientes: Ana, Pepa, Lola, Paco, Elena, Mercedes, Rosarito, Carmen y Antonio.

Ana, la mayor, guapa e instruida, pronto encontró novio, un joven comerciante de zapatería. Tuvieron dos hijos: Pablo y Diego. Le he escuchado referir muchas veces a Diego Ernesto que su primo Pablo se confesaba agnóstico, pero que sin embargo tenía pasión por la Macarena. En cierta ocasión, en

casa de la tía Lola lo vio Ernesto besando sin parar una medalla de la Macarena que siempre llevaba colgada al cuello y con la que murió con la mano tan agarrada a ella que no se la podían quitar. De Diego Toribio, lo que puedo citar de él es que últimamente hablaba mucho por teléfono con Ernesto y que vivía en Morón hasta que murió a lo pocos meses de irse al cielo su primo.

Pepa, la segunda de las hermanas, no era tan guapa pero sí valiente y dispuesta. Consiguió colocarse en la Compañía Telefónica, que por entonces empezaba a funcionar en Sevilla. Ernesto contaba que un día, la tía Pepa, tenía un dolor de muelas muy grande y cómo era telefonista contestó con una voz que no le salía del cuerpo a un señor que llamaba a la centralita: “Diga, diga”. El caballero al oírla hablar así le dijo: -“Señorita ¿qué le pasa a usted? ¿Por qué habla así? -“Es que tengo un terrible dolor de muelas” -”Pues pídale a Santa Apolonia que la mejore.” -”Es que yo a ésa santa nunca le he pedido” -“Bueno, pues repita conmigo: Santa Apolonia bendita,” -“Santa Apolonia bendita,” -”abogada de las muelas”, -”abogada de las muelas”, -”que no puedo comer pan”, -”que no puedo comer pan”. Dice el hombre: “¡Pues coma mierda puñetera!” La tía dijo que de tanto reír se le quitó el dolor.

Tras ella estaba Lola, simpática, elegante, con don de gentes y según Ernesto muy presumida. Tenía un espíritu emprendedor y aventurero. Puso un taller de costura en la casa, pues era modista titulada por unos cursos que hizo por correspondencia. Pronto consiguió tener mucha y buena clientela. Su sobrino Pablo vivió con frecuencia a su costa, porque a éste no le gustaba demasiado trabajar.

De las primeras anécdotas de su vida que recordaba Ernesto, es que estando él en casa de su tía Lola, llegó una señora a probarse un vestido y él, niño de tres años, le dijo al

verla muy bigotuda: “señora, es usted muy guapa, pero... ¡qué bigote tiene!” La tía no sabía donde meterse.

Una clienta argentina muy rica, le propuso a la tía Lola que fuera su señorita de compañía ó institutriz. Ella aceptó y se la llevó a viajar por el mundo. Entre los sitios que visitaron, no podía faltar Lisieux, pues Santa Theresita del Niño Jesús que acababa de ser canonizada, era la santa de moda y todos querían ir allí. La tía Lola se convirtió en una admiradora de Theresita y gracias a ella Ernesto conocería a nuestra patrona cuando volvió a Sevilla a hacer su primera comunión, pues Lola trajo un montón de libros y estampas de la santa, entre ellas una muy grande, pintada por Celina, que regaló a la parroquia del Sagrario y más tarde pusieron en la Parroquia del Salvador.

A Lola le seguía un varón, Paco, era fuerte y con buena musculatura. Se especializó en soldadura autógena, llegando a ser uno de los mejores maestros soldadores de la empresa. Ernesto cuenta que un día llegó un hombre a la casa preguntando: “¿Aquí vive er tío ca sorda?” Y desde entonces se quedó con “er tío casorda”. Se casó con una muchacha de Morón llamada Magdalena Paz, que tenía un quiosquillo en la puerta de Santa Marina. Paco enfermó de tisis y murió relativamente joven. Tuvieron cinco hijos: Diego, Antonio, Paco, Pepita y Carmelita. Estas primas, Pepita y Carmelita, junto a una señora amiga, Pepa, al recibir llamadas de teléfono de Ernesto, que decía que estaban muy solitas, vinieron desde Sevilla a visitarnos varias veces cargadas de regalos. Y Paco fue el primo, que cita Ernesto, que junto con otros jóvenes, se reunieron con él después de su primera Misa, en el año 1956.

Elena era la quinta hermana. Era pequeña de estatura, físicamente endeble, pero de fuerte carácter y algo tozuda,

morena y bonita de cara. Se hizo cargo del taller cuando Lola se fue a viajar.

Yo conocí a Elena, a Pepa y al hermano más pequeño, Antonio, en los viajes a Sevilla en Semana Santa, allá por los años 70. El Padre, que así es cómo lo llamaba yo entonces, y de usted, iba siempre a visitarlos con los que íbamos con él, y Pepa y Elena nos invitaban a una copita y embutidos que tendrían guardados para estas ocasiones, porque ellas no lo comían, ni de eso ni de casi nada, sobre todo Elena que comía poquísimo y siempre le estaban regañando. Nunca se sentaba a la mesa. En una ocasión en la que fueron su sobrino Carlos y su mujer Anita a comer con ellos, le insistían para que se sentara a comer con todos, pero ella dijo: “Ya he comido en la cocina, me he comido la sesada de una pescada”.

Después venía Mercedes, la madre de Ernesto, y que ya cuando la conocimos la llamábamos Doña Mercedes. Nació el siete de abril del año 1900, por lo que al ir con el siglo, su edad era fácil de recordar y como los demás hermanos fue en Morón de la Frontera. Aunque de mediana estatura, tenía buen tipo y unos bellos ojos garzos, que heredó Ernesto, y que destacaban en su bonita cara, y hacían de ella una mujer muy guapa. Además tenía una gran moral. No estuvo mucho tiempo en el colegio, pero muy aficionada a la lectura (ella decía que leía todo lo que caía en sus manos) y dotada con clara inteligencia, pronto consiguió una aceptable cultura.

Aprendió y practicó el oficio de modista, al principio con su hermana Lola. Como no se llevaban bien por ser la mayor muy dominante, terminó el aprendizaje con otra modista de Sevilla y después trabajó por su cuenta, como costurera fina, en las casa de las señoras que la requerían. Así consiguió buenas relaciones. Estuvo trabajando con la condesa de Ibarra, con los Borbollas y otras familias, y siempre fue querida y respetada.

Además, ella me contaba que había aprendido a cocinar los exquisitos platos que comíamos en la fraternidad, por el cocinero de uno de los marqueses donde estuvo cosiendo y de verdad que los guisos de Doña Mercedes eran difíciles de superar. Y algo que habrá visto desde el cielo le llenaría de orgullo, y es que los mismísimos reyes de España y por supuesto el príncipe y las infantas, han comido con sus recetas.

La explicación es la siguiente: Una chica de MIES, que había vivido con nosotros en fraternidad, fue a trabajar como persona de confianza, antes de su separación matrimonial, con los Duques de Lugo, como nurse de Juan Froilán y algunas veces también tenía que prepararles la comida y me pidió que le mandara las recetas que yo había ido escribiendo dictadas por Doña Mercedes, las más, y otras que se hacían en mi familia. Enseguida le mandé fotocopias de todas, con lo cual muchas comidas, o por lo menos algunas, han tomado con el sabor del arte de la madre de Ernesto.

A Mercedes le seguía Rosarito, que murió siendo niña, y Carmen, que por ser la pequeña fue la que se quedó ayudando a su madre hasta que se casó. Lo hizo con un buen hombre, Sebastián Bando, ya viudo pero sin hijos. En el matrimonio tuvieron dos: Carmelita y Sebastián. A Carmelita la llamaba Ernesto por teléfono con mucha frecuencia en los últimos años y la admiraba por lo sufrida que era con las catorce hernias discales que tenía y tiene actualmente. Sebastián se hizo cura y Ernesto decía que “era un cura como debe ser”.

El más pequeño de los hermanos era Antonio. Estudió en el Colegio de los Salesianos. Destacó muy pronto como dibujante y en fotografía. Según Ernesto, era el iniciador de la saga de artistas de la familia. De él habían heredado, su hermana, los sobrinos y él mismo, las dotes para el dibujo y pintura. Después de licenciarse, se incorporó a un mundo de artistas y

bohemos. Frecuentaba el ateneo sevillano, se hizo amigo de poetas como Alberti, Neruda y de Parrilla el pintor, por esto y porque era un hombre atrayente, alto y guapo, triunfó en plena juventud en una ciudad como Sevilla.

En la fraternidad, cuando vivía Doña Mercedes, teníamos puesto un cuadro con la fotografía de joven, de su hermano. La fotografía era estupenda y él tan guapo que una amiga mía, Dolores M^a, decía que se había enamorado de él.

La primera vez que fui con Diego Ernesto a visitar a sus tíos, al piso donde vivían en Triana, me advirtió: “No te asustes cuando veas los cuadros de mi tío, tiene un estilo diferente al mío”. ¡Y tan distinto! Aparte de la ambientación exótica de los cuadros, había desnudos por toda la casa. Menos mal que me lo dijo, pero así y todo, me sentía cortada. (Entonces era yo muy jovencita).

Cuando fue a la ciudad una misión cultural de los Estados Unidos, para fotografiar los documentos existentes en el Museo de Indias, lo contrataron a él para realizar ese trabajo pagándole un buen sueldo en dólares. Prueba de ello es el siguiente documento, investigado por un amigo de la familia:

*"Esta calavera me la regaló mi amigo Ismael Pozo,
eminente escritor peruano, estuvo expuesta en el
Pabellón de Perú durante la Exposición Iberoamericana
y procede del Cusco, con una antigüedad de más de
2.000 años. Y para que conste lo firmo en
Sevilla a 20 de febrero de 1931.
Antonio Plata Olmedo, artista-pintor",*

Reza dicha inscripción. (Con información de EFE)

Entonces se independizó y montó un estudio fotográfico, por lo que en la casa quedaba una habitación libre.

Esa habitación se la alquilaron a una señora viuda con un hijo soltero. Se trataba de Doña Juana Carballo Fito, la abuela de Ernesto y Andrés, su padre.

Y aquí comienzo a hablar de la familia paterna de Diego Ernesto.

La abuela, Juana, era de Alosno, un pueblo de la provincia de Huelva cercano a Portugal, por eso Ernesto recuerda a la abuela hablando en portugués. Su padre, Don Juan Carballo Topete, era médico y ejercía su profesión en ese pueblo y en los alrededores, toda zona minera. Tenía tres hijas y un hijo, Antonio, que ingresó en el Ejército y tomó parte en la guerra de Cuba. Las otras dos hermanas de Juana, se casaron con técnicos de las minas de Riotinto.

Juana además de guapa, era una muchacha instruida, hablaba dos idiomas y quiso estudiar medicina, como su padre, pero para aquella época era impensable que una mujer estudiara una carrera, por lo que sólo adquirió algunos conocimientos. Se enamoró de ella un británico de Gales que según lo que me contaba Ernesto y certificado por la partida de bautismo de éste, había nacido, parece que accidentalmente, en Rusia. Se llamaba Eduardo Wilson Frayberg y era jefe de un equipo de carpinteros especializados en la construcción de muelles de carga. Tras bautizarse en el rito católico, se casaron en el año 1.886, se fueron a vivir a Huelva, donde se estaba construyendo un gran muelle para la carga del mineral de cobre que se extraía en Riotinto.

El abuelo Eduardo era muy fuerte. Según la abuela, una vez de broma, levantó con los dientes una mesa en la que estaban

merendando, con todo lo que tenía encima. También contaba que con los brazos extendidos en cruz se le colgaban sus dos hermanas sin conseguir bajárselos. No era muy alto, sus ojos eran azules, sus facciones correctas y su aspecto agradable y viril. Al año de casados tuvieron su único hijo, lo cual dio ocasión para que Eduardo hiciera otra demostración de su fuerza, ya que cuando su mujer de improviso se puso de parto, él la llevó en brazos corriendo 3 km. la distancia que separaba su casa de la clínica del médico. Bautizaron al niño con el nombre de Andrés.

A los cinco años de casados, el Sr. Wilson marchó a Inglaterra para ver a su familia, según dijo él, pero no volvió más, no sabemos por qué.

Juana se fue con su padre y seis años después, teniendo noticias de la muerte de su marido, volvió a casarse, esta vez con un contable de las minas de la Peña, de las que eran dueños los alemanes, se llamaba Federico Von Kingerd. Andrés siempre lo llamó “tío”.

Andrés aprendió a tocar la guitarra, estuvo en varias rondallas y lo pasaba divinamente. No obstante, a los dieciséis años empezó a trabajar de aprendiz en Riotinto, después de ir a la escuela. Tuvo varias novias y se libró de servir al Rey por ser hijo único de viuda.

Pero a Von Kingerd lo mandó la Compañía donde trabajaba a explotar unas minas de plata en Mapimí, en la República de México, cosa que él aceptó encantado pues era aventurero y muy ambicioso. Lo enviaron como jefe administrativo. Vendió todo lo que tenía en España y acompañado de su mujer e hijo se embarcó en Cádiz rumbo a América. Era el año 1907.

Andrés estudió durante cuatro años por correspondencia en una Escuela Técnica Norteamericana, hasta conseguir la titulación de Técnico Electricista, por lo que trabajó en la

central eléctrica que alimentaba las minas, en lugar del puesto de listero que tenía antes de hacer los estudios, lo cual le salvó la vida. Y es que a Andrés por su desmedida afición a la música y que no se le daban bien los idiomas, no hablaba bien ni el inglés ni el alemán, no podía relacionarse con la clase dirigente de la mina, todos extranjeros y a los que odiaban los trabajadores indígenas.

Sus amigos fueron muchachos mexicanos de su edad, casi todos compañeros de trabajo en la central térmica. Intimó con uno, Juanito, al que le gustaba mucho la música y Andrés le enseñó a tocar la guitarra. Además de la guitarra, Andrés tocaba también la bandurria y el laúd, así que formaron una concertina con otros jóvenes para divertirse y relacionarse. Por ellos se enteró del aborrecimiento que sentía el pueblo mexicano de clase media hacia los extranjeros, a los que acusaban de robarles los puestos de trabajo y del odio feroz que les tenían los peones a los que se les pagaba poco. Andrés comunicó a su madre y padrastro lo que sabía pero éste no quiso abandonar el país por no estar bien informado del peligro que corrían y por no dejar un puesto en el que ganaba bastante dinero. Juanito desapareció del pueblo y de la mina sin despedirse, al igual que muchos.

En las elecciones mexicanas, salió elegido Francisco Madero y formó un gobierno que se enemistó con la Iglesia, con los campesinos, con los Estados Unidos y con el Ejército. Por eso Emiliano Zapata, un caudillo campesino, dio a conocer su famoso “Plan Agrario” y el 28-11-1911 se lanzó a la lucha armada. Pero Von Kingerd se atrevía a seguir, confiaba en que los Estados Unidos intervendrían. Hasta que no fueron asesinados el presidente y el vicepresidente y se unieron todos los revolucionarios, no comprendió el alemán el odio del pueblo hacia los extranjeros.

Una mañana de agosto de 1914, la vanguardia del ejército de Pancho Villa, apareció en la mina y mataron a Federico Von Kingerd, el único directivo de la compañía minera que se había quedado. Andrés pensó que también lo matarían, pero con los de Pancho Villa y convertido en un jefe, venía su amigo Juanito, el que enseñó a tocar la guitarra y éste lo salvó. Aunque destrozaron y robaron todas sus pertenencias, respetaron su vida y la de su madre. Lo único que pudieron salvar, fue una especie de corsé que el alemán había hecho para su mujer, donde guardó una considerable cantidad de pesos de oro.

Juanito, el ángel salvador del padre de Ernesto y de su abuela, le consiguió un salvoconducto firmado por el mismo Pancho Villa, a nombre de Andrés Carballo Fito, que viajaba con su hermana mayor, pues era peligroso el apellido “Wilson”. También tenían una cédula con sus verdaderos nombres.

Hasta llegar a España pasaron toda clase de penalidades y privaciones y después de desembarcar en Cádiz marcharon a Córdoba donde vivía el hermano de la abuela Juana, Antonio Carballo Fito, capitán de infantería, y se alojaron con él.

Al cabo de varios años de trabajo por Córdoba y Fuente de Cantos, Andrés Wilson tenía ya 33 años. Estaba cansado de no tener casa fija y pensaba prosperar en la “reparación del automóvil”, algo nuevo en la España de la época. Hizo un curso por correspondencia de Técnico Electricista en Vehículos de Tracción Mecánica y un primo suyo, Antonio Ontiveros, que vivía en Sevilla, lo relacionó con un propietario de un garaje y taller de automóviles de la ciudad, que necesitaba un experto en electricidad, pero pronto se estableció por su cuenta. Él prefería ser “cabeza de ratón a cola de león”.

Entonces Andrés y su madre alquilaron una habitación en la casa de la abuela Pepa, en la calle Feria y allí se conocieron Mercedes y Andrés, los padres de nuestro querido Ernesto y de sus hermanos.

Andrés se enamoró de Merceditas en cuanto la vio. Era una jovencita preciosa a la que él superaba en 13 años. Andrés era un hombre bien plantado y simpático, tocaba la guitarra y galanteaba bien, pero a Merceditas que tenía 22 años, al principio le parecía mayor. Más adelante y con el trato empezó a gustarle, entonces el padre de ella lo puso en la calle porque no quería amoríos dentro de su casa y mientras no fueran marido y mujer no podrían vivir allí.

Cuando ella le dijo que sí, Andrés alquiló un piso en calle Relator y Mercedes se hizo el ajuar en un año.

Se casaron en la Parroquia de Omnium Sanctorum y fueron de viaje de novios a Cádiz.

La abuela Juana se fue a vivir con ellos.

II. PRIMEROS AÑOS DE NIÑEZ

El padre de Ernesto, Andrés, era un hombre muy bueno y sensible, hasta lloraba oyendo música, pero tenía un genio grandísimo, sobre todo cuando se creía atacado u ofendido de alguna forma. Encima del piso donde vivía con su mujer y su madre, habitaba el dueño del edificio. Un día empezó a calarse el agua desde arriba a su cocina. Le dieron al dueño varios avisos, pero como no ponían remedio, una noche se dedicó Andrés a echar cubos de agua por debajo de la puerta de su casero, además de aporrearla con un grueso palo. Ernesto y sus hermanos nos contaban con mucha gracia las anécdotas de su padre y nos moríamos de risa, máxime que no se podían esperar estas cosas de un caballero tan fino y tan distinguido como era Andrés Wilson, al que muchos de nosotros conocimos.

Como es de suponer, se mudaron, esta vez a la calle San Lorenzo. Al año de estar casados, habían tenido un hijo que murió al nacer y ya en este nuevo domicilio, el 24 de agosto de 1927, nació su segundo hijo al que pusieron el nombre de Carlos.

A los dos años se mudaron de nuevo, a una casa de la calle Beca, del mismo barrio de San Lorenzo. Y fue en esta casa, el lunes 10 de junio de 1929 donde nació Diego Ernesto. Aunque ahora es un bloque de pisos más grande, él nos llevaba a ver el sitio donde nació y se alegraba de que hubiera sido en un barrio humilde.

A principios de 1929, se había inaugurado en Sevilla la Exposición Ibero-Americana y Mercedes con su familia, había estado visitando el zoológico. Cuando nació Ernesto y se lo presentaron a su madre, contaba ésta que lo primero que exclamó fue: “¡Ay! ¡Por Dios! ¡El mono de la “Expo”!” por lo peludo que era el niño.

Un día, paseando en barca por el canal de la Plaza de España, Mercedes, la tía Lola y una prima, con Andrés, éste creyó que un hombre que iba en otra barca, las miraba demasiado y ni corto ni perezoso, le volcó la barca y lo tiró al agua, y es que Andrés tenía unos celos enfermizos con los que hizo sufrir mucho a su mujer.

La abuela Pepa, al igual que todas sus hijas, eran buenas católicas practicantes, pero el padre de Ernesto no era creyente, por lo que Mercedes, **el martes 16** de julio, día de la Virgen del Carmen, llevó a bautizar al niño poniéndole el nombre de Diego, igual que el abuelo y se le añadió “De la Santísima Trinidad”. Fue en la Parroquia de San Lorenzo. Allí estaba la imagen de Jesús del Gran Poder, que años más tarde significaría mucho para Ernesto y la Virgen de la Soledad, que

como él decía era la primera imagen de la Virgen que habían mirado sus ojos, aunque no se acordara.

Ya cuando estaba en el vientre de su madre, ésta se lo ofreció a la Virgen de los Desamparados, imagen que realiza Manuel Galiano Delgado el mismo año del nacimiento de Ernesto y que está en la Parroquia de San Esteban.

Ernesto le tuvo mucho cariño a esta Virgen porque decía que tenía su misma edad y bajo su advocación le encomendaba a los niños desamparados, pidiéndole también que todos los Mies viviéramos alegres el abandono, como Cristo en la cruz.

Andrés que no sabía nada de lo del bautizo, llamaba al niño: Ernesto, como a él le gustaba y Mercedes, para no delatarse y agradar a su marido, también le decía Ernesto. Influyó también en ella, una obra teatral: “La importancia de llamarse Ernesto” de Oscar Wilde, con lo que le gustó aún más el nombre de Ernesto y así lo nombró siempre, ella y toda la familia, con los apodos de “Ernest”, “Ernestuki”, como le decía Fina, aún después de hacerse público lo del bautizo.

En el carné de identidad del Padre figura sólo el nombre de Diego, como en la partida de bautismo y celebraba su santo el 13 de noviembre, festividad de San Diego de Alcalá, pero por los años setenta, leyendo la vida del beato Fray Diego José de Cádiz, apóstol de Andalucía, le entusiasmó tanto su celo apostólico y su humildad, que quiso ponerse bajo su protección y cambió la festividad de su santo al 22 de Mayo. Nos repetía mucho esta triple meta de Fray Diego: quería ser capuchino, misionero y santo, cambiando lo de capuchino por Misionero de la Esperanza.

Y no fue hasta el año 2002, cuando se dio cuenta de que la festividad del beato no era el 22 de mayo, sino el 24 de marzo y de otro aspecto más importante: que Fray Diego era demasiado moralista e intransigente, por lo que medio se arrepintió de

haberse cambiado de santo. No obstante decía: “Este fraile barbudo era un hombre con la mentalidad de su tiempo”

Él, en una época, dijo que le llamáramos Diego Ernesto, uniendo su verdadero nombre con el que le habían nombrado toda su vida.

Algunos Mies hasta les pusieron este nombre a sus hijos, aunque los últimos años prefería que le dijéramos Ernesto, como él decía que le llamaban en su casa. Pero a decir verdad, estaba tan desprendido de todo que decía: “Me da igual como me llaméis, a mí me gusta Ernesto y de “tu”, pero si me queréis llamar “padre”, ó Diego Ernesto, ó de “usted”, pues muy bien, como os guste a vosotros más.”

Estando Mercedes otra vez embarazada, se mudaron a una casa en calle Morera, entre el barrio de Capuchinos y la Macarena, y allí dio a luz a una preciosa niña, Josefina, nombre que le encantaba a su madre y que con pena luego veía como se acortaba, llamándola mucha gente “Fina”. El tío Antonio, que por entonces se había echado una novia, Carmela, le hizo muchas fotografías y decía que esa niña tenía que ser artista de cine.

Políticamente, España estaba revuelta. El gobierno de Azaña había caído y disuelto el Parlamento. Aunque las mujeres de la familia se confesaban monárquicas, los hombres eran republicanos, menos el militar Antonio Carballo.

Muchos de los clientes abandonaron a Andrés y cómo la situación económica era insostenible, pensó en trasladarse a Málaga, pues había trabado relación con un tal Rafael Machuca, hombre muy adinerado y que había hecho la patente de la marca “Chevrolet”, automóviles americanos y había instalado en Málaga una sucursal. Le propuso a Andrés trabajar a medias con él en el taller eléctrico.

Andrés, aceptó y en diciembre comunicó a su esposa que fuera desmontando la casa, ya que el 18 iría un camión de los llamados pescaderos, que llevaban pescado de Málaga y volvían con cualquier carga para abaratar los portes y trasladaría los muebles y enseres.

Estuvieron unos días en casa de la abuela y un sábado por la mañana tomaron el tren. Según Carlos, parecía que se marchaban al otro mundo, por los llantos y pañuelos de adiós en la estación. El viaje duró 8 horas. Almorzaron en Bobadilla, donde estuvieron hora y media y llegaron a Málaga a las cinco de la tarde. Andrés los estaba esperando con el taxi de un amigo, y fueron a la casa que ya había preparado en calle Panaderos nº 24, en el centro de la ciudad y a menos de 100 metros del taller, ubicado en un local de la plaza “Hoyo de Esparteros”.

Aquella misma tarde, la del 22 de diciembre de 1933, los llevó su padre a ver el mar.

Ernesto tenía 4 años cuando vino a Málaga con su familia.

Las Navidades las pasaron por tanto en Málaga, contentos de estar juntos, pero añorando Mercedes su familia y su Sevilla.

Andrés trabajaba mucho en el taller y regresaba tarde a la casa pues enseñaba a varios hombres que habían contratado para especializarse en materias distintas del automóvil, lo que consiguió pronto.

Los domingos salían a pasear los padres con los tres hijos, por la mañana al parque o al puerto, por la tarde se sentaban en un café de calle Larios, para ver pasar a la gente. La abuela Juana no salía porque tenía reuma y le dolían las piernas. Y me contaba Doña Mercedes, que si el marido le decía que iban a salir a las cinco de la tarde, tenía que ser a las cinco de la tarde, ni un minuto más tarde, porque Andrés llevaba en los genes, la

puntualidad inglesa, cosa que también heredó de él, como otras muchas, su hijo Ernesto, aunque en los últimos años también venció esta rigidez.

Como Sevilla no tiene mar, era la novedad más grande el bañarse, por lo que ya por el mes de abril, Andrés y Mercedes, llevaron a sus tres hijos a las playas del Palo y cuenta Ernesto que Carlos y Fina enseguida se metieron en el agua, pero que a él no hubo manera de ponerle el bañador. Salió corriendo y aquella tarde se libró de bañarse y le cogió mucho miedo al mar. Y él mismo dice: “Hay que ver la ocurrencia de mis padres, llevarnos ya oscureciendo a la playa, pues de ver el mar tan grande y oscuro, le cobré un pánico grandísimo”.

En vista de que no había manera de bañar al niño, echaron mano de un bañista. Los bañistas eran hombres a los que se les pagaba, para ayudar a las personas que tenían miedo al agua, o no sabían nadar y los iban enseñando.

El que contrataron para ayudar a Ernesto, estaba un poco calvo, pero éste cuenta que no le quedó ni un pelo al bañista, porque se agarró a su cabeza y a los pocos pelos que tenía. El hombre gritaba a la madre: ¡“Quíteme usted esta fiera de encima!””. Lo bañó pero en contra de la voluntad de Ernesto y tragó mucha agua, lo que hizo que le cogiera más miedo todavía.

Quién le quitó relativamente el miedo, fue Basilisa, unos años más tarde.

Por Carvajal, cerca de Fuengirola, pasaron la familia de Andrés algunos veranos, en una casita cercana a la playa y al campo. Hoy día, aunque existen los mismos lugares, están totalmente diferentes, por las urbanizaciones, los restaurantes etc. En frente, había y hay, como es natural, una gran roca, llamada “Piedra Povera”.

La casita en la que veraneaban, no tenía como muchas de la época, cuarto de baño, así que la gran piedra era la sustituta para realizar las necesidades básicas. Como Ernesto refería esto con frecuencia, un día de julio de 2002, en uno de nuestros paseos dominicales, nos lanzamos los dos a buscarla y la encontramos al final de lo que es ahora “El Paseo Marítimo de Fuengirola”. Sí, allí estaba, parecía que no había pasado el tiempo, aunque Ernesto la veía más pequeña que cuando era niño y se partía de risa contándome para lo que les servía. Nos hicimos fotos delante de la “Piedra” y mientras descansamos tomando una tapita de tortilla de patatas en el Restaurante con el mismo nombre de ella, me contaba lo de Basilisa.

Mercedes se había quedado muy delgada pues Finita había estado mucho tiempo mamando y comía poco. Sentía también la falta de sus amigas y hermanas. Con su suegra, Doña Juana, conversaba poco, así que su marido la llevó al Doctor Ayuso que le recomendó sol, alimentarse y ponerse unas inyecciones de calcio. Eso de comer poco ha sido siempre habitual en ella.

Años más tarde, cuando vivíamos en fraternidad, era siempre la que servía la comida en la mesa y generalmente decíamos: “ya, ya, Doña Mercedes”. Pero nada, nos echaba el plato hasta arriba. Ahora, cuando se servía por último ella, no comía, sólo probaba la comida. Al principio Ernesto le increpaba para que comiera y todos le decíamos algo para estimularla a comer, pero el mismo Ernesto, dijo que era mejor dejarla y que comiera lo que quisiera, porque era contraproducente decirle nada. Aunque nosotros sí que nos teníamos que comer lo que ella nos servía, nos gustara ó no, pero cualquiera la convencía porque creía que era lo mejor para nosotros.

El 30 de mayo de 1934, Carlos hizo la Primera Comunión en la Parroquia de San Juan. Ernesto escribe: “Yo asistía a las

explicaciones que daba el sacerdote a mi hermano y a sus compañeros para la preparación de ésta y en una ocasión, preguntaba en las charlas: ¿Pero quién será tan grande como Dios?”. Yo creí que preguntaba a los niños y dije, poniéndome de pie con voz muy fuerte: “¡Nadie, Señor cura, nadie! Yo tenía cinco años. Cuando mi hermano comulgó, yo me alegré mucho, pero recuerdo que también sentí algo de envidia porque no había podido yo comulgar.”

En verano de 1934, vino a Málaga la tía Lola para pasar con la familia el mes de Agosto y eso hizo que Mercedes se recuperara un poco. Todos los días iban a bañarse al mar, en un autobús que los dejaba en los “Baños del Carmen”.

Antes de los baños, los niños tenían que ir a la barbería a pelarse y Ernesto contaba que el barbero le dijo una vez: “A ver, niño ¿de qué color es el caballo blanco de Santiago?”. Y él le contestó: “Amarillo y con pintitas verdes”. El barbero se quedó cortado. Ernesto comentaba: “Yo era un niño pero no tonto”.

A mediados de septiembre, después de mucho buscar una casa que fuera económica pero en la que entrara el sol, se mudó la familia a una situada en la calle Montaña número 19, que estaba empedrada y era muy tranquila, paralela a calle Álamos. Cuenta Ernesto que lo que llevaba él en la mano para ayudar en la mudanza, era un azucarero de aluminio.

Ernesto tenía cinco años por lo que empezó a ir al colegio, aunque como él me decía, ya sabía leer y escribir, pues su padre y el tío Antonio Carballo le habían enseñado. La escuela era una graduada que el Ayuntamiento había instalado en el antiguo “Cuartel de Caballería”, un viejo edificio situado en la Carrera de Capuchinos, que estaba a cien metros de la casa.

Era un colegio laico, en el que no había crucifijos en las aulas ni se daban clases de religión. El director se llamaba

Federico y era el tutor del primer grado, aula en la que estaba Ernesto. Su hermano Carlos, con siete años, estaba en el aula de Don Juan.

Ambos eran anticlericales como el resto de los maestros de la escuela, pero muy buenos profesionales y tenían mucho interés por todos sus alumnos. A veces los cuestionaban sobre la existencia de Dios y les decían: “Si existe Dios ¿por qué al decirle que nos de pan no nos lo da?”

Ernesto era el más pequeño del colegio y era la admiración de todos por lo bien que dibujaba y pintaba. Refiere su madre, que, con cinco años, en una tabla, pintó una Purísima con cal y añil, que se la tenía que enseñar a todas las visitas que llegaban a casa de la vecina, porque a ésta le había encantado.

También era muy enamorado. Una niña rubia con trenzas traía a todos los niños de calle y él cuenta que creía que la niña se fijaba en él.

El primer dinero que tuvo en su vida, fue una peseta que le dieron porque cantó una canción. Su hermana afirma que tenía una voz muy bonita. Él decía que tenía voz de trompeta. Lo cierto es que la tenía clara y potente y además en el Seminario la educaban para que se pronunciaran las homilías y charlas sin dañar la garganta.

Desde chico sabía lo que era estar enfermo. Tenía amígdalas infecciosas internas, que no descubrieron hasta que le dio un ataque tan fuerte en el Seminario, que lo dejó casi inválido y lo tuvieron que operar de urgencia. Éstas le producían fiebres reumáticas, que al no saber la causa, trataban con medicamentos que lejos de curarlo, le dañaban todavía más el corazón. A los cinco años tenía endocarditis y reuma, enfermedades que se fueron agravando en el transcurso de los años. Estas y otras más, serán una constante en su vida.

Faltaba a la escuela mucho por este motivo, que además le impedía jugar y correr como los demás niños porque se asfixiaba. A veces, según su hermano, lo tenían que llevar entre dos, para que pudiera ir de un sitio a otro. Se quedaba también sin asistir a clase porque contaba que le obligaban a escribir con otro tipo de letra. Para él era un martirio y faltaba siempre que podía.

Ernesto cuenta que nunca fue miedoso a diferencia de su hermano Carlos. A lo único que le tenía miedo era a los gigantes. Viendo una Cabalgata de Reyes Magos, a la edad de tres años, estando todavía en Sevilla, al ver los Gigantes y Cabezudos, su hermano le decía que se metiera en la casa, que no los viera. Él en su interior pensaba que era una tontería, pero aún así es lo que más le ha impresionado y con lo que ha tenido pesadillas.

La guerra civil española marcó a todos los que la vivieron aunque tuvieran pocos años y en Ernesto dejó una profunda huella, que en el aspecto positivo le influyó para el rechazo total de todas las guerras y en el posterior espíritu de no violencia que constituiría uno de los fines de la Obra que más tarde fundara.

Él mencionaba con horror las famosas patrullas, la quema de una anciana en la plaza Montañó, las huidas a la Iglesia de S. Felipe cuando sonaban las campanas anunciando el bombardeo de las tropas nacionales y que su madre ponía a rezar a derechistas y comunistas y la protección de la Virgen a su tío, el militar Antonio Carballo Fito, hermano de la abuela Juana, que estaba refugiado en la casa y al que milagrosamente nunca encontraron, aunque hicieron varios registros. “Recuerdo que yo ya tenía muchas imágenes de Jesús y de María pintadas por mí, y mi madre las tuvo que romper o esconder las mejorcitas, en un hueco de la buhardilla de la

escalera. Allí escondió todas las imágenes”. También una imagen de la Inmaculada que Mercedes tenía en la mesilla de noche y que la conserva Fina.

A diferencia de cómo se comportaban los humanos, en la casa de los Wilson- Plata, convivían amigablemente los siguientes animales: una gata llamada Fera y su hijo el gatito Pitipiti, un conejito blanco al que pusieron Julián, la perrita Cleo y una gaviota. La perrita Cleo está immortalizada en un cuadro pintado por Ernesto que representa a S. Felipe Neri rodeado de niños y la perrita Cleo. Afirmar todos los que vivieron en la casa que jamás hubo una pelea entre estas especies tan variopintas. A Ernesto y Fina le gustaban tanto los animales, que cuando veían uno abandonado por la calle, se lo llevaban, pero, claro, la madre los solía retornar a ella porque los habrían invadido.

Los niños se entretenían como podían. Carlos y Fina recortaban los muñecos y muñecas que Ernesto pintaba y los vestían con trajes de época también pintados por Ernesto, y asumían la personalidad de cada uno para jugar con ellos. También lo hacían con personajes imaginarios, unos “liliputienses”, que decían ellos que vivían dentro de la chimenea y a los que habían puesto nombres propios. Diego Ernesto, como era tan guasón, hablaba de un tal enanito Luis que existía de verdad y vivía en las montañas.

Sí, siempre ha sido guasón, pero ya desde tan pequeño su hermano afirma que tenía una personalidad muy fuerte y mucho genio. Éste cuenta que al darle una broma que no le hizo gracia, le tiró una plancha de juguete, pero de hierro, a la cabeza, y no lo mató de puro milagro. Atravesó un cristal del cierro y cayó a la calle.

Y referida por Carlos y contada muchas veces por Ernesto es la siguiente: durante una cena D. Andrés dijo de broma:-

“Mañana San Andrés y el que no tiene cochino mata a su mujer”. Ernesto, que adoraba a su madre, cogió el tenedor y se lo tiró a su padre, clavándoselo en la frente.

Por la Navidad, el Nacimiento lo hacía Ernesto pintando muñequitos en papel y recortándolos. Su madre llamaba “Giuseppe y Rebeca” a los pastorcillos que ponían más cerca del Portal, porque decía que así se llamaban los que habían llegado primero. Más adelante, su hermano le sugirió que hiciera las figuras de barro y así las modeló.

Cuando poníamos en la fraternidad el Belén, muchos años más tarde, él señalaba a dos pastores, los que estaban junto al Portal y decía que eran Giuseppe y Rebeca.

III. PRIMERA COMUNIÓN

El 20 de abril de 1937, Mercedes, sus tres hijos y la tía Pepa, que había pasado una temporada en Málaga, viajaron a Sevilla para estar con la familia y para que Ernesto hiciera la Primera Comunión. Andrés y el tío Antonio Carballo se tuvieron que quedar en Málaga por causa del trabajo.

Se alojaron en casa de la abuela Pepa que seguía viviendo en la calle Feria, cerca de la Macarena.

A Ernesto lo prepararon para la Comunión las monjas Carmelitas de un colegio que había en calle Pozo número 4, justo detrás de la Parroquia de San Gil, donde estaba la Macarena, pues todavía no estaba construida su Basílica.

También aparte de todo lo que su madre le había imbuido desde siempre, lo preparó la tía Pepa, que era la que tenía más formación de las hermanas Plata.

Esta tía Pepa fue la primera persona que le dijo a Ernesto que podría tener vocación de cura.

El colegio era de niñas, por lo que hicieron la Primera Comunión sólo niñas y Ernesto y un niño que había estado también en zona de guerra.

Las monjas lo prepararon bien en lo que cabe, aunque como el mismo Ernesto dice, con la mentalidad de temor al infierno, al demonio, a cometer pecados mortales... y sin embargo no le enseñaron lo que era consagrar el pan, porque para ensayar la ceremonia las monjas les dieron hostias sin consagrar, pero no lo explicaron con claridad y Ernesto la primera vez que hicieron el ensayo se creyó que ya era la Comunión.

Se extrañó mucho de que las monjas la dieran, porque entonces sólo lo hacían los curas, pero para él, es que ya había hecho la Comunión y le dio muchas gracias a Dios sintiéndolo dentro, aunque echaba de menos a su familia. Al exponer la hermana después que sólo era una preparación, Ernesto le dijo: “Pero hermana, si yo ya he hecho la Comunión”. En realidad para él había sido la Primera Comunión sin tenerla dentro, pero tenía el mismo sentimiento que si la hubiera hecho, lo que le impresionó muchísimo, porque se unió mucho al Señor.

El 30 de mayo de 1937, hizo Ernesto la Primera Comunión. Era, el mes de mayo, mes dedicado a María y el día de San Fernando, Patrono de Sevilla, que llevaba a la Virgen de los Reyes cuando entró en la ciudad. Puede que sean casualidades, dice él, pero todo tiene su sentido. Fue en el Colegio de las Carmelitas.

Iba vestido de marinero inglés y con una cruz en la mano. Los zapatos eran unas zapatillas de lona blanca, que le costaron a su madre 2 pesetas.

Este hecho de la Primera Comuni3n, tuvo muchas repercusiones en la vida de Ernesto, por lo que 3l quiere que se la considere como el comienzo de la Prehistoria de MIES, que abarca desde esta fecha del 30 de mayo del 37, hasta el 12 de octubre de 1956, primera Misa p3blica, que es cuando recibe la inspiraci3n de la Virgen de lo que ser3a MIES y empieza la Historia.

3l relata, c3mo aparece ya en esos momentos, su preocupaci3n por los ni1os, puesto que tanto el compa1ero que hac3a con 3l la Comuni3n, cuyo nombre era Gabriel y 3l mismo, se daban cuenta de la suerte que ten3an pudiendo hacerla y de la cantidad de chiquillos que hay traumatizados y destrozados por las guerras.

M3s adelante reflejar3a esta problem3tica, entre otras propias de los j3venes abandonados, en la novela: “No le pidas peras al olmo”.

Tan peque1os como eran se comprometieron a hacer algo por los ni1os. Ernesto plasm3 este deseo en una estampa de la Virgen. Como es natural, esto se le olvid3 a los pocos meses.

En esta Capilla donde hizo la comuni3n, es donde, despu3s de su primera Misa, en el a1o 56, tuvo la primera reuni3n con varios j3venes sevillanos, entre ellos su primo Paco Plata, en la que se comprometieron a ser misioneros de la Esperanza, aunque no con ese nombre, pero s3 con la idea y el esp3ritu de lo que ser3a despu3s MIES. Junto a la imagen de San Jos3, en el que m3s tarde se inspirar3a para descubrir la vida de perfecci3n de los casados Mies, se reunieron un tiempo, hasta que Ernesto regres3 a M3laga y el grupo se disolvi3.

Muchos Misioneros hemos visitado esta Capilla y Ernesto ha celebrado all3 la Eucarist3a en varias ocasiones.

Además, en este viaje a Sevilla con motivo de la Primera Comunión, sucedieron dos hechos muy importantes para la futura Obra de Misioneros de la Esperanza.

El primero es con relación a la Macarena.

Ernesto no la conocía, puesto que se habían trasladado a Málaga teniendo él cuatro años. Su madre, que era muy devota de Ella, igual que toda la familia, le hablaba continuamente de lo bonita que era.

La única fotografía que tenían de la Macarena era un almanaque azul plateado, con la imagen de la Virgen en relieve, que tenían colgado en la pared y ante él rezaban.

Como decía Ernesto: “Mi madre era creyente, pero no tenía gran formación religiosa, nos educó en la religión y en la fe enseñándonos desde muy pequeños a rezar. Los tres hijos rezábamos oraciones enseñadas por ella, por la mañana y por la noche. Yo todavía me acuerdo de aquellas oraciones y las rezo”.

Así les iba transmitiendo su madre el amor a María que como él seguía diciendo: “Mientras me cambiaba la ropita, siendo yo muy chico, mi madre repetía: “Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento y la pura Concepción de María etc.” Yo movía mis labios como queriendo imitarla. Eso se me iba metiendo muy dentro. Mi padre con algunas bromas en contra, nos dejaba hacer, porque por aquel entonces era ateo y atacaba a todos los que creían, sobre todo al clero”.

Por estar casi destruida la Parroquia de San Gil por causa de la guerra, la imagen de la Macarena se encontraba en la Universidad y hacia allí se dirigieron para verla Mercedes y su hijo. Pero no contaron con que la puerta estaba cerrada. Entonces, Ernesto, que tenía tantísimas ganas de ver a la

Virgen, se echó a llorar y le dijo a su madre que se iba a hincar de rodillas en la puerta para rezarle.

Pero de pronto se abrió ésta de par en par. Es que había venido un obispo hispano americano que quería ver la Macarena y celebrar allí Misa. Ellos estuvieron participando y a la salida, el Hermano Mayor de la Cofradía, que era amigo de la familia, los presentó al obispo y refiere Ernesto, que su madre, como hacen todas las madres, le estuvo contando que el niño quería mucho a la Virgen, que había estado llorando por no verla y éste le dijo: -“Pues yo le voy a pedir a la Virgen de la Esperanza, que un día seas misionero en América y puedas propagar su devoción”.

Esto sucedió el día 10 de Junio, cumpleaños de Ernesto, la primera vez que vio a la Macarena, once días después de su Primera Comunión.

La Macarena le impresionó muchísimo, así como las palabras del Obispo y le prometió a la Virgen que quería dedicar la vida a extender su devoción bajo este nombre de la Esperanza.

El segundo hecho importante que le aconteció en este viaje a Sevilla, fue el conocer a Theresita, pues como expuse en el primer capítulo, su tía Lola había traído de Lisieux estampas de ella, que le encantaron a Ernesto. Eran pinturas de Celina, hermana de la Santa, que la representaba más favorecida, porque creían, por entonces, que los santos tenían que tener un aspecto angelical.

Una grande, muy bonita, la regaló a la Parroquia del Sagrario. Ernesto fue varias veces con su madre a esta Iglesia a ver el cuadro, que le gustaba mucho y escuchaba al párroco, que era muy devoto de Theresita, hablar sobre la Infancia Espiritual. Estas ideas le fueron calando y después constituirían la base de nuestra espiritualidad.

Así pues, la preocupación por los niños, el deseo de ir a América, el haber conocido a la Macarena y a Theresita, suceden en estas fechas cercanas a su Primera Comunión.

IV. DESPUÉS DE LA PRIMERA COMUNIÓN.

El 25 de julio, Andrés tomó unas cortas vacaciones y se fue a Sevilla por la familia, por lo que regresaron a Málaga acompañados de la tía Lola y del primo Pablo, para pasar estos últimos el mes de agosto con ellos.

Iban a la playa y los hermanos de Ernesto se bañaban, pero él ya le **tenía** miedo al mar: “¡Mójate la cabeza, mójate la cabeza!” Le gritaban y él se echaba agua con las manos.

Para colmo, y no se sabe de dónde provenía, había la creencia de que caía mal el baño si no se daban tres zambullidas seguidas. Él cuenta que no le daba tiempo a respirar: “Una, dos y tres”. “¡Qué malo era eso!”, decía, y arañaba al que lo intentaba meter en el agua.

El 15 de septiembre, a Carlos y Ernesto, los matricularon en la Escuela Preparatoria de Bachiller, ubicada en el Pabellón de

dos plantas del jardín del Instituto Gaona, y tenía una salida por calle Cabello, junto a la puerta de la sacristía de San Felipe.

Los padres siempre quisieron que sus hijos estudiaran en colegios públicos y decían que la educación complementaria se la darían ellos.

El profesor era Don José Valles Primo, un buen maestro de su época, pero duro con los alumnos.

De los veintinueve, los hermanos Wilson ocupaban los últimos pupitres, pues se sentaban por orden alfabético. El compañero de Ernesto se llamaba Pepito Vallés, hijo del profesor. Se hicieron muy amigos por su común afición a la pintura.

Pero a finales de octubre, Ernesto al ser más pequeño y no haber suficientes plazas, por incorporarse dos niños, que por enfermedad, no se habían presentado a primeros de curso, tuvo que pasar ese año a otro colegio, el de D. Salvador, que estaba en la misma calle Montaña y al que también asistían él y sus hermanos durante las vacaciones.

Todo transcurría con normalidad en la familia. Ernesto escribe: “Mi madre era muy buena administradora y hacía toda la costura, pues era modista y también guisaba. Mi padre era un buen trabajador y no tenía ningún vicio. Fumaba, pero con gran fuerza de voluntad, se quitó un día radicalmente y jamás volvió a fumar.”

“Se querían mucho los esposos y estaban muy unidos, durante tantos años como vivieron juntos, desde 1925 a 1974. Lo único que les hacía sufrir a veces, eran los celos de mi padre, pero yo jamás vi una pelea entre ellos y crecí en un ambiente de amor y unión entre todos. Solamente teníamos un poco de dificultad con mi abuela Juana, madre de mi padre,

que vivió con nosotros hasta su muerte en 1938 y estaba ya con la cabeza desquiciada.”

Don Andrés seguía siendo a la vez que muy sensible y tierno, muy estricto. Voy a relatar como ejemplo de estas dos facetas, dos hechos contados por Ernesto.

En el Himno del rezo de Completas que dice “Como el niño que no sabe dormirse sin cogerse a la mano de su madre”, Ernesto siempre lo cambiaba y decía “de su padre”, porque era su padre el que le daba la mano para dormirse. Y lo contemplaba muy cerquita. Su mujer le decía: “Andrés, no le echés la baba al niño”

Por otro lado, tenía la opinión de que los niños no podían hablar en la mesa, que sólo lo hacían las personas mayores. Y un día, Ernesto observó, que una mosca se posó en el bocado que su padre se iba a meter en la boca: -“Papá, papá”, decía, -“Niño que te calles, que no se habla en la mesa”. Cuando terminaron de comer, Andrés le preguntó: -“¿Qué querías?”, -“Ya nada, ya te has tragado la mosca”.

A primeros de febrero, la familia decidió mudarse enfrente de donde vivían, al número 24, pues era una casa mejor, más grande y más soleada.

Ésta es la que hemos conocido los Misioneros más antiguos. Allí hemos tenido reuniones de lo que más tarde se llamaría “Spes” y luego vivieron varios muchachos en fraternidad.

Tenían muy buenos vecinos, algunos como los Malavé, llegaron a tratarse como familia y con una amistad que en la actualidad todavía perdura.

En esta casa ya no vivió la abuela Juana, pues murió de un derrame cerebral poco antes de la mudanza.

Una característica muy propia de la personalidad de Ernesto era el tener muy desarrollada la capacidad de atención y observación. Y así mismo, tanto para comer, como para escribir o pintar, era muy rápido y diligente, se ponía manos a la obra en cuanto que tenía que hacer alguna tarea.

Los hermanos se entretenían disfrazándose, haciendo teatro, sobre todo Ernesto y Fina, que se llevaban a las mil maravillas. Eran dos cuerpos y un alma de lo unidos que estaban.

Me cuenta ella, que si se quedaba en cama por alguna enfermedad propia de niños, Ernesto se quedaba a su lado haciéndole dibujos. En la pared de su cuarto, le pintó una cenefa con una historia inventada por él.

Jugaban lo mismo a ser misioneros y mártires, que a representar obras de teatro, como “El genio alegre”, de los hermanos Álvarez Quintero”, “La Plancha”, de Muñoz Seca o películas de Amparito Rivelles, o a cantar cuplés o canciones de las Zarzuelas.

Dice Ernesto: “Yo me inventaba cuentos de las películas que habíamos visto u obras de teatro. Un día representando “La pájara Pinta”, cuando llegaba Cupido para lanzar la flechita del amor, mi querida hermana se puso a dar grandes gritos y entonces mi padre, creyendo que nos íbamos a caer de donde estábamos subidos, nos bajó y nos pusimos a llorar. Carlos era el que llevaba siempre las de perder porque era mayor y se terminó yendo con sus amigos”.

Otra cosa que les entretenía mucho era hacer teatros de títeres, pintados y elaborados estos por Ernesto.

Ya Ernesto, realizaba también sus “pinitos” con la imaginaria.

La primera Virgen que modeló, la hizo plana, en barro, como un bajorrelieve. Al verla su madre tan bonita, fue a

enseñársela por el balcón, a la vecina que llamaban Doña “Eme”, de Emeteria, pero se le escapó de las manos y cayó al suelo haciéndose una plasta. Ernesto y Fina, me cuenta ella, se revolían de risa, pero Mercedes lloraba, al ver el desastre que había ocasionado.

Después, las modeló en forma de talla. Afortunadamente se conserva una foto de una de las Vírgenes de barro, que hizo con esta edad.

Los domingos, la familia solía ir a Misa de nueve a la Iglesia de San Felipe Neri y allí conocieron a unos muchachos de la Juventud de Acción Católica, que les propusieron ingresar como aspirantes de la rama infantil de esa organización.

Entre esos jóvenes estaba Guillermo Ortega, de quién después hablaré y el párroco era Don Luis Vera Ordás. Todos ellos realizaban una gran labor en el barrio.

Empezaron a asistir al “Círculo de Estudio” para aspirantes, los jueves a las ocho de la tarde, donde conocieron a bastantes niños que siguieron siendo sus amigos durante muchos años, entre ellos los hermanos Yagüe, Riera y Alfonso Rosales, amigo entrañable de Ernesto.

El párroco, conociendo las disposiciones artísticas que tenía, le dijo que pintase cuadros para esta parroquia y fueron seis los que realizó en los sucesivos años.

El primer cuadro que pintó para San Felipe, lo hizo con trece años, en 1942 y fue una maravillosa copia del “Cristo de Velázquez” que actualmente se encuentra en la parte trasera de la iglesia, sobre la puerta principal del templo.

Un año más tarde fue el de “San Felipe Neri” rodeado de niños y el de “Santa Isabel de Hungría” atendiendo a los enfermos, que continúan estando en la sacristía.

Pintó también otro que representa a “Santa María Micaela del Santísimo Sacramento” adorando a Jesús Eucaristía, está situado, según se entra, a la izquierda del templo.

En 1947, con dieciocho años, pintó la “Asunción de la Virgen”. Esta obra está también ubicada en la sacristía de la parroquia.

Y, por último, en este mismo año, pinta “el Arcángel San Rafael” que se sitúa en el templo, sobre la puerta de entrada de la sacristía.

Ante el Sagrario de esta iglesia de San Felipe Neri, pasaba Ernesto muchos ratos delante del Señor, haciendo oración, estando con Él.

V. LA VIRGEN DE ZAMARRILLA

Capítulo aparte merece lo referente a Santa María de la Amargura, llamada también de Zamarrilla, por la importancia que tuvo en la persona de Ernesto y en el futuro carisma Mies.

La imagen de la Virgen, al estar quemada su Ermita durante la guerra civil, primero la tuvo guardada un particular, que tenía una tienda de modas por el centro de Málaga, y además era el que la vestía. Más tarde, la llevaron a San Felipe, iglesia que ya había sido reparada y es donde Ernesto “la vio y se enamoró de Ella totalmente”.

No se podía dormir si no tenía una estampa de la Virgen de Zamarrilla debajo de la almohada y tocándola con la mano, así se quedaba dormido. Era por el 1937-38 y Ernesto tenía entre los 8 o 9 años.

La Virgen de Zamarrilla fue la imagen de su niñez, y a San Felipe iba todos los días a visitarla y a rezarle por los niños que sufrían tanto en la guerra.

La Virgen de su niñez y la que influye vivencialmente en él, pues siempre ha confesado que es la imagen que le daba más devoción, pues a la Macarena la veía como la expresión de amor del Espíritu Santo, como el rostro maternal de Dios. Años más tarde, a los pies de la Zamarrilla, se reuniría con los muchachos y empezaría a surgir las primeras ideas sobre los Misioneros de la Esperanza.

Un día, el Párroco Don Luis Vera, que lo veía rezando tanto, le preguntó: “¿Le tienes mucha devoción a esta Virgen?” - “Sí, pero también la admiro como escultura, porque me gusta el arte”. Entonces, lo llevó a ver la imagen que estaba haciendo Paco Palma, para acompañar a la Virgen, que era el Cristo de los Milagros. Al verlo sin dedos, pues todavía no se los habría hecho el escultor, en su mente infantil, lo asoció con el Cristo de los Mutilados, del que se hablaba mucho por esa época y se reafirmó en él el propósito de hacer algo por los niños abandonados:

“Dios mío, que yo haga todo lo posible por evitar las guerras, todo lo que pueda para que no haya más guerras en el mundo”

Lo que parece, es que en la Leyenda de Zamarrilla, tuvo Ernesto algo que ver. En clase le pidieron a los alumnos, que hicieran narraciones poéticas religiosas.

Ernesto estaba embobado con su Zamarrilla y procuraba enterarse de todo lo relacionado con Ella, basándose en datos reales, como es que existió un bandolero que se llamaba Zamarrilla, que se convirtió y se metió fraile capuchino en Antequera.

Inventó que el ladrón se refugió bajo el manto de la Virgen y que milagrosamente no lo vieron los guardias civiles que lo perseguían, pues el manto no lo cubría en su totalidad y para agradecérselo, prendió en el pecho de la Virgen con su puñal, una rosa blanca que le había regalado su novia y al hacerlo se volvió roja.

Don José Mayorga fue el que publicó la leyenda, partiendo del relato de Ernesto y enriqueciéndola con más pormenores.

Otro detalle, como dice Ernesto, también relacionado con la Virgen de la Amargura, fue la primera Semana Santa después de terminar la guerra en 1940.

La Virgen, como es lógico, no tenía todavía ni trono ni ropa. Entonces una señora de Málaga muy importante, Ángeles Rubio Argüelles, creadora en teatro, radio y literatura y Camarera de la Zamarrilla, le regaló un manto negro, pero estaba tan viejo, que al ponérselo se le rasgó todo y a Ernesto que estaba presenciando lo que pasaba, se le ocurrió una idea: “¿Por qué no ponéis en cada raja un clavel rojo y así no se ven los desperfectos?” y aunque sólo tenía once años, le hicieron caso porque vieron una solución.

Así salió la Virgen con un manto negro, pero todo lleno de claveles rojos, que le hacía parecer que era rojo como su verdadero manto.

A él, como es natural, le encantó que hubiera sido idea suya y dentro de su corazón le decía a María:

“Madre mía lo que yo quiero es quitarte esa amargura que Tú tienes, con mi cariño”.

La Virgen estuvo en San Felipe, hasta que regresó a su Ermita en 1942.

Años más tarde, Ernesto, ya sacerdote, volvió a encontrarse con su Virgen de la Zamarrilla, cuando lo mandan de coadjutor

a la parroquia Santa María de la Amargura. Allí estuvo once años, pero eso lo contaré cuando toque.

VI. SIGUIENTES AÑOS DE INFANCIA. 1938-40.

Desde mediados de septiembre, Ernesto empezó a estudiar en la Preparatoria del Instituto de calle Gaona, donde ya estaba su hermano. Fina iba al colegio de la Presentación, en la calle Mosquera.

Al tener las tardes libres, Andrés matriculó a los varones en la Escuela de Artes y Oficios para que aprendieran algo que les fuera útil en un futuro próximo. A Carlos en dibujo lineal y a Ernesto en dibujo artístico.

La escuela tenía un anexo en la calle Carretería, por lo que estaba muy cerca de su casa. Empezaron las clases a finales de noviembre, de siete a nueve de la noche. Ernesto destacó enseguida, los maestros, según Carlos, “venían para ver lo que dibujaba y se admiraban”.

Con la escultura “Las artes encadenadas”, le dieron el primer premio de la Escuela.

Andrés, iba todos los días a recoger a sus hijos, por la peligrosidad que había en las calles y las peleas que se originaban entre los niños. Y era curioso ver a un señor tan elegante, con corbata y sombrero, accesorios que siempre llevaba, hasta cuando iba a trabajar, corriendo y gritando detrás de los chiquillos que se peleaban. Él era así de impetuoso, y su manera de ser por poco le cuesta la vida, como relata Ernesto:

“Mi padre, que era republicano, al ver las atrocidades que cometían los que se decían ser tales, en el trabajo se ponía a hablar en contra de ellos y a denunciar las injusticias que veía. Por más que le advertían los amigos, que fuera prudente, era todo lo contrario, cada vez se indignaba más y así lo manifestaba. Como era de esperar, le decretaron la muerte, pero se salvó por un día, pues las tropas nacionales entraron en Málaga el 8 de Febrero y encontraron después en el cuartelillo de enfrente de la casa, la lista de los que iban a matar el día 9, entre ellos Andrés Wilson.”

Así pues, se hizo falangista, porque como sigue diciendo Ernesto, no sabía las cosas malas que también “habían hecho los de Franco.”

En abril de 1939, terminó la guerra civil española.

Los días de Semana Santa, los padres los llevaban todas las noches a ver las procesiones. Andrés lo hacía por complacer a su familia, pero Ernesto recuerda que cuando pasaba el “Cautivo” balanceándose con su túnica blanca, como si estuviese caminando, Andrés apretaba fuertemente la mano de Ernesto.

Desde que él me contó este hecho, yo siempre le pido cuando veo esta imagen de Cristo, que aumente nuestra fe, cómo se la iba infundiendo al padre de nuestro Ernesto.

Durante el día Ernesto, organizaba una procesión que desfilaba por la casa. Él hacía los tronitos con sus imágenes.

En el trabajo, las cosas le iban muy mal a Andrés. Se había peleado con Machuca, pues existían irregularidades en las cuentas y no habían hecho un contrato en regla. El socio tenía dinero y se buscó un abogado falangista, no así Andrés que sólo tenía amigos, no dinero.

A últimos de junio llegó a Málaga el tío Antonio Carballo, que les aconsejó descansar unos días en Carvajal, mientras se solucionaba el asunto. Estos días se convirtieron en tres meses.

En el autobús “Portillo” se dirigieron a la casa que estaba situada en el margen derecho de la carretera Málaga-Fuengirola, a unos tres kilómetros de Los Boliches.

Estaba regentada por un matrimonio campesino, Rafael y Basilisa. Los hermanos, refiriéndose a ella, decían: “Basilisa toda lisa por delante y por detrás”, porque era tan delgada como una tabla. Ernesto la pintó en papel guarro, no como era, sino como ella quería ser y se puso contentísima.

Y fue Basilisa, que se bañaba con un vestido recortado, la que los enseñó a nadar, allí, en esa preciosa playa junto a “la piedra Povera”, ya citada en otro capítulo.

Aunque fuera verano, hacían procesiones con sus tronos alrededor de la casa.

El día de la Virgen del Carmen, en una silla de neas, colocó un dibujo que él había hecho de esta Virgen y unas velas gordotas que eran más grandes que la Virgen y adelfas, que eran las flores que abundaban por los arroyos. Como si fuese un costalero, se encasquetó la silla en la cabeza. Fina detrás,

con una mantilla de papel y Carlos tocaba el tambor. Basilisa iba detrás con los chivos y Rafael cantaba saetas a la Virgen del Carmen en un flamenco muy particular.

El padre, que sólo iba los fines de semana, fue por ellos a finales de septiembre. Había perdido los pleitos y la fe en la justicia.

Le dieron un cajón con sus herramientas y siete mil pesetas, que representaban el sueldo de un año, así que con cincuenta y dos años y tres hijos pequeños aún, tenía que empezar de nuevo. Y con la ayuda de su mujer lo consiguió.

Mercedes, que era una buena modista, empezó a hacer ropa a medida, como se hacía en aquel tiempo. Buscó una aprendiz, Pepita, y pronto tuvo muchos encargos.

Andrés, mientras encontraba algo mejor, aceptó dar clases prácticas en el colegio San Bartolomé de los Salesianos, como maestro electricista del automóvil. Puesto que eran sólo tres horas por la tarde, le permitía hacer reparaciones particulares e ir ahorrando para montar un taller.

Ernesto lo acompañaba a menudo y fue su primer encuentro con María Auxiliadora, en la imagen de la Capilla de éste colegio y el oír hablar de San Juan Bosco.

También comparaba todo el cariño y cuidados que él tenía en su familia, con la falta de ellos que se veía en otros niños.

Uno de los dueños de Automóviles Portillo S A, Antonio Morales Portillo, amigo suyo, le habilitó un local dentro del gran garaje que tenía esa sociedad en la Malagueta. Allí dedicaba las mañanas a reparar los autobuses de la empresa, con eso ya trabajaba todo el día.

En el curso 39-40, Ernesto tuvo un excelente maestro, don Francisco Quero, del que guardaba muy buen recuerdo. Aprobó con unas notas excelentes.

Ya el siguiente, pasó de la Preparatoria al Instituto a estudiar primero de bachillerato.

Por aquellos años, sobrevino en Málaga, una epidemia de tifus, de la que no se libró Mercedes. Se puso tan enferma que pareció que se moría y de hecho estuvo a punto de morir.

Fina se enfermó del tifus y se lo contagió a su madre.

Esa enfermedad era peligrosísima pues entonces no existía la penicilina, todavía no la habían inventado.

Mercedes estaba delgadísima, no se podía mantener en pie. Se quedó completamente calva. Le dieron unas fiebres muy altas y no tenía casi pulsaciones.

Andrés fue a llamar por teléfono a casa de una vecina que tenía este aparato, a las hermanas de Mercedes a Sevilla, para decirles que se vinieran para el entierro. Familiares y vecinos rezaban llorando y velando a la que daban ya por muerta.

Por la calle pasaba una procesión llevando el Santísimo y cantaban: “Gloria a Cristo Jesús” Y en esto Mercedes se incorporó diciendo con un gran vozarrón: ¡“Esas son las calaveras del juicio! ¡Cantad todos!”

El susto fue morrocotudo, pues parecía que venía de ultratumba, y daba unos chillidos horrorosos diciendo disparates. Confundía los nombres de las personas y gritaba que quién le robaba las cosas del baúl, que quién se llevaba los tesoros.

En esto no estaba muy descaminada, pues las muchachas que iban a limpiar a las casas se llevaban todo lo que podían.

Andrés hizo una promesa si se curaba su esposa y como gracias a Dios fue así, salió en Semana Santa con una cruz, detrás del trono del Cristo de la Sangre de San Felipe.

El 20 de Junio de 1940, con 11 años de edad, Ernesto recibió el sacramento de la Confirmación de manos del entonces Obispo de Málaga Don Balbino Santos Olivera en la parroquia de San Felipe Neri.

VII. JUVENTUD HASTA LOS 18 AÑOS

Sobre esta etapa de la vida de Ernesto, llena de amigos, amores, estudios, relataré sucesos que él mismo contaba y que son propios de un joven de su edad.

Hasta su entrada en el Seminario, perteneció a la Juventud de Acción Católica de San Felipe Neri. Allí, en el salón, jugaban a las damas, al parchís, se hacían exposiciones de pintura, que según Alfonso Rosales desde la llegada de Ernesto, fue él el que las organizaba y el que presentaba más cuadros. También hacían excursiones y los sitios que más frecuentaban eran el Monte Coronado y el Peñón del Cuervo.

El Delegado de los Aspirantes era Guillermo Ortega, un joven que quería mucho a los niños y que los educaba con la táctica preventiva de no esperar a que cayeran en el fallo y castigarlos, sino antes de que sucediera los enseñaba y corregía. Ernesto, reiteradas veces afirma que este joven influyó mucho en él, y que este método de la Educación Preventiva se lo debe

a D. Manuel González y sobre todo a San Juan Bosco, pero él ya lo había vivido gracias a este magnífico responsable.

Él decía, que a pesar de que iba al Círculo de la Parroquia, era bastante mundano y no se le pasaba por la cabeza lo de “meterse a cura”. Esto último es así, pero en cuanto a lo primero, sabemos que Ernesto era un poquillo exagerado.

Aunque ya he expuesto en otros capítulos que no era lo suyo lo de bañarse en el mar, sí que le gustaba ir con sus amigos a la playa y un día se lo estaban pasando tan bien, que no se dio cuenta de la hora que era. Apareció colorado como un salmonete, iba con él Alfonso Rosales. Su padre lo esperaba en la puerta de la casa y le hizo subir a puntapiés por la escalera hasta llegar arriba. Pero para Ernesto lo peor y lo que más le dolía es que su madre decía: “Dale más fuerte, dale más fuerte”. Aquella noche se quedó sin cenar, aunque Mercedes, una vez pasado el sofocón, le llevó a la cama un vaso de leche.

Una niña lo traía de cabeza y aconsejado por su amigo Alfonso Rosales, se le declaró sin más. Pensaban que por ser primavera y con el olor del azahar, iba a favorecer el “sí”, pero la chica le dio una gran calabaza. Ernesto se fue al bar “El tiburón de plata” y se emborrachó. Su padre, al ver que no llegaba, fue a buscarlo y lo encontró meándose en la calle por el colocón que tenía. Lo llevó a su casa y lo tiró en la cama. Al despertarse al rato, cuando se le fue pasando el mareo, se sintió muy mal porque la niña le había dicho que no, su padre le había regañado... “Es de las veces que me he encontrado más desgraciado y más sólo”. Para colmo, su hermano Carlos, con el que compartía el cuarto, se encontraba haciendo las Milicias universitarias en Ronda, en Montejaque, y sigue diciendo, “Al mirar el cuadro de la Macarena le pedí a la Virgen: Sálvame, Virgen María, sálvame. Mi madre, muy de noche, entró en mi cuarto preocupada, pero yo le dije: mamá porque tú me

enseñaste a invocar a la Virgen de la Esperanza, me ha vuelto la alegría.

Como la niña estaba en el Instituto, un día al verla le saqué la lengua y ella se echó a reír. Después seguimos siendo amigos”

Ernesto tenía un amigo que se apellidaba Gil Pérez y que estaba enamorado de su bella hermana Fina, por lo que según cuenta él, todavía se hizo más amigo suyo y frecuentaba mucho la casa. A Finita, no le gustaba nada y los dos hermanos de guasa le cambiaban el orden del apellido y entre ellos le decían “Perejil”.

Un día, sentados en el balcón, pasó por la calle “Perejil” y Ernesto empezó a cantar una canción que estaba de moda y se escuchaba muchísimo en la radio y el estribillo decía: “Caballito volador, cruza la pampa ligero, que el lucero ya marcó, la horita de nuestra cita” Pero al llegar a “có” se puso a repetir a pleno pulmón: CÓ, COL, COL, COL. La gente se paraba y miraba hacia arriba, pero no veían quién gritaba, pues Ernesto lo hacía escondido detrás del cierro y Finita, avergonzada se fue a buscar a su madre, que ya acudía asustada ante los gritos. Cuenta Ernesto, que como en aquel tiempo iban por la calle los carros tirados por burros, uno se asustó y por poco sucede un percance. Doña Mercedes me decía: _ “Es que este niño siempre ha sido muy guasón.”

Cuando terminó el Bachillerato, sus padres le dijeron que tenía que estudiar una carrera y lo apuntaron en la de Comercio Mercantil, que equivale más o menos a lo que hoy es Económicas y con asignaturas llenas de números, los cuales nunca ha podido ver Ernesto. Andrés y Mercedes jamás lo supieron, pero bastantes veces no asistía a clase y se iba a las iglesias, sobre todo a la Catedral, porque estaba seguro de que

allí no lo iba a encontrar su padre. Además, prefería las imágenes a los libros de Comercio.

Lo que a él le gustaba era la pintura y escultura y aunque seguía en la Escuela de Bellas Artes, en aquel tiempo esta carrera no tenía mucho valor, por lo que no tuvo más remedio que complacer a sus padres.

En el año 1945 fue la primera vez que vio la Semana Santa de Sevilla. Lo primero que hizo al llegar fue ir a visitar a la Macarena con su primo Pablo y las cofradías e imágenes de esta ciudad le impactaron ya durante toda su vida.

Otras grandes aficiones de su juventud y en realidad de toda su vida, han sido la música y el cine.

Como en aquellos tiempos no todo el mundo tenía radio, Ernesto y Fina, iban por la calle parándose para escuchar la música que salía de las casas. Uno y otro, han contado este hecho con mucho cariño. Cuando la economía estuvo más desahogada, pudieron comprar el ansiado aparato.

Les encantaba la música clásica y la Zarzuela. Cuando alguna Compañía venía al Teatro Cervantes, la familia iba a ver la representación.

Casi todos los domingos iba al cine con Alfonso Rosales; le gustaban sobre todo los dramas y una película que les encantó, fue “Rebeca”, de Hitchcock. La vieron en el “Málaga Cinema”, cine que más frecuentaban, pues no era tan caro como el “Goya” o el “Principal”. Ya trataré más extensamente de esta afición suya en otro capítulo. Después daban un paseo por el centro.

Según su hermana Fina, dos niñas estaban muy enamoradas de Ernesto por los años que estudiaba Comercio. Las llamaban de broma España y Portugal, porque siempre iban juntas. Le

escribían cartas y se hacían las encontradizas para que Ernesto se fijara en ellas.

El amor platónico de Ernesto fue la actriz Amparito Rivelles. Veía todas sus películas, la pintaba y dibujaba. Una vez, le dejó en el parabrisas del coche, delante del Cervantes, dibujos de ella, hechos por él y una notita diciéndole: “Soy un admirador suyo, estaré sentado en la primera fila, míreme por favor”. “Pero no me miró”. No obstante él siguió siéndole fiel.

Otra de las “gamberradas” que contaba era la que hizo en la Feria, cuando ésta se ubicaba en la Avenida de Martiricos. Uno de sus amigos no quería pasar por el Real, pues decía que tenía el pelo alborotado (entonces los muchachos se peinaban muy repulidos). Ernesto les dijo: “Pues yo soy capaz de cruzar toda la Feria llevando un pedrusco”. Hoy día no causaría demasiada extrañeza, pero en esos años suponía hacer el ridículo. Y con una gran piedra y los compañeros detrás, atravesó la Feria y al llegar a los jardincillos donde está el Colegio “El Mapa”, la arrojó tras unos árboles, sin percatarse que allí estaban arrullándose una pareja de enamorados y ¡plaf! Por poco se mueren del susto, los novios y ellos.

Cuando nos hablaba de las salidas con sus amigos, decía: “Yo era muy mal bailaror, ¡le daba cada pisotón a la niñas!”

Por ésta época, la familia tenía lo que hoy se llama empleadas del hogar, puesto que Mercedes pasaba la mayor parte de su tiempo cosiendo como modista y tenía numerosa clientela. Ernesto nos hacía reír, contándonos hechos verídicos de una de estas señoras y las transcribo aquí como él nos las refería:

“Mi madre le dijo un día:” _Llégate al teatro Cervantes a ver qué ópera representan.” Era la de Lucía de Lammermoor del maestro Donizetti. La señora volvió diciendo: _ “Doña

Mercedes, están echando Lucía le lame el morro al maestro Donizetti.”

“Otro día, le encarga mi madre que vaya al zapatero y le pregunte si puede ponerle a los zapatos unos protectores, cosa muy corriente en esos años en los que se aprovechaba mucho el calzado. Pues vino muy enfadada diciéndole: ¿Usted por qué me manda estos recados tan raros?_ ¿Pero, qué le has dicho?, le preguntó mi madre, _si le pueden poner unos proyectiles”.

“Aún más gracioso fue que ella aseguraba que no se podía poner gafas porque se mareaba y nosotros le dijimos _Ponte estas gafas que te van a venir bien. En realidad era sólo la montura sin cristales. Al ponérsela empezó a decir ¡Ay, que me mareo, que me mareo!”

“Tenía bocio y nosotros le preguntábamos: “¿esto qué es?” y ella decía muy satisfecha: Es un saco de arena.”



*Abuelo Diego García-Plata, padre de Doña Mercedes.
Abuela Pepa Olmedo, madre de Doña Mercedes.
Abuela Juana Carballo, madre de Don Andrés.*



*D. Andrés Wilson Carballo, padre del P. Ernesto.
Doña Mercedes Plata Olmedo, madre del P. Ernesto.*



La tía Elena, la tía Pepa, Doña Mercedes y la tía Carmen.

El tío Antonio Plata, pintor.

La tía Lola, a través de la cual, el Padre conoció a Theresita.





*Boda de los
padres de
Diego
Ernesto.*

*Ernesto de
pequeño. Es
la primera
foto que se
conoce de él.*

*Los tres
hermanos.
Ernesto es el
del centro.*





Ernesto (a la derecha) y su hermano Carlos.

Carlos, Ernesto, Fina y la tía Lola paseando por Málaga.



En los Baños del Carmen. Carlos, Ernesto, Fina y su primo Pablo.



Primera Comunion de Ernesto. Sevilla 30 de mayo de 1937.



*Ernesto y su hermana Fina vestidos de flamenco.
Imagen de barro hecha por el Padre cuando era un niño.
Ernesto adolescente, en el puerto de Málaga.*





Con su amigo Alfonso Rosales, después sacerdote también, por calle Larios en 1940.

Año 1943. Ernesto pasea con sus padres por el Centro de Málaga. Con su grupo de San Felipe, en los Mártires. Año 1948. Ernesto sentado en el escalón, el primero por la derecha.





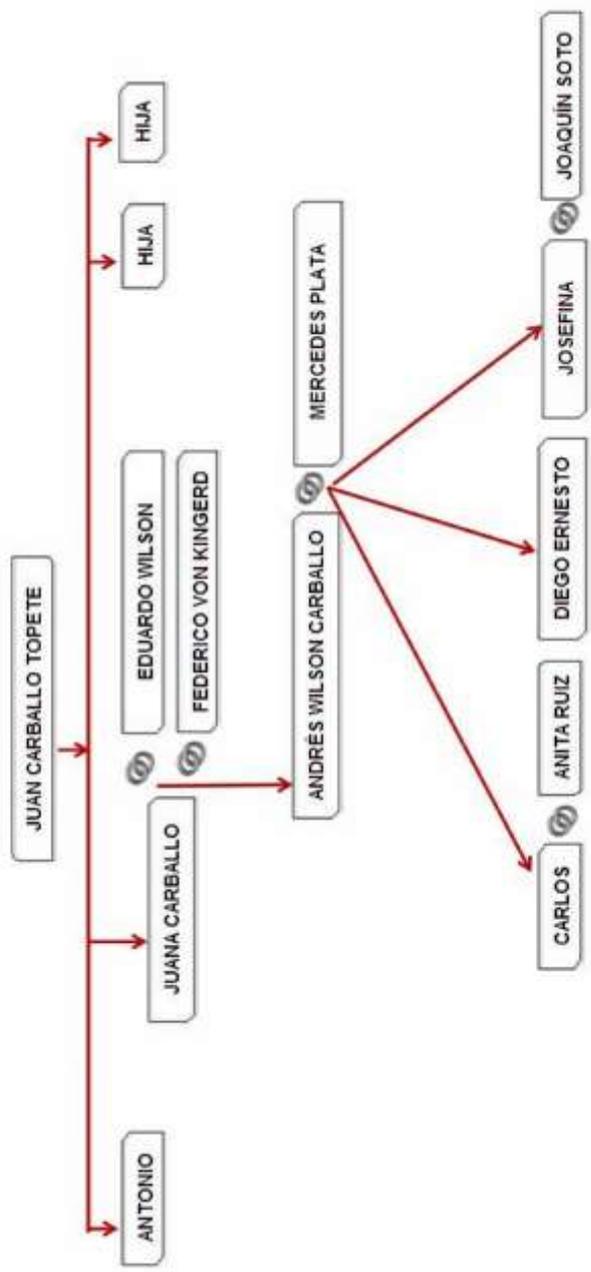
*Ernesto y su
hermana Fina.
Año 1945.*

*Fina, Ernesto y Rafael Gómez Marín, hoy también sacerdote. Paseo
en sus años de juventud.*

Entre amigos, divirtiéndose. Gil Pérez, Fina y Ernesto.



ÁRBOL GENEALÓGICO PATERNO



VIII. ENTRADA EN EL SEMINARIO

Ahora paso a relatar, de la boca del mismo Ernesto, cómo fue su entrada en el Seminario:

“Yo estaba en el último año de la carrera de Comercio, que no me gustaba nada, pero mis padres me metieron allí, porque ellos querían que estudiara esa carrera. Esto era el último año y como yo era muy mal estudiante y me habían suspendido tres asignaturas, las tres finales, que las tenía atragantadas porque eran muy feas: Cálculo Mercantil, Contabilidad y Álgebra Financiera, esas tres, ¡qué bonitas! Yo no las entendía y me suspendieron. Y dije ¿Y ahora qué hago? ¿Y ahora qué voy a hacer en la vida? Y cómo mis amigos seminaristas de San Felipe, entre ellos Alfonso Rosales, me decían: “Ernesto, métete en el Seminario” y yo siempre les respondía: “Más vale un laico bueno casado, que un cura malo”, lo decía, porque me

entraba un no sé qué de pensar en meterme a cura, ¡Con lo que me gustaban las niñas!

Yo tenía novia, Maruchi Egea, que pedía mucho por mí y le debo a sus oraciones, mi entrada en el Seminario.”

Prosigo con un escrito que me dictó Ernesto contándome su vida: “Maruchi fue la que influyó en unos amigos para que hiciera los Ejercicios Espirituales en una tanda que daba en Villa San Pedro el párroco de Estepona, D. Manuel Sánchez Ariza. Villa San Pedro se acababa de inaugurar. Los dos primeros días me resultaron insoportables, pero el tercero, cuando me afeitaba tempranito, sentí de pronto una alegría inmensa en mi interior y experimenté clarísimamente que Dios me invadía. Sentí deseos de confesar inmediatamente, pues hacía mucho tiempo que no me confesaba. Me confesé con gran dolor de mis pecados con Don Manuel y con su ayuda me di cuenta que Dios me llamaba para ser de Él completamente y trabajar para que los niños y jóvenes que yo conocía, sintieran lo mismo que yo. Puedo decir sin temor a equivocarme, que en un momento vino la vocación de cristiano, sacerdote, célibe y dedicarme a los niños y jóvenes, especialmente los más necesitados. Comprendí enseguida que tenía que dejar a mi novia y procurar irme preparando para entrar en el Seminario. No le dije a nadie nada y volví a la vida habitual de Acción Católica algo más bueno que antes, pero bastante más enfriado que en los Ejercicios Espirituales. A pesar de que dejé a mi novia, no me decidía sin embargo a entrar en el Seminario. Me tuvieron que suspender tres asignaturas de mi último curso de comercio para que al verme sin futuro humano, me decidiera por fin a entrar en el Seminario.”

Continúo con palabras de Ernesto: “Pero y ahora ¿cómo se lo digo yo a mis padres? Mi padre era un ateo furibundo que no podía ver a la Iglesia y menos a los curas. Estuve sin saber

qué hacer hasta el día en que salió la procesión del Corazón de Jesús, el 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo y fui a acompañar al Señor y cuando llegué a mi casa, mi madre, que estaba en la cocina con mi hermana, me preguntó de dónde venía. Yo entonces les dije que quería irme al Seminario. Mi hermana se abrazó a mí muy contenta, pero mi madre, conociendo a mi padre, se horrorizó. Yo le dije que no se lo dijera, que iría poco a poco preparando el terreno, haría más oración y que el Señor podría hacer maravillas.

Me acosté y al rato escucho a mi madre: “Andrés, Ernesto se va a meter en el Seminario” y oigo a mi padre: “¡Noooooooooooo!” ¡Una voz! ¡Con el genio que tenía mi padre! “¡Tú tienes la culpa por haberle metido en la cabeza las cosas de Dios y de la Iglesia!” ¡Tú tienes la culpa!” Y yo con un pellizco y temblando que hasta la cama se movía. Mi padre decía “Pues aunque venga el Papa a pedírmelo, no lo dejaré entrar en el Seminario” Yo iba a cumplir dieciocho años y la mayoría de edad era a los veintiuno. Me pude dormir cuando se callaron ellos. Cuando me levanté a la mañana siguiente, mi padre cambió de táctica. Se creería que me iba al Seminario para no ir a la “mili” y me dijo que haría lo posible para que yo no fuera y que como me iban a dar una beca para que siguiera mis estudios de Bellas Artes en el extranjero, me pagaría los gastos. Trató de convencerme por todos los medios, pero yo estaba ya seguro de que el Señor me quería y me llamaba.

Entonces me echó a la calle y me fui. Por el camino iba invocando a la Virgen.

Estuve una semana y pico en casa de mi amigo Alfonso Rosales, que vivía enfrente de los Salesianos y allí mismo tenía su padre una panadería. Mi hermana me veía todos los días en San Felipe. Un día me dice: “Ernesto, papá te deja que entres en casa, le ha dicho a mamá que te busque, que quiere verte en

casa” Fui y estuvieron muy secos conmigo durante un tiempo, como no darme el vaso de leche que acostumbraban por la noche y que daban a mi hermana. Mi hermano estaba en las Milicias. Me dolía pero al mismo tiempo me alegraba porque decía: “Hay que estar participando de Tu vida Señor, lo que Tú pasaste”.

Hasta que un día, comiendo a mediodía el postre, que eran higos, me dice mi padre: _ “Ernesto, cuando te vayas al Seminario, ¿en qué curso entras? El higo que estaba comiendo nunca se volvió a ver, porque lo tiré a lo lejos de la alegría que me entró.

Las cosas de Dios. Mi padre me pagó la pensión, me compró la sotana, todo me lo compró y toda la carrera me la pagó él. ¡Cómo he notado siempre en mi vida la protección de María!”

El 30 de septiembre de 1947, día de San Jerónimo a la edad de 18 años, Ernesto entró en el Seminario de Málaga.

Él decía que había entrado ya mayor, porque aparte de que se confundía en las fechas y se ponía más edad, se acostumbraba a que los padres metieran a sus hijos desde niños, frecuentemente para darles una carrera y ése no fue su caso.

IX. EN EL SEMINARIO

Nueve años permaneció Ernesto en el Seminario y según él, fueron de los más felices de su vida. Le hemos oído decir innumerables veces: “Quiero al Seminario con locura, lo quiero mucho y eso que pasamos hambre y había una disciplina muy dura”.

Dormían en grandes dormitorios corridos, presididos por una gran imagen de la Virgen. Se levantaban a las seis de la mañana y se duchaban con agua fría, pues no había agua caliente, el agua estaba helada porque los depósitos estaban muy altos.

Había por lo menos quinientos seminaristas y al principio, como no se podían aprender los nombres de todos, los llamaban por el de la parroquia de la que procedían, así que a Ernesto lo llamaban “San Felipe”.

Eran los años de la post-guerra, en el Seminario, como en casi todos los hogares malagueños, había escasez de alimentos

y de todo en general, pues hasta para ir al baño a hacer “mayores”, como decían los seminaristas, se tenían que apañar con un pedazo de papel para todo el día. A la otra necesidad, le llamaban “menores”.

En el refectorio, nombraban un turno, que era los que servían cada semana y se ponían sentados por clases. El menú más frecuente eran “los trompitos”, que así llamaban a los garbanzos, no precisamente por estar demasiado tiernos, y como sólo comían ese plato, algunos se lo llenaban hasta rebosar. También ponían batatas cocidas, unos pescados muy malillos que se cogían casi en la orilla del mar y unos panes de higo con cositas tan duras dentro, que eran como piedrecillas. De vez en cuando comían patatas que traía el párroco de Yunquera en una camioneta y aquello era una fiesta. Una noche, en la cena, en la que solían poner huevos duros y Ernesto, por gracia, se los estrellaba, para abrirlos, en la frente o en la nariz, sucedió, que el huevo estaba crudo y claro ¡se puso de huevo hasta el corvejón! Esta vez sí que se rieron.

La ropa se las lavaban los familiares y cuando el día de visita se las llevaban limpia, le metían algún alimento. Mercedes subía aquella cuesta interminable del Seminario, con guisos, panes y todo lo que podía para su Ernesto. Lo que no se figuraba era que él a veces ni los probaba, pues lo repartía entre sus compañeros.

¡Con lo que Mercedes cuidaba a su hijo! Cuenta Gómez Marín que tocaba las columnas y tabiques del Seminario comprobando que eran lo suficientemente resistentes.

Tanta escasez de alimentos había, que durante un mes tuvieron los seminaristas que volver a sus casas, pues no se les podía dar de comer.

En 1950, se hicieron en Málaga las famosas “Misiones populares” de la post-guerra. Los misioneros entraban en las

tabernas cantando y predicaban por las calles. Había altavoces colocados en algunos balcones y uno de ellos estaba en el balcón de la casa de los señores Wilson Plata. D. Andrés los escuchaba y le causaron muchísima impresión estas charlas, por lo que fue a confesarse y se obró en él una verdadera conversión.

El obispo, D. Ángel Herrera, envió también a colaborar en estas misiones a los seminaristas. A Ernesto le tocó la Parroquia de Sta. María de la Victoria, de la que era párroco Don Benigno Santiago y le encargó que su misión fuera especialmente con los niños. Su madre, aprovechando la ocasión fue a ver a Ernesto y cuando en la puerta se dio cuenta de que los niños no le hacían ni caso, le dijo: “Ernesto, me parece que tú no sirves para cura, porque esto es un desastre”

El mismo fracaso tuvo en las parroquias de la Divina Pastora y Santa Teresa y en la de San Felipe Neri, pero él seguía adelante sin desanimarse. Ernesto no tenía el atractivo ni físico ni de aficiones que le pudiera acercar a los muchachos. Ni le gustaba el fútbol, ni lo podía practicar por su enfermedad, pero él tenía claro que quería ser cura para dedicarse a los niños y a los jóvenes.

Con su aspecto serio y con la piel tan blanca y con la sotana y el sombrero negro, cuando se dirigió a la Parroquia de San Pablo como seminarista adjudicado a esa Parroquia, los niños se burlaron de él diciéndole: “Infeliz, hartos sopa”. Pero fue en esta ocasión cuando recibió un poco de ánimo por parte del párroco. Éste reunió a los niños para darles una charla en la Iglesia y le pidió a Ernesto que les dirigiera unas palabras. Ernesto les habló, contándoles historietas y captando toda la atención de los niños. D. José Gutiérrez Jaén, que así se llamaba el párroco, al finalizar le dijo: “Usted tiene don para

hablar, sabe llegar a los corazones, debería dedicarse a los niños”.

Los profesores que a través de aquellos años, educaron e instruyeron a Ernesto y a sus compañeros, en el camino hacia el sacerdocio, fueron los siguientes:

El Rector del Seminario era Don Francisco Pineda. Los Vice-rectores: Don Francisco Carrillo, que al mismo tiempo era profesor de Teología y más tarde, Don Antonio Cañada y D. Antonio López Benítez. Los Superiores: D. Francisco Acevedo, D. José M^a Ortega Muñoz, que daba clase de Latín., El Director Espiritual: Don José Soto Chuliá. El profesor de Escritura: Don Santiago Luque. D. José del Campo, Don Manuel Gámez era el profesor de Liturgia y Canto, siendo él seminarista, D. Juan Ortega, profesor de Griego, D. Juan Luna Barranco, que era seglar, de Matemáticas, D. Ángel Quiroga Seoanes, de Literatura, D. José Rubio Alarcón, profesor de Pedagogía y al mismo tiempo era Inspector jefe de enseñanza de Málaga. De este señor, que era muy afectado, Ernesto y sus compañeros, relataban anécdotas como la siguiente que presencié Gómez Marín: realizando un campamento, fueron de visita varias personalidades entre ellas el gobernador y D. José Rubio. Éste alardeando de lo piadoso que era su hijo, lo mandó llamar y exclamó lleno de orgullo: “¿Veis cómo es mi hijo? Lleva siempre colgada del cuello la medalla que yo le puse cuando pequeño.” Y tirando de la cadena, apareció la llave de la maleta para chasco suyo. También por su modo de hablar y expresarse causaba irrisión entre sus alumnos.

Don José Pulido, afirma: “No sé si Ernesto abrió alguna vez un libro para estudiar, pero dominaba las materias de maravilla, tanto los exámenes orales como escritos los contestaba perfectamente, era muy inteligente y tenía una gran preparación”

De latín sabía poco, pues como no estuvo en el Seminario desde niño, sólo lo había estudiado en bachillerato y cuenta él, que al hacerle el examen de entrada en éste, en la lectura que le pusieron para traducir, oralmente, salió la palabra “Deo”. “Sabía lo que significaba “Deum”, Dios, pero no declinado en ablativo, que es “Deo” y un profesor del tribunal que me quería ayudar, señaló para arriba con el dedo y yo dije: ¡Dedo! Y claro, me pusieron un cero.”

Ernesto, pintarrajeaba los libros con dibujos y los miraba, pero no estudiaba demasiado, lo que sí decía es que se pasaba muchas horas en la Biblioteca leyendo, de tal manera, que no le quedó ninguno por leer. Y como tenía una memoria, como se dice vulgarmente, de elefante, sacaba unas notas espléndidas.

Don Francisco Parrilla, compañero de Ernesto, en la Semblanza que escribió y pronunció en el fallecimiento de éste, refiriéndose a los años del Seminario, dice de Ernesto: “Era el seminarista que despuntaba por su originalidad. Era obediente y disciplinado, al mismo tiempo despistado y especial, con respuestas que hacían reír pero al pensarlas eran profundas, cercano a todos, con actitud de servicio e independiente.”

El servicio lo manifestaba continuamente, pues sus compañeros le pedían que les dibujara una y mil cosas y sé por él mismo y por compañeros que aún viven, que nunca se negaba, al estilo de Theresita, aunque a veces estuviera cansado de tantas peticiones.

Era a la vez que muy espiritual, sus compañeros le llamaban “El Santo”, gracioso y divertido. Ya de mayor, le encantaba contar anécdotas con profesores y compañeros que aliviaban la dura disciplina que imperaba en la pedagogía de esos años.

Como la que le sucedió en las duchas. Éstas estaban separadas por tabiques, pero no tenían puertas de madera, una cortina de lona muy grande hacía las veces. En cierta ocasión, a

Ernesto le tocó la primera ducha y como la cortina no le cubría del todo, tiró tan fuerte de la cuerda que la hacía correr que, sin pretenderlo, destapó la mayoría de las duchas quedando los bañistas al descubierto. Primero se oyeron gritos de susto y después de risas.

La disciplina era muy dura en aquellos años, por supuesto no sólo en el Seminario sino en todo el ámbito educativo y los castigos eran duros y a veces humillantes, pero como él decía, no podemos escandalizarnos porque cada cosa hay que juzgarla con la mentalidad de la época.

Un chasco que se llevó algún superior fue que como se acostumbraba a abrir las cartas, sobre todo las sospechosas, una que le llegó a Ernesto encendió las alarmas, pues en el remite había dos nombres muy sugerentes: Mariquita y Pepita. Cuando la leyeron se dieron cuenta de que se trataba de dos vecinas de la familia y que por los achaques que contaban, tenían ya sus añitos.

Lo que si llamaba la atención de sus compañeros, era una foto de su hermana Fina, tan guapísima y que algunos estaban deseando que se la mostrase. Por cierto que Ernesto comentaba que veía a seminaristas con fotos de mujeres que miraban a escondidas y él se preguntaba que cómo podían estar allí si estaban con el pensamiento en otras cosas. Efectivamente, muchos de sus compañeros no llegaron a ordenarse y otros ya siendo sacerdotes, por diversas causas, se secularizaron.

En aquellos años de la post-guerra, el seminario era una manera de asegurarse un porvenir, sobre todo ocurría con muchachos de pueblos de Málaga que no tenían posibilidad de estudiar. No pocos de los maestros y profesores de los años setenta u ochenta, eran antiguos seminaristas que en realidad nunca habían tenido vocación de sacerdotes.

Y al mismo tiempo el ambiente del seminario de Málaga era de profunda vivencia espiritual, pues había tenido una gran influencia de Don Manuel González García, el obispo santo que había hecho posible la construcción del edificio. La primera piedra fue bendecida y puesta el 16 de mayo de 1920 y la apertura solemne al comenzar el curso 1924 – 1925. La inauguración, por cierto, fue muy original pues fueron las autoridades, el propio Sr. Obispo, el Gobernador, el Alcalde y los profesores del Seminario, quienes sirvieron la mesa a los casi tres mil niños que celebraban el banquete en la explanada del seminario.

Y la influencia de Don Enrique Vidaurreta Palma, Rector del Seminario; Juan Duarte Martín, diácono, ya beatificados por la Iglesia en Roma el 28 de octubre de 2008 y otros ocho formadores y seminaristas, martirizados tan solo once años antes de la entrada de Ernesto y que habían pasado por el mismo seminario, hacía que los jóvenes que tenían verdadera vocación, aspirasen a una vida de santidad y entrega a los demás.

Don José Soto era el Director Espiritual del Seminario. Lo había sido durante treinta años, desde 1919 y concluida la guerra civil, volvió a dirigir a los seminaristas en los que "arraigó la conciencia de que la santidad es vocación de todo bautizado", (extraído de su biografía). Del Seminario de Málaga salieron sacerdotes de gran espíritu pastoral y un nutrido grupo de mártires, como ya hemos indicado. Fue fundador de tres asociaciones de fieles para asistir a sacerdotes diocesanos: Obra de Santa Teresa, Obra de San Juan de Ávila y Fraternidad Sacerdotal San Juan de Ávila.

Pues este gran sacerdote ya camino de los altares, en el año 2010 se abrió su causa de beatificación y canonización, fue el director espiritual de nuestro Ernesto.

El Padre Soto, experto conocedor de los jóvenes y de los que deseaban de verdad la santidad en su vocación sacerdotal, tenía a Ernesto en mucha estima, era de “los niños del Padre Soto.” “Los sotistas como los llamaban los demás, mezcla de burla y de envidia, intensificaban mucho en ellos la vida espiritual y se dejaban guiar por el Director. Él le infundió todo el deseo de santidad que Ernesto siempre nos ha predicado: “El Mies debe tener ilusión ardiente y mantenida por la santidad y suma perfección. Cree firmemente que será santo y lucha denodadamente por serlo “Punto X de Ser Misionero de la Esperanza en veinte puntos”.

Al mismo tiempo, este santo sacerdote impulsó el deseo de ir a misionar a países de América Latina. Diego Ernesto estaba ofrecido para ir a Venezuela junto con el Padre Pulido. Éste pudo realizar ese anhelo, pero a Diego Ernesto se lo impidió la obediencia al obispo. Él era un muchacho enfermo.

En el Seminario se celebraban mucho las fiestas litúrgicas, en especial el día de la Inmaculada y la Navidad. Se hacían numerosas actividades, como juegos, partidos de fútbol, representaciones teatrales... En cuanto al fútbol, Ernesto no tomaba parte, pero era el que decoraba el comedor, que es donde se hacían las fiestas. Él me comentaba la cantidad de tiempo que pasaba preparándolo todo y también ayudando a sus compañeros a disfrazarse para las representaciones.

Por cierto en una de ellas, le sucedió una anécdota muy graciosa. Fue durante uno de los teatros que realizaban los seminaristas en las parroquias por vacaciones. Sucedió en la sacristía de San Felipe, cuando le tocaba actuar, no lo encontraban y es que se había caído de la tarima y estaba en el santo suelo. Cuando se pudo incorporar, se disculpó como pudo, aunque la gente se reía a carcajadas.

Los recreos, como sucede generalmente, es lo que más les gustaba y los paseos que hacían vestidos, claro, con sus sotanas negras y sus becas rojas. Cada vez que íbamos en coche por el Camino Nuevo, Ernesto me decía, “por aquí paseábamos los seminaristas.”

En una de las excursiones a la Finca de la Concepción, vieron cómo se rodaba la película “La Mies es mucha” sobre la actividad de los misioneros en la India.

En el verano, julio y parte de septiembre estaban con su familia, pero en agosto, los seminaristas iban de convivencia por grupos a algún pueblo, generalmente a Ubrique, que pertenecía por entonces a la diócesis de Málaga, donde había una capilla de la Patrona del pueblo, junto al antiguo convento de San Francisco, de frailes capuchinos. En una de aquellas habitaciones había estado el Beato Fray Diego José de Cádiz y permanecía cerrada. Una de las noches, recuerda Alfonso Rosales, se disfrazaron con sábanas y deambularon por los pasillos, asustando a los compañeros como si el espíritu de Fray Diego estuviera entre ellos.

Uno de los veranos después del cursillo, Ernesto invitó a su compañero de curso Rafael Gómez Marín a pasar unos días en Sevilla, para enseñarle la ciudad y visitar a su Macarena.

Otras veces iban a Ronda, donde también había un convento antiguo y lo arreglaron para las convivencias.

Más adelante los veranos los empleaban no sólo para este fin, sino que también hacían apostolado con la gente del lugar.

A Ernesto lo llevaba D. Manuel Gámez por los pueblos con la coral del Seminario. Decía Ernesto que, no por cantar bien, sino en agradecimiento por lo que pintaba y ayudaba en las decoraciones. Sin embargo D. Manuel afirma que tenía muy buen oído y no una voz privilegiada, pero sí una buena voz y

en “la Schola cantorun” desempeñaba un buen papel en su cuerda, que era la de los bajos; lo que pasa, sigue diciendo D. Manuel, es que Ernesto no se valoraba porque era profundamente humilde y en esto coinciden todos sus compañeros.

No obstante, su voz está grabada en un disco: “Responsorios” de Tomás Luis de Victoria, dirigido por Jesús López Cobos, que era seminarista en esos años. Lo que pasa es que claro, no se la distingue porque está diluida en el coro.

Los seminaristas iban a visitar distintos hospitales, puesto que los superiores deseaban que se fueran sensibilizando con los que más sufren. El Hospital Civil fue el que se le designó a Ernesto para esta labor apostólica con los enfermos.

Para hablar de sus famosos dibujos en la pizarra, prefiero hacerlo con las preciosas palabras de Don Francisco Parrilla en la Semblanza citada anteriormente.

“Aún le vemos cada sábado ante la pizarra litúrgica, la que estaba donde hoy hay colocado un cuadro del Beato Manuel González. Con tizas de varios colores dejaba constancia con algún dibujo y frase bíblica de la Liturgia de la Palabra del domingo o de la solemnidad próxima. Cuando volvíamos del comedor, mientras caminábamos por la “galería de la obediencia” nos preguntábamos, ¿qué habrá dibujado Ernesto? Era curiosidad positiva porque, además de buen dibujante sabía expresar muy bien el mensaje central del evangelio de la dominica y de manera muy expectante cuando se acercaban las grandes solemnidades de Navidad y de Semana Santa. Y la que dejaba durante todas las vacaciones de verano. Tanto respeto y valoración merecían que nunca ninguna persona, intentó lastimar lo que en la pizarra había quedado plasmado y que hacía referencia al Evangelio.

A quien le gustaba aquella publicación semanal, tan frágil como que era borrada cada semana, era al Vice-Rector, D. Francisco Carrillo. En más de una ocasión se colocaba detrás de Ernesto y contemplaba el proceso, por otra parte lento, de la obra. Pizarra y tiza fueron geniales en sus manos. No me lo imagino con la técnica actual, eficaz y fría, de ordenador, de Internet o de correo electrónico. Pizarra, tiza, pocos y pobres elementos compensados por el mucho espíritu.

Pienso si aquellos años de situarse semanalmente ante la pizarra, en trabajo que duraba varias horas y que desaparecía después de siete días, no le hizo adentrarse en la profundidad de la pobreza y de la humildad. Estoy seguro que la conocida pizarra fue para Ernesto escuela de espíritu.”

A estas palabras de Parrilla, tengo que añadir un comentario que hacía Ernesto y que semejaba a lo que le sucedía a Theresita: “Mientras yo dibujaba en la pizarra, pasaba uno y decía: ¡Qué gordos te están saliendo los personajes! Llegaba otro y opinaba lo contrario. Por eso no podemos estar pendientes de lo que te digan los demás, porque llega un momento en que te lían y no sabes qué hacer.”

Pero no sólo dibujaba, pintaba cuadros para las exposiciones que se hacían en el Seminario, como la que se realizó en homenaje a Salvador Rueda, poeta malagueño. Ernesto fue el autor del cuadro que representaba al poeta. También, en las fiestas que se organizaban con motivo de distintas celebraciones como la que se hacía en torno a Santa Cecilia, Patrona de la música, se le pedía que pintara a la santa. Dicho cuadro se encuentra en el Seminario de Málaga, así como el de la Virgen de Guadalupe, Patrona de América y una copia de la Virgen con el Niño, de Murillo, un cuadro de la Inmaculada inspirado en la imagen de la capilla de la escuela de Alonso Cano, un San Gregorio Magno, un San Pío X y uno

magnífico de la “Muerte de San Juan de Ávila”, Patrono del clero español.

Y modelaba imágenes con la cara de la Macarena. Eran de barro y escayola que se rompieron con el tiempo. A la saya y el manto, les ponía encima papeles dorados como si fueran adornos bordados con hilo de oro. Todo se lo llevaba su madre, aprovechando los retales de la costura. Se conserva de esa época, la Macarena que le hizo a D. Manuel Gámez y que se encuentra en el Columbario de la Capilla del Calvario.

Andrés Alfambra, Manuel Zorrilla, Rafael Gómez Marín, José Pulido, fueron de los más íntimos amigos de Ernesto. Este último cuidó mucho de él cuando se puso tan enfermo.

Las amigdalitis infecciosas que tenía, se agravaron con el frío que hacía en aquel caserón tan grande y sobre todo con el agua helada de las duchas, por eso le tuvo un tiempo aversión a estas. Tuvo un ataque tan fuerte de fiebre que le operaron de urgencia de la garganta. Según su hermana Fina, fue una operación tremenda y él la contaba como si se tratara de un chiste. La vena la cogían y soltaban como un elástico. Estuvo tan enfermo, que tuvo que estar en su casa durante varios meses. Nos comentaba recordando esta etapa, que estaba a gusto en su casa, con todos los cuidados por parte de su familia, pero que echaba enormemente de menos su Seminario.

El Seminario, tan querido y con tantos recuerdos: la explanada donde hacían el recreo y en el que estaba una imagen de la Virgen de Lourdes. Allí rezaban los seminaristas. Ernesto la quería mucho y le llevaba flores en el mes de mayo.

La Galería de la Obediencia llena de símbolos en el suelo, hecha con piedrecitas negras y blancas, mandada hacer, como todo el Seminario, por el gran obispo de Málaga, D. Manuel González, para grabar el sentido de la obediencia en los

seminaristas: la “SERPIENTE”, representando al diablo y la palabra “NO”, es la negación radical a obedecer. Después está escrito “SI, PERO”, es el ponerle “peros” a la obediencia. A continuación viene: “1 YO 1”, que significa, primero yo, después yo, siempre el yo, el egoísmo por el que muchos no se entregan ni a Dios ni a los demás. Más adelante se puede leer: “CUCO”, que se refiere al pajarillo picarón que engaña y pone sus huevos en nido ajeno e igual les pasa a muchos, parece que están obedeciendo, pero engañan y hacen lo que les da la gana. Y por último aparece un grajo y escrita la palabra latina “CRAS” que significa “mañana”, son los que siempre dejan las cosas para más tarde y al final no las hacen.

En la Capilla pasó muchos, muchos ratos con el que daba razón a su vida: su Jesús, en el Sagrario y bajo la imagen del Pastorcillo y su lema lo llevó impreso en el corazón: “Pastor bueno, haznos buenos pastores, dispuestos siempre a dar la vida por las ovejas”.

Él intentó con su vida cumplir lo que Don Manuel González deseó al escribir en el escudo del Seminario y que aparece sobre la puerta de la Capilla: “Busqué quién me consolara y no lo encontré”.

Pero el “no”, está oculto bajo una mano sacerdotal, que lo está anulando. Este “no” lo pintó en el suelo de la entrada a la Capilla, para que las pisadas al llegar a visitar al Señor, lo fueran borrando.

“Busqué quien me consolara y lo encontré”. Este fue uno de los objetivos de Ernesto: Consolar a Jesús y Jesús en el Sagrario.

Más tarde escribiría: “Los Misioneros de la Esperanza debemos ser eminentemente eucarísticos...y queremos darte culto, al estilo del que fue el Obispo del Sagrario abandonado, D. Manuel González García. Queremos de verdad

acompañarte siempre, mimarte en tus sagrarios, porque un Mies sabe que por vocación está llamado a ser cadena de corazones que, de tanto amarte, te impidan ver la ingratitud de los hombres.”

ÓRDENES SAGRADAS

El día 13 de marzo de 1954, Ernesto, junto a 23 seminaristas, recibió las órdenes sagradas de Ostiariado y Lectorado y el 29 de Junio de 1955, festividad de San Pedro y San Pablo, en la Parroquia San Patricio del barrio de Huelin, las del Subdiaconado. Fue presidida esta última por el Obispo Auxiliar, D. Emilio Benavent Escuin, asistiéndole D. Antonio López Benítez, vicerrector del Seminario y D. Francisco Acevedo, párroco de San Patricio.

En el curso 1956, fue ordenado de Diácono con otros compañeros, en la Capilla del Seminario Diocesano.

El 30 de octubre de 1954, se había casado su hermana Fina con Joaquín Soto Gómez en un caluroso domingo y al año siguiente, 1955, lo hizo su hermano Carlos con Anita Ruiz Díaz, también un 30 de octubre, pero en el que llovía a mares.

X. ORDENACIÓN SACERDOTAL

El día 13 de mayo de 1956, a las 9,30 de la mañana, en la Santa Iglesia Catedral de Málaga, fue ordenado sacerdote del Señor.

El motivo de que estas ordenaciones se celebrasen en el mes de mayo, antes de terminar el curso, fue por el homenaje que el Seminario diocesano de Málaga quiso ofrecerle al Papa Pío XII en su 80 cumpleaños con el regalo de estos 20 nuevos sacerdotes.

En la fotografía que se hicieron, en las que se ve junto con ellos, el Seminario Mayor, el Menor, la Capilla del Seminario y la torre de la Catedral de Málaga, símbolo de la ciudad, figura este texto:

“Ofrenda del Seminario al Papa y esperanza de la Diócesis”

Ofició la ceremonia el Sr. Obispo Auxiliar D. Emilio Benavent Escuin, siendo Obispo Titular D. Ángel Herrera Oria.

Los Diáconos que recibieron esta Ordenación fueron:

Rafael Albornoz Gómez.

Andrés Alfambra Torcello.

José Burgos Quintana.

Bonifacio Cabra Bueno.

Rafael Calvo López.

Ángel Corbalán López.

Fernando Gil Carapeto.

Emilio Gil Luque.

Enrique Mancheño Román.

Antonio Martín Fernández.

Manuel Muñoz Cejas.

Antonio Muñoz Loriguillo.

Francisco Oses Huertas.

Luis Pardo Mansilla.

Francisco Parrilla Gómez.

Rafael Pineda Soria.

José Pulido Roperó.

Pedro Rey Sánchez.

Ernesto Wilson Plata.

Martín Zulet Azurmendi.

En el altar mayor de la Catedral, las flores que lo adornaban eran azucenas regaladas en gran parte por los padres de Ernesto. Las azucenas solamente florecen a mediados del mes de mayo y cuando no ha llovido en Málaga es difícil encontrarlas, pero a Ernesto nunca le han faltado en sus aniversarios sacerdotales, porque sabíamos todo lo que representaban para él.

Ése fue su único regalo, junto con un Breviario en latín, usado, que le regaló el entonces párroco de San Felipe, Don Atanasio, porque no quiso, como él decía, prepararse un ajuar.

El alba que llevaba se la prestaron de la Parroquia de la Trinidad y le estaba un poco corta. Los zapatos, bastantes deteriorados, su padre les pintó las suelas para que no se notaran los desperfectos.

Se celebró una Misa solemne, cantada por “La Schola Cantorum”. “El Aleluya” de Hendel sonaba con solemnidad en la ceremonia, quedándose muy grabado en el alma de nuestro Ernesto. Aunque como es natural, nosotros no estábamos allí, muchos siempre asociaremos este “Aleluya” con ese momento tan importante en su vida.

Y algo que Ernesto recordaba con muchísimo cariño y que actualmente ya no se hace en las ordenaciones, fue cuando después de que el obispo consagraba las manos del sacerdote con el óleo santo, se ataban las manos con una cinta, cuyo significado era: “manos ungidas y atadas por Dios y para Dios”, sus padres subieron al altar para ceñírselas y Andrés le preguntó a su hijo: “¿Te puedo dar un besito?” Y no le dio uno, sino un montón. La cinta la conservamos y la pintó Antonio Estrada, compañero de Ernesto y después párroco de la Cala, al que visitamos varias veces antes de su muerte.

En la cinta estaba escrito por un lado:

SEÑOR TÚ SABES QUE TE AMO

Y por el otro:

TÚ ERES MADRE MI ESPERANZA

Al día siguiente, muy temprano, celebró su primera Misa en la capilla del Seminario y a continuación se fue a hacer un examen de Homilética, porque como la ordenación fue en mayo, el curso aún no había terminado, por lo que él decía: “Era al mismo tiempo seminarista y sacerdote porque permanecíamos en el Seminario hasta junio”

Según sus compañeros y él mismo lo ha referido, todo ese día lo pasó en oración delante del sagrario del Seminario.

XI. PRIMER AÑO DE SACERDOTE

En el verano de ese año 1956, Ernesto vivió en la Residencia Episcopal y desde allí, realizó los trabajos pastorales por los pueblos que le iban encomendando: Ubrique, Mondrón, Cómpea, Los Rubios, Somera de Angostura...

Celebraba la Misa, cuando estaba en la capital, en la capillita del Calvario, con una gran devoción, según me contaba él mismo y atestiguado por el capellán y antiguo profesor D. Manuel Gámez.

Pero la Misa solemne, como se acostumbraba a decir por entonces, la Misa pública, por deseo, especialmente de su madre, la iba a tener Ernesto, en Sevilla, delante de la Macarena.

El día 12 de octubre del año 1956, festividad de Nuestra Señora del Pilar, en la Basílica de la Macarena, Ernesto celebró

su primera Misa solemne y el sacerdote, D. Antonio Tineo Lara, párroco de Omnium Sanctorum, le predicó la homilía sobre el Evangelio que se había proclamado: Lc 7, 11-17 “La resurrección del hijo de la viuda de Naím.”

Al terminar la Eucaristía, Ernesto, arrodillado a los pies del púlpito, ante la imagen de la Esperanza Macarena, escribió en una agenda, lo que sería la base de la espiritualidad de MIES. María, representada en aquella madre del pueblo de Naím, que lloraba por su hijo muerto, quería que se la consolase, salvando a los niños y jóvenes, con la liberación de Cristo, especialmente a los más marginados. Y ellos necesitaban de la Madre para poder resucitar y llevar una vida cristiana.

Ernesto, a veces ha dicho que es “como si la Virgen me hubiera dictado, o quizás fuera sugestión, aunque yo creo que no,” también afirma que le impactaron las palabras pronunciadas por Don Antonio Tineo y sobre todo esas lágrimas de la Macarena que le suplicaban que hiciera algo por los niños y jóvenes.

Lo esencial es que fue una gracia fuerte del Señor, una inspiración de la Virgen y que con el tiempo cobraría cuerpo y daría lugar a lo que es hoy la Asociación Misioneros de la Esperanza.

En el libro escrito por Ernesto: “Charlas del XXV Aniversario”, del año 1988, dice: “La imagen de la Esperanza Macarena de Sevilla, es para todos los Mies, el signo y símbolo de nuestra identidad.” “Esta Imagen fue la inspiradora de MIES. TODO LO QUE SOMOS, EN ELLA Y POR ELLA LO VI...Ella ¡la Esperanza de mi vida! Por eso la puse- y la pusimos- como Patrona de MIES-...Es la misma Virgen del cielo, pero significada en la imagen concreta de la Macarena de Sevilla y en todas las copias de Ella repartidas por el mundo.

Ella significa TODO lo que somos: esperanza, abandono, alegría, infancia...Ella es como Niña que llora, ríe, que consuela en las penas y hace que de ellas se salga alegre y se ría como Ella, entre las lágrimas del dolor redentor. Por eso hay jóvenes que esperan, la siguen, la quieren.”

Y Ernesto a lo largo de toda su vida, ha repetido incansable:

“EN MIES ELLA LO HA HECHO TODO”

Al terminar la Misa, en el colegio de las Carmelitas, ya citado en su Primera Comunión, tuvo una reunión con algunos jóvenes. Sólo recuerdo el nombre del primo de Ernesto, Paco Plata Paz, pues él lo nombraba con frecuencia al referirse a ese primer grupo, con el que Ernesto quiso empezar de alguna manera, lo que había experimentado delante de la Macarena.

Se reunieron varias veces, comprometiéndose a hacer apostolado con los niños y jóvenes, pero enseguida tuvo que regresar a Málaga para realizar su labor pastoral. El grupo, al no estar él, pronto se disolvió y fracasó este primer intento.

Como más arriba decía, durante ese verano del 56 y durante ese curso, Ernesto tuvo distintos trabajos pastorales: En Olvera, pueblo de Cádiz pero que entonces pertenecía a la diócesis de de Málaga, estuvo dos o tres días, mientras se hizo el cambio de párroco y cuenta que le impresionó muchísimo el llanto de la plañideras, que eran, según la costumbre de algunos lugares, mujeres que se pagaban para que lloraran a los difuntos. Dice que los gritos de aquellas mujeres, llegaban desde la casa del fallecido a la iglesia, que estaba a una distancia considerable.

En este primer año de sacerdote, le asignaron las labores pastorales en los pueblos de la Axarquía. Estando ya en la

parroquia de la Amargura, siguió esta misión y a veces lo acompañaban algunos jóvenes.

En un pueblecito de la costa, al lado del Rincón de la Victoria, “Los Rubios”, fue donde se “estrenó” confesando.

Él no tenía los atractivos que demandan los niños de jugar al fútbol, de ser deportista, pero tuvo siempre una gran cualidad, que cómo ya dije, se había dado cuenta el párroco de San Pablo, que era la de saber narrar como nadie y es lo que hizo.

En Mondrón, se subía en un poyete enfrente de la taberna y les contaba historietas a los dos o tres niños que había. Los hombres, poco a poco, se iban acercando, hasta que salían todos para escucharle. Él, por medio de estos cuentos, anécdotas, películas, muchas de ellas de “suspense”, que de verdad ponía “los pelos de punta” (lo sé, porque también las contaba en la fraternidad), iba entremetiendo el mensaje, la doctrina, valores evangélicos, enseñanzas. En esos tiempos en los que no existía la televisión, era un atractivo para muchos oír esas narraciones tan bien contadas, hasta tal punto que decían: “Voy al empuje” y es que verdaderamente se empicaban, porque Ernesto dejaba la historia, como se hace en las “telenovelas” en lo más interesante para que volviesen al siguiente día.

Él mismo dice: “Casi todas las misiones que he hecho en los pueblos han sido de esta manera” y siempre, sobre todo en los últimos años, nos decía la importancia de hacer atractivo el Mensaje aprovechando las nuevas tecnologías.

Era la noche de Nochebuena y en Archez, pueblo cercano a Cómputa, situado en la falda de las Sierras Tejeda y Almijara a 430 metros sobre el nivel del mar, celebró la Misa, pero también tenía que hacerlo en Corumbela, pueblo situado a varios kilómetros de distancia, pero no tenía ningún medio de

locomoción para ir y con los agravantes de que era de noche y de que en una fecha tan señalada, nadie podía acompañarlo.

Así que se dirigió solito hacia el pueblo en una noche cerrada, pero lo daba por bien empleado, con tal de celebrarle la Misa a los que él pensaba que lo estarían esperando ansiosamente. Pero al llegar, no había nadie por ninguna parte y menos en la Iglesia. Se puso a deambular por las calles y por fin encontró abierta la panadería y en ella al panadero, que fue corriendo a avisar a todos, que había llegado el cura y se pudo celebrar la Misa del Gallo con casi todo el pueblo y amenizada por un coro que tocaban con todas sus fuerzas, zambombas y panderetas.

Después de muchos años, el panadero, se encontró con Paco González, que por entonces era Vicario Episcopal de aquella zona y recordó el mal rato que había pasado Ernesto al principio de la noche y lo satisfecho que quedó después.

También le mandaron de misiones por los campos de Málaga y fue en Somera de Angostura, Pedanía cercana al “Chorro”, donde conoció a Miguelito Moreno.

Los niños que vivían en los pueblitos y aldeas perdidas, tenían tal desconocimiento de a lo que religión se refería, que se extrañaban muchísimo al ver a aquellos “hombres con una ropa tan negra y con un círculo en la cabeza” (para los que no lo sepan, a los curas se les hacía la tonsura o sea, se les afeitaba la coronilla, cuando recibían las ordenes menores). Ernesto refiere, que cuando los veían los niños a su compañero Albornoz y a él con las largas sotanas, le decían a sus madres: “mira mamá, unas mujeres pelonas.”

Los sacerdotes convocaban a las gentes y les enseñaban lo esencial del mensaje cristiano, lo que constituían auténticas misiones.

A Ernesto le asignaron los niños y al final de la charla que les dio, todos se confesaron, entre ellos uno que se llamaba Miguelito Moreno.

Cuando al cabo de varios meses, pues tenían que atender otros pueblos, volvieron los sacerdotes a Somera de Angostura, se repitió la misma escena: Ernesto predicó y los niños se confesaron, todos menos uno: Miguelito Moreno.

Como el niño seguía en la Iglesia muy devoto, Ernesto se acercó a él y le preguntó si le pasaba algo, pues veía raro que no se hubiese confesado. Éste le contestó: “Pero Padre, ya me confesé cuando vino la otra vez y le dije a Jesús que no iba a pecar más, yo creía que esa confesión era para toda la vida.” Cuando nos relataba esto el Padre, se le notaba la emoción que le habían causado estas palabras dichas por un niño tan ignorante, pero que había calado tanto en el amor a Jesús.

Al poco tiempo, recibió una carta de la maestra del pueblo, explicándole lo siguiente: En la Escuela había un niño difícil, Frasquito, con el que Miguelito tuvo un problema, pues lo sorprendió en el recreo robando en la hucha el dinero destinado para las misiones. Asustado, amenazó a Miguel con pegarle si se lo decía a la señorita (aunque éste era más fuerte) y más adelante se supo, por boca de Frasquito, que le hizo muchas trastadas en venganza y avergonzado por haber sido pillado realizando una mala acción y que Miguelito nunca le acusó de nada, sino que al revés, siempre lo excusaba.

Por aquel entonces, se estaba construyendo un muro cercando la Escuela, por lo que habían traído diversos materiales en vagonetas. La maestra prohibió tajantemente, que los niños los tocaran y jugaran con ellos y que por supuesto se subieran a las vagonetas. Pero Frasquito, haciendo caso omiso de las recomendaciones, se subió a una de ellas, que cogió

excesiva velocidad e iba a estrellarse contra un muro. Miguelito se dio cuenta del peligro que corría el niño de morir aplastado y con fuerza y rapidez, se subió a la vagoneta, dándole un empujón a Frasquito y arrojándolo de ésta, pero sufriendo en su cuerpo el choque mortal de la vagoneta contra la pared.

A los pocos días, Miguelito Moreno, estaba en el cielo, pero su sacrificio, hizo que Frasquito cambiara totalmente y fuese una persona honrada y que se convirtiese en el ejemplo de que también los niños pueden ser modelos de vida.

Son muchas las vicisitudes y anécdotas que le ocurrieron en diversos pueblos y barriadas de la Provincia de Málaga, como la de la noche que pasó en un pueblo y después de dar la charla y celebrar la Eucaristía en la Iglesia, lo alojaron en una habitación al lado del cine. A medianoche, el encargado de éste, sin ningún escrúpulo, entró en la habitación donde dormía Ernesto y se puso a contar el dinero recaudado.

Cuando salíamos de paseo en mi coche, fuimos varias veces a la fábrica de Cemento, pues le gustaba recordar que en la barriada que está enfrente, en la playa de la Araña, estuvo misionando y allí le sucedió lo contrario que en Somera de Angostura, pues los niños eran bastante buenos menos uno, que era lo que se suele decir, “un potrillo salvaje”. Poco a poco se lo fue ganando con paciencia, mostrándole cariño y dedicándose a él todo lo que podía, lo que más adelante sería la base de su método apostólico.

La Diócesis de Málaga, desde la década de los 50, colaboraba en la evangelización en Venezuela y actualmente sigue haciéndolo, en la Diócesis de Caicara del Orinoco, aportándole medios económicos, sacerdotes y misioneros seculares. Ernesto y su amigo José Pulido, como dije en el capítulo anterior, se ofrecieron para ir a aquella misión. Pulido sí lo consiguió, pero a Ernesto, cuando parecía que iban a

aceptar su petición, se lo denegaban una y otra vez por lo precario de su salud, hasta que se lo prohibieron totalmente.

Este anhelo tan fuerte de ir a América, se ha visto cumplido años más tarde, en las personas de sus Misioneros de la Esperanza y él mismo tuvo la oportunidad de visitar estos países en tres ocasiones.



Ernesto seminarista



Con los carteles del Día del Seminario

En clase en el Seminario. (En la fila de arriba el primero a la derecha)

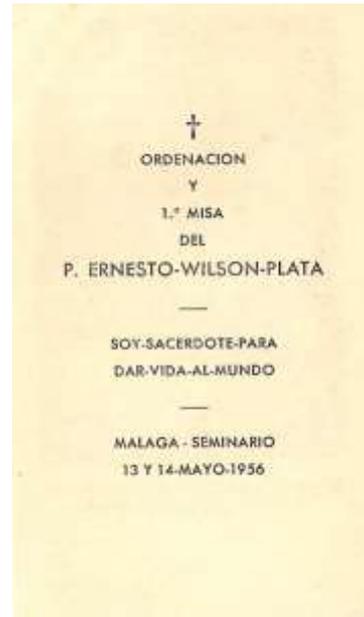
Pintura hecha por Diego Ernesto con tizas en la pizarra litúrgica del Seminario.





Ernesto ordenado diácono. (El segundo por la izquierda).

Estampa de la Ordenación.





Ordenación Sacerdotal. 13 de mayo de 1956. S.I.C.B. Ntra. Sra. De la Encarnación de Málaga. Fue ordenado por D. Emilio Benavent Escuín, Obispo auxiliar de Málaga.





Los niños del Seminario Menor besan las manos ungidas de los recién ordenados.



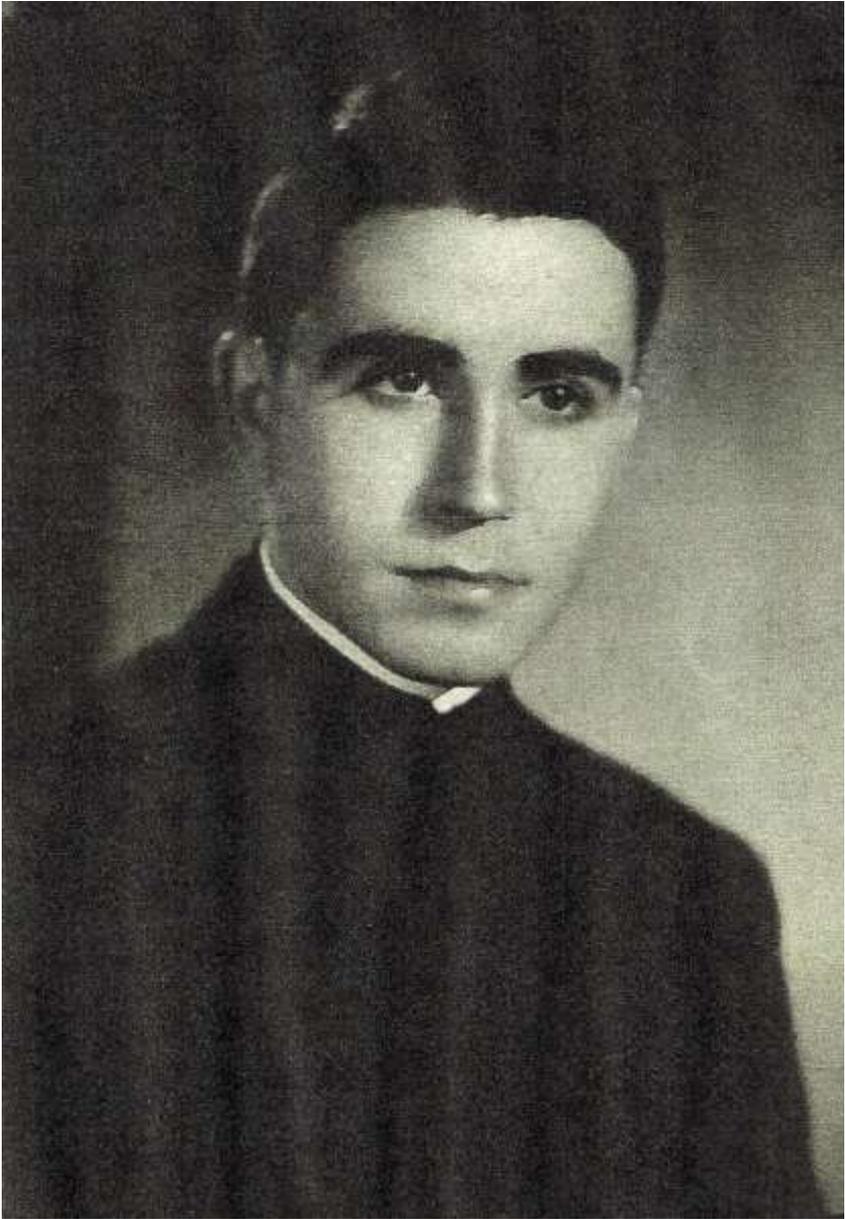


En el reportaje fotográfico que, con motivo de las ordenaciones del 13 de mayo de 1956, se hicieron los seminaristas. Junto a D. Ángel Herrera Oria en la puerta de la Capilla del Buen Pastor del Seminario.





Recién ordenado sacerdote, en sus primeros envíos pastorales por los campos de Málaga. En concreto estas fotografías pertenecen al Año 1956 en Somera de Angostura (aldea que se sitúa entre El Chorro y el Valle de Abdalajís). En la foto superior, uno de los niños es Miguelito Moreno.



“Soy sacerdote para dar vida al mundo”.

XII. EN SANTA MARÍA DE LA AMARGURA

EL 24 de junio de 1957, llegó nuestro Ernesto a la Parroquia Santa María de la Amargura. En un principio fue designado provisionalmente por unos meses, pero después estuvo once años, hasta 1968. Acababa de cumplir 28 años.

El Obispo le dio a elegir entre esta Parroquia y la de Nuestra Señora de los Dolores del Puerto de la Torre. Él eligió la primera y allí volvió a encontrarse con su Virgen de la Amargura, su Zamarrilla. Todavía no estaba construida la Parroquia, que se inauguró en 1961 y los cultos se tenían en la ermita de Zamarrilla.

Aquella tarde del día de San Juan Bautista, Ernesto celebró la Misa delante de la Virgen, como era natural entonces, de espalda a los fieles y también como era costumbre, aunque ahora nos choque, mientras se celebraba la Eucaristía, se

rezaba el Rosario, dirigido en esta ocasión, por el hijo mayor de D. Salvador Arrebola, caballero excelente que colaboraba mucho con la Parroquia y con lo que después sería “la Congre”. Lo rezaba de rodillas en un reclinatorio. La letanía la rezaba en latín y cuenta Ernesto, que apenas pudo contener la risa, cuando escuchó “Tú rebuznas” en vez de “Turrís ebúrnea” y es que ¡se decía cada barbaridad en latín!...

El párroco, que además fue el primero de dicha Parroquia, era D. José Ávila Barbo, a quien, haciéndome eco de las palabras pronunciadas por D. Francisco Parrilla en la Semblanza que hizo en su funeral, “Mies le debe tanto, pues cuando contempla las cualidades que D. Ernesto Wilson Plata tiene a favor de los niños y los adolescentes, le indica que se dedique totalmente a ellos. Que en la Parroquia sólo debe celebrar la Eucaristía, lo demás lo hará él. Todo lo que supone despacho, expedientes, etc.”

A Ernesto, que refería con frecuencia ese mandato del Párroco: “Usted se dedicará a los niños”, le encantó esa orden, ¡Con lo que él había temido ocuparse de la burocracia!

Ernesto creía que en todo apostolado deben guardarse las etapas o tiempos de la Amistad, Palabra y Sacramentos, pero en un primer momento, no tuvo más remedio que seguir las directrices que D. José, ex- jesuita, le marca, con el lema: “Ora, comulga, sacrificate y sé apóstol” y formar el grupo de “Cruzados Eucarísticos”.

Por cierto, D. José, aunque Ernesto era muy joven, siempre le habló de “usted”.

Pero vayamos por partes. El barrio perteneciente a la Parroquia, era un barrio humilde, formado por las llamadas “Viviendas Protegidas” o “Haza de Cuevas”, hoy “Santa M^a de la Victoria”, que tienen y conservan todavía, los nombres de alférez, capitán, etc. de la guerra civil española; “El barrio

Obrero” formado por casas matas, los “Pabellones militares” y calles del barrio de la Trinidad, que al hacerse esta nueva parroquia asumió calles pertenecientes a las parroquias de San Pablo y Santo Domingo. Muy cerca estaba el “Arroyo del Cuarto”, en el que vivían en chabolas gitanos y gente pobre.

A Ernesto le dieron para vivir, un piso, en las “Viviendas” en la calle Alférez García Valdecasas, n° 6, bajo derecha. Agustín Clavijo recordaba el día de su llegada. Con otros niños estaba jugando un partido de fútbol en esa calle y todos miraban extrañados al personaje todo vestido de negro, que llegaba con una maleta y acompañado con una señora, su madre y Pepe, el sacristán de la ermita.

El piso, deshabitado, estaba sucio y olía mal, pues lo utilizaban como almacén para guardar los quesos y la leche en polvo que mandaban los americanos en la post-guerra. No tenía ni cama, ni mesa, ni siquiera una silla para sentarse. Para dormir esa primera noche, se tiró al suelo y cuando estaba logrando conciliar el sueño, casi desnudo, por el calor que ya hacía a finales de Junio, sintió que algo le subía por encima. Eran cucarachas, únicas moradoras de la vivienda. A Ernesto, como a casi la mayoría de los humanos, siempre le han dado mucha repugnancia las cucarachas y en ningún Centro Mies en los que hemos vivido, nos hemos podido librar de ellas, pero en especial en este piso, tuvo que acostumbrarse a vivir con estos desagradables insectos.

Según contaba él mismo y testigos presenciales, se pasaba horas delante de la Virgen de Zamarrilla y del Señor de los Milagros, en oración, a veces de rodillas y otras sentado en un silloncito rojo que él me mostraba cuando íbamos a la ermita.

Y allí, delante de las imágenes, tuvo reuniones con algunos niños. Llamó a su primo Antonio Enrique, que tenía nueve años, los monaguillos Lorenzo y Jesús Sotano y algunos más.

Se reunían por la tarde y les daba charlas sobre todo con muchas anécdotas e historias de la vida de los santos, según me ha relatado su primo.

Enrique García Alcalá y de tercer apellido Ayala, era primo segundo de Doña Mercedes, madre de Ernesto, como ella de Morón de la Frontera. El parentesco era poco, pero tuvieron mucha relación las familias, pues cuando Enrique se casó con Eloisa Moreno Guillén, fueron a vivir a la calle Madre de Dios, muy cerca de la Plaza Montañó. Tuvieron cinco hijos: Eloisa, Antonio Enrique, Paqui, Lolín y Ricardo. Mercedes y Eloisa, se visitaban con mucha frecuencia y se acompañaban mutuamente cuando iban de compras o a los médicos. Sus hijos se llamaban entre sí, primos, aunque fueran lejanos. También, Antonio Enrique era ahijado de Ernesto y Josefina y a la prima Eloísa, la casó Ernesto.

Pues bien este niño Antonio Enrique García Moreno, sería el primer cruzado y el único niño que quedó de las reuniones de Zamarrilla, que sólo duraron algunos meses.

Teniendo siempre presente a San Juan Bosco, quiso imitarlo y salió por las calles a buscar a los niños. Los chiquillos del barrio, a los que se sumaban muchos gitanillos del Arroyo del Cuarto, eran bastante gamberros. Entre ellos había uno al que le apodaban “El Gangster”, porque no había cristal ni farola que se le resistiera. Ernesto, con la mejor de sus sonrisas, se acercaba a ellos abriendo los brazos; pero cuando lo veían con la sotana negra, con el sombrero negro de ala ancha, la capa, también negra, empezaban a gritarle y tirarle piedras diciéndole: “Cuervo, cuervo”. Una de las piedras le tiró el sombrero, que salió rodando por el suelo.

Estuvo así varios días, buscando por las calles a los niños, que se reían y huían de él como pájaro de mal agüero.

Entonces se le ocurrió, pasando un día por la calle Alonso de Palencia, entrar en la Escuela de Zamarrilla, que no era más que una casita pequeña con dos clases. Habló con el Director, Don Esteban Guillén Villanúa, hombre que según Ernesto, siempre debemos recordar agradecidos, y le dejó que les hablara a los alumnos. Entre ellos, Salvador Luna Blanco y los hermanos Gutiérrez.

Ése primer día les habló de narraciones de los cruzados y que ellos a su vez fueran cruzados a favor de los pobres, que es lo que le gustaría a la Virgen de Zamarrilla. Todos aplaudían entusiasmados y Ernesto se dijo para sí: “Ya está todo acabado, ¡Milagro de la Zamarrilla!” Y aprovechando el entusiasmo les preguntó: “¿Queréis venir todos a mi casa a las ocho de la tarde para empezar los Cruzados?” Todos a una le contestaron que sí.

Le dio gracias a la Zamarrilla y compró un chapolín, que es un billar con agujeros, o sea un billar americano, juegos de mesa, como ajedrez, damas etc. Para que pudieran jugar los niños que le habían prometido su asistencia.

Esperó hasta las once y media de la noche, pero ninguno se presentó. “Gracias a Dios y a Theresita, no me desanimé”, escribe él.

Al día siguiente fue al colegio a ver qué había pasado, pero cuando entró en la clase, se encontró a todos tapándose las caras con los libros abiertos, de vergüenza que tenían. Sin enfadarse, sino más bien animándolos, les volvió a preguntar si querían ir al salón esa noche. Volvieron a decir que sí, pero tampoco fue ni uno.

No se dio por fracasado ¡Había que buscar otros medios! Uno se le ocurrió.

Fue otra vez al colegio de Zamarrilla y le pidió a Don Esteban, que si a él le parecía bien, le pusieran en contacto con el niño que fuera como el cabecilla, el líder de los demás. D. Esteban le presentó a un chico. Se llamaba Jesús Gil Ruiz. Este chaval puso de manifiesto su liderazgo, cuando Ernesto quiso hablar en la otra aula de niños que tenían fama de traviesos. La sorpresa de éste fue grande, cuando los encontró a todos muy serios con los brazos cruzados, pero es que, de cara a ellos, estaba Jesús Gil, también con los brazos cruzados, que los miraba desafiante. Los había amenazado en complot con el Director, que como no se comportasen, no jugarían un partido de fútbol.

A Jesús, el cura le cayó bien y todos los recreos se los pasaba escuchándole y hablando como amigos. Ernesto le explicaba las cosas más importantes de la fe.

Jesús Gil Ruiz, fue el primer niño de lo que más tarde se llamaría “la Congre”.

Ernesto le dijo que iban a tener unas reuniones, pero que él tenía que presentarse en el Piso de García Valdecasas con seis niños más. Y así fue.

Y empezaron a reunirse los primeros niños: Antonio de la Torre, los hermanos Corpas... Él les daba la consigna: “Cada uno, tiene que traer seis más para la próxima reunión” y empezaron a multiplicarse. Hubo tal cantidad, que no cabían en la casa, se tenía que poner sentados en las ventanas y los niños se colgaban por las rejas de éstas y ocupaban la calle, que en ese barrio están cerradas por un extremo con un gracioso arquito, aparte de que todavía había muy pocos coches.

Al mismo tiempo que asistían niños del barrio de las “Viviendas” acudieron los niños del “Arroyo del Cuarto”, arrabal que estaba formado por chabolas de lata y de cartón, con piedras en los tejados y que en su mayoría eran gitanillos.

A Ernesto le daba muchísima alegría, porque era lo que la Virgen le había inspirado: la dedicación a los niños más pobres. Enseguida se mezclaron y no hubo entre ellos ninguna discriminación. Tanto Ernesto como los niños compartieron también los piojos que traían los más desamparados.

Durante toda su vida ha repetido que nuestra preferencia como Misioneros tiene que ser el apostolado con los niños más abandonados: “Nuestros centros apostólicos tienen que tener unos brazos muy largos que vayan a esos lugares.”

Él, como ya he dicho anteriormente, no era un deportista, como les hubiera gustado a los niños de entonces y a los actuales, en un principio no se mezclaba en sus juegos, era consciente de que la obra no era suya sino de Dios. Por eso las noches se las pasaba en su mayor parte, rezando por esos chiquillos que Dios le había encomendado

Los enseres que tenía la casa consistían en una mesa de madera de color claro, el chapolín, que es donde dormía, una pequeña hornilla eléctrica y una fiambarrera de metal gris que es donde se hacía la sopa de Avecrem y los huevos duros, que era lo que cenaba. Su madre le hacía la comida y cuando ya se incorporaron los jóvenes, iban a recogerla en moto, generalmente Paco Ruiz, Paco Ortiz, Manolo Cortes y otros.

Me parece que estoy escuchando comentar en mi familia: “Ha venido un cura jovencito con muy buen tipo y unos ojos preciosos.” Diego Ernesto tenía los ojos del color de la uva madura, muy parecidos a los de su madre y unas largas pestañas que los sombreaban. Hasta que no llegó a una edad bastante avanzada, cuidó extremadamente la relación con el sexo opuesto para evitar problemas.

Y su penetrante mirada. Parecía que adivinaba los pensamientos. Había quien le intimidaba tanto su presencia y esta mirada, que le era imposible hablar con él.

Con el tiempo su silueta adquirió una forma característica. Él decía de sí mismo: “Parezco un signo de interrogación.”

En el colegio de la barriada que se llamaba José Luís Arrese, hoy Luís Braille, se habilitó una clase, en la planta baja, para celebrar la Eucaristía. D. José Ávila, había puesto una gran imagen de San Francisco de Asís y allí es donde celebraba la Misa de Diez con los niños.

La Misa, por aquellos años, era toda en latín, pero un compañero sacerdote, Manuel Ligeró, confeccionó un Misal en castellano, de cada parte de Ella, con preguntas y respuestas, así los niños la podían seguir y comprender.

Dña. Mercedes, a quien en repetidas ocasiones ha dicho Ernesto que tanto debemos, hizo un uniforme de cruzado, parecido al del “Guerrero del antifaz”, con una túnica blanca, un cinturón y una espada de juguete que compró Ernesto. Y llevaba una bandera hecha también por la madre.

El primer niño que se vistió de cruzado fue José Pérez Gil. Está retratado con el uniforme y la bandera, rodeado de los demás, en el patio del colegio.

Tenían un Librito: “Mi reglamento del cruzado”, en el que se explicaba la consigna: “Ora, comulga, sacrificate y sé apóstol” y un Cuaderno en el que apuntaban sus datos, los defectos para corregir, virtudes...En seguida formó grupos de niños y en cada uno había un jefe de grupo. Cada grupo estaba bajo la advocación de un santo. Una manera de irlos entusiasmando eran los premios y el más valorado era recibir la medalla, que se le imponía al que estaba demostrando ser un verdadero cruzado.

Los primeros jefes de grupos de los Cruzados Eucarísticos fueron: Antonio Trella, Pepe Osorio, Gutiérrez, Maturana, Pérez Gil y Agustín Clavijo García.

El Párroco, D. José Ávila, al ver el éxito que Ernesto estaba teniendo con los niños, a los pocos meses, le pide que se dedique también a los jóvenes varones.

Ernesto les daba reuniones formativas, los llevaba de paseo, organizaba excursiones al campo a la playa. Los niños se bañaban, pero él iba con su sotana y su sombrero.

Los domingos por la tarde, visitaban sitios típicos de Málaga: La Catedral, el parque, el puerto... ESTABA CON ELLOS, su vida era una DEDICACIÓN a los niños y jóvenes y esta es la base del apostolado Mies, lo que es fundamental en nuestro enfoque apostólico. Y el CARIÑO. Ellos sabían que los quería, aunque a veces fuera hasta duro y les exigiera que se comprometieran en la vida cristiana y fuesen testimonio en su familia. Un lema de aquellos tiempos era: “Qué bien se vive en mi casa porque estoy yo”

Diego Ernesto, que como he dicho en otras ocasiones, era muy aficionado al cine, vio la película “Forja de hombres” sobre el Padre Flanagan y la ciudad que hizo para los muchachos que estaban sin hogar, en la que había un alcalde y diversos cargos y servicios y se le ocurrió ponerlo en práctica. A los chavales les pareció buena idea y lo hicieron en el campo, una tarde en la que cayó un gran chaparrón.

Entre todos nombraron un alcalde que fue José Luis Ruiz García. Le hicieron un gorro de papel de periódico que era como un triángulo. También designaron un consiliario que es el que daba una plática a todos. El primero fue Agustín Clavijo.

“Parece mentira, _comentaba Ernesto_, como hablaban sin respeto humano y no se cortaban ante tantos niños”

De esta manera le daba responsabilidades. Característica muy importante de su método apostólico es el que desde un principio ellos se sintieran responsables y tuviesen algún

pequeñito encargo, como el de recoger sellos para las misiones o abrir y cerrar la puerta.

Llevaba varios meses viviendo en García Valdecasas y el piso estaba totalmente al servicio de los niños. En el salón estaba el chapolín, donde él dormía, bancos de madera, mesitas con sus sillas, donde jugaban a los clásicos juegos de mesa, cuentos, sobre todo de vidas de santos que tenían el nombre de “Vidas ejemplares” en formato de tebeos,...pero faltaba una imagen, la de su querida Macarena.

Él le había contado a los niños, que había hecho varias imágenes en el Seminario, una de barro que se rompió, otra que le hizo a D. Manuel Gámez, otra que adornó con papelitos de colores.

Y sucedió que un día uno de los chicos se resbaló al entrar al cuarto de baño, con una pastilla de jabón lagarto. A Ernesto se le vino una idea a la cabeza. Fueron a la droguería que había enfrente de la ermita de Zamarrilla y compró varias pastillas de jabón lagarto, que eran muy duras y amarillas y talló en ellas con una cuchilla la cabeza y las manos de una Virgen. En Andalucía, las tallas de las Vírgenes que se procesionan en Semana Santa, suelen ser de candelero, es decir, no tienen cuerpo, sino una estructura y sólo cabeza y manos y se visten de una manera peculiar, propia de la cultura andaluza.

A las pastillas les echó algún componente plástico para ponerlas fuertes y una vez esculpidas, las pintó. Lo que más le costó fueron las manos porque se le rompían los dedos. La vistió en un primer momento con papeles de seda de colores y la corona era de latón forrada con los envoltorios de los “duros de chocolate” que les daba a los niños si se portaban bien, con la condición de que los abrieran con cuidado. Los que la recuerdan comentan que era una maravilla, idéntica a la original. Medía un metro y medio de altura. De frente era muy

bonita y de perfil se parecía muchísimo a la auténtica Macarena, esto último reconocido por Ernesto, que era muy exigente y retocaba mucho las imágenes que hacía porque nunca quedaba satisfecho de su obra.

La Virgen de Jabón, que así la llamaban, estuvo un tiempo en el piso, pero en uno de los viajes que hizo el tío Antonio a Málaga, la vio y le encantó. Como tantas otras veces pasaría con otras personas, Ernesto no dudó en dársela cuando su tío se la pidió y se la llevó a Sevilla. No sabemos si se la quedó un tiempo, si la dio o si se derritió. Gracias a Dios, que por lo menos tenemos fotos de Ella.

Y fue delante de la Virgen de Jabón, en una Misa celebrada por D. Alberto Planas y Ernesto, cuando empezó a tomar forma, aquello que había experimentado justo un año antes, el 12 de Octubre en Sevilla. Ahora ya la idea que le había inspirado la Macarena iba tomando cuerpo. Había chicos concretos. Se comprometieron a querer a la Virgen y a ser apóstoles entre los demás.

Pero como es natural, a Ernesto no se le pasaba por la cabeza fundar nada y digo más, ni entonces ni nunca, porque él siempre se ha considerado el inspirador del carisma, rechazaba que le llamáramos fundador. Decía: “MIES lo hemos hecho entre todos, cada uno ha puesto su granito de arena.” Y ha sido así. MIES se ha ido haciendo poco a poco, aquella intuición, aquella gracia se ha ido desarrollando y siempre teniendo a la Madre como protagonista y la espiritualidad de Santa Theresita como esencia de todo.

Al igual que a los grupos de niños llamó Cruzados Eucarísticos porque Don José Ávila tenía muy imbuido el espíritu de su antigua Orden de la Compañía de Jesús, para los jóvenes formó, como quería también el párroco, una Congregación Mariana y la puso bajo la advocación de María y

de San Gabriel de la Dolorosa. El motivo de ponerle el nombre de este santo, fue porque Ernesto, el año que se ordenó de sacerdote, hizo en la casa de ejercicios “Villa San Pedro”, unos Ejercicios Espirituales y en ellos leyó la vida de San Gabriel de la Dolorosa, uno de los libros que tenían las religiosas para uso de los sacerdotes. Era un muchacho pasionista que había sido muy alegre, que tenía novia, la dejó y se hizo religioso. Murió muy jovencito y lo canonizaron muy pronto. La ex novia asistió a la canonización. Ernesto le tenía mucha devoción y por eso lo puso como titular de la congregación y por supuesto bajo la protección de María Inmaculada. Así pues se llamó: CONGREGACIÓN MARIANA DE LA INMACULADA Y SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA. Este nombre tan largo quedó reducido en “LA CONGRE”

En la cuaresma de 1958, Ernesto dio unas charlas cuaresmales en el colegio José Luís Arrese. Los jóvenes que ya estaban en la “Congre”, hicieron mucha propaganda por el barrio y Ernesto rifó un reloj. Asistieron unos cuarenta y tantos. Al terminar se confesaron y se hicieron de la Congre.

Se nombró un presidente y el primero fue Enrique Moya.

A finales de 1957 con 8 años de edad Paco González conoce a Diego Ernesto. Solía ir junto con otros niños, José Luis Algarra y Manolo Domínguez a la parroquia de la Purísima a confesarse pero circunstancialmente acudieron una tarde a la ermita de Zamarrilla. El padre los invitó a ir al centro de García Valdecasas y se integraron con otros niños entre ellos Pedro Tíneo.

El 18 de diciembre fueron a Sevilla Ernesto, su madre y los muchachos que se habían comprometido delante de la Virgen de jabón un año antes en Málaga. Querían ratificarlo ante la Macarena. No pudo celebrar la Misa delante de Ella, que estaba

en besamanos, por lo que la tuvieron en el altar lateral del Cristo de la Sentencia y cuando estaban por la mitad, se presentaron un gran número de los jóvenes de la Amargura. Fue la primera peregrinación al Santuario de Nuestra Madre y Patrona.

Al mismo tiempo que Ernesto estuvo de coadjutor en la Amargura, fue también capellán, un poco de tiempo en “Protección de menores” de la calle Ollerías.

En el año 1958, a petición del obispo Don Ángel Herrera Oria, inauguró la Residencia Sacerdotal de Carranque con cinco compañeros más, viviendo allí por un tiempo, hasta que nuevamente volvió al piso de las viviendas. Su madre le hacía la comida de mediodía y los muchachos iban a recogerla, sobre todo, los que tenían bicicleta o vespa, porque era la única manera de que se alimentara.

En el curso 1958-1959, deciden irse al Seminario: José Luis Ruiz García y Agustín Clavijo García. Fueron los primeros seminaristas, pero ninguno de los dos llegó a ser cura. Según el testimonio de este último, al ser de familias modestas y sin posibilidad de pagarse los estudios, pudieron hacerlo, hasta que decidieron dejar este camino gracias a la ayuda de Ernesto, que les compró desde los lápices y libretas, hasta la sotana y los muchos gastos que ocasionaba la carrera.

A primeros de diciembre de 1958 fue nombrado Capellán auxiliar del Hospital Civil de Málaga, siendo primer Capellán, Don Sebastián Briales. Allí permaneció hasta el 26 de julio de 1968, simultaneando este envío con el que tenía de coadjutor en la parroquia de la Amargura.

Al poco tiempo de estar en el hospital, introdujo la “Asociación de enfermos misioneros,” por la que los enfermos encontraban sentido a su dolor.

Ernesto refería numerosas anécdotas de su permanencia en dicho hospital, como el de la viejecita que se estaba muriendo. Ernesto le preguntaba repetidas veces si se arrepentía de sus pecados, porque le dijeron que era sorda, hasta que ella le gritó: “¡Que sí, leche!”

Otro hecho que nos contaba fue el susto que se llevó cierto día cuando cuidaba enfermos sifilíticos siendo seminarista. Le habían comentado que esa enfermedad se contagiaba muchísimo y que uno de los síntomas de que se hubiese contraído la sífilis era la sordera. Una mañana, en clase en el Seminario, veía que Don Francisco Carrillo, movía la boca pero no oía lo que decía. Ernesto pensó: “ya está, ya me he contagiado de la sífilis”. Enseguida fue al médico exponiéndole los síntomas y este lo que le extrajo del oído fue un tapón de cera.

Al Hospital fueron muchas veces los muchachos de la Amargura y les daba retiros los domingos por la mañana.

Pronto se incorporaron las niñas y muchachas a la Congre, pues D. José Ávila le pidió que también se dedicara a ellas, con lo que el número de miembros se incrementó mucho. Al principio venía una monja de Villa San Pedro a darle las reuniones a las niñas en el piso de calle García Valdecasas.

Una de ellas, Regina Garrido recuerda emocionada cómo su padre, vecino de Ernesto, vio que un día fue un mendigo a pedir limosna al piso. Iba con unos zapatos hechos añicos y salió de la casa con los zapatos de Ernesto puestos. Eso no era una anécdota suelta, las vecinas de las viviendas cuentan cómo veían que el bocadillo de Ernesto nunca se lo comía él.

El 14 de mayo de 1961, se inauguró solemnemente, la Parroquia de Santa María de la Amargura. Se pudo hacer gracias a los donativos de los feligreses del barrio. Las pinturas para la ornamentación del templo corrieron a cargo de

Ernesto: El retablo del Altar Mayor representando a la Virgen de la Amargura y dos ángeles a ambos lados. Los altares laterales de San José y San Francisco de Asís con motivos de su vida. Los magníficos cuadros del Baptisterio de estilo cubista. Un friso rodeaba la iglesia, representando escenas de la vida de la Virgen María y de las letanías dedicadas a Ella. En los dos grandes ventanales, estaban pintados las estaciones del Viacrucis y un cuadro del Sagrado Corazón para la sacristía.

Por el año 1962, de nuevo el obispo le pide que vaya a vivir a una Residencia con otros curas, esta vez a la de San Patricio en el barrio de Huelin. Allí contrajo el tifus. Su madre iba andando a verlo diariamente.

Y otra vez hasta que se recuperara del todo, volvió a vivir con sus padres a la calle Montaña, por lo que iba cuatro veces al día andando a la Parroquia de la Amargura.

Llegaba muy temprano a la parroquia, a las 7:30 y se ponía a confesar.

Hay miles de detalles que muchos recuerdan, de la preocupación de Ernesto por los niños: Cuando Paco González, tuvo fiebres reumáticas y permaneció en cama durante un mes y no paraba de rezar por él; la vez que algunos no llegaban de la playa y mandó a otros a buscarlos...

Ernesto, que padecía del corazón desde su infancia, arrastraba también, el trauma padecido por la guerra civil española y su psiquismo agrandaba todos los problemas, máxime cuando se trataba de sus muchachos. Un día, uno de los que le eran más fieles y constante, desapareció y se fue con su anterior grupo de gamberretes.

A Ernesto le dieron la noticia de sopetón y cayó desvanecido. Lo tendieron en los bancos del saloncito y llamaron al médico, que fue el cardiólogo D. Antonio

Moncada. Le había dado un infarto o una angina de pecho. Se originó como es natural, un gran conmoción. Todos los muchachos lloraban y rezaban. Él estaba desvanecido, pero escuchaba decir al médico que no duraría más de media hora.

Gracias a Dios no fue así, pero el Padre Espiritual de Ernesto, D. Alberto Planas, y otros amigos sacerdotes, como D. Francisco Acevedo y D. José García Rosado, al ver las dimensiones que iba tomando la cosa, la cantidad de niños y muchachos que se reunían con Ernesto y constatar su precaria salud, le aconsejaron que se hiciera de un grupo de los más responsables, por si él moría.

Los seis primeros que se reunieron con Ernesto fueron los siguientes:

- Antonio Campos Fernández
- Ángel Campos Fernández
- Paco Ruiz Martín
- Rafael Ángel Fernández García
- Manolo Cortés España
- Juan Moreno García

En una segunda reunión, se les unieron Paco Ortiz Morales y Ángel Aguado Guzmán.

Así el 19 de marzo, día de San José, del año 1963, se empieza de una forma concreta la Obra MIES aunque todavía no se llamara así.

Y a Ernesto se le ocurre un nombre, (que años más tarde diría: “Mira que era raro”) el **de Spes-Juniores, que significa Jóvenes de la Esperanza**, pero en el habla común se seguía diciendo “La Congre.”

La idea que concibió, desde que celebró la Misa a los pies de la Macarena era que los muchachos fueran frailes o

religiosos y, por supuesto, célibes y hasta se planteó el que llevasen un hábito, al estilo de los salesianos. Y junto a la orden religiosa, una orden tercera compuesta sólo por laicos, pero fue cambiando de pensamiento y vio que Dios tenía otros designios para los Spes- Juniores.

En este año, se vio conveniente que entraran las mujeres a formar parte de la “Obra”, como ya se iba llamando a la “Congre”. Las primeras jóvenes fueron:

M^a Carmen Luque, María García Almada, Carmina Yáñez, M^a Pepa Pendón, Conchita García, Encarnita Pendón, Amelia Gálvez, Maruchi Becerra y Angelines Vázquez.

Después vendrían: Trini Gálvez, Emi Campos, Consuelo Rodríguez, Paqui Arjona, Mari Carmen Heredia, Consuelo Andreu, Charo Cortés, Alicia García, Ana Mari Tineo, Mercedes Tous...

Las nueve primeras que entraron en la “Congre” le regalaron a la imagen de la Virgen del Centro MIES, una pluma de metal, con las iniciales de sus nombres grabadas por detrás, que aún se conserva y esta pluma tenía un simbolismo para todos en general, porque cuando el Padre, arreglaba a la Macarena, según donde le colocaba la pluma, más arriba o más abajo del vestido, era como un marcador de cómo estaban respondiendo a lo que Dios les pedía, por eso, cuando estaba muy hacia debajo de la saya, es que en algo se estaba fallando.

Diego Ernesto compuso una oración de ofrecimiento del día, que la rezaban como decimos “Los antiguos de la Amargura” y que en el año 1991, se imprimió detrás de una estampa de la Virgen y se repartió en el Intermiés de aquel año. En el 2005 se volvió a editar y ya la Virgen no se veía sola, pues uno de sus hijos preferidos, estaba a su lado, en el cielo y en la estampa.

Los domingos, a las 8:30, rezaba con todos los muchachos el “Oficio Parvo” a la Virgen y a las 9 celebraba la Misa para los jóvenes. A las 10 era la de niños, que presidía el párroco Don José Ávila y muchos recordamos sus homilias con su célebre muletilla “al través de”. Los responsables que estaban a cargo de los niños, asistían a la Misa de las 9 y después a la de 10 con los niños. Antonio Campos y Mari Carmen Luque, iban colocando a los chavales por bancos, cada grupo con su responsable. Conchi González, ideó que cada grupo llevara una banderita y algún niño salía en procesión desde la sacristía, pasando por toda la capilla hasta el altar, con la bandera de los cruzados.

En un primer momento, una señora dirigía los ensayos de canto, hasta que más tarde, se hizo cargo uno de los muchachos que estudiaba música: Miguel Ángel Garrido, que tocando con mucha maestría el órgano y con voces muy bonitas como la de Nieves Carra, Panchi, etc. y la colaboración de muchos jóvenes, formó un magnífico coro.

Para la asistencia a las charlas cuaresmales, retiros Misas, los responsables iban a las casas por los muchachos. Para las reuniones, de forma muy original y eficaz, dividió el barrio por calles y los niños que vivían en ellas.

Cada responsable tenía asignada una calle, con los niños y jóvenes que iban a la parroquia de esa calle. Se visitaba a los padres y se recogía y llevaba a los más pequeños. Así mismo, se procuraba tener relación con los padres para que supieran dónde estaban sus hijos.

Para avisarse unos a otros a veces se empleaban métodos diversos, como tirar piedras en las ventanas o usar cuerdas con latas.

El padre Ernesto decía: “Hay que buscar a los jóvenes porque ellos no van a venir solos.”

Tanta fama fue adquiriendo lo que llamaban “los muchachos de Don Ernesto”, que llegó a oídos de Roma y mandaron a un sacerdote: El Padre Manuel, que permaneció un verano inserto en el grupo. El informe que remitió a los superiores, fue más que positivo.

También un jesuita, el padre Betancourt, conoció a Ernesto y toda la labor que llevaba a cabo. Le decía que aunque la Obra de Misioneros de la Esperanza tuviera como única finalidad vivir y extender la devoción a María, que ya tenía un puesto muy importante en la Iglesia.

Este sacerdote, en una de sus visitas a Roma, informó al Papa, que era Juan XXIII, del bien que se estaba haciendo a niños y jóvenes. Con lo que el Papa escribió a MIES una carta animando a seguir por este camino. Desafortunadamente, la carta se perdió, aunque todavía algunos recuerdan su contenido.

La imagen de la Macarena de Sevilla fue coronada canónicamente en la S.I. Catedral el 31 de mayo de 1964 por el Cardenal Arzobispo de Sevilla, constituyendo un gran acontecimiento en la vida sevillana.

Ernesto fue con algunos de los jóvenes y hablando con un compañero sacerdote sobre la vida de Gandhi y de cómo vivió el cristianismo sin ser cristiano, le hizo caer en la cuenta de que eso entraba de lleno en nuestra espiritualidad. Pero es sobre todo a raíz del Concilio Vaticano II, cuando va vislumbrando con claridad la acción no violenta en MIES.

En 1965 se hicieron unos Estatutos, que tenían la particularidad de estar redactados en clave, pues no se quería buscar una confrontación con el obispo de Málaga Don Ángel Herrera Oria, que deseaba que se hiciera su Asociación.

Estos Estatutos en clave, comenzaban de la siguiente manera, según lee el propio Ernesto de su libreta y que está recogida esta lectura en las cintas de SPES-FICE:

“Los pronombres eran:

El primero: Los Fines del Negocio (la Obra). 1º Gloria de amor y extensión de la afición a la Morena (La Virgen Macarena). 2º Pesca de besugos (muchachos) que no están en centros docentes religiosos y su necesidad de introducirlos en ellos. Los negociantes se ofrecerán a los generales de las capitales para que los coloquen en venta de besugos, allá donde sea necesario, pero respetando siempre el espíritu y el cartabón del negocio.

Pronombre segundo: Pertenecen al negocio, todo besugo de 15 abril que tenga recta intención de cumplir los fines del negocio y lo haya demostrado en la práctica, con un petionario de 10 años o meses o un año de almacén (La probación), tras el cual, si ha salido aprobado, harán los frutos o un tiempo de prueba de un año o meses.

Pronombre tercero: Los negociantes se comprometerán a seguir, si son machos, cuatro géneros de vida: a- Ahorcados con damas, (casados). b- Libres de ayuntamiento (los célibes), dedicados casi exclusivamente al humo (la oración) y el trabajo. c- Hechiceros (sacerdotes) sin oficios parroquiales. Si son costillas, (las mujeres) pertenecerán sólo a los tres primeros grupos. Las botas de Pedro (los votos).

Asimismo, cada muchacho tenía un apodo: Bernabé (Pepe Navarro), Esperanza Macarena (Mª Pepa), Benjamín (Paco González), Macarena (Mª Carmen Luque), Jacob (Román Navarro), Jacobo (Rafael Rodríguez Santiago), Alejandro (Salvador Luna), Maluli (José Mª Ruiz Pulido), Estanislao (Paco Ruiz), María del Sagrario (Conchita García), Tomás (Antonio

López Becerra), Ildefonso (Manolo Solís) Penita, (Ángel Aguado) Bruno(Paco Díaz Díaz)...

A los responsables se les llamaba Magos.

Las reuniones (cónclaves) se tenían en la sacristía de la Parroquia, o en la torre, o en el “cuartillo de los muertos”, donde se guardaba el túmulo que se exponía en la Misa de difuntos.

En una libreta de junio del 1966 escribe lo siguiente: “El Negocio era una obra de Dios y lo es. Todos los que lo han conocido, seculares, sacerdotes y obispos lo han admirado y han visto que es sumamente necesario en la Iglesia de hoy. Pero para comenzar lo eficazmente, se necesita un Grupo de Fundadores con experiencia de vida santa, humilde, caritativa y apostólica y sobre todo, de un verdadero amor y entusiasmo por el Negocio. Con este grupo pequeño se comenzaría y se irían después admitiendo aspirantes durante años de prueba y así se irían aumentando...”

Eran unos años, que mirados desde la perspectiva actual, sirvieron para hacer fuertes y vigorizar el espíritu, resistiendo y siendo fieles a la llamada de Dios en medio de pruebas que ponía Diego Ernesto, porque al mismo tiempo que era cercano, era muy duro y exigía que se viviera lo que se habían comprometido.

Si exigente era con los demás, lo era más con él mismo. Diego Ernesto caminaba de una manera particular y no sólo porque se colocaba los zapatos que le regalaban, que generalmente le resultaban grandes, sino que dentro de ellos metía monedas y capuchones de bolígrafos Bic, para mortificarse y ofrecerle ese sacrificio al Señor. Asimismo usaba cilicios y se pasaba las noches de rodillas rezando por los niños y jóvenes.

Los domingos de cada mes estaban programados para cuatro actividades. Uno estaba dedicado a visitar a los enfermos; en otro había que hacer una peregrinación, a la Victoria, o al Calvario, o al Puerto de la Torre; en un tercero era para hacer humillaciones que eran de dos clases: privadas y públicas. Las públicas consistían por ejemplo en ir al Arroyo del Cuarto a buscar clavos oxidados, irse a calle Larios por la tarde con un mono de trabajo, lo que hoy día carece de importancia, pero no en aquellos años, ir por la calle con los bolsillos llenos de piedras, etc. El cuarto se dedicaba a la limpieza de la Congre, de los wc, salones,...

Los congregantes hacían votos de pobreza, castidad y obediencia y lo mismo que los emitían, cuando Ernesto veía que se fallaba se los quitaba a todos e igualmente, si veía un mal comportamiento en el salón, los echaba a todos, pero al día siguiente volvían.

El 26 de mayo de 1965, Ernesto se entrevistó con el obispo Don Ángel Herrera y le expuso los Fines y Espiritualidad de la Obra. “El prelado lo recibió con agrado y la aprobó verbalmente”, según reseña de una de las libretas de Ernesto.

El salón permanecía abierto durante todo el día. Ponía música, tenían juegos de mesa, futbolín, pin pon...Había tebeos y cuentos para distracción de los chavales y él mismo escribió varios que mandó a una revista para conseguir dinero. Escribió un libro que se titulaba: “No le pidas peras al olmo”, refiriéndose a la influencia que tiene el ambiente y las familias en la formación de los muchachos.

En un cartel se puso la siguiente consigna:

¡GUERRA AL DESALIENTO! Podría decirse que este ha sido su lema: NUNCA DESANIMARSE. Era como la constante de sus charlas, de sus consejos, de lo que quería que

fuese su vida y la de sus jóvenes siguiendo el “Caminito” mostrado por Theresita.

En verano, las reuniones, a las que también se les llamaba “Círculos”, se celebraban en un chamizo que se construyó con cañas al lado de la parroquia. Fue por iniciativa de un diácono joven, Rafael, que estuvo un tiempo en la parroquia y se le ocurrió la idea para incentivar las reuniones. Se sacaban los banquitos que son los mismos que estuvieron más tarde en el centro Mies de García Briz y luego en el de Carretería.

Muchos recuerdan las charlas de las 7 de la tarde, charlas formativas, lecturas sobre vidas de santos, de formación. El Concilio Vaticano II, lo explicó trocito a trocito y exigía que se leyera en particular. El capítulo VIII de la “Lumen Gentium”, sobre la Virgen María” se sabía casi al dedillo y hacía preguntas sobre lo que se había explicado.

El deseo de formar en todos los aspectos, ha sido para Ernesto una meta en su vida. Lecciones de Teología y Mariología, de moral, el Catecismo, los Sacramentos, de la Sagrada Escritura... y hasta de inglés. No pocos de los jóvenes, que hoy tienen cargos de responsabilidad en la sociedad, le deben el comienzo de su formación.

Repetía que había que ser eficientes y ponía el ejemplo del encargado que interrogaba al empleado y éste tenía que ir a cerciorarse cada vez que se le preguntaba algo y en cambio llegó uno eficiente que le dijo al encargado todo lo que quería saber de corrido.

Al entrar en el centro, se oía música clásica: Peer Gynt, La Sinfonía del nuevo mundo, El lago de los cisnes, Sheherazade, La Sexta y la Novena Sinfonía de Beethoven, Zarzuelas como “La Dolorosa”... Poco a poco le iban tomando gusto y afición a la música.

Y los viajes a Sevilla. Sevilla para Ernesto era como Betania para Jesucristo, allí parecía que le ponían alas y andaba, no, corría para ver las imágenes que en esos momentos le daban mayor devoción. Y por supuesto llevaba también a sus muchachos a Sevilla. Esos viajes constituían una formación en el terreno del arte, pues Ernesto explicaba todo lo concerniente a los templos, a las imágenes y sus autores y antes de ir al viaje les hacía exámenes de lo que les había explicado. También eran días de oración y meditación, hablándoles y orando sobre las distintas advocaciones del Señor y de María que visitaban. Al principio eran sólo los varones los que le acompañaban y se alojaban en las pensiones más económicas de la Sevilla antigua. En una de las ocasiones, a media noche, notaron unos ruidos extraños y un ir y venir sospechoso y es que se habían metido en una en la que se daban citas con “mujeres de la vida”. Ernesto sacó inmediatamente a los jóvenes de aquel lugar y se quedaron en la calle lo que quedaba de noche. Después iban también las muchachas: Conchita García, M^a Pepa Pendón, Angelines Vázquez, Paqui Arjona, Conchi González...

Ernesto seguía yendo al colegio de Zamarrilla para dar la clase de religión de los sábados, pues entonces se tenía que asistir al colegio también ese día y también iban con él algunos de sus muchachos responsables, lo que hizo que algunos niños se interesaran por asistir a las reuniones de la “Congre” como Antonio Méndez Villamil, Norberto Nieto Sampedro y Francisco Rodríguez Gámez.

Casi todos los niños y jóvenes del barrio asistían al centro y su influencia se iba notando en toda Málaga. Es muy frecuente hoy en día, constatar cómo al hablar con personas que tienen ahora distinta posición social y ya una determinada edad, nos dicen que habían estado en la Congregación del Padre Ernesto.

De la Congregación salieron también vocaciones hacia otras realidades de la Iglesia, como Antonio Navas que ingresó en la Compañía de Jesús y es profesor de la Universidad de la Cartuja de Granada, Mellado etc.

Es muy interesante para los educadores y responsables conocer la manera que él mismo nos dice y ponía en práctica, de proceder con los niños y jóvenes: “A los niños no los tenemos que tomar por tontos, hay que hacerles descubrir el Dios de la fe, adaptado a su mentalidad, a los niños hay que tratarlos como hombres. Uno de los secretos que me preguntaban de por qué me seguían tantísimos niños, pues uno de los detalles era este, que yo los trataba como hombres. Procuraba hablar en un lenguaje que lo entendieran ellos, sin palabras altisonantes ni estrambóticas, pero después cuando los trataba de tú a tú los trataba como hombres y les ponía compromisos de hombres, porque los niños son capaces de llegar a grandes entregas y a grandes generosidades. Todo lo que sea blandenguería, va en contra de nuestro carisma. Cuando se descubre el amor, los niños se entusiasman. Creemos que los niños se van a asustar si les hablamos de exigencia, aunque depende mucho de cómo se lo presentemos. El mayor atractivo es Cristo y hay que descubrirlo, es lo que más les puede entusiasmar. No hablarles de Jesús, de Jesucristo, hay que hablarles de un Dios fuerte.”

“Cuando se trata de juveniles y jóvenes, con mucha más razón. De siempre he seguido un lema: A los jóvenes si se les exige poco, no dan nada, si se les exige mucho dan bastante, si se les exige muchísimo dan mucho, por eso hay que exigirles mucho para entusiasmarlos. Hay que decirles: “porque os considero capaces de heroísmos, vamos a poner unas metas heroicas, por eso vamos a conseguir una revolución.”

No sólo en el terreno espiritual, sino en el de responsabilidades humanas, quería que los muchachos se comprometiesen, presentándose para ser delegados de curso entre sus compañeros, implicándose en los sindicatos, siendo líderes en sus ambientes de estudio o trabajo.

En libretas de Ernesto del año 1966, hay escritas de su puño y letra innumerables reuniones, listas de cruzados y cruzadas, de responsables de equipos, de comisiones.

Reuniones que daba a los cruzados, lo que se llamaba “círculo de cruzados” y las que impartía al “círculo de congregantes”. Al final de las reuniones siempre había una parte recreativa en la que se cantaba, se hacían rifas, concursos, se recitaban poesías...

Los días de fiesta se celebraban mucho. Por ejemplo, el 8 de diciembre día de la Inmaculada. Ernesto había vivido de forma intensa ese día cuando estaba en el Seminario y ese espíritu lo transmitió desde el principio a los niños y jóvenes. Por la mañana se celebraba la Misa y después se tomaba un desayuno en el salón a base de chocolate y churros y más tarde se hacían olimpiadas con pruebas de salto de altura, longitud, carreras etc. y para los más pequeños carreras de sacos, morder la manzana etc.

En este mismo año, llevado por el deseo que le acompañará toda su vida de que un grupo calara bien en el carisma, comienza la sección SPES.

Los jóvenes se reunían en equipos, teniendo cada uno un responsable, que se preocupaba de avisar a los miembros y de interesarse por ellos cuando faltaban. Desde el principio, los temas partían de la experiencia y de hechos de vida. El método a seguir era la Revisión de Vida: “Ver, Juzgar y Actuar”

Había equipos de (escribo las palabras empleadas por Diego Ernesto) “militantes, congregantes, afiliados, tiempo de prueba, consultados.”

En las libretas de Ernesto, están escritas las “Obligaciones capitales de todos los equipos de militantes.” Y una consigna que se seguía era: Formación-Acción-Revisión.

Y otro lema que se intentaba poner en práctica era: “Lo mejor y lo primero para mi compañero” y decía: “y sin el acento ni la coma en mí.” Este lema se popularizó también más tarde en el Unifimes 76.

Cada día de la semana, desde por la mañana, Ernesto decía que tuvieran muy presente: el domingo a Dios Padre, el lunes al Hijo, el martes al Espíritu Santo, el miércoles a San José y todos los santos, el jueves a la Eucaristía, el viernes a la Pasión y muerte de Cristo y Dolores de la Virgen y el sábado a la Virgen.

Seguían entrando en la “Congre” jóvenes y “jóvenes” (como decía nuestro querido Pepe Navarro), puntales de nuestra Asociación, como Loli Ramírez y Mari Gracia Díaz.

Los Responsables de la “Congre” eran un varón para los muchachos, el primero fue el ya citado Enrique Moya, y una mujer para las muchachas, siendo la primera Conchita García.

Estaban organizadas las Comisiones de Biblioteca, Deporte, Salón, Piedad y Canto, Enfermos, Misiones y Secretaría, con un responsable al frente de cada una de ellas y llevando a cabo lo que incumbía a cada una.

También se colaboraba con Cáritas parroquial, cuyo encargado era Don Salvador Arrebola.

Para los niños y niñas desde que hacían la Primera Comunión hasta los 15 años, formó la Sección Pro-Infancia, primero fue una Pre-Sección, siendo la responsable M^a Carmen

Luque, la primera joven que entró en la “Congre”, y se les impartía la formación y actividades propias de su edad.

Las pandillas para salir los domingos tenían mucha importancia. Disponían de su propio reglamento, porque se les daba un sentido apostólico y se exigía entre otras cosas, que fueran muy puntuales a la hora de salir.

La puntualidad inglesa característica de Ernesto, que siempre estaba como un clavo a la hora que tenía que estar, ya fuera para reuniones o para ocasiones más intrascendentes.

Había grupos de novios, de los que pronto se harían cargo como responsables, Pepe Navarro Mancebo y Mari Pepa Pendón Martín.

Los retiros se tenían a veces en el colegio de Gamarra, otras en el colegio de los Salesianos, en el Hospital Civil, en la iglesia de San Julián...

En esta última iglesia se dejaron de tener los retiros por estar situada en un barrio en el que ejercían su oficio las prostitutas, por el posible peligro que entrañase para los jóvenes.

En el mes de mayo, los jóvenes y niños peregrinaban junto con los demás miembros de la parroquia al Santuario de la Patrona de Málaga, la Virgen de la Victoria.

El periódico Sur de 15 de Mayo de 1967, reseña esta noticia.

Ernesto, como sabemos, amante de la Virgen en todas sus advocaciones, ha insistido constantemente en el culto que se debe tener a las Patronas de los respectivos lugares y concretamente en Málaga, se estableció que los Misioneros acudieran a la peregrinación que realizara la parroquia donde estuviese apostólicamente y después, como Asociación, peregrinásemos ante la Madre el último domingo de mayo.

Ernesto escribía todo en las libretas. En las de reuniones: el contenido de estas, las Asambleas, los retiros, las conferencias, las pláticas, los cursillos....

Él todo lo escribía pero después no leía nada cuando daba las charlas y reuniones, todo lo decía sobre la marcha.

En los cuadernos de reuniones figuran por ejemplo:

Una carta a las monjas pidiéndoles que rueguen por los Ejercicios Espirituales de los muchachos.

Cartas a los congregantes antiguos que ya no asisten o casi no asisten.

Invitación para congregantes que asisten.

Transcribo lo siguiente de uno de ellos:

“Modelo de Propaganda en octavillas y carteles

¡JOVEN, noticia de sumo interés!

El que tiene en su mano tu felicidad de ahora y de siempre. El único que puede hacer un mundo mejor, si tú le ayudas. Te cita para tratar de estos temas en los Ejercicios Espirituales de la Parroquia de la Amargura.

Horario: desde el 20 de febrero a las 8/14 de la tarde al sábado siguiente”

Copiado de una libreta de Ernesto, del año 1968, el horario del centro Mies era:

9 ½ entrada, antes nadie puede entrar.

Hasta las 11: Estudio o reuniones apostólicas. Después Solaz y si vienen visitas, se les recibirá en la habitación 1^a

11½: Misa

- 4 a 5: Estudio
- 5 a 7: Solaz
- 7: Conferencia Bíblico-Religiosa
- 8: Reuniones Apostólicas y clases.
- 10½: Cierre

Todos los domingos a las 9 de la noche, daba una charla o conferencia en la Parroquia de la Amargura. Los que íbamos en pandillas, salíamos volando del sitio donde estuviéramos para estar allí puntuales. A un lado se sentaban los varones y a otro las muchachas, por indicación del párroco, que creía que era lo más conveniente.

Y la Iglesia se llenaba hasta los topes.

La ilusión por la santidad, el celo apostólico, el amor a la Virgen, son ideas que se quedaban grabadas en nuestro corazón y en nuestra mente, de tanto oírlas y dichas con tanta pasión, porque Ernesto hablaba de manera clara y rotunda, como dice la Escritura: “Sus palabras son como espada de doble filo.” (Hb 4,12)

El 22 de octubre de 1967, el padre comunica que se llamarán: MISIONEROS DE LA ESPERANZA, nombre mucho más bonito y que reflejaba lo que había experimentado Ernesto delante de la Madre.

Para captar mejor la espiritualidad y enseñanza de los santos en los que se basa nuestra espiritualidad y enfoque apostólico, realizó viajes, que eran en realidad peregrinaciones, siempre acompañado de jóvenes y alojándose y comiendo en los sitios más baratos. En distintas ocasiones fue a Francia a los lugares donde nació y vivió nuestra patrona Santa Theresita del Niño Jesús: Alençon, Lisieux y otras relacionadas con ella: París, Semaillé...A Italia a Turín y los pueblecitos relacionados con la

infancia de San Juan Bosco y a Asís, por San Francisco. Siempre refería la hospitalidad de los Hermanos Salesianos, que lo acogieron en su Casa Madre a todos y no les cobraron nada. Decía que aquella noche no pudo dormir por la emoción de estar en la misma casa donde lo había hecho Don Bosco.

La Compañía de Jesús, organizaba a nivel nacional entre las juventudes, Escuelas Profesionales y Vanguardias Obreras y el padre Juan Marín, jesuita, conoció a Ernesto, cuando este vivía en la Residencia de San Patricio del barrio de Huelín. Quería que Ernesto le proporcionara alguno de sus jóvenes para que le ayudara en Cádiz con los jóvenes obreros.

Aprovechando que a uno de ellos, Paco Ruiz, lo destinaron a Cádiz a hacer la “mili”, colaboró activamente con el jesuita, viviendo más tarde en el Hogar-Centro, mientras trabajaba en una subcontrata en los Astilleros. Este cuenta el frío que pasó en aquella casa, en el húmedo invierno de Cádiz y que nunca olvidará la chupa de cuero que le regalaron con sus ahorrillos Salvador Luna, Antonio Merino Mandly y José Manuel Gálvez, compañeros de la “Congre.”

Paco Ruiz, Paco Ortiz y algún otro muchacho, asistieron a un congreso en Madrid organizado por los jesuitas y que según me refiere el primero, estaba magníficamente organizado y con una asistencia masiva, muy propia de aquellos años de inquietudes sociales.

Cuando Paco Ruiz se vino para Málaga, se forma la Vanguardia Obrera, de la cual él fue el primer responsable y a la que pertenecían los jóvenes de ambos sexos que tenían la inquietud de hacer su apostolado en el mundo obrero.

Por esos años, algunos Misioneros se trasladaron a Madrid por asuntos personales y comienzan a hacer algo de apostolado en algunas parroquias de la capital.

En 1967, siendo obispo de Málaga, Don Emilio Benavent Escuín, nombra a tres Misioneros para llevar el Consejo Diocesano de Jóvenes de Acción Católica y al mismo tiempo promete estudiar la conveniencia de la aprobación diocesana oficial de la Obra Mies. (Libreta de Ernesto).

Al crearse la Universidad de Málaga en el año 1968, Ernesto, al igual que la Obrera, crea la Vanguardia Estudiantil con José Manuel Gálvez de Responsable. A ella se incorporaban los muchachos y muchachas que realizaban su apostolado preferentemente en su ambiente de estudios.

Ambas Vanguardias, cuando tiene lugar la expansión por otras parroquias a la salida de la Amargura, se llamarían Sección Obrera y Sección de Estudiantes y tienen un local propio para sus reuniones y actividades.

La Sección Obrera, siempre en la calle Pizarro y la de Estudiantes tuvo varios recorridos: Salón de la parroquia de San Juan, altillo en la parroquia de Santo Domingo, calle Mármoles y piso en la calle García Briz.

El deporte “estrella” era fundamentalmente el fútbol y los jóvenes de la Amargura tenían su propio equipo, del que era su entrenador Pepe Navarro, a la vez que era responsable de la Obra de Misioneros. Jugaban en el Seminario y en muchos campos de la ciudad. También se hacían campeonatos que servían asimismo de método de captación de jóvenes del barrio.

Los Misioneros no eran unos puritanos y sabían divertirse como todos cuando llegaba la feria, en las excursiones, convivencias al Chorro, al Pantano del Agujero, a la finca de San José...

Yo conocí al Padre al poco de él llegar al barrio. Mi casa linda con el colegio y yo iba con mi familia, mis padres,

mis tres hermanos, mi abuela y la tata. Por cierto, el padre relataba que cuando mi abuela se acercaba a confesarse con él, como era alta y gruesa y el confesionario consistía en una delgada tabla de madera, sabía que el porrazo que se iba a llevar en la frente era inevitable. Cuando mi abuela se puso enferma, vino a mi casa varias veces a darle la comunión.

Yo frecuentaba poco “la Congre” porque estaba en el colegio de las Esclavas y pertenecía a la Congregación Mariana, pero seguía yendo con toda mi familia a la Misa de 10 que era la de los niños. Mi madre comentaba: “No he visto a nadie tan puntual como el Padre Ernesto”

En un verano, entré en un equipo de niñas y acudía a las reuniones que daba el Padre a las 9 de la noche.

Cuando se abrió un Centro en la Parroquia de San Juan, en la que estaba también la Sección de Estudiantes me inserté en ésta y fue cuando hice unos Ejercicios Espirituales con Diego Ernesto en 1969 que me marcaron, y gracias a la insistencia y oraciones de Paco González, hablé con el Padre por si entraba en probación.

Le dije que para mí lo más importante era la Virgen y se puso muy contento. Y gracias a Ella y al Señor espero continuar hasta el final de mis días.

El 26 de julio de 1968, Ernesto fue nombrado sacerdote adscrito a la Parroquia de San Pablo.

Ya por entonces algunos párrocos pedían Misioneros para hacer centros de jóvenes y niños y fue el momento de llevarlo a cabo y expandirnos por distintas iglesias de Málaga, porque además habían surgido dificultades en la Parroquia de la Amargura para realizar convenientemente nuestro apostolado y

sólo se quedaron en ésta Pepe Navarro y Consuelo Rodríguez,
con un grupo de casados y de muchachas.

XIII. EXPANSIÓN POR LAS PARROQUIAS

Comienza un gran despliegue por toda la ciudad de Málaga: En marzo se inicia el Centro de la Parroquia de San Pablo, en abril el de San Felipe, en junio los Centros de San Juan y de los Mártires, en septiembre en el Espíritu Santo. También en Granada en la Parroquia de San Pedro.

En 1969 se inician las Secciones de Estudiantes, Obreros y Pro- infancia. En abril se empieza en la Parroquia de Santo Domingo.

A finales de 1968, el obispo D. Emilio Benavent, lo destina con dedicación plena a la Obra Mies y en un piso de la calle Mármoles, nº 26 se establece el Centro Mies. Este domicilio tenía la particularidad de que lo había alquilado el Dr. Machuca, familiar del antiguo socio de Don Andrés Wilson y que justo en el local de abajo, había un bar con el nombre de Macarena.

Como hasta el 5 de diciembre de 1970 no se constituye como oratorio semi-público, estando ya de obispo Don Ángel Suquía Goicoechea, gracias a la generosidad y amistad de Ernesto con el párroco Don José García Rosado, celebraba la Misa en la parroquia de San Pablo a la 13:30 para que coincidiera con la salida de institutos y trabajos. En esta parroquia, también se tenían las charlas de las nueve de la noche los domingos y se seguía llenando la iglesia.

El piso de calle Mármoles era muy pequeño. Ernesto no dormía allí, lo hacía con sus padres en calle Montaña, digo dormir, porque en realidad vivía allí durante todo el día, haciendo oración, confesando y dirigiendo espiritualmente, reuniéndose con los distintos responsables, probación etc.

La imagen de la Macarena, una de las muchas que hizo Diego Ernesto presidía la habitación más grande y parece que todavía huelo el incienso y resuena en mis oídos las marchas de Semana Santa que se ponía en el tocadiscos, sobre todo en las fiestas de nuestra Madre, en el triduo de la Esperanza, en el Vienes de Dolores...

Eran los tiempos en que rezábamos el rosario en cruz, de modo que en el pequeño oratorio se veía un mar de brazos, hasta tal punto que el Padre terminó por decir que no se rezara así, pues faltaba sitio.

Por las tardes se seguían haciendo las lecturas espirituales sobre las Cartas de San Pablo, sobre vidas de santos...

Las Reuniones de Responsables, las teníamos los domingos a las cuatro de la tarde en uno de los salones de la parroquia de San Pablo. Esas reuniones, junto con Diego Ernesto, las dirigía, nuestro querido Jorge Juan, que era el Responsable de Formación. Mis padres, a pesar de ser auténticos cristianos y amigos de Diego Ernesto, a veces me decían: “Hija, pero ni los domingos a esta hora descansáis.”

Jorge Juan trabajaba en una oficina de información y turismo en Torremolinos y tuvo conocimiento de que la empresa Playboy quería abrir una sala de fiestas en la Costa del Sol. Esto lo expuso en una reunión de responsables. Estábamos dispuestos a efectuar una manifestación en contra y a hacer un escrito para pedir que no se realizara por los motivos de que atentaba contra la moralidad de los jóvenes, pero no hizo falta, pues retiraron, por entonces, esta idea. No sabemos hasta qué punto influyeron las gestiones que realizó Jorge Juan.

En el verano de 1969, se organizaron los primeros Ejercicios Espirituales internos dados por Diego Ernesto, pues unos años anteriores varios muchachos los habían hecho en el noviciado de los Jesuitas de Córdoba, dirigidos por Antonio Navas, antiguo miembro de la Congre. Tuvieron lugar en los salones de San Pablo. En uno dormían los varones y en otro las muchachas. Las comidas las hacían otras jóvenes de la Obra MIES, como se denominaba por entonces nuestra Asociación. Fueron muy provechosos, pero dado no sólo la incomodidad de dormir en el suelo, sino el contar con un solo wc y ni una ducha, se decidió que los próximos se hiciesen en una casa propia para ejercitantes y así fue, los Ejercicios siguientes los impartió Diego Ernesto en la Navidad de 1969 en la Casa de Ejercicios de las Madres Reparadoras. Los que habían estado en los ejercicios de San Pablo comentaban, que cuando llegaron a sus casas, se fueron derechos al baño, sin detenerse a saludar a sus padres, pues no era precisamente el “buen olor de Cristo” el que emanaban.

Bajo el nombre de “Dilexit”, que quiere recoger el contenido de la expresión de S. Pablo “me amó y se entregó por mí” (Gál 2,20), Diego Ernesto deseaba, que nos preocupásemos más unos de otros, por nuestros problemas,

por nuestros familiares, por los Mies enfermos, por los que se encontrasen más solos... Se concretó en un grupo que tenía este encargo dentro de la Obra, cuyo lema era: “la caridad de Cristo nos urge”.

Con motivo de la canonización de San Juan de Ávila, que tuvo lugar el 31 de mayo de 1970 por el Papa Pablo VI, Diego Ernesto marchó a Roma acompañado de Pepe Navarro.

Pepe Navarro tenía una tía monja, Madre Emilia Navarro Sánchez, hermana de Don Emiliano, padre de los hermanos Navarro, de la Orden Religiosa de Cristo Rey y gracias a ella se alojaron en el convento de esta Congregación en Roma.

El Padre Martínez Facio, jesuita y gran benefactor de nuestra Obra, tenía influencias entre la curia romana y le consiguió una entrevista con el Papa Pablo VI.

Diego Ernesto en las “Charlas de SPES-FICE” relata cómo intentó colarse Pepe Navarro para asistir a la audiencia, que era sólo para los sacerdotes, disimulando un cuello como clérigo y una tarjeta parecida a la autorización. Pero no “coló” y un guardia suizo, de un manotazo lo echó para atrás.

Ernesto le pidió el permiso para continuar con la obra que había emprendido, pero el Papa no le dio el permiso, le dio más bien una orden: “Yo te lo mando” y le dio su bendición para llevar a cabo esta misión, sobre todo con la infancia abandonada.

Le decía: “Avanti, avanti.”

El 18 de diciembre del año 1970, día de la Virgen de la Esperanza, el obispo Don Ángel Suquía Goicoechea, aprueba a la Obra MIES como PÍA UNIÓN, figura jurídica en la que más encajaba nuestra Asociación.

Por aquellos años setenta, los Misioneros de la Esperanza participábamos en masa de la procesión en honor del Corazón

de Jesús que organizaban los Padres Jesuitas en el mes de junio, mes consagrado a esta advocación. Según datos de la prensa local, éramos más de tres mil los jóvenes que acompañábamos al Señor. Cada año Diego Ernesto pronunciaba unas palabras desde el balcón de los señores Martí Torres, en la Plaza de la Constitución de Málaga, entonces Plaza de José Antonio, y un joven leía, en nombre de todos, la consagración al Corazón de Jesús.

Una de las veces, acabado el Acto, estaban esperando a Diego Ernesto “los grises”, como se llamaba popularmente a la policía, y lo condujeron a la comisaría donde lo retuvieron varias horas, hasta que se convencieron de que su alocución no encerraba ningún fin político. Lo que había dicho es que “era necesario un mundo nuevo lleno de amor y justicia y de la salvación y liberación por los dones del Espíritu Santo”. Y es que en esa época era muy peligroso decir ciertas palabras como justicia y libertad.

El 30 de mayo de 1971, domingo de Pentecostés y festividad de San Fernando, se celebran solemnemente, por primera vez, las Vinculaciones-Promesas a Mies en el Santuario de Santa María de la Victoria. Escribo los nombres de algunos de los que las hicimos: Manolo Rodríguez Espejo, Conchi López Quintero, Mati Durán, Loles Tous, Norberto Nieto, Pepita Aguilar y su hijo Emilio Berrio, Conchi Moliniere, Mari Carmen Zamora, Maleny Nieto...

Asistieron muchísimas personas, los hermanos Mies, familias de los que nos vinculábamos, los jóvenes de nuestros Centros Parroquiales, amigos...El coro cantó maravillosamente, resonando con grandiosidad el órgano tocado por Miguel Ángel Garrido, sobre todo cuando entonamos el Himno de la Virgen llenos de emoción.

Sobre el año 1971, se alquilaron dos pisos en la calle García Briz nº 3 y allí se ubicaron el Centro Mies y la Sección de Estudiantes y al mismo tiempo se formó una fraternidad masculina formada por Paco Ruiz, Antonio Campos, Juan Mesa, Juan Chinchilla, que alternaba con el “Puente de los Morenos” donde había optado compartir su vida con la raza gitana y un muchachillo que Paco Ruiz había recogido de la calle y que causó no pocos problemas. Más tarde se incorporó Miguel Moraleda y más adelante Manolo Rodríguez Espejo. Paco González entraría en la fraternidad el 8 de enero de 1973.

Diego Ernesto seguía viviendo con sus padres en calle Montaña y todas las mañanas Ángel Campos, que era el secretario de MIES, lo recogía y llegaba a las ocho de la mañana, permaneciendo allí todo el día.

Al mudarse su hermano Carlos y Anita a un piso cerca del hospital Carlos Haya, los padres, se fueron con ellos y Ernesto se fue a vivir a la Fraternidad del centro Mies.

El 13 de octubre de 1972, experimentamos todos los hermanos el gran dolor de la muerte por accidente de tráfico de nuestro hermano Jorge Juan. Lo arrojó un camión comercial mientras realizaba su trabajo de guía turístico. Fue el primer Misionero de la Esperanza que entró en el cielo y fue la primera vez que vi a Diego Ernesto llorar.

En la Semana Santa del año 1973, el 20 de abril, Viernes Santo, realizamos algo insólito en la Semana Santa malagueña: sacamos en procesión la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza de la abadía del Císter, valiosa talla de Dolorosa de Pedro de Mena, llevada a hombro por los jóvenes y una Cruz desnuda, con sólo el sudario. El motivo fue el dar testimonio de sobriedad y oración en estas fiestas religiosas que se habían convertido en nuestra ciudad en demasiado ostentosas y faltas de fervor.

Unos dos mil jóvenes, acompañamos a la Virgen por todo el centro de la ciudad, durante tres horas, en total silencio, roto sólo por el murmullo del rezo del rosario y cantos penitenciales. Llevábamos en las manos rosarios, velas y pancartas con frases bíblicas. Algunas personas nos miraban con extrañeza y otras se unieron a nosotros. Pero el efecto inmediato en todos los que estaban presenciando los desfiles procesionales fue que por donde iba pasando esta manifestación de fe, la gente se iba callando y se hacía un gran silencio. La verdad es que causó un gran impacto, como reconocen los periódicos.

Era un aldabonazo y una manera distinta de vivir la Semana Santa.

El 1 de mayo de 1974, día de San José Obrero, en ese piso del Camino de Antequera, murió Don Andrés a la edad de 87 años. Curiosamente había enfermado el 19 de marzo, día también de San José. Ernesto decía que San José, patrono de la buena muerte, lo había tomado bajo su protección.

En el año 1975, Diego Ernesto viaja de nuevo a Roma y a su regreso el día 23 de enero en una reunión de responsables, informó de las entrevistas preparadas anticipadamente por el P. Martínez Facio S.J. y de las conclusiones del mismo. Las transcribo a continuación, facilitadas por Paco González:

Entrevistas con:

- P. Beller S.J. (Belga). Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Gregoriana y Consultor del Derecho Canónico del Papa, Consultor de diferentes Comisiones y cardenales.

Ha tenido varias charlas con él. Con él ha concretado la necesidad de que elaboremos los Estatutos y se le envíe a él; los corregirá y nos lo devolverá. Incorporar las

correcciones, volvérselo a remitir para presentárselo al Papa.

- P. Claudol. Decano de la Facultad de Teología (Francés). Entrevista muy positiva.
- Doctor Trisaltí (Seglar del Instituto Secular de Cristo Rey) Es un perito en los temas de Institutos Seculares.
- Cardenal Tabera. Prefecto de la Congregación para los Religiosos.
- Estuvo una mañana entera hablando con él.
- Don Ronsoro (Obispo español encargado de los Institutos Religiosos dentro de la Congregación para los Religiosos)
- También estuvo en esa entrevista el Obispo Mons. Albertini, Secretario de la Congregación para los Religiosos.
- Mons. Romero de Lema (Obispo español, Secretario de la Congregación para el Clero, que abarca a los obispos, sacerdotes y movimientos apostólicos)
- Cardenal Bran. Prefecto de la Congregación para el Clero.
- Audiencia General del Papa.

Conclusiones:

1. Aunque tardemos mucho tiempo en obtener la aprobación pontificia, tenemos que esperara con tal de no perder ningún matiz propio.
2. Todos están de acuerdo en la conveniencia y necesidad de la aprobación pontificia ya que no somos aun obra de la Iglesia y así se evitarían intervenciones de algunos estamentos eclesiales que cambien nuestra esencia ya que sólo somos Pía Unión. Si quisiéramos ser Instituto

Secular ya podemos ser aprobados; pero esto no puede ser ya que tenemos otra riqueza de matices que se perderían.

3. No somos ni podemos llamarnos religiosos o frailes. No somos Congregación Religiosa. Sí Movimiento Mies. La palabra significa que le damos suma importancia a lo sobrenatural, un matiz espiritual.
4. ¿Somos laicos? Sí, pero con limitaciones de la laicidad, como es la no incorporación a partidos políticos. Además están los sacerdotes que son diocesanos.
5. Pobreza: La Obra no tiene posesiones. Los Misioneros no pierden la posesión sino el uso de sus bienes. El uso es lo que limita el Movimiento.
6. En el orden temporal seguimos lo indicado en misma línea última.
7. La Iglesia va cada vez más a consolidar las congregaciones religiosas.

Al ser Mies recibimos la vida de la Comunidad Mies a la que pertenecemos para toda la vida.

Nosotros pertenecemos a otras comunidades accidental y temporalmente y somos animadores de la fe, pero no esencialmente y para siempre. Por eso nunca debemos dejar nuestra Comunidad “madre”.

Las congregaciones son un signo de vitalidad dentro de la Iglesia.

8. Dejar claro los distintos grupos que existen: célibes, casados y sacerdotes y con las dos ramas de hombres y mujeres.

Son distintos aunque unidos por los vínculos de vocación, amor, etc. Y su apostolado es distinto; todo ha de quedar concreto.

Pudiera ser interesante la aprobación del grupo de célibes como Instituto Secular, pues al tener una aprobación pontificia se daría fuerzas a todo el Movimiento, pero se podría perder la unidad.

9. El Director del Movimiento en relación al carisma, espiritualidad, mística, etc. será un sacerdote. Pero, a la vez, habrá un seglar, a ser posible casado, encargado, a la par, de la organización, movimiento de personal, etc., y ambos, incluidos en el Equipo Mayor Reducido.
10. Entonces, ¿cómo han quedado las cosas?
 - Congregación de Religiosos: Esperan mandemos los Estatutos para aprobar el Instituto Secular (Cardenal Tabera, Don Ronsoro...) y el Movimiento Apostólico ya lo aprobarán. Queda en suspenso la decisión.
 - Congregación del Clero: Pueden aprobarnos como Movimiento Apostólico (Congregaciones Marianas, A.C., Focolares, etc.). Es poco y no expresa bien lo que somos.
 - P. Beller: Va a ir directamente al Papa para conseguir la aprobación mediante el Cardenal Bennelli, Secretario particular del Papa.

TODO LO VAMOS A PONER EN MANOS DE LA MADRE

El Hermano Mayor de la Macarena conociendo la devoción que sentía por Ella, invitó por los años setenta a Diego Ernesto al traslado de la Macarena desde su camarín al recinto donde se procedía a vestirla para su salida en Semana Santa. Diego Ernesto dice que sintió una enorme emoción al tenerla tan

cerca y ver su cara tan bonita llena de lágrimas. Entonces le salió del corazón una súplica: “Madre, cómo desearía consolarte, cómo quisiera quitar esas lágrimas de tu cara tan bonita” Y sería que por causas naturales se despegaron, sería porque hicieron un movimiento brusco con la imagen, sería.... Lo cierto es que las lágrimas se cayeron de ese rostro de nuestra Madre. Los asistentes se quedaron un poco confusos y Diego Ernesto sintió que la Madre lo había escuchado y que con este gesto le daba a entender que la estaba consolando, que él y los jóvenes de la Obra de Misioneros de la Esperanza, estaban llenando de esperanza su corazón de Esperanza.

Un grupo de seminaristas mejicanos que habían viajado a España, fueron a visitar a Diego Ernesto. Él hacía mención con mucho agrado de este encuentro. Hay constancia en una foto tomada en la capilla del Centro Mies.

En la Navidad de 1977, fuimos con Ernesto seis Mies, Conchita García, Charo Cortés, Maribel Montiel, Juan Chinchilla, Francisco Sánchez Salado (Pacote) y yo, a hacer Ejercicios Espirituales de tres días a Sevilla. Dormimos y comimos en una pensión y en un restaurante económico, como solía hacer. El primer día, Ernesto dijo: vamos a comer sopa con yemas y cuando nos dimos cuenta de la clase de yemas que eran, disimulamos como pudimos una carcajada, pues las yemas eran la de los dedos de la señora que los traía metidos en el plato de la sopa.

El Padre nos daba las meditaciones en la Parroquia de San Esteban donde se encontraba la Virgen de los Desamparados, la imagen que tenía su misma edad y a la que su madre le había puesto bajo su protección estando en su vientre. Nos colocábamos en un rincón del templo y las charlas eran sobre “El Camino de Perfección de Santa Teresa de Jesús”. A mí por lo menos, me hicieron un bien enorme. Hacíamos ratos de

oración en la iglesia y visitábamos imágenes en distintas parroquias, y como siempre que Ernesto viajaba a Sevilla, iba a orar delante del cuerpo incorrupto de su querida Sor Ángela de la Cruz, la santa sevillana, madre de los pobres, cuyo espíritu de servicio a los más necesitados le impulsó a Ernesto a que en nuestro Movimiento se realizara una caridad asistencial al estilo de las “Hermanas de la Cruz”, atendiendo problemas concretos, no dejando por eso, de luchar por la liberación integral de las personas.

Al poco tiempo de morir su marido, Doña Mercedes dijo que se iba a vivir con su hijo Ernesto, por lo que se adecuó uno de los salones del piso del Centro Mies, donde dormían los muchachos, que se trasladaron a otra habitación más pequeña.

Así pues, para que su madre estuviese acompañada con algunas mujeres, se formó la fraternidad mixta, de muchachos y muchachas, siendo las primeras: María Raya, Amelia Sanjuán y más adelante Pili Mendoza.

En mayo de 1978, Diego Ernesto me pidió que me fuese a vivir a la fraternidad, ya que María Raya se iba a ir a un piso con niños de acogida y Amelia Sanjuán marcharía a América en pocos meses, en concreto a Ecuador. Por lo que son, 27 años menos 17 días (9 de julio de 1978 al 26 de junio de 2005), los que he convivido en fraternidad con Diego Ernesto.

La Sección de Estudiantes se había disuelto, por lo que el salón más grande del piso donde ellos se ubicaban, se había dividido en sala de estar por una parte y separado por un biombo, el cuarto de Doña Mercedes y en un lateral, protegido por una cortina, el cuarto de las chicas. Al final de un largo y estrecho pasillo, había tres cuartitos: uno de ellos tenía un wáter y lavabo, otro sólo un wáter y otro sólo un lavabo. No había ducha, pero ni en ese piso ni en el otro del Centro Mies,

por lo que nos teníamos que lavar “por partes” y nos duchábamos cuando íbamos a ver a nuestras familias, que tenía que ser, no más que una vez a la semana. Años más tarde, pusimos una ducha en el cuarto de baño del piso del Centro Mies, que por cierto no tenía la puerta completamente cerrada, sino que estaba abierta por arriba. A veces, de broma, mientras uno se duchaba, le tirábamos objetos por la abertura.

Diego Ernesto dormía al final de la capilla, en una cama plegable, que por las tardes y noches, se utilizaba para reuniones o ampliación de la capilla cuando estaba muy llena. Tenía un cuartito como despacho y para confesar y dirigir espiritualmente. Ángel Campos le hizo todos los muebles de madera de aglomerado, los mismos que yo, años más tarde forré con papeles. Ernesto me encargó que le limpiara y ordenase sus cosas y me tuve que hacer un plano para saber en qué lugar estaban los papeles, figuritas, libros, etc. pues al ser tan pequeño había que organizarlo muy bien.

Los muchachos dormían en literas en dos cuartitos muy pequeños, soportando el gran ruido que hacía el depósito del agua del bloque.

Ahora que lo estoy escribiendo, soy más consciente de que vivíamos en muy malas condiciones. Hasta que yo no fui a la fraternidad, utilizaban la lavadora que salió primero al mercado, con la que había que vaciar el agua a cubos y enjuagar y exprimir la ropa. Mi padre compró una “Zanussi” y recuerdo que María me decía: “Cuando yo me voy hay una lavadora como Dios manda.”

Los pisos se comunicaban por una puerta de madera, donde estaba el salón en el que se tenían todas las reuniones más numerosas. Teníamos que esperar a que terminaran para poder cenar, porque era también nuestro comedor, no sin antes ventilar un poco, porque se olía a humanidad. Cuando las

reuniones se prolongaban demasiado, como Diego Ernesto tenía que acostarse pronto, poníamos una tabla encima de la mesa de la cocina y comíamos apretujados. Tenía el hábito de retirarse a su cuarto en cuanto cenaba, pues tomaba pastillas para el corazón, estómago... y para dormir y si no lo hacía enseguida se le pasaba el efecto. Además se levantaba a las 4 de la madrugada para hacer oración, para escribir y también para leer, hecho que nunca abandonó pues procuraba estar formado tanto en el terreno espiritual como en el humano y por el día no había tiempo.

En ninguno de los dos pisos entraba el sol, ni por una rendija, y en invierno sobre todo por las noches hacía mucho frío.

Como estábamos en un primer piso, en el casco antiguo de Málaga y con una tienda de comestibles al lado, “gozábamos” de la presencia de cucarachas y ratones, animalitos que siempre nos han acompañado en todos los centros Mies donde hemos vivido, exceptuando el actual.

Eso sí, nuestra mayor alegría era el estar conviviendo con Jesús en el sagrario, con la imagen de nuestra Patrona, la Virgen Macarena hecha por Diego Ernesto y que cambiaba según iba regalándosela a los centros de fuera de Málaga.

Ernesto era muy exigente con los horarios. A las 8 de la mañana puntualmente rezábamos Laudes, por la tarde, cuando se podía, Vísperas y por la noche Completas antes de la cena.

Las misas eran en un principio a la 1:30 y más tarde se cambió a las 7:30 de la tarde y después a las 7 y acudían bastantes Misioneros y los sábados a la 1:30 del mediodía.

Cuando vivían los hombres solos, comenzaron haciéndose ellos la comida. Después, como no podían por los horarios de trabajo, entre varias misioneras, nos repartimos los días e

íbamos una cada día de la semana. Por cierto, yo no tenía ni idea de cocinar y un día hasta prendí fuego haciendo un arroz a la cubana. Afortunadamente, alguien vino en mi auxilio con una manta y apagó el incendio.

Al formarse la fraternidad femenina, Doña Mercedes era la que dirigía lo relacionado con la casa. Aunque todos colaborábamos, se vio la necesidad de que una persona ayudara en la compra y cocina y fueron varias las que desempeñaron esta tarea, entre ellas algunas Mies, como Victoria Toledo, María Casado, la misma Pili Mendoza, Pepa Morales, Manoli Martín Porras, Mariló Rodríguez.

Las comidas eran francamente buenas, hechas por la misma Doña Mercedes o bajo su dirección, pero teníamos como sacrificio, el no tomar postre ni en la comida ni en la cena, excepto los días de fiesta o celebraciones de santos y cumpleaños, así que la fruta brillaba por su ausencia, porque además en esos días especiales los postres eran más a base de tartas y de dulces. En aquellos años, todavía no se le daba la importancia que se le da hoy día a comer frutas. Los viernes hacíamos ayuno parcial, ni desayunábamos ni cenábamos y a veces como el día de Nochebuena, hacíamos ayuno total hasta después de la Misa del Gallo.

Diego Ernesto bendecía la mesa con la bendición en latín que se hacía en el Seminario: “Deus qui fecit totus, benedica chivum et potum” que significa: “Dios que lo hizo todo, bendiga la comida y la bebida”. Y a continuación nos daba la bendición.

Después de las comidas, veíamos el telediario y Diego Ernesto, siempre que podía, estaba un rato con su madre viendo la serie que ponían en la tv.

Algunos domingos íbamos a comer fuera, a alguna venta o self-service o un restaurante chino, etc. y después llevábamos a

Dña. Mercedes a casa de su hijo Carlos y su esposa Anita, donde pasaba la tarde, llevándola ellos luego al Centro Mies.

Ernesto, como ya sabemos, tenía su humor, un humor inglés. Cuando alguien iba al Centro Mies, él mismo abría la puerta, en los ratos que estaba libre y saludaba con la mano totalmente tiesa, de modo que el que llegaba se la daba, pero él no la cerraba, con lo que producía la risa o la turbación, según fuese la persona. También canturreaba y daba pasitos de baile muy graciosos. Lo de cantar, siempre le ha gustado mucho. Imitaba los cantos de los ciegos pidiendo una limosnita a Santa Lucía o trocitos de Zarzuela, género musical que le encantaba.

Tenía una tarabilla que la decía muy a menudo cuando sucedía algo malo pero de poca importancia, decía: “Qué horror, qué temblor, qué pavor, qué Nabucodonosor.”

En una ocasión hicimos una fiesta de disfraces, todos nos disfrazamos menos Dña. Mercedes. Pili Mendoza de romana, Antonio Márquez de arlequín, Alfonso Carlos Rosales de judoca, yo de charleston de los años 20, Paco González de payaso. Éste último ya no vivía en la fraternidad por estar ejerciendo de párroco en los distintos pueblos donde lo enviaban, pero lo considerábamos como uno más de la fraternidad, participando de las reuniones y actividades siempre que podía. Todos estábamos muy graciosos, pero fueron Manolo Rodríguez y Diego Ernesto los que más sorprendieron, pues Manolo se vistió de hippy y estaba tan bien con la melena y agarrando mi guitarra y una flauta, que Dña. Mercedes nada más que hacía decir: “¿Pero quién es esa que se ha metido aquí?” y hasta que transcurrió un rato no lo reconoció entre nuestras risas. Diego Ernesto se disfrazó de monstruo y se pintó la cara y se puso el pelo de tal manera, que daba repelús mirarlo.

Uno de los días más bonitos de la fraternidad era el día de los Reyes Magos. Poníamos letreros con nuestros nombres la noche anterior en distintos sitios del salón y colocábamos los regalos procurando que los demás no nos descubrieran. A la mañana siguiente entrábamos todos juntos, pero uno a uno desenvolvíamos nuestros regalos, ante la expectación de los demás. Después íbamos a la habitación de Diego Ernesto donde estaban los detalles que él nos tenía preparados. Aunque eran eso, detalles, nos hacía mucha ilusión, porque los había comprado él. “Unos años más tarde, adoptamos el método del Amigo Invisible” que resultaba más económico.

El Padre, como lo llamábamos y muchos de nosotros, de usted, era bastante despreocupado y despistado para sus cosas. Solía perder sobre todo las gafas, que generalmente aparecían después de mucho buscar en los bolsillos o en los sitios más insólitos.

Diego Ernesto decía que tenía el don de que los mendigos que pasaban por la calle se le acercaban para pedirle limosna, por eso llevaba siempre un montón de calderilla en un bolsillo, en el otro llevaba la Biblia lo que le abultaba bastante y hacía que los bolsillos se rompieran a menudo.

Pero también se le arrimaban los enfermos mentales y no sólo por la calle sino que venían al Centro Mies. Fue muy famoso un tal Armando, que se le metió en la cabeza que tenía que pegar a Ernesto y una tarde estuvo un rato grande aporreando fuertemente la puerta, o Jesús, que decía que en MIES se estaban infiltrando enemigos para disolvernarnos, o uno súper memorión que se sabía el Corán de memoria.

También acudían al Centro Mies varios drogadictos. En cierta ocasión, uno se dirigió directamente a la cocina y metió la mano en la cacerola donde se estaban guisando filetillos

rusos. Esa noche tuvimos que cambiar el menú. Por cierto que el pobre muchacho, después de zamparse dos o tres filetillos, se acostó para dormir en los bancos de la capilla y no se fue hasta la mañana siguiente.

Cuando nos mudamos a calle Carretería perdieron nuestra pista a Dios gracias, porque, como es de suponer, cuando llegaba una persona así a la sede, teníamos que estar muy pendientes de ellos.

Por estos años se van abriendo distintos centros: a finales de 1970 Enrique Rubio llega a Alicante con su familia y comienza a llevar Cruzados Eucarísticos en la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles y por el 1973 se consolida el Grupo.

En septiembre de 1971 se abre el Centro de la Parroquia de Ntra. Sra. De Fátima. En 1972, en enero, se comienza un grupo en el barrio sevillano de Valdezorras y en mayo se comienza en la Parroquia del Santo Ángel en Málaga, en junio en la Parroquia de Santiago.

En 1973 da comienzo el grupo de San Patricio en Málaga y el de la Luz y alrededor de esta fecha el Centro de la Parroquia de San Vicente de Paúl en Madrid. En 1974 se inició el Centro de la Parroquia de la Purísima en Málaga en marzo se comienza en Antequera, en junio en Ntra. Sra. De la Victoria. Luego en Córdoba, en octubre en Badajoz y en Valencia en el Colegio de las Trinitarias. En 1975 se empiezan grupos en Mijas y en Pizarra.

Por el año 1972, un misionero de la Esperanza, Juan Moreno, forma el Movimiento Cruzados de la Esperanza, actualmente M.A.C. (Movimiento de Acción Cristiana), que se extiende por varias parroquias y pueblos de Málaga. Pero en el año 1978 se independiza de MIES.

En 1974 José Planas Moreno y Manolo Márquez Córdoba van a Alhaurín de la Torre enviados por los Cruzados de la Esperanza, pero en 1976 es cuando optan por ser un Centro Mies.

En junio de 1976, en el puente de San Pedro y San Pablo, que en aquellos años era un día festivo, se celebró el primer Unifimes: UNIDOS EN LA ESPERANZA, fue su lema.

Tuvo lugar en el Pabellón Polideportivo de la Ciudad Deportiva de Carranque y asistieron más de dos mil jóvenes.

La Eucaristía del último día la presidió el obispo de Málaga Don Ramón Buxarráis Ventura y hasta le enviamos un telegrama al Papa para que pidiera por el Encuentro y fue contestado por la secretaría del Vaticano.

En 1977 se abre un Centro en Alcázar de San Juan y en 1979 en Herencia. (Ciudad Real).

En 1976 Antonio Quintanilla, que estudiaba en Córdoba, por medio de su madre que había ido a verlo y que encontró en el suelo un papel anunciando unas Charlas Cuaresmales en la Parroquia de la Trinidad, conoció al Padre Ernesto que es el que daba las charlas.

Al curso siguiente Antonio siguió frecuentando el grupo y en un retiro que daba el Padre, avisaron que se había dejado la máquina de afeitar en Málaga y a ver si alguno se la podía prestar. Antonio fue enseguida a la pensión donde residía y se la llevó. A partir de ahí trabó amistad con Diego Ernesto que empezó a ir por Alcázar de San Juan y se formó el Grupo en esa ciudad. ¡Gracias a uno de los despistes del Padre!

Diego Ernesto durante muchos años, por lo menos dos veces al mes, viajaba dos fines de semana a las distintas ciudades y pueblos: Alicante, Alcázar de San Juan y Herencia, Badajoz, Córdoba, Madrid...

Yo le hacía los cuadros en cartulina de las programaciones del mes, junto con las reuniones que daba en los distintos centros y pueblos de Málaga más cercanos como Antequera, Archidona, Villanueva del Trabuco, Priego de Córdoba o Rute.

También en el cuadrante, con rotuladores de colores y florecitas, para que no resultara tan agobiante, constaban todas las horas del día, pues de media en media hora, nos apuntábamos para confesar y para la dirección o acompañamiento espiritual.

En estos primeros años, cuando iba con el correspondiente secretario de MIES: Ángel Campos, Manuel Ángel Santiago o Antonio de la Calle, viajaba en coche, hecho que le daba un miedo enorme, debido a su psiquismo dañado por la guerra y que le hacía temer un accidente, lo cual le sucedió en varias ocasiones, el más peligroso acaeció en 1977 en el que al ser arrollado por otro coche, el de MIES quedó bastante descalabrado, pero gracias a Dios no les ocurrió nada a los que iban en el vehículo.

La comida se la llevaba para estos viajes largos y siempre recordaré la tortilla que le hacía su madre, Doña. Mercedes, y la fiambrecita de aluminio en la que la metía.

Y cómo no, las enormes servilletas que siempre se ponía para no mancharse, pasando, como era habitual en él, del temor a hacer el ridículo.

Y quería muchísimo a todos. Era él, el que quería viajar y ver, animar, charlar con unos y con otros, compartir con los matrimonios y familias que se alegraban tanto de tenerlo en sus casas.

Pero eso no quita las incomodidades de los viajes, el cansancio de estar dando charlas, encontrarse con problemas, darse cuenta de los que ya no asistían a las reuniones, o se habían quitado del centro o comunidad, para eso era único.

Cuando veía que alguien ya no iba por el grupo, tanto en los centros de fuera de Málaga como en ella, pensaba que se había enfriado en la vida cristiana, que se había desanimado... Esto ha sido siempre uno de sus mayores sufrimientos.

Si tanto trajín le resulta cansado a cualquiera, le tenía que costar más todavía a un hombre enfermo como él. Digo “le tenía”, porque yo jamás le oí quejarse de un viaje.

Una vez al mes iba a Sevilla. Allí recobraba fuerzas. Siempre buscando el rostro de Jesús, corría literalmente para ver sus imágenes. Era oración la que hacía, pero como él nos enseñaba, sin separarla de la vida.

En cada imagen del Señor y de María rezaba por unos y por otros, según las distintas advocaciones y recordando también las que les gustaban a cada uno.

En la capilla de Monte- Sión, la imagen de la Virgen del Rosario, le hace descubrir la importancia del Rosario, que tanto nos inculcó y que tanto rezaba.

También hablaba con su Director Espiritual, el Padre Flor, que residía en esta ciudad y generalmente iba a ver a su hermana Fina y demás familia.

Cuando viajaba a Sevilla en Semana Santa, sólo estaba los primeros días de la semana, porque siempre quería estar en “Los Oficios” de Málaga, que él celebraba en el Centro Mies, para que los que no estuviesen en centros parroquiales, acudieran a la Casa Madre.

Cada primavera, cuando empieza a florecer la flor de azahar, experimento las vivencias de la Semana Santa sevillana.

En 1979, Paco González, después de ser ordenado sacerdote, lo envía el obispo, Don Ramón Buxarráis a los pueblos de la serranía de Ronda, Jubrique y Genalguacil, y nacen allí dos centros de niños y jóvenes.

Se vuelve a abrir el centro de la Luz, que anteriormente había sido un centro de los Cruzados de la Esperanza y los de Campocámara (Granada), Rute (Córdoba), Almuñecar y Motril (Granada), Arroyo de la Miel, Montemar en Torremolinos, Santa Ana, San Francisco Javier, La Candelaria, La Natividad, El Copo.

Asimismo surgieron los Centros de Villarrobledo, Los Boliches, Cristo Rey, Villanueva del Trabuco, Jijona, Priego de Córdoba, La Carolina y en la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar.

Cada uno de estos centros, sus comienzos, las personas que pasaron por ellos, su historia, convendría que se escribiesen en un libro aparte, porque forma parte de nuestro legado como Asociación de la Iglesia que somos.

El 30 de abril de 1979 MIES se estructura en Comunidades y se realiza una Celebración Pascual. MIES es a partir de entonces, una Comunidad de Comunidades.

En Enero de 1980 se publica el “Ideario MIES”, escrito por Diego Ernesto a raíz de unos Ejercicios Espirituales dados en el año 1979.

En 1981 se publica el Libro: “Ser Mies en 20 puntos” extraído de una charla de Diego Ernesto en el Encuentro Intercomunitario de ese año. A partir de entonces se llaman Intermiés a los Encuentros de comunidades.

En ese año peregrinamos por segunda vez a Tierra Santa. La primera vez lo hicimos en el año 1979, pero esta vez iba también Diego Ernesto.

En enero de 1982 viaja a América: Venezuela y Ecuador.

Ya los primeros Mies que estuvieron en aquellos países fueron Mercedes Tous Zamora y José Yáñez Lillo. El 9 de enero contrajeron matrimonio y en la misma ceremonia hicieron los votos y el Padre Ernesto les impuso el Crucifijo Misionero. En febrero de 1972 estaban ya en América.

A continuación transcribo el siguiente texto resumido de su diario que me ha proporcionado Paco González:

“Desde sus tiempos de seminarista Diego Ernesto había sentido una fuerte llamada a la misión. El ambiente del Seminario lo favorecía.

Desde el año 1954 un grupo significativo de sacerdotes habían marchado a Venezuela. Diego Ernesto se ofrece para partir. Su precaria salud se lo va a impedir realizar. Pero el deseo queda en el corazón.

Lo transmitirá a nuestra Asociación. “Somos realmente Misioneros...” nos dirá repetidamente a los niños y jóvenes. Añora el momento de poder viajar a la querida América. Y el sueño va a poder convertirse en una realidad.

Su primer viaje lo va a realizar del 22 de enero al 8 de febrero de 1982. Le acompañarán Paco González y Marta Sanjuán. Vuelo de Málaga a Madrid el viernes 22 de enero. A las 13,35 h. despegará desde el Aeropuerto de Barajas el Boeing de Iberia “Lope de Rueda”.

Preocupación si su corazón resistirá tantas horas de vuelo. Gracias a Dios no hubo problema y aterrizaba en Caracas a las 9,45 h. (hora local) donde los esperaba el sacerdote murciano Manuel Pérez Martínez. Él había vivido en el Centro Mies y

estudiado algunos cursos de teología en Málaga. Finalmente viajó a Venezuela y allí recibió la ordenación sacerdotal.

¡Al fin podía pisar su querida América! Una acción de gracias gozosa le brotaba del corazón y de sus labios. Aquella noche fueron alojados en el Asilo de las Hnas. de Jesús Desamparado. Todo su ser vibraba ante la emoción del inicio de esta experiencia misionera.

Al día siguiente tocó madrugar para volar a Carúpano con escala en Porlamar (Isla Margarita). De allí en “carro” a Yaguaraparo, de donde era párroco Manolo Pérez. Con una población inferior a 10.000 habitantes se emplaza en la costa norte del Golfo de Paria, en el Estado de Sucre.

Hasta la mañana del jueves 28 va a permanecer en esta localidad. Son días intensos de visitas a caseríos (Quebrada de la Niña, Quebrada Seca, El Paujil...), ranchitos, liceo, charlas a niños y jóvenes, visitas a enfermos, celebraciones eucarísticas en la Parroquia,...

Viajará a Carúpano donde visita al sacerdote malagueño Manuel Palma y a Cumaná. Allí es recibido por el Obispo, Monseñor Parra León, con el que habla de la posibilidad de enviar Misioneros de la Esperanza a su Diócesis. El ofrecimiento es acogido positivamente, aunque no se llegará a realizar.

Acabada la etapa venezolana, tocaba volar a Ecuador. El viaje lo hizo el 28 de enero, partiendo del Aeropuerto de Maiquetía, a las 15,30 h. en un avión de las Líneas Ecuatorianas.

Tras una breve escala en Bogotá llegaban al Aeropuerto Internacional Mariscal Sucre de Quito a las 16,30 h. (hora ecuatoriana). Amelia Sanjuán, hermana de Marta y Misionera de la Esperanza que abrió el camino de las misiones en MIES,

los recibió junto con la Religiosa Esclava del Divino Corazón Josefina de Leiva y un P. Jesuita.

Fue un encuentro muy gozoso. Se alojarán en la Casa de Ejercicios de las Damas Apostólicas. Aunque su salud empezaba a resentirse aprovecharon la mañana del viernes 29 de enero para admirar la belleza de la capital ecuatoriana: la Catedral, las Iglesias de los PP. Jesuitas, S. Francisco, Sto. Domingo y las plazas y calles típicas del Quito Colonial.

Horas después, a las 15,10 h. despegaba el avión hacia Manta. A pesar de ser un vuelo de poco más de media hora, las turbulencias no le sentaron bien. El P. Antonio Montijano, S.J. los recibió y alojó en la casa parroquial de la Parroquia Ntra. Sra. de la Merced, regentada por los PP. Jesuitas, donde esa tarde presidió la Eucaristía Diego Ernesto a los 19,30 h

Hasta el sábado 6 de febrero permanecerá en Manta. La finalidad fundamental de la visita, además de acompañar a Amelia Sanjuán, que había quedado sola como Misionera de la Esperanza tras la entrada de su compañera, Charo Cortés, en el Noviciado de las Esclavas, era discernir junto con Amelia, las ofertas y posibilidades de comenzar la primera misión propiamente MIES en Ecuador.

Lo primero fue dar un retiro al Grupo de la Renovación Carismática a los que Diego Ernesto les habló de las Bienaventuranzas y del estilo apostólico de MIES. Luego empezaron las entrevistas y visitas a diferentes lugares.

El P. Durana S.J. habló de la posibilidad de que los primeros Mies atendieran un colegio en uno de los barrios más pobres de Manta.

El P.Montijano y el Hno. Francisco les mostraron la preciosa Casa de Ejercicios “S. Claver”, a orillas del Pacífico, y

la Escuela de “Fe y Alegría”, atendida por unas religiosas, y enclavada en el pobre y seco barrio de Masato.

Otro día lo dedicó a visitar el Poblado Campozanto y el pueblo y parroquia de Paján, donde se entrevistó con el párroco, el P. Spin. Por la tarde el P. Durana, Amelia Sanjuán y Paco González se desplazaron a Guayaquil, al Cerro de Mapasingue, un lugar pobrísimo donde los mosquitos “campaban a sus anchas” y atacaban sin ningún disimulo y donde se iba a ubicar una Escuela de “Fe y Alegría”, que podría ser dirigida por MIES.

Diego Ernesto no los acompañó pues se encontraba griposo. Las últimas posibilidades fueron algunos pueblos del campo de Manta, S. Mateo y Chancras.

Las encuentros con las Religiosas Esclavas en el Colegio Julio Pierregrose de Manta y la Escuela de Fe y Alegría del Barrio de las Cruces de Portoviejo, donde hizo una breve visita a la Catedral y parte de la ciudad, así como a la Virgen de Monserrat en la Parroquia de Montecristi regentada por el P. Gustavo, de nacionalidad yugoslava, y las reuniones con los jesuitas Patricio y Antonio Montijano para ir tomando decisiones sobre el futuro de MIES en Manta, completaron lo más significativo de estos intensos días.

La mañana del sábado 6 de febrero era el momento de la despedida. Todo el Grupo de Jóvenes de la Renovación Carismática estaban en el Aeropuerto Eloy Alfaro para despedirlos. Allí se quedaba una parte de su corazón.

Amelia Sanjuán también regresaba con ellos a España para pasar un tiempo de descanso. A las 8,10 de la mañana volaban hacia Quito en un avión de hélices.

El último día en Quito fue más sereno. Alojamiento en la Casa del Niño Jesús de las Damas Apostólicas de Cotocallao,

celebración de la Eucaristía ante el milagroso Cuadro de la Virgen Dolorosa del Colegio S. Gabriel de los Jesuitas, donde los atendió el P. Martín que tanto bien ha hecho a los Mies a lo largo de los años posteriores y cambio de impresiones con Amelia para ver el destino más factible del futuro equipo Mies.

El domingo 7 de febrero, tras la celebración de la Eucaristía en la Capilla de la Casa, se desplazaron en autobús al Aeropuerto y, a las 12,10 h. en el DC-10 de Iberia “Rías Gallegas” emprendían el regreso. Escala en Bogotá y S. Juan de Puerto Rico.

Precisamente allí pudieron conversar sobre S. Claver y otras posibilidades con el P. Julio, Provincial de los Jesuitas de Ecuador.

En Madrid tomaban el último avión y a las 10,45 h. aterrizaban en el Aeropuerto de Málaga. Alegría del encuentro con todos los que les esperaban.

También tristeza al enterarse de que Gloria Amigo había tenido un accidente en Lyon, en el que había perdido una pierna al ser arrollada por un motorista, lo que no le impidió volver al Zaire (Actual República Democrática del Congo). Era la primera Misionera en ir a África.

La vida seguía adelante con sus gozos y tristezas, con sus inquietudes y esperanzas.

Como María, en cuyas manos había puesto todo este viaje, le quedaban las vivencias guardadas en el corazón. De ellas brotaría un río de vida para MIES que aun hoy sigue manando, que ha posibilitado la vocación de muchos hermanos latinoamericanos y que, en esas parcelas de la tierra, el mundo sea un poco mejor”.

El 21 de noviembre de 1987, la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, reconoce a MIES como

Asociación Pública de Fieles, rigiéndose por el Código de Derecho Canónico para estas Asociaciones.



Los Cruzados Eucarísticos en el patio del Colegio José Luis Arrese, hoy Luis Braille.

Con el primer cruzado. Entre Doña Mercedes y el Padre, hicieron el traje y la bandera.



*Macarena hecha con pastillas de jabón lagarto.
Año 1966. Calle Alférez G^a Valdecasas.*





Miembros de "la Congre" en la puerta de la Amargura.



Uno de sus viajes a Sevilla, en el Parque de María Luisa.

Viaje en tren con su madre, Doña Mercedes.





Viaje a Lisieux. Frente a la Basílica de Santa Theresita.



Celebrando la Eucaristía. Años 70.





En 1972 predicando desde el púlpito en la Macarena.



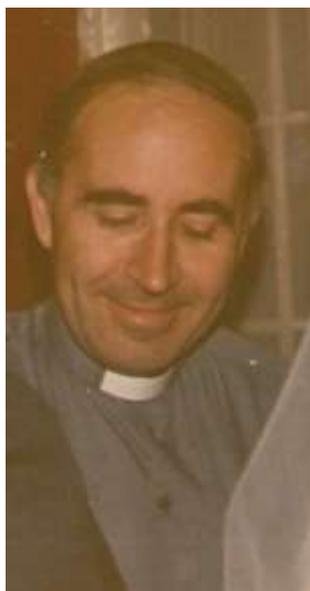
*En el viaje a
Roma, con
Pepe
Navarro,
por la
Canonización
de San Juan
de Ávila.*



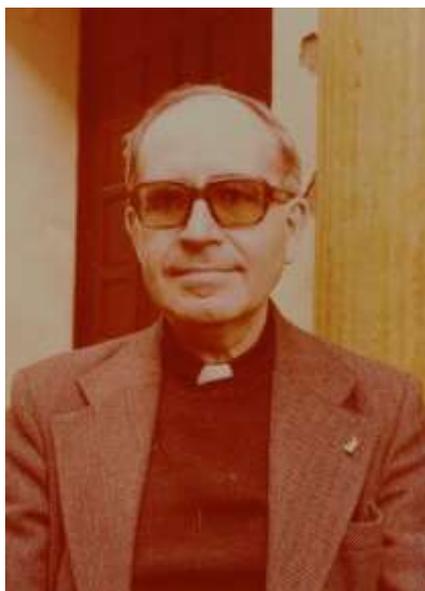
*En Roma, con el P. Martínez Facio S.J. Que le consiguió una
audiencia con Pablo VI.*



Emisión de votos del Padre José Antonio en la Basílica de la Esperanza Macarena.



Principios de los 70.



Años 80.



"Enamorado de María". Ante la Virgen de la Amargura (Zamarrilla).



*Ante la Virgen de
los
Desamparados de
Sevilla, a la que
fue ofrecido
cuando era niño.*

*Con nuestra
Madre
Macarena.
Años 80.*





*Viaje a Tierra Santa. Detrás está la ciudad de Naim.
Celebrando la Eucaristía junto al P. Enrique Rubio y al P. Paco
González en el monte de las Bienaventuranzas.*





*En Junio de 1981, en Sevilla con un grupo de misioneros.
Ecuador, año 1982.*





La fraternidad en 1986.

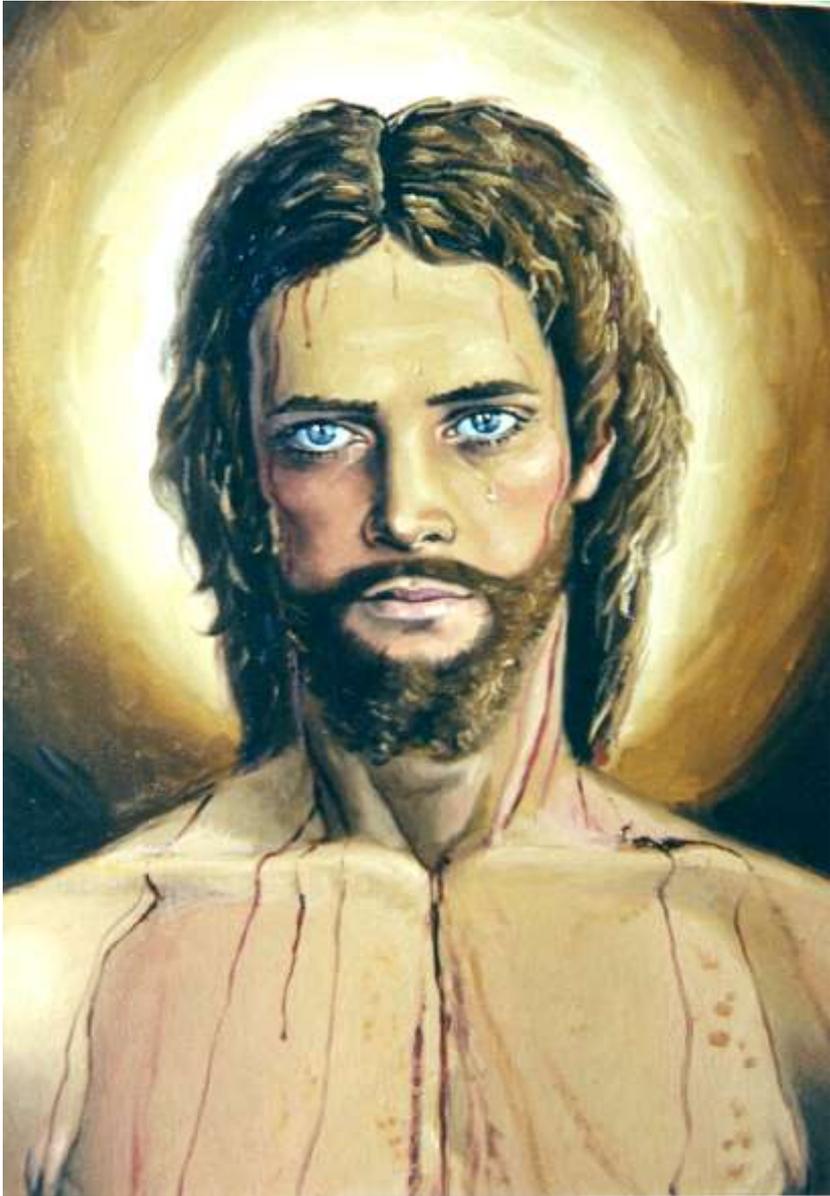
XV Aniversario de la Coronación de la Macarena. 1989.





*En la Capilla del Centro Mies de García Briz.
Celebrando con el Padre José Antonio en la Basílica de la Macarena.
Años 80*





Cristo Joven. Pintado por el Padre a principios de los 70.

XIV. EN CALLE CARRETERÍA

En 1987, por primera vez, con la aportación de los ahorros de muchos Misioneros y el correspondiente préstamo, se compra una casa, bastante grande, situada en la calle Carretería de Málaga, número 97.

La mudanza fue un día lluvioso de septiembre. Mientras terminamos de recoger las cosas y limpiar los pisos que dejábamos, otros Misioneros trabajaban en la nueva casa, instalaban las lámparas, ponían los cacharros de la cocina, colocaban los muebles, y por cierto quedaban asombrados del mal estado en que estaban casi todos, pues nos los habían regalado y eran de segunda mano o de aglomerado como los míos, que al mojarse con la lluvia, un Mies con cara de lástima me sugirió que debía ponerlos en la basura.

El día de la mudanza y el siguiente, Doña Mercedes estuvo en casa de Carlos y Anita, y Ernesto estaba en Sevilla con el entonces secretario Antonio de la Calle, por lo que dormimos en Carretería Manolo Rodríguez Espejo, Antonio Márquez y yo, cada uno en lo que sería nuestro cuarto.

Cuando agotada por el trajín de la mudanza me acosté en medio de los muebles y cajas medio abiertas, sentí un ruidito y me decía: “Hay que ver cómo crujen las cosas” y me dormí. A la mañana siguiente, nos dimos cuenta que el crujidito era producido por nuestras “amigas” las cucarachas que habían acudido por la escalera a darnos la bienvenida. A los pocos días, también se presentaron los “amigos” ratones.

Durante los nueve primeros años que vivimos en esa casa, tuvimos la visita de unos ciento cincuenta ratones e innumerables cucarachas, puesto que esto es lo que les sucede a los pisos del centro de Málaga y que tienen una alcantarilla en la puerta. En el año 1997, MIES contrató una agencia de Control de Plagas y Fumigaciones y desaparecieron hasta que volvieron a encontrarnos en la Rampa de la Aurora.

Ese fue uno de los inconvenientes del nuevo domicilio en el que vivimos y que fue Centro Mies dieciocho años, desde septiembre de 1987 a febrero de 2005.

Otros fueron el tener que bajar a abrir la puerta desde el segundo piso en el que estaba la fraternidad hasta que se puso el portero automático; las escaleras que subía y bajaba con mucha dificultad Doña Mercedes, hasta que en 1997 se instaló un ascensor; la poquita agua que salía en los grifos, pues iba hacia dos depósitos que estaban en alto y caía con muy poca fuerza y que hacía interminables las duchas, hasta que unos ocho años después se pudo hacer obra y se puso directa de la calle y unas cuantas cosillas más, como el techo que se derrumbaba cuando llovía mucho, de una habitación y del

pasillo; el ruido enorme en la placita del botellón de los viernes...

Por cierto, una mañana llegaron hasta el piso de la fraternidad, como solía pasar, pues alguien abría la puerta y se colaban hasta arriba, dos tipos con una pinta bastante sospechosa, llenos de tatuajes, colgantes, medio desnudos y pelos, uno en cresta y el otro con melena. La verdad es que nos sobrecogimos y no acertábamos a preguntarles que querían.

Ellos nos dijeron enseguida, que eran policías y que tenían ese aspecto porque se mezclaban con gente parecida para no levantar sospechas. Nos enseñaron la placa de policía y nos pidieron que los dejáramos observar la plaza, desde las rendijas del balcón del primer piso, pues sabían que se traficaba con droga.

Nos enteramos que la plaza de San Pedro de Alcántara, recibía el nombre de “Plaza de la mierda” en su acepción de droga. No demasiado convencidos, les dejamos observar, hasta que nos acostumbramos a su presencia, pues durante un tiempo, las noches de los viernes acudían a hacerlo durante un buen rato.

Pero también tenía muchas ventajas respecto al otro piso, sobre todo la alegría de que entraba el sol, que los cuartos eran más grandes, que la capilla que primero estaba en el primer piso y más adelante se bajó a la planta baja era más amplia y cabíamos más personas...

Mi padre, Tomás, estaba muy contento de que viviéramos en una casa con unas mínimas comodidades. Él era de los señores que habían apostado en la Parroquia de la Amargura por Diego Ernesto, junto con Don Emiliano Navarro, Don José Estrella, Don Esteban Guillén Villanua... Él y mi madre, María de los Ángeles, se habían dirigido espiritualmente por

aquellos años con Diego Ernesto y seguían hablando frecuentemente con él.

El 29 de febrero murió mi padre por un cáncer provocado por un enfisema pulmonar. Según nos dijo luego Ernesto, él sabía que iba a morir, pero disimulaba delante de nosotros para que no sufriésemos. A los once meses, mi madre también falleció. Ella afirmaba que en el cielo estaría muy bien mi padre con Theresita y todos los santos, pero que él preferiría estar con ella. El padre me decía que eran como Romeo y Julieta y que el Señor atendió sus deseos.

Ese año de 1988, de la primera mudanza del Centro Mies y fraternidad, se publicaron las “Charlas del XXV Aniversario”, libro escrito por Diego Ernesto, a los 25 años de la fundación de MIES. Y en el mes de abril se celebró esa efeméride en el colegio de las Esclavas Concepcionistas de Pedregalejos. Diez personas emitimos los votos, se proyectó un trozo de un documental realizado por Agustín Clavijo y José Manuel Gálvez sobre el Padre Ernesto y se apagaron las velitas con el número correspondiente.

Diego Ernesto seguía en su labor incansable de ir los fines de semana a todos los Centros de Málaga y fuera de ella, dando charlas, retiros, ejercicios espirituales.

Aproximadamente por el año 1989, lo hacía en tren o en autobús, según el sitio que fuera y desde que el secretario de MIES no tenía la misión de viajar con el Padre, tuvimos que buscar un acompañante, pues el que no trabajaba, estudiaba y el que no, tenía apostolado en los centros y a veces resultaba difícil que le dieran permiso sus responsables. La verdad es que esto constituyó un problema.

También seguía con las confesiones y direcciones espirituales cada media hora, sobre todo por la tarde.

Cuando alguien le decía: “Padre, tienes que descansar, que no vas a durar mucho”, él contestaba: “más vale vivir unos años menos de vida entregándose al máximo, que unos más con una vida insulsa, sin entrega”

El 31 de mayo de 1989, en el 25 aniversario de la coronación de la Macarena, fuimos un grupo de Mies a Sevilla, donde Diego Ernesto presidió una Misa en la catedral delante de la Virgen, la cual habían situado en la parte trasera del templo. En este acontecimiento no podíamos dejar de acompañar los Misioneros de la Esperanza a nuestra Madre.

En febrero de 1990, Diego Ernesto realizó un nuevo viaje a América: Ecuador, Paraguay y Corrientes para visitar a los Misioneros y grupos. Lo acompañaban Ana Acosta y Juan Carlos Guzmán, joven de la parroquia de la Natividad del Señor.

Su madre que ya se sentía intranquila cuando Ernesto realizaba algún viaje, por lo que suponía para un hombre enfermo como él, el hecho de que fuera a América le horrorizaba. Como Ernesto no iba a dejar de efectuar el viaje por este motivo, se le ocurrió la única idea que podía hacer que su madre lo aceptara con gusto. Le dijo que el Papa lo había nombrado “Prelado Doméstico de su Santidad” y que tenía que ir en su nombre a América.

Hizo que se compusiera una foto saludando al Papa y revestido con ropa propia de un prelado. Su madre, madre al fin, vio con mucho orgullo que su hijo viajara en nombre del Papa. Lo que no quitó la preocupación que yo sé que tenía, temiendo por su salud, aunque fuera en una misión tan importante.

Ernesto, durante mucho tiempo, padeció un influjo nefasto de algunos psicólogos. Él acudía a ellos por varias razones: por depresiones, por la inseguridad en aspectos que él veía con claridad y se encontraba confuso y también por no poder

conciliar el sueño y tener episodios de estar varios días sin dormir.

Afortunadamente, en el año 1989, el psicólogo y psiquiatra cordobés Rafa Pérez le confirmó que estaba totalmente cuerdo y centrado y que lo que había experimentado era una liberación y un poder expresar con claridad su pensamiento.

Como consecuencia de esta libertad de espíritu y de ideas y basándose en un libro que le regaló y recomendó el Padre José Antonio Romero “Núcleos del mensaje cristiano” de Javier Garrido, en agosto de 1989, durante ocho días, predicó unos Ejercicios Espirituales en Úbeda (Jaén), cuya transcripción realizada por Manolo Solís y Pilar Sola, dio origen al libro “Evangelio de la Gracia”.

Del contenido de estos Ejercicios, impartió 16 tandas en Málaga y lugares donde había Mies. Estos ejercicios no significaron para algunos nada novedoso respecto a lo que había estado predicando anteriormente, pero para otros supuso un choque y un “rascarse las vestiduras” porque pensaban que Ernesto decía cosas distintas a las anteriores y que era demasiado liberal en algunos matices. El tiempo ha demostrado que fue obra del Espíritu Santo y una gran gracia para MIES.

En octubre de 1990, Diego Ernesto propone un primer borrador de Estatutos de MIES fusionado con FIMES, que es presentado con carácter informativo a la Asamblea General de MIES.

Diego Ernesto siempre sostuvo que MIES y FIMES eran una misma cosa, que era el mismo carisma, pero que Dios había permitido que durante un tiempo tuviesen alguna autonomía, porque así se crearon distintas actividades, como campamentos, encuentros, comunidades, que enriquecieron nuestro apostolado.

Diego Ernesto era muy partidario de que se formasen grupos de amistad informales entre amigos que se pudieran ayudar espiritualmente.

El 31 de marzo de este año, comenzamos uno que lo formábamos Rafa Arjona, Lydia Ordóñez, Juan Carlos Guzmán, Celia De Linares, Agustín Clavijo Pendón, Diego Ernesto y yo. En él nos animaba a la santidad y nos hacía mucho bien. Después se formaron otros grupos de amigos en los que él también participaba y que fueron el semillero de muchos de los que por el momento son responsables en la Asociación.

Doña Mercedes que vivía feliz por estar con su hijo Ernesto, se sentía a gusto en la casa de Carretería porque tenía su cuarto para ella sola, aunque puerta con puerta con el mío, para atenderla en cualquier momento. Ella seguía dirigiendo la fraternidad en la cuestión de la comida. Ya hacía años que no iba al mercado central donde le gustaba ir por ser más económico, pero lo hacía Mariló Rodríguez, que era la cocinera que estaba en aquel tiempo.

Estaba muy bien de salud, aunque por todo lo que había pasado a lo largo de su vida, marcada como muchas personas por el horror de la guerra, el temperamento de Andrés, que aunque muy bueno padecía de celos enfermizos y fibrilación auricular en el corazón, hicieron que en bastantes ocasiones le dieran episodios de ansiedad nerviosa, en los que creía que se moría.

La tarde del jueves, fui con Diego Ernesto a una joyería y le compró a su madre una medalla de la Virgen del Rocío preciosa, para regalársela en su cumpleaños, que era el siete de abril.

El viernes de Dolores, 6 de abril de 1990, durante el almuerzo, en el que no me acuerdo por qué circunstancia,

estábamos celebrando su noventa cumpleaños y no el día siguiente que era cuando los cumplía, Doña Mercedes se quejó de un fuerte dolor en el brazo.

Diego Ernesto, Manolo Rodríguez Espejo y yo, llamamos rápidamente a un taxi y la llevamos a la clínica Parque San Antonio. Yo tenía en Sevilla la boda de un primo hermano, mis hermanos sí asistieron, pero yo no fui y siempre me alegraré de no haberlo hecho.

El Lunes Santo, 9 de abril de 1990, a las 2 de la tarde murió Doña Mercedes a la edad de 90 años en brazos de su hija Fina, que había acudido al lado de su madre.

Diego Ernesto, Manolo y yo, estábamos en la cocina preparando algo de comer para después irnos al hospital, cuando recibimos la llamada. Yo no sabía cómo iba el padre a reaccionar, pues era a su madre a la persona que más ha querido en este mundo, pero en todo momento se mostró tranquilo, con mucha paz y hasta con alegría.

Se le notaba que era consciente de que ya estaba feliz y resucitada. En la capilla de la clínica celebramos una Misa por ella y toda la noche estuvimos velándola en el cementerio, Diego Ernesto, sus sobrinos, Manolo, Paco González y yo, contando anécdotas de su vida y de la familia.

Sus hijos quisieron que la incineraran y durante un tiempo las cenizas estuvieron en el cementerio, pero un día Ernesto y yo, con el correspondiente permiso, nos las llevamos al Centro Mies.

Quería tener cerquita los restos de su madre. Las guardamos en el altillo del ropero de su habitación, aunque pretendía que no se supiese por precaución ante la aprensión que pudiera suponer para algunos. Actualmente las cenizas de Doña

Mercedes están en la capilla del Centro Mies junto a las de su hijo Ernesto.

La muerte de su madre, supuso una liberación en algunos aspectos para Diego Ernesto, pues ésta, como muchas personas de su generación, tenía un concepto del sacerdote basado en que no podía hacer determinadas cosas, porque perjudicaban la imagen de un cura. Por ejemplo, no consentía que se metiera en la cocina a ayudar a fregar o secar platos, o quitar o poner la mesa. Cuando Ernesto llevaba algún plato a la cocina, lo veía con malos ojos.

A los pocos días de la muerte de su madre, Diego Ernesto me dijo que fuese a una tienda de ropa económica y le comprase pantalones y camisas de color. Toda su vida había vestido de oscuro porque Doña Mercedes opinaba que un cura tenía que usar nada más que indumentaria negra o gris, y en esto como en otras cosas se sacrificó por complacerla.

Un detalle que aguantaba con paciencia fue, durante mucho tiempo, dejarse peinar por ella, pues ésta opinaba que él lo hacía muy mal. Llegó un momento en el que le dijo que no le importaba ir peor peinado, que no lo hiciera más.

Otra particularidad fue la renovación de los menús. Como he expuesto en otra ocasión, Doña Mercedes quería que comiésemos dos platos tanto a mediodía como en la cena, con la peculiaridad de que salvo en contadas ocasiones, se tenía que cocinar antes de ésta, o sea, no se podía dejar hecha cuando se elaboraba el almuerzo.

Pues bien, en la primera reunión de fraternidad que tuvimos, después del fallecimiento de su madre, Diego Ernesto expuso que en adelante comeríamos por la noche un solo plato y que si sobraba comida a mediodía no se hiciese otra hasta que no se consumiese la anterior.

Las reuniones de fraternidad, se reorganizaron. Se tendrían cada dos meses y dos veces al año tendríamos días de retiro-convivencia, como el que tuvimos en Archidona o en una casita por Alhaurín de la Torre, propiedad de una Misionera.

Diego Ernesto veía muy conveniente la vivencia en fraternidad, sobre todo para los célibes y continuamente nos empujaba y animaba a tener una postura de entrega, servicio y de procurar hacer la vida agradable a los que convivían con nosotros.

Los rezos que hacíamos en común eran las Laudes a las 9 de la mañana y las Completas antes de la cena, a las 22:15. Y por supuesto los que pudiésemos asistiríamos a la Misa de la tarde del Centro Mies.

Por indicación suya, pusimos una pizarra de las de rotuladores en cada puerta de nuestras habitaciones, en las que escribíamos donde íbamos, para que todos pudiésemos saber dónde se encontraba cada persona. Estas pizarritas eran una tentación para los que subían a la fraternidad pues no eran pocos los que pintorreaban, muñecarros y frases chistosas.

Don Andrés, el padre de Diego Ernesto, que tocaba magistralmente la guitarra, las limpiaba, afinaba, retocaba; El hijo decía que se parecía a su padre en que él hacía lo mismo pero con las imágenes. Nunca estaba satisfecho, sobre todo con las caras de la Macarena, las modificaba, las corregía una y otra vez.

Una mañana muy temprano, nos llevamos un gran susto: Diego Ernesto, retocando la talla de un Cristo sufrió un pequeño accidente que no era de importancia, y es que se le cayó en la cabeza un tarro de barniz fresco que le dejó heridas y magulladuras.

Estuvo unos días con la cabeza vendada, por lo que por consejo del obispo, no salió en la procesión del Corpus de aquel año. Éste le dijo: “Ernesto no salgas en la procesión porque la gente se va a creer que eres el Papa”.

Como era bastante desagradable mostrar la cabeza en ese estado, optó por comprarse una peluca, que fue motivo de mucha guasa, por parte de él en primer lugar, pues la peluca por poco le arde en una celebración en Madrid y se le enganchó en una construcción yendo por el barrio de la Luz. Una tarde, viniendo conmigo de dar unos Ejercicios Espirituales en la Residencia del Olivar, al dar una curva, vi que algo volaba que parecía una rata y era la peluca que se había soltado con el viento. Después del susto, del ataque de risa que me entró no podía conducir. Por lo que optó por sujetársela con un pañuelo cada vez que se subía en un coche. Afortunadamente, las magulladuras se curaron y pudo prescindir de la peluca.

Una gran aspiración de Diego Ernesto ha sido siempre dar a conocer el carisma y que, al menos un grupo de Misioneros lo captara bien para poder ir transmitiéndoselo a todos los futuros Mies. Ya indiqué que en el año 1966, comenzó la sección SPES, que significa Esperanza, y esto lo hacía nombrando él mismo a los componentes, lo que provocaba el rechazo de algunos que no eran escogidos. En los años 1990 al 1993, de una manera sistemática dio charlas y retiros invitando a todo el que quisiera asistir.

Primero se siguió llamando SPES y pronto se adoptó otro nombre para evitar suspicacias y asociarlo con los anteriores grupos. Se le puso el de FICE (Formación Intensiva Carisma Esperanza), a él tendrían acceso todos los Misioneros que quisieran. Recalcó mucho que estaba abierto a todo MIES. De hecho, estas charlas se publicaban en los Boletines Mies y

así participaban de esta formación los que vivían en otras provincias y pueblos fuera de Málaga. En el Intermiés de 1991 dio una cédula de ratificación a los que él consideraba que habíamos calado, por entonces, lo que era el carisma Mies.

En septiembre de 1991 viaja por tercera vez a América, esta vez con Paco Reyes Jiménez, a Ecuador, y en Quito le ocurre algo que el refería muchas veces como ejemplo del poder de la oración. Las Misioneras allí enviadas le llevaron a conocer la imagen de la Virgen Alada, gran figura de aluminio que representa a la Virgen descrita en el Apocalipsis, también llamada Virgen de Quito, que se encuentra a una considerable altura en el monte llamado “Panecillo”. Conducía el coche Conchi Ponce, en la que el Padre tenía gran confianza como conductora. Le gustó mucho la Virgen y las vistas que desde allí se divisaban de la ciudad, pero al subirse al coche no había modo de que arrancara. Se bajaron y le rezaron con fuerza a la Virgen y cuenta Diego Ernesto, que al subirse Conchi arrancó el coche y llegaron a la casa sin ningún contratiempo.

Tenía una verdadera obsesión en que profundizásemos en la Palabra de Dios. En marzo de 1992, nos dio un Cursillo sobre la Biblia y después sobre los Evangelios. Más tarde, conjuntamente con el Padre José Antonio y Paco González, lo impartiría de Mariología.

En abril de 1994 se realiza la fusión MIES-FIMES, una vez que fueron aprobados los Estatutos por la Conferencia Episcopal. Y él incansable, siguió viajando, dando reuniones y charlas por todos los centros y comunidades. ¡Cuánto se echa en falta esta continua formación, animación y espoleo en nuestra vida cristiana y Mies! Su dirección espiritual, las cartas asiduas, que cuando le resulta trabajoso escribir por su artrosis, lo hace por medio de una secretaria, Fina Díaz.

Por la fraternidad fueron pasando muchas personas: Desde el año 1971, en que dio comienzo, al 2005, amén de Diego Ernesto, Doña Mercedes y yo, fueron las siguientes: Paco Ruiz, Antonio Campos, Juan Mesa, Juan Chinchilla, Miguel Moraleda, Paco González, Agustín Zambrana, Amelia Sanjuán, María Raya, Manolo Rodríguez, Pili Mendoza, Manuel Pérez, M^a Isabel Fernández, Miguel Ángel Jiménez, Francisco Sánchez Salado (Pacote), Pepa Morales, Miguel ángel Gálvez, Antonio Márquez, Alfonso Carlos Morales, Antonio de la Calle, Pilar González, Esther Navarro, Juan Coca, Juan Diego Recio, Alonso Parra, Tobi Moreno, Rafa Arjona, Gerardo Martínez, Carlos Martínez, Ángel González Flores, Pepe Grande, Natividad Aguilera, Adolfo Gutiérrez, Juan Carlos Martínez, Ana M^a Muñoz, la familia de Pepe Montes y Mari Carmen Martell, Pepe Navarro con sus hijas, la familia de Manolo Martín e Isabel Bravo, Rafael Caro (Carito), Manolo Ríos, Miguel Ángel Rueda, Salvador Luna Ramírez, Magdalena Martín, Félix Porras, Juan Pedro Casermeiro, Sergio Morales, David Enríquez, José Julio Revilla, Cristina Antúnez, Isaías Cortés, Rocío Gutiérrez, Jaime Fraile y Mariela Olmedo.

También fueron muchos los jóvenes que iban durante uno o varios días por necesidades de la fraternidad o para retirarse durante un tiempo de su ambiente y hacer Ejercicios Espirituales o días de oración.

Para escribir las distintas experiencias y vivencias, haría falta escribir otro libro. Sólo recogeré anécdotas y algunos acontecimientos, pero vaya para todos ellos el agradecimiento en mi nombre, en el de MIES y en el del mismo Diego Ernesto, por el tiempo y amor que nos dejaron en esa etapa de su vida en la que convivieron en la fraternidad del Centro Mies.

Anteriormente he referido algunos de los problemas de habitabilidad de la casa al tratarse de un edificio antiguo del centro de Málaga. Había pertenecido al Director General de Sanidad de Málaga y más tarde a un enfermero, dueño también de la tienda de antigüedades “La Almoneda”, local que por cierto, frecuentaba Doña Carmen Polo de Franco cuando visitaba Málaga, y los dueños, según el vendedor de la casa, retiraban los objetos de más valor, puesto que al parecer la susodicha señora tenía la costumbre de no pagar. Este espacio de la tienda, se utilizó primero como salón del Centro Mies y más tarde como centro de infantiles para niños de los barrios cercanos.

La gran puerta de madera de la entrada era tan insegura, que ciertos “señores” la abrieron una noche con un carnet de identidad, quedando sorprendidos al ver que los estaban observando algunos muchachos de San Felipe, que atónitos veían cómo entraban. Se excusaron diciendo que creían que era una residencia para dormir. ¡Qué manera más rara de acceder a una casa!

A esto se añade el continuo trasiego de entradas y salidas de los miembros de la Asociación y personas conocidas o desconocidas. Viviendo Doña Mercedes, un mendigo se presentó en la habitación donde veíamos la tele en la fraternidad y le pidió limosna y en otra ocasión se llevaron la cabina de teléfono. A la que le sustituyó la tuvieron que “enjaular” con barras de hierro para que no pasara lo mismo.

A mí me sucedió que una noche, un hombre medio drogado se metió en mi cuarto mientras yo rezaba en la capilla. Al abrir la puerta con una llave de repuesto, porque la que estaba colgada en ella él la había tirado al suelo de la habitación, vi que había un hombre detrás. Yo, tartamudeando y llevándome la mano a la cabeza, pues me parecía estar

soñando, le pregunté que quién era. Él me dijo que había entrado en esa casa tan grande y no podía salir. Gracias a Dios que no grité, por tener la conciencia tan asumida de no hacer ruido por la noche para no despertar a Diego Ernesto. Yo iba retrocediendo y él me seguía hasta que salió corriendo por la escalera que estaba en medio del piso, que es por donde entró. Se llevó ocho mil pesetas y monedas sueltas que tenía para llamar por la cabina del teléfono.

También una tarde, resultó contusionado un Misionero, Miguel Moraleda, que forcejeó con un hombre que esperaba para hablar con Diego Ernesto y que de repente sacó un cuchillo. Al oír que venía más gente se fue corriendo.

A la vista de tantas inseguridades, se fueron tomando precauciones: se puso una cerradura más segura en el portón de entrada y se colocó una puerta con portero automático para acceder a la fraternidad.

Pero lo más doloroso en lo referente a sustos y a robos, ocurrió el 20 de abril, el Jueves Santo del año 2000. Por iniciativa del Ayuntamiento de Málaga, se estaba rehabilitando la fachada y por consiguiente, un gran andamio la cubría entera. De madrugada, subieron por él al primer piso y se llevaron el Sagrario con el copón y las Formas consagradas, la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que pertenecía a Doña Mercedes y que como era mucho más bonito que el que había en la capilla el Padre le había pedido a su madre que lo cambiara, la cruz de bronce, la reliquia de Santa Teresita, cuadros que estaban en el primer piso... Esa mañana transcurrió toda ella como un duelo. Vinieron muchos Mies a expresarle a Diego Ernesto su dolor por el hecho tan grave que había ocurrido, sobre todo lo que hubiese sucedido con las Sagradas Formas. Gerardo Martínez, que por entonces estaba de párroco en Ronda, dijo que quizás vendieran el Sagrario por

los anticuarios de esa ciudad, pero lo cierto es que no sabemos nada de él hasta el día de hoy.

José María Galacho Traverso, Responsable Provincial de Málaga, organizó turnos de muchachos esa noche para que vigilaran y contrató una agencia de seguridad hasta que se terminó el arreglo de la fachada.

XV. CONOCIENDO MÁS A DIEGO ERNESTO. DESDE 1998

Diego Ernesto tenía un fuerte carácter y ejercía una gran influencia sobre los Misioneros. Durante mucho tiempo él lo dirigía todo de manera que se decía que cuando él muriera MIES iba a desaparecer. Evangélica e inteligentemente, fue ocupando un segundo plano, dejando progresivamente todo lo referente a lo organizativo, en manos de los Responsables, del Equipo Director y de las Asambleas Generales quienes dirigían la Asociación. Era como irse descargando de una pesada carga. El se reservaba para la orientación y consulta de los aspectos carismáticos. Esa actitud pone de manifiesto su conciencia de que la Asociación MIES es obra de Dios y él un simple instrumento en sus manos. Ocho años después de su muerte constatamos esta realidad.

También redujo el número de los que se confesaban y dirigían con él, aunque todavía lo hacíamos un gran número de Mies y de jóvenes. Rezaba continuamente por todos. Su mesa estaba repleta de fotos, generalmente de carnet, de muchachos/as de los centros, Misioneros/as y de sus familiares. Las recubría un cristal y las cambiaba según le parecía. Se seguía levantando a las 4 de la mañana y no sólo para hacer oración, sino también para leer, formarse y escribir. El ofrecimiento de la mañana, lo tenía escrito en una libretita y en cada hoja pedía para que el Señor le concediese alguna virtud en concreto y peticiones por diferentes personas. Encabezaba la oración los titulares de Jesús y María que les daban devoción y los borraba con t́pex cuando los cambiaba por otros.

Rezábamos las Laudes, rezo que para él siempre ha sido muy importante, pues es la oración de la Iglesia, desayunábamos y como era costumbre en él iba a la calle a hacer oración en algún templo o parroquia, contemplando las imágenes o iba a visitar alguna de las familias necesitadas de las que vivían en calles cercanas a la de Carretería.

Por el centro de la ciudad, solía verse a una mujer con un gran turbante en la cabeza, un vestido, digamos singular y que para colmo tenía una gran verruga en la nariz, la llamaba la gente la “loca del turbante” y la verdad es que daba una mezcla de repelús y de risa cuando uno se encontraba con ella. Pues una de las veces que Ernesto estaba haciendo oración en la Parroquia de los Santos Mártires, la oyó rezar en voz alta, expresándole tales cosas al Señor, que parecía más que loca una mística y hasta que no le importaba que se rieran de ella porque así se divertían los demás. Por eso Diego Ernesto decía que no nos dejemos engañar por las apariencias.

En la Semana Santa de 1999, estábamos asomados al cierro, viendo las procesiones y metido por medio, un hombre vendiendo los típicos globos de gas. Al ver uno con la cara de Mickey Mouse, Ernesto dijo: “Que gracioso”. Con un falso pretexto me fui a la calle y aparecí con el Mickey Mouse. A Ernesto le entró mucha risa y como soy tan exagerada, le llené la casa de Mickey: Sus platos, vasos, tazones y hasta un muñeco le compré del ratón y que luego él me regaló.

En una ocasión, para celebrar el santo de Ernesto, el 22 de mayo de 1999, escenificamos “Francisco Alegre”, canción de Juanita Reina, la coplista preferida de Diego Ernesto. Yo me disfracé imitándola, con una peluca negra, Sergio era el torero y Juan Pedro el toro y mientras sonaba la canción la íbamos representando. Se llevaron tanto él como Paquita, Antonio Márquez y Estefanía, novia de Juan Pedro, una gran sorpresa porque no se esperaban tal ocurrencia y después le regalamos un pack con las películas de la artista.

La habitación de Ernesto estaba compuesta por los muebles que habíamos traído de García Briz y eran los que le había hecho Ángel Campos de aglomerado. Eran de color oscuro y un día del verano, le propuse a Ernesto que comprásemos otros más claros y alegres. Él me dijo: “No, que quiero que sean pobres, no me gusta que gastes dinero en comprar ninguno, lo que sí podrías hacer es forrarlos con papel.”

Me pareció buena idea y me puse manos a la obra. Le dijimos a un antiguo Misionero, que solía ir a visitar a Ernesto, si me podía ayudar y él aceptó. Vino el primer día y al ver lo viejo que estaban los muebles me advirtió que era una barbaridad el empapelarlos y un trabajo grandísimo y ya no vino más.

Diego Ernesto se iba al comedor con Eduardo y yo me pasaba el día forrando muebles. Las fotos que estaban por los

estantes las subí al desván guardándolas en grandes cajas. Por cierto, uno de estos días se cayó el techo del ático llevándonos un gran susto, porque el desastre de la Naturaleza que más miedo le daba a Ernesto, eran los terremotos y pareció que era uno de ellos, hecho que no es de extrañar en nuestra ciudad que se encuentra en una zona sísmica. De vez en cuando, le rezábamos a San Emigdio, protector de los terremotos, para que no ocurriera ninguno.

Si Ernesto hubiera sabido el dinero que me gasté en papeles, se hubiera llevado un mal rato, pero gracias a Dios quedaron preciosos y a primeros de septiembre el cuarto estuvo terminado.

En un altillo del cuarto, encontré libretas antiguas de su diario, que después de examinarlas y de ir rompiendo algunas él mismo, me ordenó que quemara las restantes. Yo le objeté que era una pena, que no podía hacer tal cosa y lo mismo alegó Eduardo Navarro. Pero él dijo que había cosas privadas de personas, puesto que él lo escribía todo diariamente, que no podían ser leídas por nadie. Fue tajante y no tuvimos más remedio que destruirlas muy a pesar nuestro, pues nos lo mandó por obediencia y deseo expreso. Ya estando en la Amargura y en García Briz, se quemaron cuadernos por la misma causa. No obstante, se conservan libretas de reuniones, temas, charlas y hasta novelas, de la época de la Amargura y de los últimos años.

Yo le había llevado una butaca que mi tía me dio para él y así estuviese más cómodo en su habitación, pues se sentaba durante horas en la silla junto a su mesa y Pedro Corredera le trajo más tarde otra. Pero ante la dificultad que tenía para levantarse de ellas y sentarse, entre varios Misioneros, le regalamos una color burdeos, que se conserva en el Centro Mies y que con un mando eléctrico se subía y bajaba. Y como

tenía la misma dificultad para incorporarse de la cama, le compré una ortopédica con un mando para adoptase distintas posiciones y una barra con una agarradera. Hasta entonces, había dormido en camas que se plegaban para ahorrar espacio. También, sin que él sospechara el precio, un buen colchón de látex, mucho más recomendable para su salud, que los que había estado utilizando.

Después de cada comida principal, tomaba una infusión de hierbas mezclando, anís estrellado, poleo y matalahúva para facilitarle la digestión y los molestias que tenía intestinales. Y antes de ellas cantábamos esta canción que Cristina nos dijo que la cantaban en Paraguay: “No os preocupéis por el mañana, que comeréis, qué vestido os pondréis. Ante todo buscad y enseñad, el Reino de Dios, su justicia y su verdad”. Pero después añadía la bendición en latín.

Cuando paseábamos me contaba un montón de historias, como la de la Condesa de Floridablanca, señora que tenía la cabeza perdida y vivía en un acceso de la calle Ollerías o de personalidades malagueñas, músicos, artistas...

Había quien me compadecía, algunos hasta creían que me obligaban los Responsables de MIES, pero nada más lejos de la realidad. Para mí ha sido un lujo y una gran suerte el convivir con Diego Ernesto y haber sido su amiga, su secretaria personal, su enfermera y su confidente.

También me sentía representando a Mies que cuidaba a Diego Ernesto

El haberse encontrado otra vez en su vida en el año 2000 tan cerca de la muerte, fue un cambio en pequeños y en grandes aspectos de su persona, y entonces y actualmente constatamos, que fue para mejor, que se hizo mucho más cariñoso, más cercano, más flexible y en broma le decíamos, más humano.

Pepe Montes Martell, que vivió en la fraternidad con su familia cuando tenía doce años, confiesa que: “la lección magistral que me dio Diego Ernesto, era la lucha interior que hay que tener siempre para mejorar, para ser como niños, para seguir cambiando aunque pasen los años.”

Hasta entonces, muchos, sobre todo las mujeres tratábamos al Padre de usted. Un día de ese mes de octubre, me llamó al colegio por teléfono, estando yo en el recreo y me dijo: “Ya desde ahora, me llamas de “tú” y por mi nombre”. Me gustó mucho que le pudiese llamar así y lo mismo le dijo a todos, pero por más que lo repetía, a algunos le resultaba difícil llamarlo de tú y sin el “padre” delante.

Una de las tardes que le arreglaba sus papeles, me encontré con algunas pesetas y me dijo que me iba a invitar con ellas. Fue un jueves del mes de noviembre. En el bar “Jamón”, tomamos unas cervezas con unas tapitas y quiso hacer un brindis. Él brindis fue: “Que Maleny acepte los designios del Señor conmigo” A continuación yo hice otro: “Para que Ernesto viva muchos años”

Pero al decirme él que no sería así, me eché a llorar y él me hacía reír diciéndome que parecía que estábamos en un duelo.

En otra ocasión me dijo: “A mí me queda poco, pero tú cuida de mis hijos”.

Desde su infancia, Ernesto no era muy amigo del agua y menos de las duchas, por el frío que había pasado en el Seminario. Al contrario que otras personas de su edad que con el paso de los años les cuesta más el hábito de la higiene, pidió que se instalase una ducha y un termo en su cuartito de baño y lo hacía a diario. Hasta entonces se había lavado en un barreño o ayudado por Eduardo y otros Mies a los que pedíamos su colaboración.

También consintió en que le graduasen la vista, cosa que no había hecho en mucho tiempo y yo le regalé unas gafas progresivas con las que indudablemente veía mucho mejor.

Las dentaduras de Ernesto, merecerían capítulo aparte. En los años setenta se había tenido que sacar todos los dientes y probado con varias dentaduras, que les regalaban unos u otros amigos. Se nota en las charlas de ejercicios, retiros etc. que están grabadas, si hablaba sin dientes o con una u otra dentadura. En marzo del año 2001, para celebrar el santo de José Julio, fuimos a comer a un chino todos los que componíamos la fraternidad. Le acababan de hacer una nueva dentadura. Ernesto, muy lanzado, pidió pollo. Cuando dio el primer bocado, se levantó todo lo rápido que pudo para ir al baño, porque la dentadura se había ido detrás del trozo de pollo. No fue hasta el año siguiente, cuando el dentista José Martín y el protésico Marcelo, le hicieron, contra todos los pronósticos, porque prácticamente no tenía encías, una dentadura que le encajara bien.

No he dedicado ningún capítulo para indicar el carácter de Diego Ernesto, pues se va plasmando a través de todas las páginas del libro, pero quizás un rasgo que no aparece es su impaciencia. Contaré un ejemplo:

Desde hacía algún tiempo, en vez de ir a la barbería a pelarse, lo hacía primero Raquel Ruiz y después M^a José Navarro, que eran bastante expertas en estas lides. Una tarde no pudo venir esta última y como Diego Ernesto era tan impaciente, me dijo, pérame tú. Yo me eché a temblar y le dije: “Ernesto, no sé cómo te voy a dejar” pero él me respondió “no me importa, tú pérame” Así lo hice y gracias a Dios, quedó muy bien y lo seguí pelando hasta que el Señor se lo llevó consigo.

Diego Ernesto quería ir presentable y arreglado, sobre todo en estos años, antes era más descuidado de su persona. Su madre le decía una expresión muy andaluza: “Ernesto, eres un Adán”. Yo le regalaba ropa de tallas grandes, pero con frecuencia se sacaba las camisas por encima del pantalón, porque le incomodaba tener apretada la barriga por tantas molestias como tenía. Desde siempre ha predicado que las mujeres casadas, no por el hecho de contraer matrimonio, ya no se arreglaran y pintaran, al contrario, indicaba que debían hacerlo más para agradar a sus maridos y que los hombres fuesen limpios y cuidasen determinados aspectos de su persona. Durante unos años creyó más conveniente que las célibes no nos maquilláramos, después se dio cuenta que era una exageración y que no era lo mejor.

Algo que Ernesto no soportaba, era el calor, Algunos médicos decían que era por los parches de nitroglicerina que se tenía que poner a diario, para el corazón, otros que era por la tensión, los más porque era constitutivo de su persona; lo cierto es que con el calor se venía abajo. El matrimonio Manolo Solís y Pilar Sola le habían regalado hacía tiempo un aparato de aire acondicionado, pero ya enfriaba muy poco por lo que le compramos uno nuevo y para que coincidiera que diese justo de frente a donde se sentaba, cambiamos la posición de los muebles colocando la cama al fondo de la habitación y la butaca a la entrada, así también había más espacio para que se acomodaran los que acudían a saludarlo. Pero ya que lo íbamos a poner todo patas arriba, el arreglo fue completo porque pintamos las paredes, renovamos las cortinas y pusimos un gran tapiz marroquí que tapara los tubos de electricidad.

En la habitación de Ernesto en verano hacía tanto frío, que teníamos un poncho ecuatoriano, regalo de algún Misionero,

para que se lo pusiese el que fuera a confesarse y no resistiera esa temperatura. Yo en verano me forraba de ropa, porque pasaba tanto tiempo arreglándole cosas, viendo películas, hablando con él, que me podía poner enferma. La diferencia de temperatura se notaba sobre todo los días de terral, al salir a la terraza que comunicaba el cuarto con el comedor.

Cuando iba a hablar a los centros o en los retiros, ejercicios, etc. si no había ventiladores en el sitio donde los impartía, llevaba uno de la fraternidad la persona que lo acompañaba, de ahí que en muchas de las charlas que están grabadas, se escuche el ruidillo del motor. Durante su permanencia en el hospital Carlos de Haya, causó asombro a los que iban a visitarlo, el hecho de que tuviese un ventilador en la mesilla de noche dándole aire permanentemente y hubo quien intentó apagarlo diciendo que era una barbaridad y que eso era dañino pero claro, se quedó en pretensión.

Durante el verano de ese año, estuvimos de nuevo de obra en la fraternidad, sobre todo, porque al ser una casa antigua tenía el suelo del piso en muy mal estado. Nos tropezábamos con las losetas que se despegaban del suelo, que no era liso sino que presentaba pequeñas ondulaciones de tal modo, que las sillas de ordenador se deslizaban solas, por lo que a la mía le quité las ruedas. Y la cuestión es que no podíamos poner baldosas que pesaran porque el pavimento no lo resistía, así que pusimos papel de suelo, intentando los albañiles aplanarlo lo más posible. La terraza quedó tan bien, que nos divertía decirle a los que llegaban que eran losetas en vez de papel y se lo creían hasta que tocaban el suelo.

En abril de 2002 se celebraba como todos los años el Intermiés de Comunidades, presentado en esta ocasión por Juan García Susarte y David Serneguet. Ernesto se encontraba con muchos dolores y molestias por sus problemas

urinarios y no pudimos asistir al Encuentro. La última tarde, en conexión telefónica realizada por Juan García Susarte, nos saludaron desde el mismo y Ernesto dijo unas palabritas de agradecimiento y de ánimo. Sobre las 6:30 de la madrugada, me llamó Diego Ernesto con el timbre que sonaba en el comedor, al lado de mi cuarto. Estaba sentado en la silla, junto a su mesa y me dijo: “Lee lo que he escrito” Cuando terminé la lectura de su difícil letra le dije: “Me parece inspirado por el Espíritu Santo”. Me dijo que lo transcribiera para que fuese legible. La charla la leyeron otros miembros de la fraternidad. Mientras yo la copiaba lo más rápido que podía, vinieron algunos Misioneros de Madrid a saludar a Ernesto, María Miján y Rosana Arriola entre ellos. Cristina se la llevó al Intermeés y allí en la ceremonia de clausura, al leer la carta Pepe Montes, se armó, según contaron los presentes, un gran revuelo.

Diego Ernesto desde hacía tiempo, nos repetía que MIES debía ser: “MÁS POBRE, LIBRE Y COMPROMETIDO” y esto en esencia era el contenido de la carta, que no soy yo quién para analizar, ni es éste el lugar apropiado.

El Equipo Coordinador había tomado medidas en lo referente a la seguridad de los que vivíamos en la fraternidad, poniendo una alarma que todas las noches conectábamos los que vivíamos allí y quitábamos por la mañana temprano. Pero no fueron pocos los sustos que causó la susodicha alarma, desde los mismos responsables a algunos Misioneros que tenían llave y entraban, por ejemplo, un domingo temprano antes de que la hubiésemos quitado. Y los miembros de la fraternidad no nos quedábamos atrás en eso de los sobresaltos, porque estábamos durmiendo tan tranquilamente, cuando de repente oíamos la bocina y no sabíamos si era una equivocación de alguien o que había entrado un caco, hecho que no era de extrañar.

Una noche, sobre la una de la madrugada, sonó. Por el enorme ruido que producía, nos despertamos Cristina y yo y la verdad que sentimos miedo porque no sabíamos quién había entrado. Y aquello no paraba de tronar. Llamamos por teléfono a la Agencia que nos la había contratado, pero no nos contestaba, por lo que al día siguiente se disculpó alegando un despiste. No nos atrevíamos a bajar pues estábamos indefensas. Íbamos a avisar a la policía, cuando sentimos que alguien nos llamaba desde la calle. Era Mauricio Bueno, un Mies que venía de una cena con la cofradía de La Pollinica. Pasaba por allí y se detuvo al oírla. Le dijimos que desconocíamos lo que pasaba y este valiente defensor nuestro, tuvo el valor de entrar y registrar todo el edificio y no encontró nada. La explicación nos la dio la empresa de fumigación. Nos dijeron que podía haber sido una rata que se hubiera colado y. al atravesar el espacio de la alarma ésta hubiera saltado.

Los domingos por la mañana celebrábamos la Misa y después nos íbamos a dar un paseíto en el coche, por cierto, el primer coche que me compré, al que le puse el nombre de “Theresito”, era amarillo, porque el Padre escuchó por radio que el color amarillo era el que más se veía.

Uno de esos días me dijo: “Hoy no vamos a ir en coche, llama a un taxi”. Ante mi extrañeza él sonreía pícaramente. Cuando llegamos al parque, le dijo al taxista que parase donde estaban estacionados los coches de caballo. _“Pero Ernesto, ¿qué vamos a hacer?”_ “Pues dar un paseo.” La ilusión que me produjo no impidió que apalabrásemos al cochero para ver cuánto nos llevaba. Y después venía algo con lo que no habíamos contado: la subida al carruaje. Pero el Señor providente nos puso a un Mies que casualmente pasaba por allí, Vicente Aguilera, y junto con el conductor, subieron a Ernesto de un golpe.

El cochero, al pasar por el ayuntamiento y otros edificios de la ciudad, quiso ponernos un poco al tanto de la historia de Málaga como tendría por costumbre, pero pronto comprendió que el señor que llevaba en el coche sabía más que él y optó por escuchar atentamente. Amablemente nos hizo fotos en algunas paradas y cuando terminó el recorrido al decirle Ernesto que era sacerdote y yo Misionera, el hombre le preguntó: “Entonces ¿podría ir a confesarme con usted?” Ernesto después comentaba: “El Señor se vale de las cosas cotidianas para actuar. Todo lo que hacemos tiene un sentido apostólico.” Y esta vez el apostolado fue doble, porque el motivo del paseo era, como confesó a varios, distraerme a mí que no salía a ningún sitio.

Por este tiempo solían venir a verlo con más frecuencia su hermana Fina y Joaquín, y su hermano Carlos y Anita. Celebraba la Misa y en la comida lo pasábamos muy bien pues contaban sucesos y anécdotas de su niñez y juventud.

Diego Ernesto, desde que lo enviaron a la parroquia de la Amargura, volcado totalmente en MIES, había descuidado el trato con sus parientes y amigos a los que veía de muy tarde en tarde. Ahora que tenía más tiempo llamaba a sus sobrinos que iban a su vez a visitarlo, primos, como Diego Toribio o Carmelita Bando, e incluso primas con las que nunca había tenido ningún contacto y que ellas agradecidas correspondían viniendo desde Sevilla a verlo varias veces, cargadas de regalitos. Por supuesto hablaba casi diariamente con su hermana Fina.

Era la manera que tenía a su alcance de hacer apostolado. En la casa de un Misionero o miembro de alguna comunidad o centro, de repente sonaba el teléfono: “¿Eres tú, fulanito/a?” Al otro lado del teléfono asombrado/a: “¿Eres tú, Padre?” ¡Y le daba una alegría constatar que era Diego Ernesto el que

llamaba! Hubo quien se creyó que le estaban gastando una broma, pues sin dentadura y por teléfono, su lenguaje resultaba confuso. Todos los días llamaba a muchos enfermos de Málaga y de fuera de ella, dándoles ánimo y explicándoles el sentido de sus sufrimientos o personas que habían pertenecido a MIES y que no se sabía nada de ellos.

Cuando cogía él el teléfono decía: “¿quién, quién?” Y se ponía muy contento si era para saludarlo a él o preguntarle alguna cosa.

Los miembros de la fraternidad, como los demás Misioneros, usábamos el teléfono público que había instalado en la planta baja, al que había que echarle monedas. Hasta estos años Ernesto lo hacía de igual modo, pero desde que empeoró su salud, los Responsables le pusieron línea en su habitación y yo le compré un teléfono inalámbrico para que le resultara más fácil comunicarse. Ernesto decía: “Tanto Pepe Ruiz Córdoba como Pepe Montes, Responsables Generales de MIES, me han dicho que no importa el gasto que estoy haciendo porque le hago mucho bien a numerosas personas.”

Todas las mañanas los llamaba por teléfono, los saludaba y se ponía a su disposición. También a Paco González. Según el tiempo litúrgico o festividad, le decía un lema o frase que tuviese que ver con ello. Un domingo, a las 8:00, marca un número creyendo que llamaba a Paco y dice: “_Por la cruz a la Resurrección”... al otro lado se escuchó: “tu puñetera madre”. Indudablemente no le hizo ninguna gracia al que llamó equivocadamente.

En octubre, fuimos a la peregrinación de la Macarena. Ernesto andaba con mucha dificultad, por lo que le pedí a Pepe Pineda, Misionero que reside en Sevilla, que trajera un asiento para transportar a Ernesto y se presentó, después de un rato, con un gran sillón de la Hermandad de la Macarena que lo

tenían que llevar entre seis personas. Como le dolía mucho el cuello, Diego Ernesto llevaba un collarín de viaje y la verdad es que resultaba una imagen insólita. Diego Ernesto decía: “por Dios, que parezco un rey, yo no quiero ir así”. Yo le indicaba que sería hacerle un feo a Pepe, que había conseguido el sillón, aparte de que le costaría mucho atravesar todo el patio y la Basílica.

Después de dirigir unas palabras a los asistentes y antes de que terminase la Misa para evitar la aglomeración, se volvió a repetir el traslado, pero cuando iba la comitiva por el pasillo central, ya cerca de la salida, ¡crass! el sillón se rompió. Los que estábamos cerca del Padre, lo agarramos instintivamente, pero los portadores lo pudieron llevar felizmente a la puerta de salida. Diego Ernesto decía: “tenemos que pagarle el sillón a la Cofradía”. Después él y yo recordábamos el rostro emocionado de Mari Loli Iglesias. Antonio Medina tuvo el detalle de convidarlo a una coca cola, ya pasado el mal rato.

Ésta fue la época en la que se mostró con un espíritu más libre. Siempre recordaré la visita de cierto joven, que vivía fuera de Málaga y con el que yo tenía amistad. Cuando salió de la habitación de Diego Ernesto después de haber hablado con él, me comentó: “Venía fatal, me sentía lejos de Dios, agobiado por culpabilidades, pero ahora me voy liberado. Diego Ernesto me ha mostrado la cara amorosa y salvadora de Dios”

En los primeros años de existencia de la “Congre” y de MIES, Ernesto era bastante dado a las mortificaciones. Él hacía muchas. En el piso de García Valdecasas se pasaba las noches en vela pidiendo por los niños, dormía sobre una tabla colocada encima de un billar, comía lo imprescindible.

A los primeros Mies y a los responsables, nos animaba a sacrificarnos por los niños o a hacer actos de penitencia por no haber llevado a cabo una responsabilidad o deber, por ejemplo,

si uno había fallado en la pereza, rezaba un rosario en cruz. Comentando con varios hermanos de aquellos tiempos, creemos que esto sirvió para curtirnos en la vida a los que empezábamos a vivir este carisma. Estos conceptos sobre la mortificación, los plasmó en 1980 en el “Ideario MIES”.

En el año 1989 en “El Evangelio de la Gracia”, expuso muy claramente su pensamiento, haciendo cada vez más hincapié en el amor con el espíritu de Theresita que veía cómo las monjas se afanaban en darse disciplinas con ortigas y sin embargo descuidaban la caridad. Dos años más tardes, en 1991, en las charlas de FICE, explica que no hay que ofrecer el dolor, sino la aceptación de ese dolor.

En estos últimos años, expresa que el sacrificio tiene sentido si se realiza por amor. No es ofrecer sacrificios a Dios, que no es un recolector de sacrificios, sino que hay que ofrecer el amor de una vida que acepta el dolor.

Enrique Rubio Picó, sacerdote Mies muy querido y que pasó temporadas con nosotros en la Fraternidad, sobre todo antes de ser sacerdote, decía algo que muchos experimentaban: “Diego Ernesto era exigente cuando hablaba en público y muy comprensivo y nada duro cuando hablaba personalmente”.

Yo procuraba que saliese lo más posible a la calle y él sacaba fuerzas de flaqueza para que me distrajesen. Íbamos al Puerto de la Torre a la Ermita en el Cruce de los Caminos, donde había dado charlas a los niños en la época de ir por los pueblos; a la Fábrica de Cemento que le traía el recuerdo de las catequesis que había impartido a los chavales de la playa de la Araña y de cómo se ganó al muchacho más rebelde; a Carvajal a la “famosa” Piedra Povera; al Peñón del Cuervo, visitado por él desde cuando estaba en la Acción Católica de San Felipe y posteriormente con sus compañeros seminaristas; la Finca de la

Concepción, lugar de excursión en su época del Seminario, igual que el Camino Nuevo, zona de paseo la tarde de los Domingos, con sus sotanas negras y sus becas rojas.

Un día me dijo que era conveniente que los Mies supiésemos idiomas y me dio algunas clases de inglés y hasta de italiano. Escribía las lecciones en una libreta y después yo las transcribía con mi letra y así me costaba menos trabajo estudiarlas. Su método era muy pedagógico pues ponía letreros en inglés en distintos sitios de la habitación y de la casa. La verdad es que no aprendí mucho porque fueron pocas clases y yo no tenía mucho tiempo para estudiar, pero una frase que me la repetía cada día, si se me quedó grabada: “God is good” (Dios es bueno).

Diego Ernesto debido a la artrosis que padecía, tenía los dedos de las manos deformados y los dolores propios de esta enfermedad. No podía pintar como antes, pero se le ocurrió que podía dibujar y hacer poesías y novelas de intriga y cuentos y temas sobre aspectos de MIES, e historias de las imágenes de Málaga y de Sevilla y hasta recetas de cocina que les ponía nombres originales. En el aniversario de su ordenación sacerdotal le inventé una canción, poniendo de relieve estos aspectos con la música del “Ave María” de David Bisbal. Cristina, Rocío y yo, disfrazadas con pelucas, se la cantamos y al final de ella, invitamos a Ernesto a bailar y le colocamos una peluca rubia con rizos, semejando al verdadero artista. Ernesto bailó, por supuesto que bailó y lo hacía cada vez que la representábamos, claro está con las limitaciones de sus tullidas piernas.

David Enríquez, joven que vivió un tiempo en la fraternidad y después pasaba muchos ratos acompañando a Diego Ernesto, nos invitó en el mes de agosto a asistir a una corrida de toros. Fuimos con unos sombreros andaluces que

habíamos comprado en un quiosquillo de la feria y que por cierto éramos los únicos creo, en toda la plaza que llevábamos ese atuendo. A la mitad de la corrida nos tuvimos que salir, porque Ernesto no soportaba ver lo que hacían con los toros y eso que eran tan mansos, que tenían que ir los cabestros a llevárselos.

En este verano, Diego Ernesto vuelve a pintar al óleo varios cuadros de estilo impresionista-expresionista y modela una cabeza de Jesucristo en barro.

El espíritu inquieto de Diego Ernesto, hacía que siempre estuviese ideando formas de avanzar espiritualmente y se le ocurrió que todas las noches él me escribiría una estampa y yo a él otra, alentándonos en alguna faceta de la vida cristiana. Constituía una sorpresa constatar cada mañana, qué imagen del Señor, de la Virgen, de algún santo, paisaje, etc. había elegido cada uno y qué mensaje había escrito.

Jaime Fraile Delgado, del que decía Ernesto que ni era fraile ni era delgado, pero si muy gracioso, venía a pasar temporadas con nosotros en la fraternidad y acompañado a Córdoba y Molina con motivo de los Ejercicios.

Uno de los paseos que hicimos con él, fue a una barriada de Málaga, Olías, que está situada a veinte kms de la capital y a una altura de 420 metros sobre el nivel del mar. En esta pedanía, en su iglesia, se encontraban varios cuadros pintados por Diego Ernesto.

La subida al pueblo, no tuvo incidencias, lo dificultoso fue, sin práctica de hacerlo, moverse en coche por las estrechísimas calles y para más aprieto, un señor muy amable, pero no muy cuerdo nos quería dirigir a toda costa. Por fin llegamos a la parroquia y pudimos contemplar las pinturas de Ernesto entre las que se encontraba su impresionante Crucificado.

Yo tuve la inmensa suerte de conocer los tesoros artísticos de la Catedral de Málaga, la Basílica de Nuestra Señora de la Victoria, la Iglesia de los Santos Mártires y otras parroquias de la ciudad, explicados por él, porque aunque decía que ya le fallaba, tuvo siempre, como vulgarmente se dice, una memoria de elefante.

Las visitas muy largas le cansaban mucho, pero agradecía que fueran a verlo e incluso llamaba por teléfono a algunos que hacía tiempo que no veía, para que acudieran a saludarlo.

Agradecía mucho la de los compañeros en el sacerdocio: D. José García Rosado, D. José Pulido, D. Ildefonso López Lozano, D. Francisco Parrilla, D. Antonio Estrada y cómo no el entrañable D. Isidro Rubiales, que se confesó con Diego Ernesto hasta los últimos días de la vida del Padre. El obispo de Málaga, Don Antonio Dorado, estuvo toda una mañana con él y visitando el Centro Mies y la fraternidad y Diego Ernesto se puso a su entera disposición para que lo enviase a un pueblo o donde el obispo creyese conveniente.

Éste sonriendo le decía que lo pensaría y que ahora era el tiempo de oración y de pasión. Afortunadamente ponderó que estaba demasiado delicado de salud para mandarlo a ningún sitio.

Cuando era más joven, iba un día a la semana a comer a casa de un matrimonio Mies e igualmente a casa de su hermano y su cuñada. En estos años, ya no iba a almorzar, pero si seguía visitando a amigos.

Varias veces estuvimos en la Cala del Moral, pueblo de Málaga de donde era párroco su amigo Antonio Estrada, el que le pintó la cinta de su ordenación sacerdotal y en el que además vivían un matrimonio Mies, Loli Aguilar y Miguel Ángel Martínez con su hija Lucía.

En otra ocasión, fuimos a comer a casa de su prima Eloísa, que ya tenía noventa años y de sus hijos Lolín y Antonio Enríquez. Entre los cuadros de Eloísa pintados por Ernesto, decía que en caso de que hubiese un fuego, de todos los objetos de su casa, el cuadro de la “Cena”, es lo que salvaría, por lo maravilloso que era. Esa tarde, fuimos a ver las Reliquias de Theresita, que habían llegado a Málaga en su peregrinaje por varios países. Lo pudimos hacer cuando pasaban por calle Larios y le presentamos nuestras súplicas y acción de gracias a ella, que había prometido “no estar inactiva en el cielo”.

Una mañana nos presentamos en Villa san Pedro, la Casa de Ejercicios Espirituales donde sintió la llamada al sacerdocio y en la que los había impartido tantas veces. Las hermanas pertenecientes a la congregación Misioneras Cruzadas de la Iglesia acababan de hacer obra en el edificio y se pusieron doblemente contentas de ver a Ernesto y de poder mostrarnos, orgullosas, sus reformas.

Y cómo no, subimos a su querido Seminario. Nos atendieron muy bien varios seminaristas y entre ellos y Ernesto, le contaron a Jaime la historia del edificio, de la Capilla y le mostraron los cuadros que allí se conservan de Ernesto.

El último sábado de enero, los vecinos de la barriada Santa María de la Victoria, más conocida por Haza de Cuevas, realizan una comida de confraternización, con la particularidad de que sólo asisten hombres.

En el 2004, quisieron darle un homenaje a Diego Ernesto como persona que intervino grandemente en hacer un barrio mejor logrando la formación y maduración de tantos niños y jóvenes. Aunque no hubiesen pasado por “la Congre”, de manera indirecta se habían beneficiado un gran número de

individuos de esta influencia. Muchos de los que estaban allí eran antiguos Cruzados Eucarísticos.

Este año tuvo la particularidad, nunca más repetida hasta ahora, que acudió una mujer, que fui yo, porque Diego Ernesto lo puso como condición para asistir. Creí que me moría de vergüenza y temía que a alguien le sentara mal, pero la verdad es que fueron muy amables. El camarero nos hizo una foto, pues tenía colección de personajes ilustres y hasta las cocineras salieron a saludar a Ernesto.

En septiembre de ese mismo año, repetimos el hecho de ir a almorzar con un gran número de personas, pues los “antiguos del centro de San Felipe” lo invitaron a una comida en el Puerto de la Torre. Él quiso saludar a todos y a los que no se habían acercado, los fue a saludar mesa por mesa.

Diego Ernesto, mientras pudo, estuvo presente en las manifestaciones en contra de la violencia. El 12 de marzo hubiera querido ir a la que tuvo lugar a causa de la guerra de Irak, pero nos tuvimos que conformar con verla por la televisión. A los dos días fue a votar al instituto Gaona, que era el colegio electoral que le correspondía, el instituto de su juventud.

En septiembre, después de pasar un verano con mucho dolor en la espalda con lumbago y ciática, me diagnosticaron hernia discal y el médico me recomendó que no realizara ningún esfuerzo. Como al andar, Ernesto se apoyaba mucho en mí, Eduardo le regaló un bastón. Lo utilizó muy poco, pues con la artrosis, aunque intentaba disimularlo, le resultaba un martirio la acción de agarrarlo.

En octubre de 2004, fue la última vez que fue a Sevilla a la Peregrinación de la Macarena. En una conversación con Mari Paqui Gomáriz recordábamos aquellas palabras pronunciadas

con tanta ternura por nuestro querido Diego Ernesto. Dijo: "¡Si supierais cuánto amor hay aquí, en este momento!"

La Basílica estaba llena de Misioneros de la Esperanza y nos hizo emocionarnos a todos. Conocimos la nueva casa de su hermana Fina y hasta fuimos a la Glorieta de Bécquer en el parque de María Luisa, como había hecho en otros tiempos. Él siempre aconsejaba que se visitase la ciudad para que se apreciase lo bonita que era.

En noviembre, asistimos a la representación de Jesucristo Superstar, junto con miembros de la comunidad María de Nazaret.

El 22 de diciembre, Paco González, celebró sus veinticinco años de sacerdocio y Diego Ernesto participó de la Eucaristía en la misma parroquia de la Amargura que hacía unos años había sido testigo de las numerosas Misas y charlas de jóvenes y ahora, uno de ellos, celebraba sus Bodas de Plata de sacerdocio.

Por esos años habían acudido a Europa y en concreto a España, numerosos inmigrantes provenientes de países latinoamericanos y de África. Paco González junto con otros españoles, Rafa Arjona, Fernando Nieto y algunos paraguayos, habían constituido la Asociación de Paraguayos en Málaga, que al no tener sede se reunían en el Centro Mies y celebraban la Eucaristía en la parroquia de San Juan.

Diego Ernesto bendecía todas esas acciones y expresaba a menudo que eran las personas que actualmente necesitaban más ayuda y cariño por nuestra parte.

En octubre, se había venido a vivir a la fraternidad una chica paraguaya, Mariela Olmedo, y como signo de este deseo de acercamiento a los más oprimidos, Dios permitió que sería con una persona inmigrante con la que conviviríamos los

últimos meses de su vida y en un edificio prestado por el obispado, el de la Rampa de la Aurora, desde donde el Señor lo acogería en sus brazos.

XVI. SU GRAN LUCHA

¡EL ROSTRO DE CRISTO, DESCUBRIR SU ROSTRO!
Esa ha sido la incansable búsqueda de Diego Ernesto durante toda su vida y la titánica lucha de no estar cambiando continuamente de imágenes.

Pintaba a Jesús, lo esculpía, lo buscaba en las imágenes de Málaga, Antequera, Archidona, Sevilla, ciudades y pueblos donde había Centros Mies.

Cuando visitaba los grupos en las distintas localidades iba a ver las imágenes que le movían de manera especial al amor al Señor y oraba ante ellas.

Era muy característica la figura de Diego Ernesto llevando en su mano una estampa plastificada de Jesús y recortada y pegada la cabeza de la Virgen a un ladito.

Por todas partes de su habitación y de lugares comunes de la fraternidad y hasta en el teléfono le pegábamos fotocopias de las imágenes que cambiábamos según nos iba él diciendo que le decían algo desde la fe.

En Semana Santa desde los años noventa, íbamos y volvíamos a Sevilla en el mismo día, al principio en coche y luego en autobús.

Visitábamos las iglesias donde se encontraban las que le motivaban a estar más cerca del Señor en esos momentos.

Esto del cambio de representaciones de Cristo y de María lo sabíamos no solamente nosotros, pues una noche, saliendo de la parroquia de San Felipe, al pasar por la Casa Hermandad del Cristo de la Sangre, el por entonces Hermano Mayor, nos saludó desde el balcón y expresaba con mucha alegría que Diego Ernesto viniera de visitar al Cristo de la Sangre, que se encuentra en dicha parroquia. Pero en realidad veníamos de rezarle a la Virgen del Patrocinio, que está también en esa iglesia y es titular de otra cofradía y la estampa que Ernesto llevaba en la mano no era del Cristo de la Sangre, sino de esta Virgen y del Cristo de la Salutación.

Unos días más tarde me encontré con dicho hermano y me dijo que él sabía que Ernesto cambiaba mucho de imágenes, pero que era una alegría el que le gustasen tanto y que hubiese un cura tan cofrade.

Por todas partes del cuarto tenía fotografías y fotocopias, que hacíamos en la papelería “El patito feo”, de Cristo y de María y también había en el ático.

De modo que cuando me decía que le buscara alguno, por ejemplo “El Cristo Caído” de la iglesia de San Sebastián de Antequera, me volvía loca rebuscando por todas partes, así que decidimos que se las iba a ir ordenando.

Nos pasábamos las tardes de los domingos escuchando música, generalmente de zarzuela y a veces algún partido de fútbol y yo clasificando fotocopias y fotografías de imágenes, que extendía por todo su cuarto y las separaba poniendo el nombre de cada titular en bolsas de plástico y haciéndome un índice de ellas.

Ernesto a algunas les cambiaba el nombre y le llamaba “el barbudo” o “Puerdel y Puriw” o “Él y Encarna”.

Después las colocaba en distintos sitios de la habitación a los que denominaba estante o las subía al ático y las metía en grandes cajas.

Ernesto mientras me veía hacer, contemplaba las fotos y me contaba cosas.

Otras estábamos en silencio escuchando la música y atendiendo a algún Mies que iba a visitarlo, lo cual era raro la tarde de los domingos.

De pronto, la imagen que tenía en sus manos dejaba de “hablarle” y me pedía que le buscara la que le parecía que iba a llenar.

Me ponía a hacerlo con todo el cariño, pero a veces con desesperación, porque no la encontraba por más que las hubiese ordenado.

Una de las facetas que más he admirado de Ernesto ha sido esa lucha inmensa por desprenderse de las imágenes.

Para él era un martirio el buscar el rostro de Cristo que cuando parecía que lo había encontrado en una, se le esfumaba a los pocos días o incluso horas.

Cuando tuvo por director espiritual a Don Baldomero Jiménez Luque, muerto más tarde en olor de santidad, le recomendó y aprobó el bien que le hacían las imágenes para su

vida interior; así mismo otros obispos que le habían dado ejercicios espirituales, como el de Castellón y el de Teruel.

Cuando empezó a dirigirlo el padre Flor, le dijo que era una atadura y desde entonces rezaba, hacía hasta novenas y sacrificios, por quitarse ese apego.

El Padre Álvarez Osorio le decía lo mismo, pero luchaba y no podía prescindir de ellas.

Y es en agosto del año 2000, habiéndose sentido tan cerca de la muerte, cuando decide desprenderse, repartir todas sus imágenes y figuritas. Si alguien llegaba a su cuarto le decía “coge la que quieras”. Al principio, asombrados, se resistían, pero él le repetía que se llevasen alguna.

Al correrse la voz de que el padre estaba dando sus cosas, acudían a verlo incluso los que llevaban tiempo sin hacerlo y no faltó el que se pasara y se quisiera llevar algo que no tenía nada que ver con las imágenes religiosas como un perro de cerámica, que un niño de mi clase, o mejor dicho su madre, me había regalado y que yo coloqué encima de un mueble de la fraternidad.

Diego Ernesto, me dijo que se lo diese para tenerlo en su cuarto y allí, mira por donde, a uno de los muchachos Pablo Pérez Manrique, se le ocurrió ponerle una cinta adhesiva en la cabeza y Ernesto lo “canonizó” y lo hizo patrón de los perros, llamándolo “San Canino”.

Así era el humor de nuestro padre y su cercanía con los muchachos.

Yo hice varios canastos de flores de tela para cubrir los huecos que habían dejado las figuras.

Después fueron las estampas, fotografías, fotocopias, fotos. Me di cuenta que había entremezcladas, fotos de cuadros e imágenes hechas por él y también escritos suyos que podían caer en manos de cualquiera.

Con lo que pacientemente, me dediqué a examinarlas todas antes de que se las llevaran y guardaba lo que consideraba que no podía repartirse.

Pero volvió a recaer a los pocos meses en el apego a las imágenes. En el mes de marzo, en el cumpleaños de José Julio, ocurrió lo siguiente: al saber que las tartas preferidas del homenajeado eran las de nata y fresas, le compramos una que tenía unas lindas fresas, junto con el correspondiente letrerito de chocolate de “Feliz cumpleaños”. Miguel Gutiérrez le había traído a Diego Ernesto un tomo de una enciclopedia de la biblioteca de su colegio con una foto de un Niño Jesús que le estaba dando devoción. Nos sentamos a la mesa y cuando llegamos al postre, cogí el gran libro, que Ernesto no dejaba de mirar, para colocárselo de otra forma y ¡zas! Lo estampé en toda la tarta, destrozando las fresitas y el letrerito.

En un primer segundo creí que me desplomaba, pasándome por la mente que el libro no era nuestro, que era del colegio de Miguel, pero después fue tal el ataque de risa que nos entró a todos, que no podíamos reaccionar, nos reímos hasta llorar. La primera que lo hizo fue Cristina Antúnez, que levantó el tomo y lo limpió con una servilleta. Afortunadamente, este era de papel satinado y quedó como si no hubiese pasado nada.

El 20 de abril de 2001, viernes de Pascua de Resurrección, Ernesto rompió definitivamente con la atadura que lo martirizaba del continuo cambio de imágenes.

Sobre todo unos meses antes de irse al cielo, su atracción principal era el Sagrario y una fe desnuda, carente de representaciones.

XVII. SUS PREFERENCIAS

Como manifesté en los capítulos de su niñez, a Ernesto le encantaban los animales. Ya en el Centro Mies de García Briz, le regalaron una tortuga a la que Ernesto le pintó el caparazón, como si fuese un paraguas, para que no la pisáramos. Y en la casa de Carretería, le trajeron otra que sobrevivía de milagro, porque la terraza donde vivíamos la fraternidad en el segundo piso daba al patio del primero, y la tortuga se asomaba al canalillo y ¡Cataplún! se caía un día sí y otro no, hasta que la dejamos en el patio y allí le echábamos la comida y el agua.

Asimismo, tuvimos distintos pájaros: gorriones, periquitos... pero con el último sucedió que una mañana nos encontramos que el pájaro no estaba y la puerta de la jaula estaba abierta. Nadie dijo nada, solamente que Ernesto hacía poco que había comentado que no le gustaba que los animales viviesen enjaulados y sin libertad.

En cambio, decía que los camaleones eran unos bichos muy pulcros, que él los había tenido en el Centro Mies de García Valdecasas y que iban por todos sitios y no dejaban ni excrementos. Viendo el sentir de los demás miembros de la fraternidad que no querían saber nada de camaleones y, sobreponiéndome a mis inclinaciones nada propensas a tener animales, pensé: “un gatito es el animal más idóneo para Ernesto, se lo podíamos regalar por su santo.”

Mi sobrina Pili, que estudiaba veterinaria en Córdoba, consiguió uno precioso, sevillano y se lo trajo a Málaga en tren, pagándole el billete al gatito. Fuimos a recogerlos a la estación algunos miembros de la fraternidad, junto con dos sobrinos míos Fernando y Rocío y lo primero fue ir a comprar todo lo necesario para el felino: comida, terrario... Con toda la ilusión ese día, que era 22 de mayo de 2001, le entregamos el gatito, pero cual sería nuestra sorpresa cuando dijo que no lo quería, que lo regalásemos. Al preguntarle más tarde porqué lo rechazaba me dijo: “¿Es que te crees que no sé el sacrificio que has hecho por complacerme no gustándote nada tener animales en las casas? Además, el gato va a estropear con las uñas los muebles forrados de papel y el sillón”. Le puso de nombre “Fernandito” como mi sobrino y lo tuvimos unas semana, hasta que un muchacho de un centro, se lo llevó a su campo con otros de su misma especie.

Al año siguiente, le regalamos un animal, pero esta vez era de trapo: “la pava cantarina”. Y esta vez sí que acertamos porque la pava con su movimiento de cuello y de alas y su alegre canción, provocaba la risa y la alegría, que en definitiva era lo que quería Ernesto.

El día de su cumpleaños, en 2001, la tarta fue muy original. A Diego Ernesto no le gustaban los dulces, exceptuando los de merengue, pero para cambiar, le preparamos una tarta con latas

de espárragos, sardinas, mejillones...y los números 72, pinchados en una morcilla, que le encantaba, porque un día es un día.

A Ernesto le ha gustado siempre el circo, admiraba el valor de los trapezistas, se reía con las ocurrencias de los payasos, las destrezas de los animales...y en el verano de 2002, después de mucho tiempo sin acudir a un espectáculo, asistimos con Paquita, Mari Carmen Heredia, Rocío Gutiérrez, Paco González y Borja, sobrino de Paco.

Para el aniversario sacerdotal de Diego Ernesto, todos los años, le hacíamos una pancarta alusiva a su sacerdocio, comidas y postres especiales, pero últimamente, además, yo le escribía un librito sorpresa con fotos. El primero fue referente a los sitios donde había vivido, el segundo a anécdotas humorísticas que le habían sucedido y el tercero fue sobre sus gustos y a modo de adivinanzas. Me basaré en él para dar a conocer algunas de sus preferencias por esos años.

Como ya indiqué cuando relataba los años de juventud de Ernesto, el cine le encantaba. Las películas de Fran Capra, con su gran contenido moral y religioso; las de Hitchcock con su intriga: “Rebeca”, “Recuerda”; las religiosas como Rey de Reyes. Otras como “Romeo y Julieta”. Él decía que se había fijado en el artista de esta película para pintar su famoso “Cristo Joven”... Pero una sintonizaba totalmente con su pensamiento: “Al Este del Edén,” protagonizada por James Dean. El adolescente rebelde, falto de cariño, pero con un corazón noble, rechazado por la moralidad de su padre, el prototipo de los jóvenes que tenía que acoger y mostrarle el rostro del verdadero Padre Dios. Cuando iba a Sevilla, su hermana Fina, después de la comida le ponía películas clásicas y en estos últimos años, las tardes de los domingos y días de fiesta, era nuestra principal distracción. Al principio en un

vídeo Beta de mi familia, veíamos todas las películas que teníamos grabadas por mis padres. También procesiones de Semana Santa de Sevilla y de Málaga; después en un aparato combinado de televisión y vídeo que tenía Mies y más tarde en un DVD que me regalaron mis hermanos. Yo tan exagerada como siempre, compré muchas cintas.

Cuando proyectaban en el cine una buena película como “La Misión”, “Gandhi”, “Jesús de Nazaret”, “Sonrisas y lágrimas”... iba a verlas con toda naturalidad o en ciertos casos, como “Supermán”, mandado por su padre espiritual, para que se despejase de los problemas. A la última que asistió en una sala de cine fue a “La Pasión” de Mel Gibson. Diego Ernesto manifestó que quería verla, pero muchos tacharon de barbaridad que fuese por su padecimiento de corazón. Yo más que a la película lo miraba a él a ver cómo se encontraba. Diego Ernesto decía: “Pero si es lo que yo siempre he explicado de cómo sería la Pasión de Cristo, me está gustando muchísimo”.

Son muchos los jóvenes que adquirieron una incipiente formación en música clásica en la “Congre”, según indiqué en el capítulo que hablaba de ellas y de sus composiciones favoritas, entre las que también se encontraban obras como “Los Responsorios” de Tomás Luis de Victoria o “El Miserere de Eslava”.

Las óperas y las zarzuelas eran su género lírico preferido: “Madame Butterfly”, “La Traviata”, “La Bohème”, “Bohemios”, “Doña Francisquita”... y Alfredo Kraus el intérprete magistral. Por las mañanas, temprano, ponía una pieza y luego le gustaba contarme el argumento de ellas y anécdotas y curiosidades de las mismas.

Aunque la música moderna no le había llamado la atención, excepto algunas canciones, vimos un concierto de “Amaral”

por televisión, una de esas madrugadas que no podía dormir a causa de los dolores y le gustó mucho cómo cantaba y las letras parecía que estaban dirigidas al Señor. También David Bisbal, que decía que tenía un gran corazón, Alex Ubago y por supuesto “La Copla” con su admirada Juanita Reina e Imperio Argentina y el malagueño Antonio Molina. Entre las canciones religiosas le agradaban las que hablasen del Amor de Dios y de la libertad.

Cuando se formó el conjunto musical “Carretería 97” compuesto por Fernando Aranda Ruiz, José Luis y Pablo Yáñez Tous, Antonio López Luna, José Porrás Molina, Javier Rodríguez Tineo, Enrique Cerván, Manuel García Barroso (Lolo)... siempre que podía asistía a sus ensayos para animarlos e incluso fuimos a verlos a una actuación al Recinto Musical Eduardo Ocón.

Diego Ernesto nos impulsaba a formarnos y él lo hacía. Era un ávido y rápido lector. Como se levantaba tan temprano, a las cuatro de la madrugada, aparte de hacer oración y leer la Biblia, leía otros libros y revistas a las que estaba suscrito para ponerse al día en temas eclesiales y científicos. Y junto con las formativas, componían su biblioteca, las obras de Ágata Christie y las vidas de santos, de arte, novelas de aventuras, enciclopedias...

En cuanto a lo que a escribir se refiere, además de los libros sobre nuestro Ser de MIES y la novela “No le pidas peras al olmo” y otras que se conservan en sus cuadernos, compuso las letras del “Himno a la Virgen”, el “Himno de los Misioneros de la Esperanza” y la del “Himno de Santa Theresita”. En los últimos años hacía poesías rípidas y llenas de cariño a numerosas personas.

Son pocos los chistes que a Ernesto le han causado gracia, porque con lo que más se reía era con las anécdotas de la vida

corriente. Su humor inglés que cortaba a más de uno, dejaba paso a sonoras carcajadas ante los sucesos graciosos.

¿Cuáles eran sus platos preferidos? Le encantaba “El cuchareo”, los caracoles, los huevos fritos, pero lo que más le gustaban eran las albóndigas cocinadas por Isabel Bravo cuando vivía en la fraternidad y las croquetas caseras hechas por Paquita Cruces, madre de los Vázquez, más tarde nuestra señora cocinera.

¿Y cómo no hacer mención del rostro de Cristo que más le impactaba? El “Cristo de la Buena Muerte”, el Cristo de los Estudiantes de Sevilla, es el que había elegido en el año 2003, para que se pusiese en un cuadro en su habitación y en el comedor. Decía: “Es el Cristo que le gusta a mi hermana y a Maleny”. A él, por supuesto que le agradaba mucho.

Un mural con todas las Advocaciones de la Virgen y Patronas de España, que aún se conserva, evidencia lo enamorado que estaba de María y lo que le gustaba contemplarla. En cada imagen, en cada pintura, le veía algo especial y Ella le correspondía, concediéndole por medio de cada una un regalito, una gracia traducida en fuerza, en fe, en confianza, en inspiración como tuvo aquel doce de octubre delante de la Virgen que llora y que ríe a la vez: de la Macarena.

El librito que le hice terminaba haciendo alusión a la copla cantada por Mari Fe de Triana titulada “Trece de Mayo”, cuya letra asociaba Ernesto a su historia de amor con el Señor, culminada en la ordenación sacerdotal un trece de mayo. Al llegar a este punto del escrito, Diego Ernesto cantaba emocionado la canción.

Esculpir imágenes, pintar, dibujar, eran sus grandes aficiones relacionadas con su vida espiritual. Diego Ernesto buscaba el rostro de Jesús y pintaba una cara encima de otra cuando se le desvanecía la devoción, y lo hacía sobre cualquier

material, generalmente tablas de madera, más baratas que los lienzos. En estos lo hacía sólo cuando le encargaba alguien que le pintara un cuadro. Tampoco les efectuaba el tratamiento necesario para su conservación. Afortunadamente el llamado “Cristo Joven” icono de Jesús distintivo de los Misioneros de la Esperanza, realizado por el año 1973, lo pintó sobre lienzo y como solía hacer al casarse los Mies, lo regaló a José María Ruiz Pulido y Marisol Vázquez cuando contrajeron matrimonio y gracias a que lo regaló se conserva al igual que otros. Hace unos años fue restaurado.

Muchas parroquias de Málaga y provincia poseen sus cuadros y bastantes Misioneros tienen bustos y dibujos realizados por Diego Ernesto en las distintas etapas de su vida. En todas las provincias donde está implantada MIES, se encuentra una talla de la Macarena. En la sede central de Málaga se hallan “El Cristo Yacente”, “El Resucitado” y los cuadros de “San Juan Evangelista” y de “Santa Theresita del Niño Jesús”, Patronos de nuestra Asociación. Sin embargo la “Macarena” de esta capilla, es del escultor Luís Álvarez Duarte. Fue un regalo que le hicimos entre algunos Misioneros, para que ya no saliese de la capilla de la Casa Madre.

Era un gran defensor de los avances actuales. Simpatizaba mucho con el Beato Santiago Alberione, Patrono de los medios de comunicación social y decía que teníamos que aprovechar estos adelantos en nuestro apostolado con los niños y jóvenes.

A Diego Ernesto le gustaba estar con los amigos y con los Mies y jóvenes que iban a verlo. A media mañana, después del rezo del Ángelus, tomaba fruta pasada, momento que aprovechaba su hermano Carlos para visitarlo.

Generalmente iban también José María Ruiz Pulido y Ramón Varela (Monchi) y junto con Eduardo Navarro, que

acompañaba a Diego Ernesto por las mañanas, organizaban una amigable tertulia.

A media tarde era con la secretaria de MIES, Encarni Cabrera. Yo la llamaba por la ventana que daba al patio, donde se la veía trabajando: “¡Encarni, el menta- poleo!” A veces teníamos que esperarla un rato pues estaba ocupada. No en vano, Ernesto le decía que era “la más importante.”

A Paquita que vivía por la carretera de Cádiz, la llevábamos a su casa, habitualmente los sábados y a Nati Aguilera a la residencia del Buen Samaritano donde trabajaba.

Como es de sobra conocido, a Diego Ernesto le gustaban las procesiones.

Cuando no podíamos ir a la calle a verlas, las hacíamos por la casa, llevando nuestras velas y cantando. Sacando fuerzas de flaqueza, íbamos a la procesión del Corpus Cristi, a la del Sagrado Corazón, a la de la Virgen de La Victoria.

Claro está, nos asomábamos un ratito, que significaban mucho para una persona enferma y mucha también la alegría que se llevaban amigos y conocidos cuando lo veían por la calle.

Siempre que sus dolores se lo permitían, participaba de los actos que se celebraban en MIES para estar con sus Misioneros: la Misa para emitir promesas y votos, Intermiés de Comunidades, votaciones para Responsables, Intermiés Juvenil, Encuentro de los Patronos, e incluso visitó la comunidad de los Boliches en una calurosa mañana de agosto de 2004.

XVIII: SU UNIÓN CON DIOS Y SU PROYECCIÓN A LOS DEMÁS

Una característica de los Misioneros de la Esperanza es el amor a Cristo en el Sagrario y es que Ernesto tenía verdadera pasión por Jesús hecho Eucaristía. Aquello que se le había impregnado en el Seminario de la espiritualidad de Don Manuel González, quería que lo viviésemos los Mies, que formásemos una cadena de corazones que con nuestro amor consoláramos a Jesús.

Un día, que llevaba el porta viático, cuando se dirigía a socorrer a una familia necesitada, le asaltó por el callejón de San Felipe un hombre armado con un cuchillo, que le dijo: “Deme todo lo que tenga.” Ernesto se sacó del bolsillo un dinero que llevaba y se lo dio. Pero el ladrón siguió registrándolo y al sacar el porta viático que contenía la Sagrada

Forma, indicó: “¿Esto qué es? “Es el Santísimo” contestó Ernesto. “Entonces eso no” y salió corriendo.

Ernesto se dirigió a la casa donde iba a llevar el dinero. Era una familia necesitada de calle Parra. Les contó lo que había pasado y a los cuantos días supo que el ladrón era miembro de la familia y que el dinero había ido a parar al mismo sitio, pero por distinto cauce.

El Obispo le concedió que tuviese un sagrario en su cuarto. Esto siempre ha constituido su máxima alegría: ¡Estar junto a su Señor! ¡Dormir muy cerquita del sagrario! Despertarse por la noche para decirle cosas, para llenarlo de piropos. Nos repetía: “No os dé vergüenza de decirle al Señor: Te quiero, decírselo: te quiero, te quiero. Dios lo tiene todo, lo tiene todo, menos una cosa. Dios por muy poderoso que sea no tiene tu amor si tú no se lo das. Fijaros Dios que nos hace libres y nos pide nuestro amor. Él, que aunque nada más que tú estuvieras en el mundo, te quiere tanto que moriría por ti, por uno sólo daría el Señor su vida”.

Las palabras de Diego Ernesto reflejaban su amor ardiente a Jesús, al Padre, al Espíritu Santo, por eso sus charlas tanto personales como en los retiros y ejercicios llegaban al corazón.

El X punto del “Ser Misionero de la Esperanza en veinte puntos”, escrito por Diego Ernesto en el año 1990, es “La ilusión por la santidad” y él que la concibe no cómo obra nuestra sino de Dios, fue siempre muy amigo de los santos, puesto que ellos han llegado ya a la meta y con su testimonio de vida nos enseñan y animan en la nuestra.

Él decía que tenía su equipo de santos y que se reunían frecuentemente. Entre ellos estaban: Santa Theresita del Niño Jesús, San Gabriel de la Dolorosa, Santa Ángela de la Cruz, Fray Diego José de Cádiz, San Juan Bosco, Santa Gertrudis, su Ángel de la Guarda, que decía que se llamaba Miguel, San

Francisco de Asís, Carlos de Foucauld, Santa Inés, San Sebastián y cómo no, la Virgen María que era la responsable del equipo.

De lo que más le gustaba hablar, como nuestro Patrono San Juan Evangelista, era del Amor. Diego Ernesto hablaba del amor al Señor, a la Virgen, a todos y de que nos sintiéramos libres y felices; Repetía sin parar: “Lo peor es caer en el desaliento.” “Tened siempre Amor, Libertad, Esperanza, Alegría”. “La oración no consiste en reflexionar, LA ORACIÓN ES AMAR.”

Decía que una forma importante del amor es la admiración. Admiración a Dios y admirar a las personas que amamos.

Desde hacía varios años, concretamente desde el 1997, Ernesto no daba Ejercicios Espirituales y en el mes de julio de 2001 predicó unos en la capilla del Centro Mies de Carretería, a los que asistimos un grupo de Mies y de jóvenes de los centros. Fueron unas charlas sobre los Misterios del Rosario durante cinco días en las que resaltó la alegría que debemos tener siempre, descendiendo a nuestras realidades, llegando al corazón y tuvo el detalle de invitar al sacerdote Don Luís Vera Ordás que había sido profesor suyo en el Seminario para que diera también alguna. Este sacerdote, tenía noventa y cuatro años y algunas de sus opiniones no estaban muy actualizadas, pero a Ernesto le daba lástima porque había sido un hombre con mucha actividad apostólica y literaria y ahora, como es natural, estaba más inactivo, teniendo todavía a su edad mucha vitalidad y deseo de ayudar. Y la verdad es que habló bastante bien, le hicimos un regalo y se fue muy contento de que contáramos con él.

En julio de 2002, Diego Ernesto comienza a impartir Ejercicios Espirituales a grupos reducidos. Los primeros los dio en el Centro Mies. Y fueron novedosos, distintos a los que

había dado anteriormente. Decía que había que aprovechar los medios modernos y el comienzo consistió en proyectar una película, “Caravana de mujeres”, que aparentemente nada tenía que ver con una meditación, pero Ernesto decía que representaba la vocación. De vez en cuando, hacía que se cortara la proyección o simultáneamente a la misma, desgranaba el significado de los personajes y de los hechos, de las dificultades que surgen en la vocación y explicaba que sólo los que las vencen llegan a la meta.

Estos Ejercicios tenían como tema el AMOR, giraron alrededor de él. Basándose como siempre en la Palabra de Dios decía: “Todo se reduce en amar, eso nos hace ser los hombres más felices que puedan existir. No meter miedo a nadie con el infierno y menos a los niños, creyendo que todo es pecado.”

En algunas de las siguientes charlas se basó en otras películas: “Vive como quieras”, “Las llaves del Reino”, “El filo de la navaja”, y los mensajes: “La Iglesia de Cristo es la de los pobres”. “Prohibido prohibir” “Somos eternos, la vida continúa, el cielo es un estado de felicidad”. “Como las gotas de agua unidas forman el mar, así tenemos que formar la familia, comunidad, fraternidad”.

Los sucesivos Ejercicios fueron: en los meses de agosto y septiembre de nuevo en el centro Mies. En octubre, en un pueblo de Córdoba llamado Pedro Abad, en la casa de Ejercicios de las Esclavas del Sagrado Corazón, donde asistieron Misioneros de Córdoba, Priego de Córdoba, La Mancha, Antequera y Málaga, en un total de cuarenta y cuatro participantes y por último en febrero de 2003 en Mollina, pueblo de la provincia de Málaga. Allí concurrieron miembros de nuestros centros y comunidades de Villanueva del Trabuco, Antequera, Archidona, Málaga...

En todos ellos el mismo espíritu: “Trabajad en la Iglesia, para que sea una Iglesia mejor que la que está. Amarla con crítica constructiva cuando sea necesario, pero siempre dispuestos a empezar por nosotros”. “El amor no es para tenerlo por dentro, hay que manifestarlo”. Decidle al Señor: Te quiero y a nuestros amigos; decídselo a vuestro marido o a vuestra mujer.” “La Biblia es una presencia muy viva del Señor. Leer cada día la Palabra de Dios con cariño.” “Se nota la protección de María, de la Madre, Esperanza nuestra. Yo la noto tan palpable que le digo al Señor: ¡Pero si fe es creer en lo que no se ve!”. Decía también que no era bueno que las imágenes tuviesen tanto lujo, que era mejor que fuesen más sencillas y sin ostentación ni rivalidades de unas cofradías con otras.

Para poner en práctica las enseñanzas de Santa Theresita en su “Camino de la Infancia Espiritual” nos indicaba “hay que aprovechar todas las cosas pequeñitas que le gustan más al Señor” y repetía con frecuencia: “no hay nada tan extraordinario, como hacer extraordinariamente bien lo ordinario de cada día”.

En el mes de febrero de 2003, impartió los Ejercicios Espirituales en Mollina, pero le costó un gran esfuerzo y fue consciente de que su salud no le permitía dar ninguno más y así se lo manifestó a los Mies de Alicante, Villarrobledo y Madrid. Los médicos, entre ellos, los Mies Juan Navarro y Pila Chamorro, opinaban que Ernesto vivía de milagro y cuando se enteraban de las charlas que daba, de los viajes, se reafirmaban en su teoría.

Diego Ernesto no era un especialista en liturgia, como pudieran serlo el padre José Antonio Romero o D. Atanasio Martínez, pero sí tenía sumo interés en que comprendiésemos bien los signos litúrgicos y que contestásemos adecuadamente

en cada momento de la Eucaristía. Recalcaba: “El Cordero de Dios no debe decirse hasta que el sacerdote esté partiendo la Sagrada Forma” o “En el Gloria la expresión correcta es paz a los hombres que ama el Señor, no los que aman al Señor”. Insistía que se catequizara a los jóvenes de nuestros centros en todo lo referente al significado de la liturgia. Nos explicaba que el Sagrario debe estar cubierto con una tela, nosotros la teníamos de encaje, porque eso significaba que el Señor estaba dentro, al igual que una casa se nota que está habitada porque tiene cortinas. Repetía que en las Eucaristías diarias, las homilías fueran breves, él así lo hacía; que fuesen lo más atractivas posible para los jóvenes y que se tocara la guitarra y se cantasen canciones. Yo de hecho, aprendí a tocar la guitarra por este motivo, para poner mi granito de arena.

Ernesto arreglaba con sumo esmero la talla de la Macarena. Cuando ya no pudo, quien se encargó de vestirla fue Manolo Rodríguez Espejo. A la muerte de éste, Jesús Ruiz Cebrero (Suli), es el que lo hacía ayudado por Mari Gracia Díaz, que sigue colaborando con Tony Cortés, que es quien la viste desde 2009.

Diego Ernesto en sus visitas mañaneras a personas necesitadas, había conocido a un gitanillo, Juanito. Durante mucho tiempo iba todas las semanas al Centro Mies. Los que vivíamos allí lo conocíamos: “Padre, es Juanito” y Ernesto siempre le daba algo. Un día, Juanito le dijo: “Padre, ¿por qué haces esto por mí?” Diego Ernesto le dijo: “Porque te quiero mucho.” El muchacho se echó a llorar. Un día se presentó con un aparato de televisión pequeñito. “_ Padre, esto es para ti” “_No lo habrás robado ¿no?” “_No, padre, me lo ha dado mi hermano pero yo te lo regalo a ti.” Era una manera de demostrarle su agradecimiento.

En algo que coinciden muchos de los que han conocido a Diego Ernesto es que notaban su cariño, cada uno se sentía personalmente querido por él, y eso hacía que se acercaran más a Dios.

Juan Carlos Gutiérrez Sánchez (Guti) afirma: “Ernesto me daba la seguridad de que él era un instrumento de Dios para llegar a mí y hacerme crecer poniéndome en contacto directo con el Señor. Era un puente por el que yo accedía a Dios”

El Padre admiraba y copiaba a nuestro mentor San Juan Bosco en su dedicación a los “birriquinis”, los muchachos más abandonados por la sociedad. Y es que Diego Ernesto les mostraba, el verdadero rostro de Dios. Un Dios que es Padre, Papá bueno, que no castiga, que perdona. No un Dios tontorrón, sino un Dios cercano, un Dios que más que normas y leyes lo que da es AMOR.

Un Padre al que Jesús llamaba “Abba” que podíamos traducir como algo parecido a “papaíto” y así le decía Diego Ernesto al rezar el Padre Nuestro en intimidad.

¡Cuántas veces les preguntaba a los casados en sus charlas! “Si vuestro hijo fuese un drogadicto, un asesino o lo más malo del mundo ¿lo echaríais al infierno? ¿No, verdad? entonces, ¡cómo lo va a condenar Dios que nos ama infinitamente más!”

Diego Ernesto sabía transmitir cómo debe ser el corazón misericordioso de Dios.

Cada noche, nos decía a los que vivíamos en la fraternidad: “¡Qué suerte! ¡Qué suerte tan grande vivir con el amor de nuestro corazón!”

El apostolado de Diego Ernesto en estos años consistía en orar por todos los Misioneros, por los Responsables de MIES, por los jóvenes, por los niños, por los sacerdotes y seminaristas, por la paz del mundo... Él lo hacía

particularmente y cuando rezábamos laudes, el rosario, en la Eucaristía... Éstas eran cada vez más entrañables. Las celebrábamos en su cuarto y al grupo que participara en ella, a uno por uno, le decía algo positivo y el bien que a él personalmente le hacía su testimonio de vida y lo que había aportado a MIES.

Pedirle al Señor es muy importante, explicaba, pero la mejor oración, después de la Eucaristía, es la alabanza, bendecir al Señor por todo. Diego Ernesto repetía mucho, aquella frase de su abuela Pepa: “Bendito seas Señor”

Como todos los Misioneros de la Esperanza, pagaba mensualmente su cuota y tenía apadrinados a dos niños africanos por Ayuda en Acción, primero un niño y después una niña, Nandawu, porque no quería limitarse sólo a nuestra Misión. También porque el continente africano le atraía mucho, tan empobrecido y tan necesitado. Cada día rezábamos el rosario Misionero por todos los nuestros y por todas las misiones de la Iglesia.

He tenido la enorme suerte de recibir durante estos últimos años charlas personales, ya que no podía asistir a los retiros Mies. En el 2003, Ernesto me dio unos Ejercicios Espirituales, titulados “Ejercicios en la vida” y en el 2004, lo hicimos él y yo escuchando cintas y Paco González nos daba una meditación.

XIX. SUS ENFERMEDADES. GRAN INTERCESIÓN DE THERESITA

En 1998, a Diego Ernesto se le detectan problemas en la próstata y el urólogo le indica que debe operarse. Él lo rechaza de pleno y desde este año se puede decir que empieza el calvario de sus últimas enfermedades, ya que como sabemos, siempre padeció del corazón, reuma...

Al año siguiente, el traumatólogo le diagnostica síndrome poliartrósico. Y empieza a caminar con dificultad, padeciendo dolores poliarticulares.

Esto no era obstáculo para que celebrásemos los cumpleaños y onomásticas de todos los de la fraternidad, con postres especiales en las comidas, con piñatas y haciéndonos fotos con los caretas, confetis e instrumentos musicales que

caían de ellas. Tenía dolores y a veces lo manifestaba, pero nunca demostró tristeza por sus padecimientos.

El día 23 de abril, festividad de la Virgen de los Remedios de Cártama, fuimos, como todos los años a rezarle a la Madre. Aquel año 2000 Diego Ernesto tenía un semblante apagado.

Llegó mayo y el sábado 13, aniversario de su ordenación sacerdotal, lo celebramos como siempre, primero en la Misa con todos los Misioneros y amigos que quisieron acompañarlo y después el almuerzo en la fraternidad, con un menú especial y poesías que preparé de Santa Theresita, dirigidas a cada uno y enmarcadas en cartulinas de colores.

Una fecha que no se me olvidará mientras viva fue el jueves 18 de mayo del año 2000.

Desde el sábado anterior Ernesto estaba mal; le decíamos que debería ir a urgencias, pero él se negaba totalmente. Ese jueves, estábamos viendo un teatro de guiñol varios cursos del colegio en la plaza del barrio, pero yo nada más que hacía llamar por teléfono a ver cómo se encontraba y al médico Mies, Juan Navarro, que empezó con esta intervención a ser nuestro ángel protector. Fue a ver a Ernesto y le dijo: “Diego Ernesto, si tú fueses mi padre ahora mismo te llevaría al hospital”. Ernesto accedió y esperaron un rato a que yo llegara del colegio.

Estaba exhausto. No podía moverse. En la silla de ordenador con ruedas que le habíamos comprado con el objeto de trasladarlo de un sitio a otro cuando se sentía peor de las piernas, bajamos en el ascensor y salimos por el salón de los niños, que tenía una puerta más amplia. En el taxi que habíamos llamado, echado encima de mí, creíamos que no llegaba al Hospital Civil.

Diego Ernesto tenía la tensión tan baja, que cuando visitaba los campamentos en verano, le dábamos al que lo llevaba en el coche, un poco de whisky para que se lo diese a la llegada a fin de que se le subiese la tensión, que en él era común que la tuviese en 8 de máxima y con el calor se le desplomaba. Otras veces los responsables que estaban en el campamento y sabían el problema de su tensión, lo tenían preparado.

Cuando llegamos a urgencias y se la tomaron, tenía 21 de máxima. Como es de suponer lo dejaron en la UCI (Unidad de cuidados intensivos). Presentaba un edema agudo de pulmón.

Esa tarde, dentro del serio momento que vivíamos, ocurrió un hecho para retorcerse de risa y fue el siguiente: Paco González, al ver la gravedad que tenía Ernesto, nos dijo que le iba a administrar la Unción de los Enfermos. A éste le habían quitado los dientes postizos y al ver que le iban a impartir este sacramento, quiso recibirlo con toda reverencia, con sus dientes puestos. Estaban alrededor de la cama, su hermano Carlos Wilson, M^a Julia Gavira, Responsable General de MIES por esos años, Juan Navarro, Paco González y yo.

Ernesto me dijo: “Ponme los dientes”. Los cogí de la cajita donde los guardamos, no sin cierta repugnancia, porque indudablemente no tengo vocación de dentista, ayudándome de unos clínex que saqué de mi bolso. “Ponle el pegamento”. Yo les puse el pegamento, nerviosa, pues los demás asistentes estaban muy serios, observando mis movimientos y esperando el solemne momento. Con mucho cuidado tomé una de las partes de la dentadura y se la introduje en la boca, pero Ernesto empezó a gesticular y yo, ya sin clínex, le metía la mano todo lo que podía para colocársela bien, pero Ernesto seguía haciendo movimientos con la boca e intentando hablar. Paco después me decía que pensaba: “Verás, que se va a morir antes de darle la unción”. ¡Y es que le estaba poniendo la

dentadura al revés, el pegamento se le había pegado en la lengua! Afortunadamente entró en la habitación una auxiliar, de considerable estatura y grandes proporciones, que se colocó unos guantes y le pudo despegar la dentadura de la lengua y colocársela bien. Después del mal rato y de la imposición de los óleos, lloramos, pero de risa y gracias a Dios, el mismo Ernesto, lo contaba entre carcajadas, cuando terminó todo este proceso que seguiré contando.

Esa noche la pasó en la UCI del Hospital Civil y a la mañana siguiente lo trasladaron a la del Hospital Carlos Haya. Gracias a nuestras Misioneras, Alicia García, Victoria Jiménez y Ana Acosta, que trabajaban en dicho hospital, podíamos acceder a verlo. A mí me proporcionaron una bata, con la que podía entrar y salir libremente. Toda la tarde estuvo dormido, por lo que al verlo tranquilo, hicimos turnos para estar con él durante las noches y los días que estuviese encamado. Esa noche se quedó David Enríquez. Cuando estábamos cenando el resto de la fraternidad, Antonio Márquez, Cristina Antúnez, José Julio Revillas y yo, sobre las 10 de la noche, sonó el teléfono, era David: “Venid para acá que el Padre está muy mal”. Llegamos milagrosamente en el coche grande del padre de José Julio, milagrosamente, porque íbamos como locos. Empezaron a llegar otros Mies y el hermano de Diego Ernesto. Allí en la UCI estábamos David, Carlos Wilson, Eduardo Navarro y yo. El médico nos dijo: “Estamos esperando para que ustedes decidan si se le intuba, tanto si se hace o no este señor está muy grave, si son ustedes creyentes tienen que admitir que se está muriendo”. Yo exclamé “¡un milagro!” Y el médico susurró “¿un milagro?”. Carlos me dijo que yo decidiera y sin titubear dije que no, que no lo hicieran.

El médico le cambió el tratamiento y junto a su cama nos quedamos Eduardo y yo. Eduardo sacó de su cartera una foto

de un cuadro de Santa Theresita, que hacía poco que le había regalado un antiguo Mies, muy buen pintor, Gerardo González y que Ernesto tenía en su despacho. Tomé la estampa y recé desesperadamente, como nunca lo había hecho en mi vida. Le pasaba la foto por todo el cuerpo pidiéndole a Theresita que mandara su lluvia de rosas como ella había prometido, se lo pedía, se lo exigía a ella y al Señor. Tenían que salvar a Ernesto.

Y a María, bajo la advocación del Amparo, que era la imagen, junto con el Cristo de la Pollinica que por esos días le daban devoción a Ernesto. Le decía: “¡Ernesto, tienes que vivir, lucha, te necesitamos mucho todavía, tú lucha!” Así rezando y sollozando pasó no sé cuánto tiempo.

Fuera, un montón de Misioneros de la Esperanza rezaban y lloraban. Había un continuo ir y venir. El personal estaba extrañado viendo el espectáculo, pero su atención giró hacia un muchacho que ingresó muy grave por un accidente de moto.

Paco González comenzó a hacer gestiones referentes al entierro de Diego Ernesto por si esta circunstancia se producía. Hubo quien dijo que iba a morir el mismo día que Mari Pepa Pendón, que fue un 19 de Mayo.

Serían sobre las tres de la madrugada del ya viernes 19 de mayo, cuando Ernesto sintió necesidad de ir al baño. El médico nos dijo que su organismo iba respondiendo. Todos se fueron a descansar dando gracias a Dios por haber pasado el peligro tan extremo.

Hacía un calor espantoso. La única manera que tenía de darle aire a Ernesto, era abanicarlo con la estampa en A4 plastificada del Señor de la Pollinica y la Virgen del Amparo. Así me quedé adormilada, apoyada en su cama, hasta las siete de la mañana.

Llamé por teléfono a David para que se trajeran un ventilador. Éste se llevó un gran susto y una gran alegría, porque se creía que lo llamaba para decirle que había muerto. A las diez de la mañana, Ernesto estaba ya en planta.

Los días siguientes fueron angustiosos, porque aunque había pasado el peligro de muerte inminente, los médicos, tanto los de Carlos Haya como los Mies, Pila Chamorro y Juan Navarro, advertían del estado de salud delicado del Padre, por el cuadro que presentaba de cardiopatía isquémica, fibrilación auricular crónica, insuficiencia cardíaca. A estos problemas de corazón, se añadían los de próstata.

En estas pruebas se conoció que el corazón de Ernesto era más grande que lo normal, lo cual le alegró un montón porque decía: “Eso es por lo mucho que quiero a todos.”

Su hermana Fina y su cuñado Joaquín, vinieron de Sevilla para verlo y lo hicieron muchos Mies, amigos, su director espiritual Luis Álvarez Osorio S.J. y hasta el obispo Don Antonio Dorado, que lo visitó mientras Ernesto almorzaba ayudado por Cristina Antúnez. Su compañero de cuarto, también enfermo de corazón, se confesaba ateo y permanecía dormido casi todo el día, a pesar de las numerosas personas que pasaban por la habitación.

El 26 de mayo, día de San Felipe Neri, le dieron el alta. Por la tarde celebramos la Misa en su cuarto, una Misa de acción de gracias que me salía tan profunda, como antes me habían surgido las súplicas. Gracias al Señor, a nuestra Madre María que no deja de mirar por el hijo que está loco por ella y a Theresita que cumplió su promesa de derramar su lluvia de rosas sobre su amigo Ernesto.

Este agravamiento y encame hospitalario, fue como el comienzo de una nueva etapa en la vida de Ernesto. Él lo refería como una gran Gracia, en la que había visto muchas

cosas claras. El Señor le concedió cinco años más, en los que sobre todo experimentó, vivió y transmitió una gran libertad.

El rechazo que sentía ante ciertas cosas, como que lo lavasen en los hospitales, tuvo que aceptarlo, como toda persona que pasa por el trance de estar encamado y hasta bromeaba diciendo que la auxiliar que lo había lavado, en aquellos días, era tan guapa que parecía una “mis”.

Lo que durante mucho tiempo nos estuvo inculcando y es la base de nuestra espiritualidad, el “Camino de la Infancia espiritual” de Santa Theresita, resonaba en sus labios en esta última etapa de su vida con más fuerza todavía, y en él mismo, se notó un cambio, que nos alegró mucho a la mayoría, porque se hizo, con la gracia de Dios, más flexible, más alegre, se reía a carcajadas, más cariñoso, más humano, más libre.

Referente a su salud, fue el comienzo de innumerables visitas a médicos y especialistas de las distintas dolencias que tenía. Al principio, seguimos yendo a la consulta privada del cardiólogo Gabriel Fernández Madero, que lo llevaba en el Hospital Carlos Haya.

Yo me empeñé porque me parecía muy buen médico, aunque me costara el dinero pues no estaba en la Previsión Médica, que era el seguro en el que estaba apuntado Diego Ernesto por la Diócesis, pero terminamos cambiando a Don José M^a Salto, que lo había estado tratando años antes por su cardiopatía isquémica y fibrilación auricular. Tenía que tomar mientras viviera, el medicamento sintrom, que controla que no se formen trombos en la sangre.

Para que no se desplazara a realizarse las revisiones necesarias en esta medicación, que solían ser cada quince o veinte días, muchos de nuestro enfermeros y enfermeras, según podían, iban a sacarle la sangre por la mañana temprano y Eduardo Navarro se la llevaba en un taxi a Alicia García que

trabajaba en Carlos Haya, y esta la llevaba al laboratorio donde después de analizarla, nos indicaban la cantidad de medicamento para los días siguientes. ¡Cuánto hay que agradecer a muchos hermanos Mies su servicio en unas u otras facetas!

Además de su dañado corazón tenía problemas digestivos y estomacales, respiratorios, picores, poliartritis, dificultades de visión, insomnio y sobre todo, los grandes problemas de inmovilidad de las piernas y de complicaciones urinarias y de próstata. Íbamos a dermatólogos, alergólogos, analistas, urólogos, otorrinos, neurólogos.

En un primer momento llamaba a Misioneros de la Esperanza para que nos acompañaran, pero después, la mayoría, optamos por ir en taxis a los médicos y sobre todo a la vuelta de las visitas médicas, Ernesto para que yo me riera, bromeaba y decía para que lo oyeran los taxistas: “Hay que ver lo tarde que se nos ha hecho, los niños se estarán subiendo por las paredes”, otras era poniéndose como un viejito de noventa años o hablando en un lenguaje inventado. Los conductores nos miraban extrañados y preguntaban el idioma en que hablaba y yo no sabía dónde meterme.

A esto se añade las marchas precipitadas a urgencias y las que tuvimos que llamar al 061, por las crisis hipertensivas y por dolores de pecho.

La lista de medicamentos que tomaba era enorme. Él, años atrás, cuando eran menos, las tenía en bolsitas de plástico. Cuando me dijo que lo ayudara, por el año 1991, compré como una gran caja de las que venden en las ferreterías con compartimentos y le puse en ellos letreros de las diferentes medicinas. Más adelante, un carpintero que vino a la fraternidad por otro arreglo, hizo un mueblecito con tres

cajones, así pude clasificar mejor las medicinas del desayuno, almuerzo y cena.

Algo que no soportaba Diego Ernesto era el humo del tabaco, porque le afectaba gravemente al sistema respiratorio. Aunque se fumase en el portal el humo subía hacia la vivienda de la fraternidad. Era la época en que no se le daba importancia a fumar y si bien se recomendaba que no se hiciese en el Centro Mies, costaba mucho acatar esa orden. Con el tiempo se ha visto todo el peligro que entraña el tabaco para la salud.

La dificultad de la inmovilidad de las piernas era cada vez más acuciante. Un día a causa de cierto medicamento, le fue imposible caminar, ni siquiera podía trasladarse desde el comedor a su cuarto. Entre Isaías, Paquita y yo, lo llevamos en la silla de ordenador y con dolores horribles. A veces se mejoraba pero él me había dicho que los problemas de sus piernas eran un signo de su identificación con la Pasión del Señor y que por más que pidiéramos y fuésemos a los médicos, no se iba a curar nunca.

Y así sucedió, fuimos a muchos especialistas y rezamos mucho. A veces caminaba mejor y otras se cansaba al dar nada más que dos pasos y siempre agarrado a la persona que lo acompañaba, que los días de diario era por la mañana Eduardo Navarro, que desde el año 1995, por iniciativa del entonces Responsable General Laico de MIES, Pepe Navarro, su trabajo y apostolado consistían en acompañar a Diego Ernesto por las mañanas de lunes a viernes; y otros muchos Mies, que hacían turnos y yo, que mi dedicación y apostolado era el estar con él.

Después de ir a distintos urólogos, que se negaban a operar a Ernesto de próstata, por sus problemas de corazón, cosa a la que ya se había decidido por las grandes molestias que tenía,

por fin uno, el médico Bonilla Maldonado, se atrevió a hacerlo, no sin antes hacer que se le realizara una exhaustiva exploración preoperatoria.

Otro día que recuerdo como una pesadilla fue el ocho de septiembre de 2001. Al ser fiesta en Málaga, celebración de Nuestra Señora de la Victoria, Patrona de nuestra ciudad, estábamos por la tarde solos en el Centro Mies Diego Ernesto y yo.

Ya desde la mañana estaba muy dolorido pero el malestar llegó a ser tan grande, que llamé a urgencias de la clínica Gálvez y vino prontamente una ambulancia. Mientras le realizaban pruebas, un médico me llamó y me dijo que el padre tenía cáncer y que no duraría ni un año, me lo expuso así, como lo estoy escribiendo. El Señor me dio fuerzas para no caerme redonda al suelo.

Cuando pude reaccionar y después de clamarle al Señor con toda mi alma, llamé desde el móvil a varios Misioneros, pero ninguno me contestaba. Por fin localicé a Paco González, que acudió enseguida. El mismo médico, que me había dado el anterior diagnóstico, una vez teniendo el resultado de las pruebas sobre la mesa, nos expresó que no era cáncer, sino que la exploración a la que se le había sometido daba como conclusión: “Hidrocele tabicado a nivel de testículo izquierdo”.

Después de prescribirle una medicación, sentaron a Ernesto en una silla de ruedas hasta el momento que pudiéramos irnos, porque la procesión de la Virgen de la Victoria estaba desfilando y justo en el momento en que salimos a la puerta, pasaba la Imagen de Nuestra Señora. Las gracias que le di a la Virgen, superaron el enfado que sentía hacia el médico que me había dado un susto de muerte.

A veces me acechaba la duda de la posibilidad de que el primer dictamen fuese el verdadero, pero Paco razonablemente

decía que lo había dado sin pruebas, que fue lo que él se figuró, cosa que no tendría que haber sucedido y sobre todo, por designios de Dios y de nuestra Madre, Ernesto vivió cuatro años más.

A los dos días de este percance, ingresó en la clínica Parque San Antonio, con motivo de la operación de próstata. Hice turnos entre los Mies y personas cercanas, para que se alternasen con Eduardo Navarro y conmigo y estar acompañando a Diego Ernesto.

El día 11, David Enríquez, había bajado a la cafetería del hospital y subió con la cara demudada. ¡Dos aviones habían impactado contra las Torres Gemelas de Nueva York! Pusimos la televisión y nos sobrecogieron las escenas del horrible atentado. Diego Ernesto repetía la importancia tan enorme de la paz en el mundo y que los Misioneros de la Esperanza tenemos que trabajar para conseguirla.

Según el doctor que lo operó, la próstata de Ernesto solo presentaba hiperplasia nodular y ningún otro problema. Cuando entró en la habitación para comunicárnoslo, yo le di un abrazo en agradecimiento, sin saber que los cuatro centímetros que le había extirpado no delataban la gravedad que más adelante diagnosticaría el Doctor Díaz Cabrera.

Las Navidades las celebramos con mucha alegría en la fraternidad, con los cuenta-cuentos de Rocío Guti, disfrazándonos de payasos y visitando imágenes y a su familia de Sevilla. Pero Diego Ernesto continuaba como antes de la operación, con muchas molestias y dolores.

Nos dijeron que José Antonio Díaz Cabrera, era el mejor urólogo de Málaga y a él le llevé a Ernesto. Después de operarlo en el sanatorio Dr. Gálvez nos confirmó la sospecha: Diego Ernesto tenía cáncer de próstata.

Nos tranquilizó diciendo que se lo había extirpado y limpiado muy bien la zona y que por medio de unas inyecciones trimestrales se mantendría bloqueada y sin peligro de extenderse. Nos aconsejó unas pastillas llamadas “urocholine” que habían sido retiradas en España por ser muy baratas, pero que eran muy eficientes.

Gracias a Dios conseguimos que las trajeran periódicamente de Alemania y sin que nos costaran nada.

Como Diego Ernesto presentaba un cuadro de malestares tan amplio, decidimos que un solo facultativo supervisara todas las enfermedades. De broma decíamos que tendríamos fama entre los médicos por tantos como acudíamos.

Por supuesto el cardiólogo y el urólogo eran imprescindibles. Después de visitar a varios geriatras y médicos de medicina general, dimos con Pedro Pardo del Cid, un geriatra que a primera vista nos pareció demasiado joven, pero que pronto se ganó nuestra confianza demostrando que era un buen profesional.

A finales de abril, de nuevo se encamó, esta vez en la Clínica de la Encarnación para operarse de hemorroides y al mismo tiempo le extirparon pólipos del colon. Gracias a Dios, sólo fueron dos días y reanudamos la vida normal.

El estado de salud de Diego Ernesto en agosto de 2002, dictado por él mismo era el siguiente:

“Siempre está bien porque para él, estar feliz y contento, no radica en la salud corporal sino en la unión que pueda tener con Dios, que lo ama”. Desde hace bastante tiempo casi siempre tiene lo mismo, pero puede variar algo cada día.

En la cabeza tiene un dolor continuo muy grande que no se le quita desde hace bastante tiempo. Los calmantes lo mejoran muy poco. Le duele la cabeza de tal forma que no se le puede

ni tocar. Los oídos le duelen bastante y tiene rinitis. Tiene mal las cervicales, lo que le produce mareos y náuseas. Las vértebras de la columna las tiene dislocadas lo que le produce grandes dolores de espalda.

Tiene cardiopatía isquémica y fibrilación auricular, pero no le producen molestias más que de cuando en cuando, a no ser que haga un esfuerzo al andar o por otra causa. Tiene síndrome de intestino irritable, lo que le produce muchos dolores, malestar continuo y va de grandes estreñimientos a diarreas dolorosas.

Se ha operado dos veces de próstata y toma urocholine para la vejiga, pero aún no puede orinar normalmente. Le han operado de hemorroides pero siente los mismos dolores que antes de operarse.

Tiene artrosis por todo el cuerpo, las manos le duelen bastante. Las piernas le duelen mucho y no puede casi andar por atrofia cerebral en la zona de la locomoción. También le duelen los tobillos y los pies. Tiene picores por todo el cuerpo habitualmente. No es nada de la piel, parece psicossomático. Lo acepta todo con alegría.”

Sería aburrido además de imposible, relatar las veces que acudimos a pruebas, a urgencias, a sanatorios, pero contaré esta ocasión. A Diego Ernesto le encantaba la Virgen de Covadonga. Decía que le había dado una gracia especial.

Hacía años le pidió a Miguel Ángel Garrido que nos enseñara su himno a los Mies y él lo cantaba a menudo. Refería lo maravilloso que eran los Lagos y el paisaje que se veía desde la Gruta.

Con mucha frecuencia me decía que antes de morir se me tenía que llevar y en este mes de febrero del año 2004, aprovechando la Semana Blanca, decidió que íbamos a ir.

Paco González estuvo mirando casas de congregaciones religiosas que nos acogieran, las combinaciones de trenes etc. Yo decía: “Señor, danos una señal si no es tu voluntad que vayamos, por si le pasa algo al padre en el viaje.” Y la señal no se hizo esperar.

El día quince estábamos encamados en el sanatorio de Gálvez aquejado Diego Ernesto de gastroenteritis aguda. Pasamos allí tres días. El veinte de ese mismo mes, en urgencia de Carlos Haya se le detectó líquido en el pulmón. Lo del viaje estaba claro.

Desde entonces no le pido más señales al Señor.

A finales de junio, le salió una manchita roja en la pierna, cerca del tobillo. Después de verlo un cardiovascular y afirmar que no tenía importancia, lo llevamos a un dermatólogo que decía que era una necrosis y otro un eritema anular. La mancha tomó forma de corazón y bromeábamos diciendo que era un signo de amor del Corazón de Jesús.

Con el tiempo nos enteramos que sí era un signo, pero de algo que no funcionaba bien en el organismo, quizás era un síntoma de que tenía algo maligno. Ernesto se asfixiaba con frecuencia, tosía mucho, a veces orinó sangre, concretamente lo hizo el 13 de septiembre.

Es inconcebible que habiendo visitado tantos y tan buenos médicos y habiéndole realizado tantas pruebas, no se detectara lo que tendría en el riñón y en el pulmón. El cardiólogo, el urólogo, el geriatra, lo veían bien y los análisis clínicos eran normales, lo que es para darle gracias a Dios porque hubiese estado lleno de tubos en un hospital en vez de estar en su casa y haciendo una vida normal.

Lo que si le sucedía a Diego Ernesto es que aproximadamente desde un año atrás, tenía trastornos de

memoria, orientación tiempo-espacial y le molestaban extraordinariamente los ruidos y le cansaban las visitas prolongadas.

Repetía mucho las anécdotas, sobre todo las de tiempos pasados. Las matemáticas nunca le gustaron y él lo decía una y otra vez, pero le costaba realizar cualquier ejercicio de cálculo.

El 8 de julio de 2004, después de haberle realizado un SPECT o sea un estudio neurológico sobre el flujo sanguíneo cerebral, el geriatra le diagnosticó arterioesclerosis cerebral, lo que implicaba un deterioro cognitivo. Le mandó Prometax, un medicamento que había salido nuevo y según decían era muy efectivo.

No puedo concluir este capítulo sin manifestar la ternura y el asombro que produce el hecho de que una persona tan enferma durante la mayor parte de su vida haya podido desarrollar una labor apostólica tan intensa con innumerables viajes, charlas, retiros, horas de atención a la dirección espiritual y al sacramento de la reconciliación, además de su austeridad y exigencia de vida personal.

Estoy convencida que sin su apasionado amor al Señor, su pasión por la salvación de la infancia y juventud y la fortaleza que el don del Espíritu le proporcionaba, sería algo humanamente imposible.

Sin duda toda su existencia es un verdadero signo y testimonio para todos nosotros, Misioneros de la Esperanza, de lo que significa una vida entregada hasta el final, haciendo realidad la petición que grabó en su corazón en sus años de Seminario: “Pastor bueno, haznos buenos pastores, prontos a dar la vida por las ovejas”. Él lo fue y ¡hasta qué extremos!

Al estar el edificio de Carretería en muy malas condiciones, en una Asamblea General de MIES, se aprobó la compra de un

inmueble en la Calzada de la Trinidad número 16 y mientras se edificaba el nuevo Centro Mies, el obispado nos prestó un caserón de su propiedad situado en la Rampa de la Aurora en el que permanecemos desde febrero del 2005 a junio de 2007.

XX. MUDANZA A LA RAMPA DE LA AURORA Y AL CIELO

El año 2005, comenzó con el deseo que repetía frecuentemente Ernesto: Llenarnos de AMOR, ALEGRÍA Y ESPERANZA y también con el gran catarro de Ernesto y mío que arrastrábamos desde hacía días, por lo que estuvimos varios sin pisar la calle. Pero lo más preocupante, es que orinaba sangre. Tanto las pruebas como la revisión que le hizo el urólogo, no nos hacían temer nada, pues los análisis estaban perfectos y en el riñón no se observaba ninguna anomalía, por lo que parecía que era la mala dosificación del sintrón.

Ahora, después de varios años y de saber lo que este hombre tenía, comprendo el porqué de la infección en los ojos, porqué tosía por las noches y me llamaba a las 2, a las 6...Fuimos al geriatra y le puso un tratamiento para la tos, el agüilla de la nariz y la sequedad de garganta.

Cuando releo mis diarios, me doy cuenta de la locura que supone el hacer una mudanza y una mudanza de un Centro Mies y una fraternidad.

Fue el sábado, 12 de febrero. A Ernesto, antes de que viniera la gran avalancha de Mies y jóvenes para hacer el traslado, se lo llevó Miguel Iglesias a su casa, como habíamos quedado, para que Ernesto no estuviera en semejante jaleo. Yo después de estar un rato en Carretería disponiendo las últimas cosas, me fui para la Aurora, donde había otra multitud de gente, entre ella, mi familia al completo, subiendo cajas, armando muebles, colocando cuadros. Por cierto, que los muebles de la Biblioteca entera de Mies, varios muchachos, los subieron por la escalera, al piso de la fraternidad al ser de color claro como los nuestros y por el mismo camino, tuvieron que bajarla.

Esa noche dormí en casa de Juli Gavira y Miguel, donde Ernesto había pasado el día dibujando con Rocío Iglesias, pero nervioso por todo lo que sabía que estaba sucediendo. Aunque el matrimonio insistía en que se quedara más tiempo, él estaba deseando llegar a la nueva casa y al día siguiente a las 10 de la noche, lo trajeron a la Rampa, con ya todo bastante organizado. Cuando se abrió la puerta del ascensor, que curiosamente daba al comedor, nos emocionamos. Estaba radiante y todo le gustaba. Le habíamos puesto en su cuarto, sus cuadros preferidos y por supuesto, su Sagrario. Durmió estupendamente y no tuvo dificultad en pasar una rampita que comunicaba su cuarto con el baño y que era lo que a mí más me preocupaba.

Nuestra nueva fraternidad, no estaba libre de problemas, sobre todo, el asunto del agua, pues al ser un caserón muy viejo, las tuberías eran de plomo y varias veces falló la boya de los depósitos y caía como una catarata por la escalera y

empezaba a correr por el pasillo y comedor. Ernesto decía “parece que estamos en el Titanic.”

Pero estaba muy feliz y contento. Les decía a todos los que venían a visitarle, que esa casa tenía mucha más luz que la de Carretería y que se encontraba muy bien en ella.

El Domingo de Ramos, 20 de marzo, fuimos a San Pablo, a la Misa con motivo de la salida de la cofradía, de la que Diego Ernesto era Director Espiritual, el Cristo de la Esperanza en su Gran Amor y la Virgen de la Salud.

En un primer momento, al sentirse por la mañana cansado, me dijo que no podría ir, pero yo fui a comprar flores, que después deshojamos, Jaime, que había venido a pasar unos días con nosotros, y yo, para echárselas al Señor y a la Virgen que iban a pasar por delante del edificio y me llegué a la parroquia donde estaban muchos hermanos de la Salud trabajando y ultimando detalles.

Al decirle a Ernesto que lo estaban esperando, cambió la decisión de la mañana y fuimos a San Pablo. Mi hermano Fernando nos llevó en coche y la vuelta la hicimos andando, saludando a todos con la mano y sonriendo y eso que íbamos al lado de la banda de música y de un potente bombo.

En la Eucaristía, que presidía D. Rafael Pérez Pallarés, dijo unas palabras, que llegaron a todos y emocionaron.

Después desde la terraza, les echamos los pétalos al Cristo y a la Virgen, que en honor de Diego Ernesto, los portadores “los mecieron” e hicieron una parada.

Como el edificio de la Rampa de la Aurora está en un lugar privilegiado, la noche del Lunes Santo, vimos pasar la imagen del Señor “Cautivo”, desde la ventana del cuarto de baño, como si estuviéramos en un palco.

Era esa misma imagen que conmovía a Andrés apretando fuertemente la mano de Ernesto niño. En mi vida he visto más gente apiñada y me emocionaba pensar que era para ver a Jesús, aunque se tratara de una fe sencilla y popular, estaban allí y yo le pedía por dentro y por fuera, por muchas cosas, sobre todo por él, hasta el punto que Ernesto me dijo que me estaba poniendo muy pesada.

Por entonces, los Mies, organizábamos un Vía crucis, el Jueves Santo por la mañana al monte Calvario. Después de llevar a Jaime a la estación, Ernesto, Mariela y yo, fuimos también.

Ernesto y yo, íbamos en el coche y en cada estación del Vía Crucis me paraba y rezábamos con los demás. Al finalizar nos hicimos una foto todo el grupo y entramos en la capilla donde recién nombrado sacerdote Ernesto, había celebrado diariamente la Eucaristía.

Los Oficios los celebramos en la salita, Mariela, Diego Ernesto y yo y estuvimos viendo procesiones por la televisión.

Esa noche, desde nuestro “palco”, vimos al Cristo de los Milagros y a la Zamarrilla y ya no me puse pesada, sino pesadísima pidiéndole al Señor y a la Virgen y Ernesto lo hacía sobre todo por los jóvenes.

El Viernes Santo, vestidos elegantemente nos fuimos a visitar los “Monumentos” de las parroquias de Fátima, San Pablo y San Felipe, encontrándonos con muchos Mies y conocidos, que manifestaban su alegría cuando nos veían. Comimos en la venta San Cayetano del Puerto de la Torre.

Después de celebrar los Oficios, pasó por delante de la casa, la Soledad de San Pablo a la que por supuesto le pedimos por todos.

El Sábado Santo, fuimos a llevar a Paquita a su casa y por la tarde vimos la película “María, la Madre de Jesús” y celebramos los Oficios a los que también asistió David Enríquez.

El Domingo de Resurrección, con Mariela y Marilda, hermana de ésta, fuimos a felicitar a la Virgen de la Victoria a su Santuario y nos fuimos a comer al paseo marítimo de Torremolinos.

La semana comenzó con muchos problemas en la vivienda: se fue la luz, el ascensor no funcionaba, no había agua y Ernesto y Eduardo, me llamaban cuando surgía cada dificultad, porque no sabían qué hacer.

Cuando llegué del colegio, el agua caía a borbotones por la escalera, pues habían abierto las llaves de paso y esto se repetía un día y otro. A veces parecía que se iba a venir el techo encima o que nos íbamos a electrocutar, pues el agua mojaba los enchufes.

El sábado 2 de abril, murió Juan Pablo II. Nos impresionó bastante. Se celebraba el Intermiés ese fin de semana y Ernesto dijo unas palabras sobre él en la Misa del domingo. Los asistentes se alegraron mucho de verlo. Se estuvo haciendo fotos con todos los que querían.

El jueves 14 de abril, fuimos a D. Pedro Pardo del Cid, su geriatra. Después de examinarlo, lo encontró muy bien de todo. Por cierto, el agua seguía saliendo, nunca mejor dicho, “por un tubo”. Y la cuestión es que el fontanero, mandado por Javier Alcaide, que tenía una constructora, lo arreglaba, pero al ser las tuberías y la instalación tan antiguas, cuando no fallaba una cosa fallaba otra.

El domingo 17 de abril, murió el Director Espiritual de Diego Ernesto, Luís Álvarez Osorio, de un cáncer de páncreas.

Muy afectado, llamó al superior de los Jesuitas para darle el pésame.

El miércoles 20, vino Esther Castañeda, Misionera de la parroquia San Francisco Javier, que le había pedido a Diego Ernesto, que le escribiera unas palabras para los jóvenes de ese centro.

Y gracias a Dios lo grabó con su cámara de vídeo. Al final de la charlita, dijo que nos quería mucho y tirándonos besos con las manos, repetía: “Alegría, alegría, alegría.” Es la última cinta visual y auditiva del Padre.

El 22, quedó solucionado el problema del agua, pues pusieron toda la tubería de cobre.

El 23 de abril, día de la Virgen de los Remedios, Patrona de Cártama, pueblo de Málaga, fuimos con Paquita a ver a la Virgen. Diego Ernesto, siempre que ha podido, ha ido a visitarla en su día.

Aparcamos cerquita de la iglesia, le compramos flores y encendido velas y rezamos a la Madre y como tradicionalmente hemos hecho otros años, nos tomamos una copita de vino blanco, que a mí este año me hizo más efecto, pero gracias a Dios, llegamos sin ningún percance a la pizzería “O mamma mía” donde comimos.

El domingo 24, Ernesto, Mariela y yo, nos fuimos a “Selwo Marina”. Llegamos justo a tiempo para ver la exhibición de los delfines, que siempre le han gustado mucho a Ernesto por lo inteligentes que son, después los leones marinos, más tarde las aves exóticas y mientras Mariela fue a hacerse una foto con Bruno, el león marino, Ernesto y yo fuimos a ver los pingüinos. Me parecía imposible que Ernesto estuviese allí y andando por su propio pie.

Esa noche, se cayó la mitad de la ventana del cuarto de Ernesto, el cristal y el postigo. No pasó nada, pero él y yo pasamos una noche nada más que regular.

Desde el día 27, Ernesto se mostró muy nervioso y despertándose por las noches con dolor de cabeza y diciendo que se asfixiaba. La noche del 30, mientras le calentaba leche con miel a las 3:30 de la madrugada, por la tos que tenía, echó sangre por la boca. Pensamos que se le había reventado alguna venilla al toser, pero al decirme al rato que le dolía el pecho, llamé al 061.

Vinieron, le hicieron un electro y ellos mismos llamaron para que viniera una ambulancia que nos trasladó al hospital Carlos Haya. Allí estuvimos lo que quedaba de noche. Le hicieron pruebas y dijeron que el control de sintrón estaba bien y en la placa de pulmón salía un poquito de líquido.

Comentaron que tenía un corazón muy grande. Entre los muchos enfermos que había en la urgencia, estaba uno tendido completamente, sumamente delgado y quejándose por los dolores que sentía. Diego Ernesto, lleno de compasión me dijo: “me entran ganas de cogerlo en brazos para consolarlo.”

Cuando llegamos a la casa, no pudimos entrar, pues la puerta que daba a las habitaciones, estaba bloqueada. Tuvo que venir un cerrajero que la abrió con una simple tarjeta, pero nos cobró 50€. Esa tarde, Juan Navarro, nuestro médico Mies, acudió a ver a Ernesto y le comentamos todo lo sucedido.

Durante estos días, bastantes personas visitaron a Ernesto, entre ellos, Rafa Pérez y su mujer Ana Conde de Córdoba y Andrés Alfambra, compañero de ordenación sacerdotal, que vino a invitarlo a los actos de aniversario del día 13.

Cuando releo mi diario, se me parte el corazón, porque Ernesto no dormía y me llamaba continuamente por las

noches. El geriatra, que lo encontraba bien, le decía que me cuidara a mí y no me llamara tanto. ¡Y nosotros sin saber todo lo enfermo que estaba!

El día 7 de mayo, vinieron los Responsables de MIES a dialogar sobre la situación de la fraternidad y de Ernesto, mostrándonos su apoyo.

El 12 de mayo, fuimos al urólogo que lo trataba, Dr. Díaz Cabrera y por primera vez en la revisión que le hizo, observó algo en el riñón. Esa noche, le hice un mural a Ernesto, con motivo del Aniversario Sacerdotal del día siguiente.

En él mural le escribí: “Felicidades en tu 49 Aniversario Sacerdotal” y “Soy sacerdote para dar vida al mundo”, (frase que estaba escrita en su estampa de ordenación sacerdotal) y con fotos de él celebrando la Eucaristía, con distintos grupos etc. Después arreglé jarrones con azucenas para la capilla.

El día 13 de mayo, celebró la Misa en la capilla del Centro Mies. Vino un grupito y concelebró con él Paco González. Algunos subieron después a merendar. Más tarde, me dijo que pusiera la película “Romeo y Julieta” que le gustaba tanto y en la que se había inspirado en el actor protagonista, Leonard Whiting para pintar el “Cristo Joven”.

Al día siguiente, sábado, llegaron su hermana Fina y su cuñado Joaquín de Sevilla, y su hermano Carlos y su cuñada Anita. Celebramos la Eucaristía y comimos, celebrando con una tarta su aniversario.

El 17 se hizo un TAC que le prescribió el hematólogo. Yo lo recogí el día 20 y me angustié al leer que tenía una masa en el riñón izquierdo de 6 cm y sugestiva de carcinoma. Llamé a Juan Navarro y me tranquilizó diciéndome que esperara a ver que me decía el urólogo, que el Padre en realidad vive de

milagro. Pero yo estaba muy inquieta y lo llamé al día siguiente y me volvió a calmar.

El 22 de mayo, santo de Ernesto, no salimos en todo el día. Le regalamos una postal, una camisa y cuatro películas. Por la tarde, después de ver una de ellas, vimos desde la salita la procesión de la Virgen de la Trinidad, a la que yo le recé con toda mi alma. A continuación me dijo que le descolgara el cuadro pintado por él del “Gran Poder”, que le tenía tanto cariño y después el de “El florero” y me los dedicó.

Esa noche, empecé a sospechar que tuviese algo en el pulmón, pues estuvo una hora tosiendo. Yo ya no sabía qué hacer ni qué darle pues ni poniendo una cebolla en el cuarto, ni jarabes, ni pastillas, ni infusiones, se le quitaba.

El 24 de mayo, día de María Auxiliadora, fue el de los más amargos de mi vida. Maruchi Becerra se quedó con Ernesto mientras yo fui al urólogo Dr. Díaz Cabrera a llevarle los resultados del TAC. Parecía una pesadilla. Tenía cáncer de riñón. Y no había más alternativa que operar y quitarlo o no hacer nada y rezar.

Con una desolación inmensa por dentro, pero procurando que no se me notara, recogí a Ernesto y a Maruchi en un taxi y fuimos a los Salesianos, a visitar a María Auxiliadora.

Como la Iglesia estaba totalmente llena, nos dirigimos por fuera a la puerta que da al presbiterio y allí estaba su amigo de la infancia Alfonso Rosales terminando de repartir la comunión. Al ver a Ernesto, se fundieron en un gran abrazo. Era como el presentimiento de una despedida.

Al terminar la Eucaristía, yo me empecé en acercarme a la imagen de San Juan Bosco que hay en la iglesia y no hacía más que pedirle por Ernesto. Él me decía: “No seas tan pesada.”

Al primero que comuniqué la noticia, fue a Pepe Montes, Responsable General de MIES, que quedó en decirlo al Equipo Director. Después a Juan Navarro, a Paco González y a la familia de Ernesto y a la mía.

El urólogo aconsejó que se le hiciera un chequeo de pulmón, corazón, huesos y de si podía resistir la anestesia. Yo, a pesar de todo, tenía paz y mucha confianza en el Señor y en la Virgen.

A los dos días fui a hablar con el geriatra, Dr. Pedro Pardo del Cid y se quedó de piedra ante la noticia. Estuvo muy cariñoso conmigo y nada más que hacía decirme que llorara, pero yo no podía.

Cuando me entró un escalofrío de muerte y un ataque de llanto, fue al día siguiente en el colegio. Mis compañeras Pilar y Carmita Domínguez me tranquilizaron diciéndome que viviera el momento presente.

El 30 de mayo, en la prueba que le hicieron en el clínico, salió que tenía metástasis en un pulmón. Ahora me explicaba los esputos de sangre, la tos. El oncólogo dijo que le quedaban seis meses o un año de vida.

Ernesto me preguntaba qué es lo que tenía. Era un “Ecce homo”, le dolían los riñones, los pies, las manos, no sabíamos si tenía metástasis en los huesos y sin fuerzas.

Recuerdo con sufrimiento, el trabajo que le costaba llegar desde el comedor al dormitorio por ese largo pasillo que se hacía interminable. Sin embargo a menudo me contaba cosas y cantaba. Cuando lo llamaban por teléfono, decía que ya estaba bueno.

El día 1 de junio, tuve que ir de excursión a la Granja Escuela de los Montes con el colegio. Allí sí que lloré inmensamente. Les tengo que agradecer a mis compañeras

todo lo que me consolaron. Hablé por teléfono con Antonio González que me dijo que lo llevara a la Clínica del dolor y que me pusiera de acuerdo con Cudeca, una asociación que atiende en las casa a los enfermos de cáncer.

A la mañana siguiente fuimos a la clínica y le pusieron un tratamiento, pero a mediodía llegaron a casa los de Cudeca y quedamos en que ellos se harían cargo de dirigir toda la medicación.

De toda esta etapa tan dolorosa de mi vida, lo que más me da sentimiento es recordar cómo Ernesto se sentó con el médico, el enfermero, con Eduardo y conmigo, hablando y escuchando los consejos que nos daban, que por cierto lo hicieron con una gran amabilidad. Él estaba sonrosado y alegre. Y no le quedaba ni un mes de vida y muchos padecimientos.

Esa tarde vinieron a verlo el párroco de la Cala, Antonio Estrada y Miguel Ángel Martínez. Por la noche, me invitó el Equipo Director de MIES a asistir a la reunión para hablar del estado del Padre.

El 3 de junio, después de la merienda, quiso que fuéramos a dar un paseíto en el coche. Mientras esperaba que lo sacara del aparcamiento, el dueño del bar de al lado de éste, le llevó una silla para que se sentara y le dio agua, pues se sentía mal. No obstante quiso que diéramos el paseo, creo que más bien lo hizo por mí.

El 4 de junio, pusimos una cama en su cuarto y me fui a dormir allí, porque las anteriores noches me las pasaba yendo y viniendo y así estaba él más tranquilo. También MIES compró un aire acondicionado para el dormitorio, pues sudaba muchísimo.

Los siguientes días y noches, fueron un constante llamar por teléfono al médico y enfermero de Cudeca. Nos visitaban y

cambiaban la medicación. Teníamos que ir a la UVI, pues le dolía el pecho y le hacían electros, le ponían inyecciones de morfina, parches, chupa-chups de opio y otros calmantes del dolor. El hematólogo le suprimió el sintrón y en su lugar se le inyectaba heparina.

El día 7, Ernesto, al despertarse, me dijo lo siguiente: “Tenemos que ponernos un lema cada día y el de hoy será: Ser amables y cariñosos con los que vengan a vernos, aunque estemos muy cansados.” Y la verdad es que lo cumplió a la perfección, pues estuvo atendiendo con mucho afecto a todos los que subieron a visitarle.

También me propuso que nos intercambiáramos de nuevo las estampas que cada uno escribía al otro, dándonos ánimos y estimulándonos a querer al Señor, lo cual cumplimos hasta el final y dar un paseo por la mañana con Eduardo. Esto último lo intentó, pero se cansó enseguida y tuvieron que volverse.

El 10 de junio, Ernesto cumplió 76 años. Celebramos, como siempre, la Eucaristía en la salita, concelebrando con él Paco González y algunos hermanos Mies. Fue emocionante, gracias a Dios que me daba fuerzas para recubrirme de una coraza para no derrumbarme.

El sábado 11, vinieron sus hermanos y cuñados. Comimos todos y yo le regalé una figura del arcángel San Gabriel de madera, pintado a mano, que Ernesto al día siguiente avejentó con betún de Judea. Después he visto que Gabriel significa “fortaleza de Dios” y es el arcángel que le anunció a María la venida del Mesías. Sin darme cuenta el regalo que le hice era un símbolo de la fuerza que Dios le iba a dar y que el Señor estaba ya al llegar para llevárselo con Él.

Su familia le regaló una tarta y nos hicimos fotos apagando Ernesto las velas. Después celebramos la Eucaristía. Abajo había una Asamblea de Mies y muchos subieron a verlo.

El 12, cuando ya se había marchado su familia, me dijo: “Maleny, siempre estaré contigo, nunca te dejaré sola.” Yo le contesté: “¡Qué cosas tienes! ¡Ni yo a ti!”

Las noches las pasábamos levantándonos, una de ellas conté diez veces, con asfixia, con dolor en el pecho y en la barriga. Hacía como dos meses que le había comprado un pijama enorme, porque decía que todo le apretaba. Todavía no sabía lo que tenía.

El 14, me hizo un dibujo muy bonito de la Virgen con una dedicatoria entrañable.

El 15, ya le había pasado otras veces, no podía tragar bien. Cuando se acostaba, tenía que hacerlo yo también porque le daba miedo quedarse ni un momento sólo. David Enríquez, que lo quería mucho, estaba con nosotros hasta tarde y se sentía fatal de ánimos.

El 16, lo llevamos al clínico y gracias a Antonio González, le hicieron un TAC en el cerebro. No le encontraron nada. Ésa tarde, terminó de hacerle un dibujo a Pepe Montes y a Antonio Galán que vino para estar un rato con él, le hizo el que fue su último dibujo, que más bien fue un esbozo de la cara de una Virgen.

La mañana del 19, después de rezar como siempre la “Oración del Abandono” de Carlos de Foucault: “Padre me pongo en tus manos...” y el Ángelus a la Virgen, me dijo: “Yo creo que me debo ir al cielo.” Al yo nerviosa decirle: “¡No, por Dios!” me contestó: “Bueno, dentro de mucho.” Yo le dije: “Tú haces mucha falta aquí todavía”. Él me respondió: “Desde el cielo puedo hacer más bien. Theresita está haciendo más bien desde el cielo que en la tierra”.

Él había explicado reiteradamente que el cielo es vivir en el Amor, es la suma felicidad. Pero como en la eternidad no

existe el espacio, el cielo no es la atmósfera azul que vemos, no tiene un lugar de estar, puede estar aquí o allí, es estar glorificado.

Ernesto decía: “Figuraos que es como hallarse separados por un biombo. Las personas que queremos, están a nuestro lado, aunque no las veamos. Sobre todo en la Eucaristía, en el momento de la consagración en el que Jesús, por medio del sacerdote, transforma el pan en sí mismo, las personas que han muerto están allí, porque dice la Escritura: donde está el Señor allí está su corte.”

El lunes 20, les dio una charla a los curas Mies. Paco González, cuando Diego Ernesto empezó a hablar, sintió que podía ser la última vez que lo hiciera y tomó los siguientes apuntes que como Paco expresa, se podrían considerar como su testamento final o epílogo de sus innumerables enseñanzas, siempre sencillas y sustanciosas, amenas y salpicadas de anécdotas y buen humor.

«En la vida lo importante es mantener la alegría y la esperanza, a pesar de todo. Mirad la vida de los pobres inmigrantes que no tiene casi nada y luchan por salir adelante. Hay que vivir lo que significa nuestro nombre: Misioneros de la Esperanza. ¡Hace tanto bien la esperanza!

Aceptar los acontecimientos de la vida. Yo me hice cura por un suspenso en los estudios. Fue lo que me decidió a entrar en el Seminario. Y recibí la vocación sacerdotal, que es lo más maravilloso que hay.

Siento una gran alegría de poder confesar. Yo les digo a todos los que quieran que suban a confesar y lo haré con sumo gusto hasta mi muerte.

En las homilías procurad hablar clarito y no mucho. Sed devotos de la Virgen del «Equilibrio».

Cuando yo iba por la zona de «Los Rubios» les hablaba a los hombres les contaba películas, metiendo en ellas todas las enseñanzas religiosas: Los hombres acudían cada día diciendo que iban «al empique».

Siempre he amado a todos. Me dijeron los médicos que tenía el corazón grande. Yo creo que ha sido el amor que me ha llegado a afectar hasta en mi constitución física. Lo que más he deseado es amar a todos.

La humildad es la verdad y el amor lo más importante. Sta. Teresita lo vivía, poniendo el amor por encima de las cosas que las monjas de su convento tenían como perfección, como eran las disciplinas con ortigas.

Cuidar los detalles pequeños. Repartir alegría a la gente. No desanimarse nunca. En el Centro de los Jóvenes de la Parroquia Sta. María de la Amargura, pusimos un cartel que decía: “Guerra al desaliento”

Ya no me gustan tanto las imágenes con joyas. La Virgen fue sencilla y pobre.

Os cuento aquellas anécdotas del cura fue a ver a un hombre que acababa de morir y le habían puesto un pañuelo para que la boca no se le desencajara y, al verlo le dijo: «¿Qué maestro, un dolorcillo de muelas?».

O la del anciano que estaba en las últimas y ante la insistencia del cura, para darle la absolución de sus pecados, repitiéndole una y otra vez que si se arrepentía, le dijo: «¡Qué sí, leche, que me arrepiento!»

¿Conocéis la historia de Miguelito Moreno? Cuando íbamos por los campos malagueños mi compañero Albornoz y yo, los niños, al vernos con las largas sotanas, le decían a sus madres: «mira mamá, unas mujeres pelonas». Yo les enseñaba la cruz y a amar a Jesús.

Este niño, cuando volvimos a los cinco meses no había cometido un solo pecado pues él pensaba que, una vez confesado los pecados, ya no se podía volver a pecar. Al final dio la vida por el niño que le había pegado días antes. Es un santo aunque no esté canonizado.

Haced felices a los demás. Es como aquella señora que yo conocí que la gente se metía con ella porque la tenían por loca y ella decía que no le importaba si así la gente se divertía y se sentían felices.

Os quiero mucho a todos. Venid a visitarme todos los que quieran.

Y vamos a terminar cantando el Himno a S. Juan de Ávila, patrón de los sacerdotes seculares «Apóstol de Andalucía, el clero español te aclama, y al resplandor de tu vida, el celo ardiente se abrasa. Tu afán, predicar a Cristo; tu amor, la Iglesia y las almas; de Pablo el fuego divino, prendido va en tu palabra».

Ese día nos acompañó en la Eucaristía Alberto Sirvent, sacerdote Mies de alicante.

Las siguientes noches, Ernesto no dormía y yo lo hacía intermitentemente. El 21, orinó sangre y le dolía todo. Los de Cudeca decían que el agotamiento que tenía era consecuencia de la enfermedad.

El miércoles 22, Paco González le dio la Unción de los Enfermos. Estaban con nosotros Mariela y Salvador Luna Ramírez.

La noche la dormimos de un tirón. Por la tarde del 23, estando yo preparando la merienda me hizo señas y me dijo: “dile a todos que os quiero mucho.”

Vinieron los de Cudeca y nos reunimos con ellos Mariela, Eduardo y yo. Nos dijeron que lo veían muy mal y que lo más probable es que sólo durara semanas o incluso días.

La Eucaristía la celebramos con Pepe Ruiz Córdoba. Casi no se le distinguían las palabras, pero lo que sí se le entendió claramente fue: “Dios es Padre”. “Dios es Amor”.

El jueves 24, vino a verlo desde Archidona, Juan Emilio Luque. Éste recuerda con emoción que el Padre le dijo: “Te quiero mucho.”

El viernes 24, lo duchamos entre Eduardo, Mariela y yo, pues costaba mucho trabajo que lo hiciera uno sólo. Llegué tarde al colegio, era la fiesta de clase con los niños. Me regalaron varias cosas y me hinché de llorar. Ellos se creían que era por los detallitos que habían tenido conmigo. Por la tarde estuvo mucho mejor.

Estábamos viendo la película de Hitchcock “Inocencia y juventud”, cuando vinieron a verlo las primas Eloisa y Lolín y realizó un gran esfuerzo para mostrarse amable con ellas, pues estaba muy dolorido. Por la noche, llegaron de Sevilla Fina y Joaquín.

Sobre las 8:30, se quiso levantar y lo llevé a la ducha con la fuerza que me dio el Señor. La mañana del sábado, vinieron de Sevilla Pepe Pineda y Sole Amo, su mujer, que le trajeron un pañuelo de la Macarena.

Desde el día anterior, estaba tomando la comida pasada. El sábado almorzó gazpacho, crema de calabacines y dos yogures. Toda su familia comió con nosotros y mientras mis tres hermanos, Fernando, Tomás y Mari Ángeles y mis cuñados, con mucho cariño se empeñaron en distraerme un rato y me llevaron a tomar un café, Ernesto, con Fina y Paco González, apenas podía concentrarse por lo mal que se encontraba, en la

película que le gustaba tanto de Amparito Rivelles, “Malvaloca”.

La noche del 25, durmió toda ella con ruido, como un ronquido. Por la mañana lo duchamos entre Mariela y yo, pero estaba tan sin fuerzas, que se sentó en la ducha, llamamos a la hermana de Mariela, Marilda, que había dormido en la casa, pues se iban de excursión al día siguiente y entre las tres lo pusimos en la cama. Llamé a Pepe Montes diciéndole cómo se encontraba Ernesto y que yo sola no podía con él. Vino sobre las 9:30 y lo llevamos a la salita.

Le hice un zumo de naranja y no pudo tragárselo, ni las pastillas. Hablaba que no se le entendía. Pepe empezó a organizar turnos de muchachos para que nos acompañaran. Los primeros y únicos que pudieron hacerlo, fueron Rafael Olmo y Antonio Caro.

Yo ponía una lavadora detrás de otra, pues, por más protección que tenía, la ropa de cama estaba ensangrentada. Mientras veíamos en la televisión la Misa, llegaron a verlo Virginia Carrasco y Carlos Martínez de los Boliches.

Cuando entraron en la habitación, les sonrió y les dijo unas palabras casi ininteligibles. Ernesto se mejoró un poco y estaba atento a la Misa, que se retransmitía desde Asturias.

Cuando escuchó la homilía dijo: “Todavía no se entiende bien el Amor de Dios.” Yo intenté cantar el Himno de la Virgen de Covadonga, pero no pude.

A la 1:30, llegaron los hermanos y cuñados de Ernesto. Fina insistía en que deberíamos hospitalizar a su hermano. Yo me fui a rezar al cuarto, ante el Sagrario, pero al momento me avisó Anita de que Ernesto me estaba llamando.

Estaba cada vez más nervioso y babeando. Avisamos al 061 y a Antonio González.

Éste dijo que Ernesto se estaba muriendo. Yo no me lo creía. Lo llevamos a su cama en la silla de ruedas. El médico de la UVI móvil del 061 le puso una inyección de morfina.

Pedí que avisaran a Paquita, a Monchi y después a los que tenía en mi móvil. De esto se encargó, Inmaculada Vargas.

Fina a un lado de la cama y yo al otro, le teníamos cogidas las manos. Yo le decía que iba a ver el rostro de Cristo y el de María.

Fue girando la cabeza hacia arriba, como si alguien lo llamara. La mirada era mezcla de asombro y de paz. Y dejó de respirar dulcemente.

Yo no sé ni lo que decía, pero según los que estaban presentes, le repetía a Ernesto, que ya estaba en brazos del Padre, que qué alegría, pues ya estaba contemplando el Rostro que tanto deseaba y la cara de su querida Macarena. Pero yo creí morir del dolor.

Eran las 3:30 de la tarde, del domingo 26 de junio de 2005.

Era domingo, el día del Señor, cuando el Padre se lo llevó con Él.

Estábamos en la habitación, aparte de su familia, Paquita, Eduardo, los Responsables Generales, Juan Navarro, Antonio González y otros Mies.

El que no estaba era Paco González, uno de sus hijos más queridos, que estaba de excursión en Ronda con los paraguayos.

Él afirma que así lo quiso el Señor para experimentar lo mismo que sienten los inmigrantes cuando se muere un ser querido y ellos no pueden estar a su lado.

Generalmente, la peregrinación que realizamos los Mies al Santuario de la Victoria, se efectúa el último domingo del mes

de mayo, pero ese año, por “Diosidencias” que ocurren en la vida, se pospuso al último domingo de junio, por coincidir el último domingo de mayo con la festividad del Corpus Christi.

Unos días antes, Ernesto, me había dicho que quería asistir a la peregrinación. Y así fue. No del modo que suponíamos, pues su cuerpo estaba inerte, a los pies del altar, bajo la mirada de la Virgen, pero él estaba allí, resucitado, más cerca de nosotros que nunca, sin ningún padecimiento y seguro que muy alegre de vernos allí a todos reunidos.

La Eucaristía la presidió Pepe Ruiz Córdoba y concelebraron sacerdotes Mies y amigos. Las lecturas las leyeron Salvador Luna e Inmaculada Cuevas.

La frase: “Pasaré mi cielo en la tierra” es la que le puse en la corona de rosas blancas que llevaba mi nombre, junto con otras muchas coronas y flores.

La Eucaristía del día siguiente en el cementerio fue multitudinaria: El obispo, muchísimos sacerdotes, Mies, jóvenes de los centros, Mies venidos de otras provincias, familiares, amigos... leí la primera lectura y M^a Gracia, el salmo. Faltaba su presencia. Parecía mentira que fuera él el que estuviera en el ataúd.

Al finalizar la Misa, le comenté: “Ernesto, te han dado dos aplausos más largos, que los que le daban a Alfredo Kraus.” Porque los aplausos fueron interminables.

El obispo, Don Antonio Dorado, me dijo una frase que me consoló mucho: “La Virgen lo quería tener ya consigo.” Y yo le corroboré a mi vez: “Sí, él amaba la vida y nos quería mucho, pero tenía unas inmensas ganas de estar con el Señor, de ver su rostro y el de María”.

El martes 28, celebramos en el Centro Mies la Eucaristía con las cenizas de Ernesto. Acompañada de los dos

Responsables de MIES y de mis hermanos, las llevé a su cuarto y las coloqué debajo de la Virgen, donde estaba el Sagrario. Allí estuvieron un tiempo hasta que se guardaron en una caja y ésta dentro de un cajón. Se colocaron debajo de la tarima de la Virgen, en la capilla.

El día 21 de julio de 2007, trasladamos las cenizas al nuevo Centro Mies de la Calzada de la Trinidad. También se depositaron las cenizas de su madre.

En el cristal que recubre la lápida está escrito:

*“AL DESPERTAR ME SACIARÉ DE TU
SEMBLANTE”*

(Sal, 17,15)

DIEGO ERNESTO WILSON PLATA

Presbítero Diocesano, Fundador de MIES

10 Junio 1929- 26 Junio 2005

Y en el aire parece que resuenan sus palabras:

“¡GUERRA AL DESALIENTO!”

**“TENED SIEMPRE AMOR, LIBERTAD, PAZ,
ESPERANZA, ALEGRÍA”**

**“COMO THERESITA PASARÉ MI CIELO EN
LA TIERRA”**



*Agosto 1984.
Doña Mercedes,
el Padre,
Manolo
Rodríguez,
Alfonso Carlos
y Maleny.*



La fraternidad en 1991.



En la Capilla de Carretería, en la boda de Alonso y Macu con la Familia de Pepe Montes y M^a Carmen Martell.



Familia de Isabel Bravo y Manolo Martín que también vivieron en la fraternidad de Calle Carretería.



Un día de fiesta en la fraternidad. Escenificando la canción "Francisco Alegre" de Juanita Reina.



Octubre de 1999. En casa de su hermana Fina, con su sobrina Elena y Maleny, delante del cuadro de la Samaritana, pintado por el Padre.



Compañeros del mismo curso del Padre en el Seminario, años después, junto a D. Emilio Benavent.



Navidades en la fraternidad. Año 2000.



En Calle Carretería, celebrando su aniversario de Ordenación sacerdotal el 13 de Mayo de 2001.



Verano de 2001. Joaquín (su cuñado), Carlos (su hermano), Maleny, Fina (su hermana), el Padre y Anita (su cuñada). En la terraza de Carretería.



En los últimos años, apostolado del teléfono. Contesta siempre con alegría.



Junio 2002. Paseo en coche de caballos.



Ejercicios Espirituales con hermanos de Córdoba, Alcázar, Málaga...



Última tanda de Ejercicios Espirituales en Mollina.



Año 2004.



El Padre votando a los Responsables Provinciales. 8 de mayo de 2004.



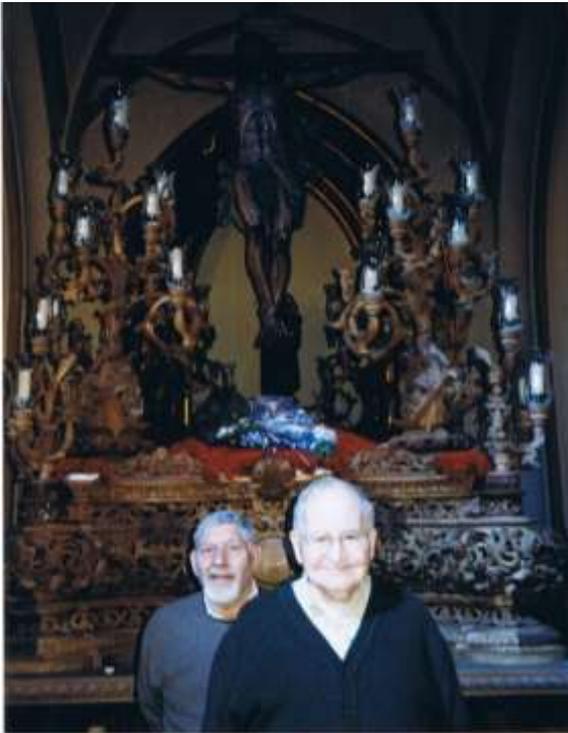
En la capilla de Santa Theresita (convento de las Carmelitas descalzas de Málaga) en el día de nuestra patrona. Junto a Maleny, Paco González y Ana Mari Espila.

En la Capilla de Calle Carretería, junto a un grupo de misioneros que hacían sus bodas de plata en MIES.





En la fraternidad con su hermano Carlos, su cuñada Anita, Maleny, Jaime y Paquita. Julio de 2003.



Con Eduardo Navarro, delante del Cristo de la Esperanza en su Gran Amor. El 5 de abril de 2004.



En su última peregrinación a la Macarena. 10 de Octubre de 2004.



La Comunidad de Archidona-Trabuco lo visita en la fraternidad.



Misa de renovación de los Célibes. Calle Carretería. 27 de Diciembre de 2004.



Inauguración de la capilla del Centro Mies en la Rampa de la Aurora. Cuaresma de 2005.



Con hombres de trono de la Virgen de la Salud en S. Pablo antes de la salida. Año 2005.



Con Mariela, en la Rampa de la Aurora, el Padre colabora en las tareas domésticas.



El 10 de junio de 2005, el Padre cumple 76 años. Después de celebrar la Eucaristía junto a algunos hermanos Mies.



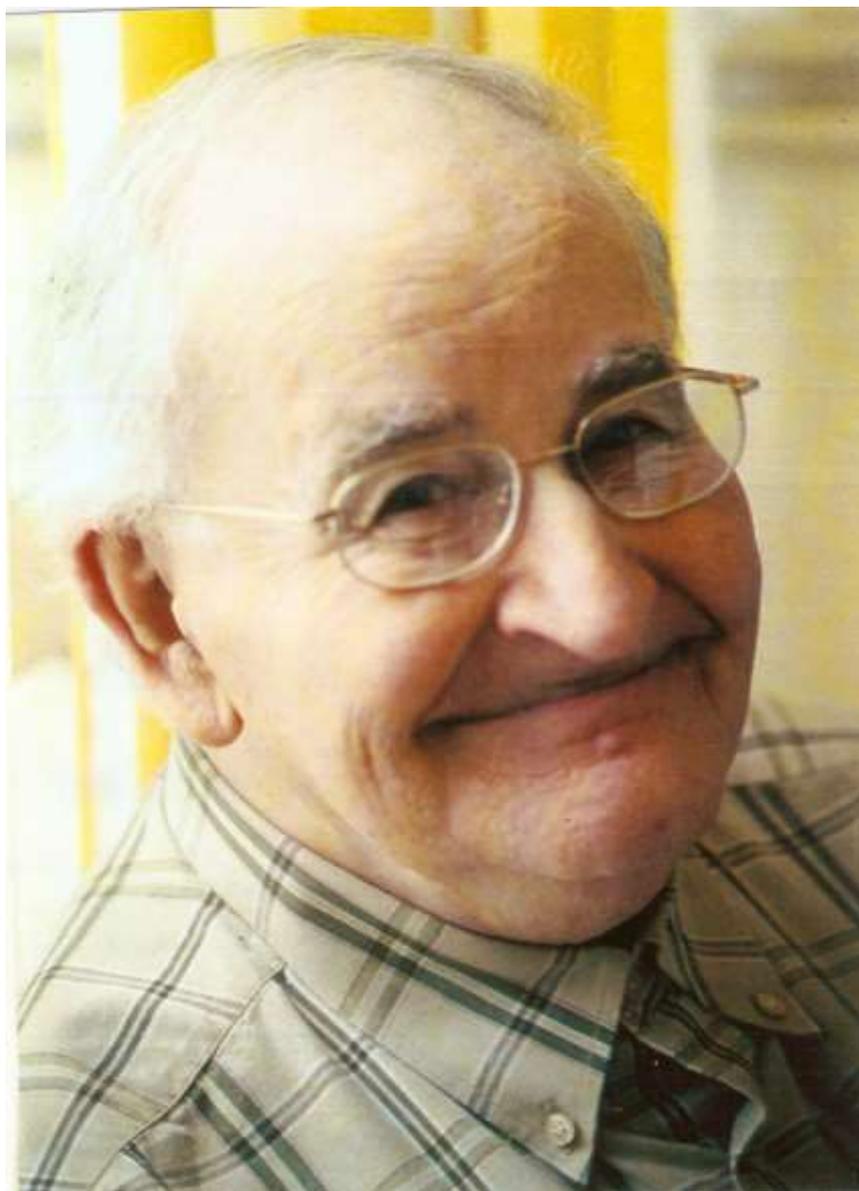
El día 12 de junio de 2005. Junto a sus hermanos, cuñados y Maleny en la habitación de la Rampa de la Aurora. Última foto del Padre.



*En su habitación,
año 2004.*

*Desde el Camarín
del Santuario de
Ntra Sra de la
Victoria. En el
Acto fin de mes en
honor a María, se
oficia la Eucaristía
ante sus restos.*





El Padre Diego Ernesto, año 2002.

“Misioneros seremos de alegre Esperanza,
que alumbren los campos con vivo esplendor,
no es hora de dudas, ni de fríos lamentos,
pues Cristo nos llama, a ver quién lo alcanza,
el triunfo es seguro, aunque ruja el viento,
marchemos unidos, con quién ya triunfó.”

Del Himno de los Misioneros de la Esperanza.

Diego Ernesto Wilson Plata.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos por haber venido a acompañarme en este día tan importante en el que voy a dar a luz un libro y no un libro cualquiera, sino que es sobre nuestro querido Padre Diego Ernesto.

Hay un dicho popular que se basa en un relato profético de Muhammad, el mensajero del Islam y según este dicho, son tres cosas las que dejan tu huella más allá de tu vida: un árbol, un hijo y un libro.

El significado es el siguiente: la persona que planta un árbol o pone la semilla del mismo para que crezca, será recompensada, cada vez que una persona coma el fruto del árbol, repose bajo su sombra o pueda beneficiarse de cualquier forma.

Los hijos van a cuidar de nosotros y cuando morimos ellos van a ser nuestro legado, nuestra descendencia. Es el hijo que reza por el padre fallecido.

El libro hace referencia al saber o al conocimiento que puede dejar alguna persona tras estudios o investigaciones. Dicho conocimiento debe ser beneficioso y provechoso para la gente.

Árboles he plantado varios en el colegio; hijos, no he tenido hijos materiales por elección propia de optar por el celibato, pero a lo largo de mi vida he tenido y tengo muchos hijos espirituales.

Y el libro aquí está. Yo soy la autora, pero sólo soy un instrumento. El protagonista es Diego Ernesto y el dueño MIES, porque hemos firmado un contrato por el que MIES se queda con los derechos del libro y los Responsables han respetado mi deseo de que vaya el dinero recaudado, después de pagar los gastos de imprenta, al fondo de solidaridad de MIES.

La dedicatoria de este libro, “Una luz de Esperanza”, es **en primer lugar para Diego Ernesto**, el protagonista del libro, y por tres motivos muy importantes:

El primero el **CARIÑO**. Creo que a través de estas páginas se nota todo este cariño y dedicación que le he tenido y que no ha terminado con su muerte. Lo sigo queriendo mucho y ocupándome de él, la prueba está en este libro que me ha llevado seis años de reflexión, de búsqueda de datos, de contrastar opiniones, que me ha costado mucho esfuerzo porque no he estado dedicada a escribir solamente. He tenido mi apostolado con los niños, con los juveniles, en la Asociación de Paraguayos... y a la vez parecía a veces como si me inspiraran cuando alguna frase se me ofuscaba o algo no me salía.

El segundo motivo es la **ADMIRACIÓN** al Padre por su vida entregada al máximo al Señor, a los niños, a los jóvenes, a nuestra Asociación, en las distintas etapas de su vida. Tuvo que superar los problemas propios de alguien que inicia algo nuevo en la Iglesia y teniendo una salud muy precaria.

El tercer motivo es el **AGRADECIMIENTO**. Gracias a él, muchas personas nos hemos encontrado con un camino, no exento de dificultades, pero que da sentido a

nuestra vida y que hace posible que colaboremos para que el mundo sea mejor enraizados en Cristo y en María.

Y está también dedicado a todos sus hijos, Misioneros de la Esperanza, los que **lo habéis conocido** y habéis estado cerca de él, **los que añoráis** haberlo conocido y no ha sido posible porque estabais lejos o pertenecéis desde hace poco a la Asociación, y a todos **los que en un futuro serán Misioneros**, para que conozcan la vida sencilla del que bajo la inspiración de la Virgen, como le decía Diego Ernesto, “Esperanza de mi vida”, dedicó la suya para que los niños y jóvenes se encontraran con Jesús.

Como expongo en la presentación del libro, **es una biografía** con datos comprobados históricamente (se defraudarán los que piensen que van a encontrar algo de milagrería o sucesos fuera de lo normal), pero amena y con anécdotas, como le gustaban a él que se relataran las cosas.

No es una historia de MIES, que la está escribiendo Inma Vargas, ni de sus fines o espiritualidad, para eso hay muchos libros escritos por Diego Ernesto, ni una historia de la Fraternidad Mies, aunque necesariamente todo va al unísono con su vida. **Yo** me he ceñido a la persona del Padre y vivencias más con él.

Espero haber conseguido con este libro sobre nuestro querido Diego Ernesto **que sea beneficioso y provechoso** para los que lo lean. Y **agradezco a muchos** de vosotros que me hayáis animado a escribirlo por vuestro deseo de que se conozcan datos, hechos, anécdotas de su vida antes de que me vaya con el Señor y ya no pueda hacerlo.

Le pido a la Virgen que la lectura de **“Diego Ernesto, una luz de esperanza”**, dé más luz a nuestras vidas y aumente nuestra esperanza, que es el distintivo de los Misioneros de la Esperanza y que tanto deseaba que tuviéramos nuestro querido Diego Ernesto.

Y mis últimas palabras son de inmenso agradecimiento a varias personas que han hecho posible éste libro.

En primer lugar mi gratitud **a mi hermano Fernando**. Él me enseñó los primeros pasos en el ordenador, me enseñó lo elemental para poder escribir y me animó a hacerlo: Me decía:”Tú escribe que ya lo demás te lo hacemos nosotros”. Y así fue. El ha estado muchas horas paginando, eligiendo la letra más adecuada, maquetando el libro y ha tenido la gran honradez al final, de dejarlo en otras manos que consideraba que iba a hacerlo más minuciosamente por tratarse de nuestro fundador. No obstante ha continuado asesorándome en todo lo que le he preguntado.

Lorena Trujillo ha sido la gran diseñadora de la portada. Ella no se dedica al diseño, ha estudiado magisterio, pero a la vista está lo bien que lo ha hecho. La cantidad de tiempo que ha pasado probando letras, colores, tamaños, de la portada, la contraportada, el lomo, las solapas y esto con las oposiciones de Magisterio encima. De verdad que no se cómo agradecerse. Nos hemos encontrado con pequeñas, pero muchas dificultades y con todo el amor iba venciendo una tras otra.

A **Rocío Iglesias** le pasé el libro para que lo corrigiese lingüísticamente y lo hizo con rapidez, diciéndome que con las

mayúsculas y minúsculas, hacía yo lo que me daba la gana y le estoy muy agradecida por el gran respeto que ha tenido a toda la obra y sobre todo por el bien que me hizo al decirme que iba a gustarle mucho a todos. Ahora no puede estar aquí pero sé todo lo que lo hubiese deseado.

Tony Cortés. Se puede decir que gracias a él se va a publicar el libro, porque me dijo que era muy conveniente que saliera en este año del 50 aniversario, si no todavía estoy escribiendo. Él que es una de las personas que conozco, más apasionadas por Diego Ernesto, quería que se publicase en una fecha señalada. No pudo ser el 13 de mayo y mejor, está siendo hoy aniversario de su ida al cielo. Él ha realizado la maquetación de las fotos y del conjunto del libro y sobre todo le agradezco las veces que yo le decía: “Tony, una iluminación, que me falta poner esto” y pacientemente volvía a rehacer la página que le indicaba.

Mi agradecimiento enorme a mi querido **Paco González**, porque si a los demás les he dado la lata, a él le he dado el LATAZO. Desde hace seis años que me puse a escribir este libro, se lo he ido mandando cada capítulo que escribía y él pacientemente lo leía y me indicaba su opinión respetando al máximo todo lo escrito por mí y proporcionándome datos y reseñas. Él desde el principio me animó a que lo escribiera pensando en las futuras generaciones. Aunque sabiendo que yo no tenía mucho tiempo para escribir me decía que tenía que seguir con mis apostolados.

Y por último darle las gracias a **Carlos Wilson** por los datos que me ha aportado el libro escrito por él “El libro de Wilson” de los antecedentes familiares y primeros años de infancia y por su presencia en este acto y de su esposa Anita.

El título del Libro **“Diego Ernesto, una luz de Esperanza”** fue algo providencial. Paco González y yo, estábamos dándole vueltas en la cabeza al posible título del libro. Paco dijo, podría ser algo así: **Como una luz de esperanza**. Lo dejamos en manos de Dios y fuimos a celebrar la Eucaristía. La primera oración que leyó Paco, decía “Estos... que fueron **una luz de esperanza...**” Paco y yo nos miramos. Es que el Señor fue el que iluminó a Paco y lo ratificaba con las palabras de la Misa del día. Y por dos veces se repetía la oración. Todo es “Diosidencia” del Señor.

26 de junio del 2013.

8º aniversario de la partida al Cielo del Padre Diego Ernesto.

(Palabras de la autora el día de la presentación del libro)

DATOS BIOGÁFICOS DEL PADRE DIEGO ERNESTO WILSON PLATA

- Su padre, Andrés Wilson Carballo, nace en 1887 en Huelva.
- Su madre, Mercedes Plata Olmedo, nace en 1900, en Morón de la Frontera, pueblo de Sevilla.
- Andrés y Mercedes, se casan en el año 1925 en la Parroquia de Omnium Santorum de Sevilla.
- Nace Diego Ernesto, el 10 de Junio de 1929, en Sevilla.
- Se bautiza el 16 de Julio, día de la Virgen del Carmen, en la Parroquia de San Lorenzo, con el nombre de Diego de la Santísima. Trinidad.
- Tiene dos hermanos: Carlos, dos años mayor que Ernesto y Josefina, dos años más pequeña.
- Vienen a Málaga el 22 de Diciembre de 1933. Ernesto tiene 4 años.
- Con 5 años va a la Escuela Graduada.
- Hace la 1ª comunión el 30 de Mayo de 1937, en Sevilla, en el Convento de las Carmelitas.
Ve por primera vez a la Macarena.
- El 15 de Septiembre de 1937, ingresa en la Escuela Preparatoria del Instituto de calle Gaona.
- Su devoción a la Virgen de Zamarrilla.
- En 1938, va por las tardes a la Escuela de Artes y Oficios y lo matriculan en Dibujo artístico.

- El 20 de Junio de 1940, recibe el sacramento de la Confirmación, con 11 años.
- Entra en la Juventud de Acción Católica de San Felipe.
- Estudia la carrera de Comercio Mercantil.
- El 30 de Septiembre de 1947, día de San Jerónimo, entra en el Seminario de Málaga. Tiene 18 años.
- Está 9 años en el Seminario.
- El 13 de Mayo de 1956 es ordenado sacerdote en la Catedral de Málaga.
- El 14 de Mayo celebra su primera Misa en la capilla del Seminario.
- El 12 de Octubre de 1956, día de la Virgen del Pilar, celebra la 1ª Misa Solemne en la Basílica de la Macarena de Sevilla, donde recibe la inspiración de Mies.
- En el verano de 1956 y curso 56-57, misiona por pueblos de la provincia de Málaga. Se ofrece para irse a América.
- El 24 de Junio de 1957, llega a la Parroquia de Ntra. Sra. de la Amargura, como Vicario parroquial.
- El 1 de Diciembre de 1958 es nombrado simultáneamente, Capellán auxiliar del Hospital Civil.
- El 19 de marzo, día de San José de 1963, se empieza la Obra Mies.
- A finales de 1968, el obispo D. Emilio Benavent, lo destina con dedicación plena a la Obra Mies y es nombrado sacerdote adscrito a la parroquia de San Pablo.

- En 1968 comienza un gran despliegue por toda la ciudad de Málaga: En Marzo se inicia el Centro de la Parroquia de San Pablo, en Abril el de San Felipe, en Junio los Centros de San Juan y de los Mártires, en Septiembre en el Espíritu Santo. También en Granada en la Parroquia de San Pedro y San Pablo.
- En 1969 se inician las Secciones de Estudiantes, Obreros y Pro- infancia. En Abril se empieza en la Parroquia de Santo Domingo.
- El 31 de Mayo de 1970, va a Roma con Pepe Navarro para la canonización de San Juan de Ávila y tiene lugar una audiencia con Pablo VI.
- El 5 de Diciembre de 1970 se abre el oratorio semipúblico del Centro Mies de calle Mármoles.
- En 1970 Enrique Rubio llega a Alicante y comienza a llevar Cruzados Eucarísticos en la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles.
- En 1971, se traslada el Centro Mies a la calle García Briz nº 3, donde Diego Ernesto comienza a vivir en Fraternidad.
- En Septiembre de 1971 se abre el Centro de la Parroquia de Ntra. Sra. De Fátima.
- En 1972, en Enero, se comienza un grupo en el barrio sevillano de Valdezorras y en Mayo se comienza en la Parroquia del Santo Ángel en Málaga, en Junio en la Parroquia de Santiago y en Septiembre comienza a formarse el grupo de Alicante.
- En 1973 da comienzo el grupo de San Patricio en Málaga y alrededor de esta fecha el Centro de la Parroquia de San Vicente de Paúl en Madrid y se consolida el Grupo de Alicante.

- En 1974 se inició el Centro de la Parroquia de la Purísima en Málaga en Marzo se comienza en Antequera, en Junio en Ntra. Sra. De la Victoria. Luego en Córdoba, en Octubre en Badajoz y en Valencia en el Colegio de las Trinitarias.
- El 1 de Mayo de 1974, fallece su padre, con 87 años.
- En 1975 se empiezan grupos en Mijas y en Pizarra.
- En 1976 el Centro de Alhaurín de la Torre opta por ser un Centro Mies
- En Junio de 1976, se celebra el Primer UNIFIMES: “Unidos en la Esperanza”
- En 1977 se abre un Centro en Alcázar de San Juan y en 1979 en Herencia. (Ciudad Real).
- Nacen también los siguientes Centros: La Luz, Jubrique, Genalguacil, Archidona, Rute(Córdoba), Almuñecar y Motril (Granada), Arroyo de la Miel, Montemar en Torremolinos, Santa Ana, San Francisco Javier, La Candelaria, La Natividad, El Copo. Asimismo surgieron los Centros de Villarrobledo, Los Boliches, Cristo Rey, Villanueva del Trabuco, Jijona, Priego de Córdoba, La Carolina y en la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar.
- El 30 de Abril de 1979 MIES se estructura en Comunidades y se celebra una Celebración Pascual. MIES es a partir de entonces, una Comunidad de Comunidades.
- En Enero de 1980 se publica el “Ideario MIES”, compuesto por Diego Ernesto para dar unos Ejercicios Espirituales en el año 1979.
- En 1981 se publica el Libro: “Ser Mies en 20 puntos” extraído de una charla de Diego Ernesto en el

Encuentro INTERCOMUNITARIO de ese año. A partir de entonces se llaman INTERMIES a los Encuentros de comunidades.

- En 1982 viaja a América por primera vez: Ecuador y Venezuela.
- En Septiembre de 1988, mudanza a calle Carretería, nº 97.
- En 1988 se publican las “Charlas del XXV Aniversario”, a los 25 años de la fundación de Mies.
- En 1989 segundo
- viaje a América: Ecuador, Paraguay y Argentina.
- En Agosto de 1989, predica unos Ejercicios Espirituales en Úbeda (Jaén), cuya transcripción da origen al libro “Evangelio de la Gracia”. Del contenido de estos Ejercicios, imparte 16 tandas en Málaga y lugares donde hay Mies.
- En Octubre de 1990, Diego Ernesto propone un primer borrador de Estatutos de Mies fusionado con Fimes, que es presentado con carácter informativo a la Asamblea General de Mies.
- El 9 de Abril de 1990, muere su madre a la edad de 90 años.
- En septiembre de 1991 viaja por tercera vez a América.
- En Abril de 1994 se realiza la fusión MIES-FIMES.
- Durante toda su vida, viaja incansablemente por todas las ciudades y pueblos, sistemáticamente programadas estas visitas, dando reuniones y charlas por los distintos centros y comunidades.
- Da Retiros y Ejercicios Espirituales en Málaga y en las localidades donde hay Mies.

- Confiesa y dirige espiritualmente a numerosas personas. A los que se encuentran en otras provincias fuera de Málaga, les escribe asiduamente.
- Progresivamente, va ocupando un segundo plano, dejándolo todo en manos de los Responsables y de las Asambleas Generales.
- En Mayo de 2000, por un edema agudo de pulmón e insuficiencia cardíaca congestiva estuvo a la muerte.
- El 12 de Febrero de 2005, mudanza provisional a la Rampa de la Aurora.
- El 30 de Abril, tose sangre por primera vez.
- El 14 de Mayo se le detecta cáncer de riñón.
- El 30 de Mayo se le descubre metástasis en el pulmón.
- El 22 de Junio recibe la Unción de los enfermos.
- El 26 de Junio de 2005, a las 3,30 de la tarde, el Señor lo lleva consigo al cielo.

En el Acto Mariano, a los pies de la Virgen de la Victoria, estuvo, aunque ya resucitado.

- El 27 de Junio, a las 5 de la tarde, se celebra una Misa multitudinaria, con la presencia del Obispo de Málaga, D. Antonio Dorado Soto, sacerdotes, familiares, Mies venidos de todas partes de España y amigos. Al salir el féretro de la Iglesia, se le dio un aplauso que duró varios minutos.
- Sus restos fueron incinerados y actualmente se encuentran sus cenizas y también las de su madre y las de su hermana Fina, en la Capilla del Centro MIES de Málaga.